



Arcoíris

ANA ÁLVAREZ

Lectulandia

Carla Suárez es una chica algo estrambótica a la que le gusta llevar el pelo de mil formas y tonos diferentes y vestirse con ropa de múltiples colores que a veces ni siquiera combinan entre sí; sin embargo, es un cerebritito: es ingeniero informático y habla nueve idiomas.

Nada más terminar la carrera recibe una oferta de trabajo, y cuando acude a la entrevista se encuentra con que Víctor Trueba, el hermano mayor de su mejor amiga, trabaja allí como psicólogo. Víctor es un hombre extremadamente serio y aburrido, que siempre lleva traje azul y corbata y de quien ella se burló mucho en su adolescencia.

Cuando empieza a trabajar se da cuenta de que ni él es lo que parece ni la empresa tampoco.

Lectulandia

Ana Álvarez

Arcoíris

ePub r1.0

Titivillus 03.03.2017

Título original: *Arcoíris*
Ana Álvarez, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para todas aquellas mujeres que se adelantaron a su época, que fueron rebeldes con o sin causa, tanto en su aspecto como en sus convicciones y que tuvieron que luchar con su entorno social y familiar para ser ellas mismas. Para las que lo hicieron parapetadas bajo una apariencia convencional y para las que se atrevieron a mostrarse tal como eran, firmes y orgullosas frente al mundo.

Y en especial para ti, amiga del alma, que eras así, que luchaste por ser tú misma en un entorno adverso, que te atreviste a bordar con colores tus vaqueros cuando el solo hecho de usarlos ya era signo de rebeldía. Que vestías como te daba la real gana, que pensabas diferente, y lo decías. Que desafiaste al mundo y lo pagaste muy caro.

Para ti, Lola, estés donde estés, porque estás presente en cada una de mis novelas, porque siempre quise ser como tú y nunca me atreví, y porque no te olvido.

«Salud y suerte»

Capítulo 1

Una entrevista de trabajo

Carla se miró al espejo tratando de adivinar cómo la verían los demás. No podía hacer mucho con su aspecto y sabía que este no era el más apropiado para una entrevista de trabajo, pero de un día para otro no podía hacer más.

Miró el pelo rosa cortado estilo Bob, solo lo suficientemente largo para que le cubriera el cuello por detrás y bastante más largo por delante. De todos los colores de pelo que se había puesto este era, desde su punto de vista, uno de los que mejor le quedaba. Y el corte atrevido daba a su cara un aire travieso que le encantaba. Aunque aún recordaba la cara de su madre cuando la vio a su vuelta de Madrid al terminar los exámenes.

También había buscado en su armario algo convencional, aun sabiendo que le iba a costar trabajo encontrarlo, pero no había tenido tiempo de salir a comprar nada, todo había sucedido demasiado rápido.

Había terminado la carrera hacía apenas un mes; después de acabar los exámenes en junio, había preparado el proyecto durante el verano y lo había presentado en diciembre, y hacía dos días había recibido una carta de la facultad comunicándole que una empresa de Madrid estaba interesada en contratarla y que se pondría en contacto con ella a través de su teléfono. Su sorpresa había sido grande cuando la noche anterior había recibido una llamada telefónica del director en persona citándola para aquella mañana a las nueve.

Tendría que coger el primer AVE que saliera de Puertollano, donde vivía con sus padres desde que terminó la carrera, para estar en Madrid a la hora fijada.

Y debería también conseguir algo de ropa, que sin traicionar su estilo, pudiera resultar apropiado para determinadas ocasiones, sobre todo si iba a entrar en el mercado de trabajo.

Los vaqueros quedaban descartados, estaban demasiado gastados y rotos, pero no tenía otro tipo de pantalones; las minifaldas también eran demasiado cortas. Si el entrevistador era un hombre pensaría sin lugar a dudas que iba ofreciendo sexo a cambio de trabajo, aparte de que con las medias de colores no quedarían muy finas. Tendría que ponerse una de las faldas de lana gruesa, largas hasta el tobillo con las que había afrontado durante su carrera el intenso frío de Madrid.

Se decidió por la negra, descartando las de vivos colores, y la bajó de la cintura al máximo, tratando de que tapara lo más posible las medias de rayas grises y negras. Los zapatos presentaban otro problema; tendría que elegir entre las botas de piel vuelta al tobillo y las deportivas grises, porque no tenía otro tipo de calzado. Mejor

las botas.

Eligió también un jersey naranja que no desentonaba demasiado, al menos era de un solo color, y se puso encima una rebeca larga y ancha negra, y se dijo que estaba pasable. Esperaba que la empresa no fuera una de estas que exigen chaqueta y corbata y a las mujeres tacón de aguja y medias finas, porque entonces no le permitirían siquiera entrar a hacer la entrevista.

Tendría que arriesgarse a ir así, aunque si lo que le interesaba era su currículum, brillante por cierto, la contratarían a pesar de su aspecto, y si no, procuraría estar preparada la próxima vez.

La verdad era que le interesaba conseguir un trabajo cuanto antes. Después de tener su tiempo ocupado hasta el último segundo entre la carrera de ingeniero informático y los nueve idiomas que hablaba a la perfección, pasó a encontrarse con todas las horas libres. Lo peor y lo que le resultaba más difícil era tener que volver a casa, al régimen opresivo y convencional que su madre imponía en la misma, después de cinco años de estudiar fuera. Sentía que si no encontraba trabajo pronto se volvería loca.

Cogió el bolso de bandolera que hacía juego con las botas y se dirigió a la estación dispuesta a probar suerte.

No tenía ni idea de qué tipo de empresa le estaba ofreciendo trabajo, pero lo que sí sabía era que se habían tomado la molestia de ir a la facultad e investigar en los expedientes de los alumnos que acababan de terminar y que, entre todos, la habían elegido a ella.

Cuando se paró delante del edificio sintió que sus ánimos se venían abajo. Era una torre de oficinas de varias plantas con suelo de mármol y mostrador de información de madera. La mirada que le dirigió la chica a la que preguntó, vestida con un traje de chaqueta azul con una pequeña chapa con su nombre en la solapa, terminó de desilusionarla. Pero ya estaba allí, lo intentaría de todas formas.

Subió a la segunda planta como le habían indicado, y localizó el despacho en cuestión. Este era menos formal que la entrada, aun así era elegante, con sus muebles modernos de madera clara y dos sillas tapizadas de gris. Tras la mesa estaba sentada una chica joven, rubia, vestida con un pantalón verde oscuro y un jersey negro.

—Buenos días, soy Carla Suárez. Estoy citada para una entrevista de trabajo.

—Sí, pasa, te estábamos esperando.

Inmediatamente Carla sintió simpatía por aquella mujer que no la había mirado como si tuviera cuatro ojos, y se sintió cómoda por primera vez desde que había entrado en el edificio. Le ofreció una silla.

—Siéntate. Yo soy Verónica. Te explico cómo va esto. Primero te daré unos formularios para que los rellenes con tus datos personales y académicos y un test psicotécnico, que también deberás cumplimentar. Luego pasarás a la entrevista con el

director. Estará presente en la misma nuestro psicólogo. No te importa, ¿verdad?

—¿Un psicólogo? No, no me importa, pero me resulta un poco extraño.

—Es normal en este tipo de trabajo. Sabes de qué va esto, ¿no?

—Pues la verdad es que no, nadie me ha dicho a qué se dedica la empresa.

—Bueno, nos ocupamos de investigar y resolver problemas informáticos de otras empresas que solicitan nuestros servicios. Virus, fallos técnicos, fallos humanos... Ese tipo de cosas.

—¿Y para eso hace falta un psicólogo? ¿Para trabajar con máquinas?

Verónica se echó a reír.

—No solo tendrás que trabajar con máquinas. La evaluación psicológica es para saber a qué tipo de empresas enviar a cada empleado. No es lo mismo un banco que un instituto.

—Entiendo.

—Tengo que advertirte de una cosa: después de la entrevista, si el psicólogo lo considera oportuno, puede solicitar otra con él en privado.

Una campanita de alarma se encendió en la cabeza de Carla.

—¿Es de los que meten mano?

Verónica se echó a reír.

—¡No, mujer! Es un hombre muy correcto, ya lo verás. Eso sí, te advierto de que te mirará como si te estuviera viendo por dentro, y eso produce una sensación de desasosiego en quien no le conoce. No le mires, porque te pondrás muy nerviosa.

—No me pongo nerviosa fácilmente.

—Tú misma, yo solo te estoy avisando.

—A lo mejor ni siquiera me hacen la entrevista... ¡Cuando me vean entrar con esta pinta!

—No creas, aquí lo que se valora es la capacidad. Tal vez te pidan que cambies un poco tu forma de vestir para encajar en alguna de las empresas a las que te envíen, pero aquí dentro no tendrás problema con eso. Rafa es el primero que viste a su aire. Solo si vas a algún banco o sitio parecido tendrás que arreglarte un poco, pero el sueldo compensa el tener que hacer esas pequeñas concesiones.

—¿Son altos los sueldos?

—Varía según la capacidad y los resultados, pero aquí nadie se queja. No puedo decirte *a priori* lo que te pagarán a ti, eso lo decide Rafa después de la entrevista, pero en general todo el mundo está satisfecho. Y si resuelves un problema especialmente grave, casi siempre hay gratificaciones.

—Gracias por informarme de todo esto.

—No hay de qué, es mi trabajo.

Carla se concentró en rellenar el formulario y a continuación en el test psicotécnico, que era de lo más elemental; había hecho decenas de ellos a lo largo de su vida. Después, Verónica la hizo pasar a un despacho contiguo.

En el mismo la recibió un hombre de unos treinta y cinco años, de mediana

estatura, ligeramente grueso y de expresión afable. Vestía una chaqueta desabrochada encima de una camisa de cuadros, sin corbata. Se levantó al verla y le tendió la mano.

—¿Carla, verdad? Yo soy Rafa.

Ella respiró aliviada al verle y le estrechó la mano. Le gustó oír *Rafa*, en lugar de *don Rafael*, y más aún le gustó el apretón fuerte y amistoso que le dio.

—Siéntate y relájate. Esto es una charla informal más que otra cosa. Enseguida vendrá nuestro psicólogo. Él estará presente en la entrevista. No te importa, ¿verdad?

—No.

—Hay personas a las que no les gusta, pero es norma en esta empresa. No tienes que preocuparte, relájate y sé tú misma.

—De acuerdo.

En aquel momento se abrió la puerta y un hombre alto y delgado hizo su aparición. Vestía un traje azul oscuro con una camisa blanca y la corbata correctamente anudada, que contrastaba con el aspecto un poco desaliñado de Rafa. Cuando se fijó en su cara, Carla sintió que sus ánimos se venían abajo. Increíblemente, preguntó:

—¿Víctor?

—Sí, el mismo. Hacía años que no nos veíamos, ¿verdad?

—Sí, desde que empecé la carrera.

—Más o menos.

Rafa extendió la mano.

—Este es el psicólogo del que te hablé, pero veo que ya os conocéis.

Carla pensó que ya podía marcharse si dependía de Víctor que ella entrara a trabajar en la empresa.

—Sí, es el hermano de mi mejor amiga. Nos conocemos desde niños, aunque hacía años que no nos veíamos.

¡Dios, de todos los psicólogos del mundo tenía que haberle tocado este! ¡Ni de coña iba a pasar su examen! Él no podría evitar que sus diferencias de niños y de adolescentes pesaran en su decisión, por muy imparcial que pretendiera ser. Se habían odiado a muerte durante años y ella se había burlado de él hasta la exasperación: de su seriedad, de sus incontables horas ante los libros sin salir a divertirse, y lo que era peor, de su sexualidad frustrada de adolescente.

Él también había intentado fastidiarlas a ella y a Irene todo lo que había podido cuando estuvo en posición de ventaja. No, no iba a ser imparcial, no podía serlo.

Víctor se sentó junto a Rafa, frente a ella y comentó:

—Podéis empezar cuando queráis. Carla, olvida que yo estoy aquí. Esto es simplemente una charla entre vosotros. Yo mientras estaré echando un vistazo al test que has rellenado antes.

¿Cómo demonios pretendía que se olvidara de que estaba allí? Le hubiera costado hacerlo con cualquier otro, pero con él sería imposible. Sobre todo porque sabía que lo tenía en contra desde el principio.

Le observó de reojo; se había recostado contra el respaldo de la silla y aparentemente miraba el test que tenía en la mano, pero ella sentía clavada su mirada como si fueran alfileres que le pinchaban. Supo que no se le escapaba ni uno solo de sus gestos.

—Bueno, Carla, háblame de ti —pidió Rafa—. ¿Por qué te hiciste ingeniero informático?

—Para empezar porque me apasionan los ordenadores y porque creo que tengo una especial facilidad con ellos. Desde niña, en casa ha habido siempre alguno y me he sentido muy cómoda con ellos. También he sido muy intuitiva, siempre lograba reparar o solucionar los problemas que se presentaban cuando fallaban los demás.

—¿Te resultó muy difícil la carrera?

—No demasiado. Ya le he comentado que tengo intuición y facilidad. Mis profesores siempre han dicho que tengo una mente lógica y meticulosa con los ordenadores, aunque en el resto de mi vida no sea igual.

Rafa sonrió mirando su atuendo, pero no dijo nada.

—Ya he visto tus notas. Espero que no te moleste que le haya echado un vistazo a tu expediente. Son brillantes.

—Gracias. Se me daba bien.

—¿Y cómo has tenido tiempo para aprender... dice tu currículum que nueve idiomas?

—Sí, en efecto. Nueve. Francés, inglés, italiano, alemán, griego, ruso, árabe, chino y japonés.

—¿Y los hablas con soltura?

—Los hablo, los leo y los escribo.

—¿También el chino y el japonés?

—También. Esos me han costado un poco más, pero también. Puede hacerme una prueba si quiere.

—Más adelante.

—Si me contratan, ¿no?

—¿Tienes dudas de ello?

Carla se encogió de hombros y no pudo evitar que su mirada se posara en Víctor, que había terminado de leer el test y la miraba ya sin el menor disimulo.

—¿Piensas que Víctor puede poner trabas a tu entrada en la empresa?

—No sé...

—Él solo está aquí para valorar algunos aspectos de tu personalidad, no para poner objeciones. Soy yo el que tiene que tomar la decisión.

—Bien —dijo no muy convencida.

Rafa prosiguió la entrevista.

—De entre todos los idiomas, ¿cuáles son tus favoritos?

—El ruso y el japonés, sin lugar a dudas.

—¿Y cómo haces para mantenerlos al día? Porque supongo que el inglés es fácil,

hay mucha gente a tu alrededor con quien practicar, y quizás el francés también, pero los demás...

—La conversación me cuesta practicarla, pero todos los días procuro ver alguna película en uno de esos idiomas para recordarlo y que no se me olvide; también leo libros. Tanto los unos como los otros los saco de la biblioteca de los institutos de idiomas donde los he estudiado. Allí me facilitan las cosas.

—Bien, eso es estupendo. ¿Sabes ya a qué se dedica la empresa?

—Sí, la chica que me ha atendido me lo ha dicho.

—¡Ah, sí! Verónica.

—Me ha explicado que el trabajo consiste en encontrar problemas en los ordenadores de otras empresas.

—En efecto. Y tenemos clientes en distintos países, de ahí que nos interese especialmente tu dominio de los idiomas, además, por supuesto, de tu capacidad con los ordenadores.

—Comprendo.

—¿Tendrías inconveniente en desplazarte fuera del país en caso necesario?

—En absoluto. Me encantaría practicar los idiomas en su país de origen. Y hasta ahora no he tenido ni mucho tiempo ni mucho dinero para viajar.

—Los viajes podrían prolongarse durante algunos meses.

—Sin problemas.

—Ni qué decir tiene que los desplazamientos supondrían un aumento en el sueldo.

—Bien.

—Durante el primer año cobrarías unos 1 500 euros con un veinte por ciento de incremento si tienes que salir del país. A partir del primer año, cuando hayas cogido experiencia, aumentará gradualmente. ¿Está dentro de lo que esperabas ganar?

—Sí, por supuesto. —Carla recordó que muchos de sus compañeros de carrera estaban vendiendo ordenadores a comisión.

—Por mí ya he terminado. ¿Tú quieres preguntar algo? —comentó Rafa dirigiéndose a Víctor.

—Si no te importa me gustaría hablar con ella en privado.

—¿Y tú? —le preguntó a Carla levantándose—. ¿Tienes algo que añadir?

—¿Significa esto que estoy contratada?

—En lo que a mí respecta, sí. A menos que tú no quieras.

—Sí, claro que quiero.

—Pues si te parece puedes empezar el lunes, así tienes unos días para organizarte. Tu currículum dice que vives en Puertollano, pero yo te recomiendo que busques alojamiento en Madrid y a ser posible cerca de la empresa. El horario puede ser muy irregular, y no sé si dispones de coche.

—Aún no he tenido tiempo para sacarme el carné, pero será lo primero que haga.

—No lo dudo. Bueno, Carla, encantado de tenerte con nosotros. Te dejo en manos de Víctor —se despidió saliendo del despacho.

Por un momento se quedaron solos mirándose uno al otro. Incrédula, Carla preguntó:

—¿De verdad no vas a poner objeciones a mi contratación?

Sin alterarse lo más mínimo, él contestó.

—Resultaría un poco extraño que lo hiciera cuando he sido yo quien te ha propuesto.

—¿Tú? ¿Tú me has propuesto para trabajar aquí?

—Sí, he sido yo. Supe por Irene que habías terminado y le hablé a Rafa de ti. ¿Por qué te extraña tanto?

—Pues porque tú y yo nunca hemos hecho buenas migas, seamos sinceros.

—Eso no quiere decir que no te considere una persona brillante e idónea para el puesto... a pesar de tus pintas.

Ella sonrió divertida.

—¿No te gustan mis pintas?

—Digamos que yo no me vestiría así si fuera mujer.

Carla miró burlona su traje impecable.

—Ya lo imagino.

—Estás muy cambiada... Ese peinado no te favorece demasiado.

Ella se tocó el pelo.

—Mi madre dice lo mismo.

—Dejémoslo en que te da un aspecto poco femenino.

—Nunca he sido muy femenina en el sentido en que lo ven los demás.

—Eso es verdad, pero al menos cuando tenías el pelo largo... y de un color natural...

—Mi pelo ha pasado por fases mucho peores.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo? Hace por lo menos cinco años que no nos vemos.

—Aunque llevo mucho tiempo fuera de casa, sigo siendo hermano de Irene y nos llamamos por teléfono con frecuencia. Y conociéndola no te extrañará que sepa hasta tu marca de pasta de dientes.

Carla se echó a reír y dijo tratando de escandalizarle, como había hecho siempre desde que eran niños:

—Y si me apuras también sabrás la de compresas.

Pero esta vez él no se dejó cortar y contestó:

—Yo hubiera jurado que usabas tampones.

—Según el momento —respondió divertida—. Bueno, ¿vamos a seguir hablando de mis pintas o vas a empezar a psicoanalizarme de una vez? No tengo todo el día.

—¿Qué te hace pensar que voy a psicoanalizarte?

—Eres psicólogo, ¿no? Ese es tu trabajo. Por cierto, no sé qué demonios pintas en una empresa que soluciona problemas informáticos. ¿Hipnotizas a los PCs para que te cuenten sus traumas?

—Los ordenadores te los dejo a ti, yo me dedico a las personas. Soy el psicólogo de la empresa.

—¿Tan terrible es el trabajo aquí que necesitan un psicólogo a tiempo completo para tratar al personal? ¿Me estás queriendo decir que voy a acabar más loca de lo que estoy?

—No creo que eso sea posible. Mi trabajo consiste, además de evaluar a futuros empleados, en decidir quién es adecuado para enviar a una empresa u otra. Y en los dos años que llevo aquí aún no he tenido que tratar a ningún empleado por trauma o depresión. Pero si se diera el caso, también formaría parte de mi trabajo. Y esta charla es solo para decirte que estoy a tu disposición si me necesitas para adaptarte o para cualquier otra cosa.

—¡Vaya, gracias! Creo que es la primera frase amable que te escucho en todos los años que hace que nos conocemos.

—Ha pasado mucho tiempo, Carla. Creo que si tenemos que trabajar juntos, ambos debemos enterrar el hacha de guerra.

—¿Tú y yo tendremos que trabajar juntos? Creía que yo me dedicaba a los ordenadores y tú a la gente.

—Quizás a veces tengamos que hacerlo, y por supuesto nos veremos con frecuencia.

«Sí, eso va a ser lo peor del trabajo», pensó. Bueno, podía manejar a Víctor Trueba. Siempre lo había hecho.

—De acuerdo —dijo tendiéndole la mano. Él se la estrechó también con un apretón fuerte y firme que le hizo comprender que el adolescente tímido y retraído ya no existía y se encontraba ante un hombre seguro de sí mismo, a pesar de que tenía pinta de seguir siendo tan capullo y tan pijo como siempre.

—Nos veremos el lunes.

—Sí. Hasta entonces.

—Te acompaño.

—No es necesario... Prefiero que no lo hagas. No quiero que piensen que voy a gozar de favoritismos por el hecho de que me conozcas.

Víctor la miró muy serio.

—No se trata de favoritismos, sino de educación. Acompaño a todos los aspirantes.

—En ese caso...

Carla salió del despacho con él. Físicamente también había crecido en el tiempo que llevaba sin verle. Ella no se consideraba una mujer baja con su casi metro ochenta, pero él le sacaba media cabeza. No le recordaba tan alto.

Víctor la acompañó hasta la puerta sin que se cruzaran con nadie y luego, eufórica, Carla se dirigió de nuevo a la estación para regresar a Puertollano.

Capítulo 2

Víctor

Carla llegó a su casa feliz. No esperaba conseguir el trabajo con tanta facilidad. Después de comunicárselo a su familia empezó a forjar planes para el futuro.

Lo primero sería encontrar casa, algo pequeño que pudiera decorar a su gusto y sobre todo que le permitiera vivir a su aire. También tenía que comprar alguna ropa que pudiera ponerse cuando tuviera que acudir a alguna empresa como le había dicho Verónica, pero antes tenía que llamar a su amiga Irene, la hermana de Víctor, mucho menos seria y estirada que él, para darle la noticia.

Hacía un par de años que la vida de ambas amigas circulaba por distintos caminos. Al contrario que ella, Irene no había querido estudiar y se había matriculado en un curso de arte dramático, se había hecho actriz de teatro, y recorría el país representando obras no excesivamente comerciales. Pero siempre estaban en contacto.

En aquel momento se hallaba en Oviedo y, a juzgar por el éxito que estaban teniendo, permanecería allí unos meses.

Miró el reloj, era la una del mediodía. Podría pillarla desayunando.

Marcó el número del móvil de su amiga y su voz somnolienta la saludó después de varios timbrazos.

—Diga.

—Irene, ¿te he despertado?

—¿No se nota?

—Pues te aguantas que ya es más de la una.

—¿No te ha dicho nadie nunca que eres una zorra egoísta?

—Sí, tú a menudo, pero me da igual, ya lo sabes. Y la noticia que tengo que darte merece que te haya despertado.

—¿Vas a casarte?

—¡Nooooo! ¡Ni de coña!

—Entonces nada merece que me hayas despertado.

—¿Que no? Ya verás cuando te lo cuente. Tengo trabajo, un trabajo en el que gano un pastón al mes.

—¡Joder! —La voz de sueño sonó ahora muy despierta—. ¿Quiere eso decir que podré pedirte un préstamo cuando no tenga un euro?

—Por supuesto. Pero aún hay más.

—¿Tienes que acostarte con alguien para agradecérselo?

—¡Por Dios, espero que no! Porque no te imaginas quién me ha recomendado

para el puesto.

—¿Brad Pitt?

—A ese no le diría que no. Más increíble.

—¿El rey en persona?

—¡Siéntate! Tu hermano Víctor.

—Espera un momento, Carla, creo que aún estoy dormida. Voy a lavarme la cara a ver si me despejo. He entendido fatal lo que me has dicho.

—No, has oído bien. El estirado, impasible y supersoso Víctor Trueba... a menos que se trate de una broma de cámara oculta, claro.

—¿Mi hermano fuma drogas ahora?

—No lo parece. Tiene el mismo aspecto cutre de siempre.

—Entonces no lo entiendo.

—Ni yo tampoco. Pero es cierto, él mismo me ha confesado que ha sido quien ha puesto a la empresa sobre mi pista para que me contratase.

—¿Y qué pintas tú en un gabinete de psicólogos?

—No es un gabinete de psicólogos sino una empresa que soluciona problemas informáticos en otras empresas.

—Y entonces, ¿qué demonios hace allí mi hermano?

—A mí también me extrañó, pero cuando le pregunté me dijo que se encargaba de evaluar al personal que contratan y de decidir a qué empresa envían a cada empleado.

—¡Qué chollo! ¿Se tira a la jefa o algo parecido?

—Pues no sé, no creo. A mí me han presentado a un jefe varón. Y tu hermano puede ser un soso y un pijo, pero no tiene pinta de gay.

—A lo mejor a quien se tira es a la mujer del jefe. Cuando lo averigües me lo cuentas.

—Y hablando de eso, a ver si no le cuentas a él mi marca de pasta de dientes.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque dijo que lo sabía todo de mí por ti. Que lo tienes informado al detalle de mi vida y milagros.

—No es para tanto. Alguna vez has salido en la conversación, pero nada de contarle toda tu vida.

—Eso espero, y menos ahora que vamos a trabajar juntos.

—No, ahora serás tú quien me lo cuente todo de él a mí. ¡Cómo me voy a divertir cuando lo vea, sabiendo toda su vida! ¡Con lo reservado que es!

—Yo no soy una cotilla, Irene, y mi intención es mantenerme lo más lejos de tu hermano que pueda, no vaya a ser que se me pegue algo.

Las carcajadas de Irene resonaron a través del aparato con tanta fuerza que Carla tuvo que apartarlo de la oreja por un momento.

—Bueno, te dejo o esta llamada va a costarme un riñón. Y aún no pago con mi propio dinero. ¡Dios, qué bien suena eso! Espero que la próxima vez que vengas a Madrid te alojes en mi casa.

—Por supuesto. Nos divertiremos. Adiós, Carla.

Apagó el móvil y se tumbó en la cama a descansar un rato hasta que su madre la avisara de que la comida estaba en la mesa, cosa que solía ocurrir a las tres en punto, ni un minuto antes ni uno después.

Y como siempre que hablaba con Irene, le entró la nostalgia de su compañía y de su amistad.

Habían sido amigas desde la niñez, sus chalés estaban uno junto al otro y se veían todos los días, pero sobre todo durante los fines de semana y vacaciones eran inseparables.

Irene tenía un año menos que ella, pero las dos poseían un carácter abierto e inconformista que contrastaba con la tónica de sus respectivas familias. Siempre se habían refugiado la una en la otra y habían tapado sus mutuas travesuras, y también juntas se habían burlado de Víctor, cuatro años mayor que Irene, y que era incluso más viejo y más conservador que el resto de la familia.

Ambas se divertían escandalizándole cuando no estaban sus padres, conscientes de que el chico tímido y retraído nunca las delataría.

Ya de adolescentes les encantaba provocarle, sobre todo a ella, porque Irene, a pesar de su diferencia de carácter, sentía un profundo cariño por su hermano mayor y procuraba que no se pasaran con las bromas.

Pero Carla siempre había sentido una extraña satisfacción en dejarle cortado y en perturbarle, sobre todo desde que Irene le dijo que le había descubierto asomado a la ventana de su habitación, que daba a la piscina de Carla, mirando cómo ella se bañaba. Y desde entonces no perdía ocasión, cada vez que adivinaba su silueta junto al cristal y estaba sola en casa, de quitarse la parte superior del bikini antes de tirarse al agua.

Las primeras veces que lo hizo tenía catorce años, y cuando se encontraban en alguna de las barbacoas semanales que solían compartir las dos familias, Carla miraba divertida el profundo rubor y la turbación del chico, mayor que ella en edad, aunque al menos diez años menor en mentalidad.

Después, cuando él se fue habituando y ya no demostraba ninguna reacción en su presencia, Carla perdió interés en el juego y lo dejó.

También tenía que reconocer que sus pechos se habían desarrollado más y no tenía ganas de enseñárselos a un niño lleno de granos.

Nunca le había comentado nada de eso a su amiga, y estaba segura de que él no se lo había dicho a nadie. Y tampoco del día en que lo besó.

Había ido a casa de Irene a buscarla, pero no la encontró. Al salir lo vio echado en la tumbona en bañador, tomando el sol con los ojos cerrados, y las ganas de burlarse de él fueron tan fuertes que ni siquiera se lo pensó: se acercó y le besó.

Sorprendido, Víctor abrió los ojos y ella aprovechó su desconcierto para meterle la lengua en la boca, jugueteando durante unos pocos segundos, y luego tan bruscamente como había empezado terminó y se alejó riéndose, dejándole azorado y

evidentemente excitado. Volvió la cabeza y le encontró mirándola con los ojos muy abiertos.

—¡Hazte una paja, creo que la necesitas! —le susurró.

Él cogió un almohadón de la tumbona y se lo puso sobre el bañador, mientras ella se reía aún más.

¡Dios, esperaba no tener que depender de él en el trabajo o la jodería viva después de las cosas que le había hecho en el pasado!

Aunque en cierto modo se había vengado de ella y de Irene cuando ya algo mayores, él tendría veinte años y ellas diecisiete y dieciséis respectivamente, empezaron a salir de noche. Solo les permitían quedarse hasta tarde si él las acompañaba y las traía a casa en el coche. Y tuvieron que tragar o recogerse a las diez de la noche cuando pasaba el último autobús.

Por mucho que intentaron convencerle de que se marchase por un lado y ellas por otro y se reunieran a la hora de regresar, nunca lo consiguieron. Lo tenían como una sombra pegado a ellas toda la noche. No les permitía beber más de una copa y les espantaba a todos los tíos buenos de las discotecas. Una noche entre las dos le habían buscado una amiga para que le distrajera metiéndole mano, mientras ellas intentaban ligarse a dos hermanos que estaban buenísimos, pero no había funcionado. El muy cabrón no se había dejado seducir. Carla, y también Irene, jamás le habían visto enrollado con una tía. «¡Seguro que se mata a pajas!», decían.

Y a pesar de eso, como le había dicho a Irene, no tenía ninguna duda de que no era homosexual. Quizás solo tímido... o gilipollas. Aunque le parecía recordar que su amiga le había comentado hacía tiempo que tenía una novia, tan pija y tan cursi como él, pero no le había durado mucho. Ni siquiera una de su calaña lo aguantaba.

Aunque tal vez su amiga tuviera razón y se estuviera tirando a alguien de la empresa para tener ese buen empleo en el que aparentemente no había mucho que hacer.

Después, cuando cumplió los dieciocho años, Carla empezó la carrera y se marchó a Madrid a estudiar, mientras que él se había matriculado en Sevilla y dejó de verle. Solo sabía de él por lo que Irene le contaba: «Mi hermano sigue como siempre». Y nada más. Estaba muy interesada en los cambios que experimentaba su vida para preocuparse por su hermano, y Carla apenas había tenido noticias de Víctor. Hasta aquella mañana. Realmente esperaba que él hubiera olvidado todas aquellas cosas, o ella lo iba a pasar muy mal en el trabajo.

Capítulo 3

La casa multicolor

Carla aprovechó al máximo los cuatro días de que disponía hasta su incorporación. Lo primero que hizo fue echar mano de sus ahorros y buscar un piso a su gusto.

No le costó encontrarlo porque lo que ella quería no estaba muy solicitado, y el segundo que le ofertaron en la inmobiliaria fue totalmente de su agrado.

Había pedido una sola habitación con un baño y una cocina, no importaba que fuera pequeña, o un espacio en la habitación principal donde pudiera instalar una.

El primero que vio era un caserón viejo que rechazó nada más entrar, pero el segundo era una gran estancia cuadrada con un baño de tamaño mediano en un extremo y una cocina minúscula en el otro, con apenas capacidad para un hornillo de gas con horno, un fregadero y una pequeña tabla donde colocar un microondas. Le bastaba, no iba a cocinar demasiado para ella sola.

Lo mejor de todo era una gran ventana que daba mucha luz con un banco debajo. La parte superior del mismo se levantaba y ofrecía un espacio donde guardar cosas, y Carla decidió que aquello sería ideal para tener las mantas y demás ropa de cama, y que junto a aquella ventana colocaría el ordenador.

Era un quinto piso con una terrible escalera, pero era joven y tenía buenas piernas, y además así se ahorraría el gimnasio. Al ser el último piso no tendría a ningún vecino molesto encima y tampoco lo tenía enfrente, por lo que disfrutaría de mucha intimidad, que en ese momento era lo que más deseaba, después de vivir toda su vida en casa de sus padres y tras compartir habitación con una compañera durante cinco años.

Formalizó el contrato de alquiler, pagó la primera mensualidad y comprobó que aún le quedaba para comprar pintura y algunos muebles imprescindibles. Ahora se alegraba de no haber aceptado el regalo de fin de carrera que sus padres le ofrecían: el carné de conducir, sino el dinero en metálico que era el que ahora le estaba permitiendo preparar su casa. Se puso manos a la obra para instalarse.

Compró una gran lata de pintura verde manzana y le dio dos buenas manos a la pared; fregó ventanas, cocina y baño a conciencia y después se fue a una tienda de muebles que ofrecía rebajas en restos de serie.

Sin permitir que nadie le aconsejara, solo Irene le hubiera entendido, rebuscó entre los muebles amontonados sin orden ni concierto en el almacén y compró una mesa de madera para el ordenador y una silla azul regulable en altura para trabajar en él, un sofá verde, grande y mullido que se abría como un libro convirtiéndose en

cama, y lo llenó de almohadones de todos los colores imaginables.

Eligió también un armario grande y pesado de cuatro puertas en el que tendrían que compartir espacio la ropa y también los platos, vasos y demás cacharros de cocina, porque en la misma no había sitio para ningún mueble, y una estantería que pintó de naranja, del mismo color que pensaba comprar las cortinas, aunque estas tendrían que esperar hasta cobrar el primer sueldo, igual que la lavadora y el frigorífico. De momento se las apañaría comprando solo lo que necesitaba para un día o dos, y lavaría a mano.

Le confiscó a su madre dos vasos, dos platos, un par de sartenes y una cacerola, en espera de poder ir haciéndose con todo lo que necesitaba, y rechazó cualquier regalo que esta quiso hacerle en cuestión de menaje para la casa, segura de que no le gustaría. Los cubiertos los compró de plástico y se mudó feliz a su nueva casa, ante el horror de su madre de que su única hija viviera como una perfecta mendiga, sin disponer siquiera de lo que ella consideraba más indispensable.

Todavía le quedó un día para empezar a trabajar y lo pasó disfrutando de su libertad. Paseando, recorriendo la ciudad y al caer la tarde, regresando a su casa donde se preparó una tortilla y se la comió sentada en el suelo.

Más adelante compraría una mesa baja, como las de los japoneses, para comer sentada en el suelo, no era muy cómodo sostener el plato con una mano mientras comía con la otra. Se echó a reír solo de imaginarse lo que pensaría Víctor Trueba de ella si la viese en aquel momento. Víctor, con su impecable traje y su corbata y, probablemente, sus muebles de diseño.

Terminó de comer y se tendió en el suelo estirando brazos y piernas y sintiéndose la persona más feliz del mundo.

Capítulo 4

La empresa

Carla se preparó para su primer día de trabajo poniendo también cuidado en no pasarse con la ropa hasta que estuviera un poco más segura del terreno que pisaba.

Se puso un pantalón vaquero bastante gastado y un jersey de rayas multicolor, que se había hecho ella misma con restos de lana que su abuela le había dado, se enrolló una bufanda de lana negra al cuello, porque era muy friolera, y un abrigo también de lana, negro y largo hasta la rodilla.

Salió con tiempo para darse el gusto de ir andando a pesar del frío de la mañana. Caminó a paso rápido sintiéndose eufórica y llena de vitalidad y tratando de no recordar que tendría que encontrarse con Víctor Trueba dentro de un rato.

Entró en el edificio y se dirigió, como en la ocasión anterior, al mostrador para preguntar dónde debía presentarse.

—Sube al despacho de Vero y ella te dirá dónde te instalarán. Yo soy Julia.

—Yo Carla.

Trató de orientarse entre el laberinto de pasillos y al final lo encontró sin demasiada dificultad.

—Buenos días —saludó entrando.

—Hola, Carla. ¿Ves como sí te fichaban? Pasa, tengo aquí tu contrato y todo el papeleo preparado.

—Gracias.

—Rafa quería verte cuando llegaras, pero ha tenido que salir para asesorar a una empresa que solicitaba su especialidad, así que se encargará Víctor de enseñarte todo esto y de presentarte al personal. Y también determinará tu primer trabajo para esta tarde.

—¿Él será mi jefe y me asignará los trabajos?

—No, aquí el único jefe que hay es Rafa, y todos los demás están al mismo nivel por debajo de él.

—¿Tú eres su secretaria?

—No exactamente. Yo tengo aquí mi cometido como todos los demás, y puede decirse que en cierto modo estoy al servicio de todo el mundo. Y Víctor reparte, de común acuerdo con Rafa, todos los trabajos. Y en su ausencia, sí se encarga él, pero no es tu jefe.

—Ya... menos mal.

—¿Por qué lo dices? ¿No te agrada Víctor?

—No es eso —dijo con cautela—. En realidad nos conocemos desde hace años,

era mi vecino, y nuestra relación no puede decirse que fuera muy cordial. No quisiera depender de él en el trabajo si puedo evitarlo.

—Tranquila, Víctor no es de los que trasladan sus asuntos personales al trabajo. Aunque fuerais enemigos mortales él nunca se aprovecharía de ser tu jefe para fastidiarte. Es un hombre muy justo.

—Eso espero.

—Ha dicho que aguardes aquí a que llegue, está repartiendo el trabajo a los demás.

Apenas Carla había terminado de leer y firmar los documentos, se abrió la puerta y entró Víctor con la misma ropa que llevaba la última vez que lo vio.

—Buenos días. Perdona si te he hecho esperar.

—Acabo de terminar de rellenar el contrato y el resto de papeles.

—¿Ya está todo listo, Vero?

—Sí, yo ya he terminado, es toda tuya.

—Vamos entonces, te presentaré al resto y te daré tu primer trabajo.

Carla se levantó y sintió la mirada de él recorrerla de arriba abajo. Cuando se encontraron solos, ella le preguntó.

—¿Qué pasa, no te gusta mi jersey?

—¿He dicho yo algo?

—No, pero te he visto mirarlo.

—No he podido dejar de hacerlo, ni nadie lo hará. Tiene todos los colores del arcoíris por lo menos.

—La vida es un arcoíris, Víctor, llena de color. ¿Cuándo te vas a dar cuenta? No todo es blanco y negro, como lo ves tú.

—¿Quién te ha dicho que yo lo veo todo blanco y negro?

—No hace falta tener mucha imaginación para saberlo.

Víctor se paró en medio del pasillo y se volvió hacia ella.

—Carla, vamos a trabajar juntos y tenemos que vernos con mucha frecuencia en el futuro. ¿Por qué no olvidamos el pasado? Los dos éramos unos críos entonces. Yo ya no soy el niño tímido que era y tú probablemente tampoco eres la misma de entonces. Vamos a darnos una oportunidad y hagamos nuestro trabajo en paz.

—¿Crees que podrás? Olvidar el pasado, quiero decir.

—Yo sí. ¿Y tú?

—También, supongo.

—Bien, entonces sígueme.

Víctor la acompañó hasta una amplia sala donde trabajaban otras dos personas. Un chico castaño, bastante alto, pero que al lado de Víctor parecía de pequeña estatura, y cara traviesa y simpática que se presentó como Javier e inmediatamente la invitó a ir con él a desayunar, y una mujer de unos treinta años, alta y con el pelo cortado a lo paje, que se presentó como Marina.

Víctor le señaló una de las dos mesas libres al fondo de la habitación.

—Esta será tu mesa y tu terminal. Puedes conectarlo con el de tu casa si lo crees necesario, pero nunca con los de las empresas para las que trabajes. Lleva y trae toda la información en discos, y siempre protegidos por contraseña, así como el acceso a este ordenador. La contraseña debe saberla también otra persona, Rafa o yo, para un caso de emergencia, pero nadie más, ¿entiendes?

—Sí.

—Te servirá también para escribir los informes de los trabajos que se te asignen, de los cuales tendrás que pasarle un informe diario a Rafa, y en caso de que él no esté, a mí. Si tienes alguna duda de cualquier tipo, pregúntale a Verónica, ella sabe todos los aspectos de la empresa mejor que nadie.

—¿Incluso mejor que tú? —se burló—. Creí que eras el segundo de a bordo.

—Sus competencias abarcan más temas que los míos. Ella te informará de cualquier cosa, pero si lo prefieres, yo también estoy a tu disposición.

Cogió una carpeta que estaba colocada en un ángulo de la mesa y la abrió.

—Y este es tu primer trabajo. Se trata de una notaría, aquí está escrita la dirección. Al parecer tienen algún tipo de virus que les impide abrir el correo electrónico. ¿Crees que podrás con ello?

Carla le miró con expresión ofendida.

—Estás de coña, ¿no? Eso lo solucionaría un crío. En un par de horas estará listo.

—No cantes victoria antes de tiempo... Asegúrate de que queda eliminado del todo. No sería la primera vez que se da por limpiado y vuelve a las andadas.

—No si lo he hecho yo. Ya te darás cuenta de que soy muy concienzuda.

—No lo dudo. Bueno, te esperan a las once, y si terminas pronto puedes marcharte a casa. Seguramente ya no te dará tiempo a volver y el informe podrás presentarlo mañana.

—¿Hasta qué hora estáis aquí?

—Hasta las tres más o menos.

—Bien, así aprovecharé la tarde. Aún me faltan algunas cosas por arreglar en la casa.

—¿Has encontrado casa? ¿En Madrid y en cuatro días?

—En efecto, y la he pintado y amueblado.

Él levantó las cejas.

—¿Y has hecho un buen trabajo?

—Para mí, sí. Pero a ti seguro que no te gustaría.

—Probablemente, no. Y ahora me marcho, tengo tarea. Aún tienes tiempo de desayunar con Javier antes de irte.

—Ya he desayunado; dile que iré otro día.

Víctor la miró sorprendido.

—¿Vas a pasarte toda la mañana sin comer nada? Una vez que entres en la notaría no podrás salir hasta que acabes.

—No importa, aguantaré hasta mediodía.

—No me lo puedo creer, con lo tragona que eres. ¿Estás a dieta o qué?

—No, simplemente no me apetece comer nada a media mañana.

—Bien, como prefieras. Pero es posible que Javier se lo tome como que no quieres ir con él.

—No es nada de eso, ya iré otro día... más adelante.

—Como quieras.

Víctor la dejó en su mesa y se marchó al despacho de Verónica. Cerró la puerta a sus espaldas y le pidió:

—Vero, ¿puedes hacerme un favor sin que se entere nadie?

—¡Caray, Víctor, eso sí que es una sorpresa! ¿Tú con un secreto?

—Yo tengo muchos secretos.

—Sí, pero esos ya los conozco.

—Bueno, dame un recibo para gastos de doscientos euros a descontar de mi nómina, y dale el dinero a Carla en calidad de anticipo haciéndole ver que es norma de la empresa adelantar algo del primer sueldo.

—Pero eso no es verdad, la empresa nunca hace adelantos sobre las nóminas y menos a los nuevos.

—Ya lo sé, por eso te lo estoy pidiendo como favor, porque me temo que anda bastante mal de fondos. Cuando se niega a ir a desayunar es porque no tiene dinero para hacerlo.

—¿Por qué no se lo ofreces tú directamente? Si se entera Rafa...

—Si se entera Rafa yo hablaré con él. La que no debe enterarse nunca es Carla. Jamás aceptaría nada de mí, y mucho menos dinero.

—¿Qué le pasa contigo? Creía que os conocíais, que por eso la recomendaste.

—Digamos que nuestra relación en el pasado no ha sido muy amistosa.

Verónica se echó a reír.

—¿Erais amantes y acabasteis tirándoos los trastos a la cabeza?

—Peor que eso. Fui su perro guardián durante la adolescencia. Era mi vecina y amiga de mi hermana y no las dejaban salir de noche si yo no las acompañaba. Y nunca les permití emborracharse, ni fumar porros, ni ligar con tíos mayores... nada de lo prohibido mientras estaban bajo mi tutela. Intentaron burlarme muchas veces, pero nunca lo consiguieron. Creo que no me lo ha perdonado.

—¡Qué bueno! Así preguntó esta mañana si tú serías su jefe y respiró aliviada cuando le dije que no.

—¿Le dijiste que no?

—Bueno, tiempo tendrá de enterarse cuando llegue el momento, ¿no te parece?

—Sí, es verdad. Esto forma parte del adiestramiento.

—Está bien, le daré el dinero, pero procura que no se entere nadie. Ya sabes lo que me juego, lo que nos jugamos.

—Yo soy el primer interesado en que no se sepa... pero Carla es muy capaz de quedarse sin comer antes que pedir nada, ni siquiera a su familia.

—Es una chica muy peculiar.

—Sí —respondió él—. Es todo un personaje.

Capítulo 5

La protesta

Carla agradeció el anticipo que Verónica le dio antes de salir hacia la notaría.

El trabajo en la misma apenas le duró dos horas; como había previsto, era un juego de niños para ella.

Durante los días siguientes se repitió una rutina parecida: Víctor, y a veces Rafa, le daban unas direcciones a las que debía desplazarse, casi siempre a realizar trabajos fáciles y de principiantes, que la hacían sentirse frustrada.

Pensando que era lógico que hasta conocer sus capacidades se le encargaran trabajos de poca importancia, aguantó sin rechistar.

Cuando veinte días después cobró su primera nómina, apartó el dinero del alquiler y el necesario para comida y volvió a la tienda de muebles y menaje a comprar algunas de las cosas que le seguían faltando.

Eligió una lona a rayas naranja y blanca y encargó unos estores para la ventana, compró una vajilla turquesa con flores verdes que le costó bastante más de lo que había pensado gastarse, pero a la que no pudo resistirse; una gruesa alfombra en tonos amarillos y verdes, que intuía sería uno de sus asientos favoritos y un microondas, además de los utensilios de cocina que necesitaba.

Había tenido que elegir entre la lavadora y todo lo demás y decidió que podría seguir lavando la ropa en el lavabo durante otro mes. Y el frigorífico también debería esperar. Como hacía frío se las arreglaría comprando solo lo necesario para un día o dos.

Cada mañana llegaba al trabajo con la esperanza de que le encargasen algo un poco más complicado, pero seguía sufriendo la misma decepción. Cuando les preguntaba a los demás si ellos también hacían ese tipo de cosas, le contestaban con evasivas y aconsejándole que tuviera paciencia.

Cuando iba a cumplirse su segundo mes allí, un buen día sintió que su paciencia se agotaba. Al entrar en el despacho de Verónica a entregarle el informe del trabajo de la jornada anterior, le dijo con cierta brusquedad:

—Aquí tienes el informe chorra del día.

Vero levantó la cabeza divertida. Ambas habían congeniado fácilmente y de todo el personal era con quien Carla tenía más confianza. Esta sabía que dijera lo que dijese aquella nunca soltaría una palabra.

—¿De mal humor?

—No puedo tenerlo muy bueno después de las cosas que estoy haciendo. ¿Hoy también vais a darme un trabajo de mierda?

—No tengo ni idea, yo no reparto los encargos, ya lo sabes.

—Pero sí conoces lo que se solicita cada día y seguro que intuyes lo que le van a dar a cada uno. Marina hace tres días que casi no aparece por aquí, debe estar haciendo algo importante, y también Rafa está de viaje desde ayer. Dime, ¿qué van a darme? Si me dices lo que ha entrado hoy quizás yo pueda pedir algo un poco más interesante.

—No puedo decírtelo, Carla, de verdad. Es confidencial.

—¿Confidencial? ¡Y un cuerno! ¿Qué puede tener de confidencial quitarle a una farmacia un programa coñazo que se le ha colado por Internet que cualquier niño de ocho años puede eliminar? Todo esto es cosa suya, lo sé.

—¿De quién?

—¿De quién va a ser? De Víctor. Se está vengando de mí por lo fino. ¡Tanta palabrita!: «Vamos a olvidar el pasado... démonos una oportunidad...». ¡Y un cuerno! En realidad quería decir: «Ahora te tengo bajo mis garras y te voy a fastidiar». Pero no estoy dispuesta a consentirlo. ¡Como hoy me largue otro trabajo basura se va a enterar! Si cree que voy a aguantarle que pague conmigo todas sus neuras está apañado. ¿Dónde anda?

—En su despacho.

—Voy allá... Y por tu bien, Víctor Trueba, dame algo medianamente interesante.

Cerró la puerta del despacho de Verónica con cierta brusquedad.

«¡Caray, cómo me gustaría ver esto!», pensó aquella. Pero ni siquiera podría escucharlo por mucho que gritara, porque todas las habitaciones estaban insonorizadas.

Carla entró en el despacho de Víctor sin ni siquiera llamar, y nada más verla, él supo que iba muy alterada.

—Hola, Carla, pasa. ¿Ya has presentado el informe de ayer?

—Sí, quinientos folios a dos caras sobre cómo evitar que a un ordenador le salten las mayúsculas cada vez que se pulsa la tecla «intro». He hecho una labor brillante y genial, digna de un Premio Nobel.

—No es culpa nuestra si las empresas no saben arreglar ese tipo de cosas, tenemos que atender todo lo que nos piden.

—Sí, eso lo comprendo —dijo ella sentándose en el borde de la mesa, en vez de hacerlo en la silla frente a él como solía.

Víctor frunció el ceño, pero no dijo nada, sino que continuó mirándola imperturbable sin demostrar la más mínima emoción en su cara.

—¡Lo que no entiendo es por qué todas esas chorradas me las largáis a mí!

—Porque eres la última que ha entrado en la empresa.

—¡Y un cuerno! —estalló—. ¡Todo esto es cosa tuya, tú me estás boicoteando!

—Los trabajos los decidimos a medias Rafa y yo.

—Pero ahora él está de viaje y el trabajo de ayer me lo largaste tú solo. ¡Cinco años de carrera y nueve idiomas para quitarle las mayúsculas a un PC que ni siquiera

está conectado en red! ¡Todo esto es cosa tuya! Te estás vengando de mí, lo sé. Lo tenías todo pensado, viniste a buscarme para hundirme después profesionalmente. Has esperado años para resarcirte.

Él la miraba en silencio sin alterarse lo más mínimo, mientras Carla sentía hervir la sangre en su interior.

—Tú has visto muchas películas —dijo él al fin—. El mundo del trabajo, y sobre todo el de los ordenadores, es mortalmente aburrido.

—Eso no es cierto. Todos los demás flipan con el trabajo y se callan cuando yo me acerco, probablemente para que no sepa que me largáis toda la porquería de la empresa. ¡Pero yo no soy tonta, Víctor! Me he dado cuenta de tu juego.

Viendo que él seguía sin inmutarse y que sus palabras no le afectaban, se bajó de la mesa y, colocando ambas manos sobre la misma, se inclinó amenazadoramente sobre él, que tampoco se movió un centímetro.

—¡Y no me mires así!

—¿Cómo te miro?

—Como si estuviera loca. No lo estoy, sé muy bien lo que me digo. Y tú también lo sabes. No has podido olvidar nada de todo aquello.

—¿Qué es lo que no he podido olvidar, Carla?

—Lo sabes de sobra.

—Yo no sé nada ni recuerdo nada que motive esa venganza que tú dices. Al parecer la que no ha podido olvidar ciertas cosas has sido tú... y creo que estás algo paranoica.

—¡A mí no trates de psicoanalizarme! Yo no soy ningún paciente tuyo.

—Afortunadamente, porque me volverías loco.

Con calma, Víctor cogió una carpeta de encima de la mesa y se la entregó.

—El trabajo de hoy.

Sin mirarla siquiera, Carla se la quitó de la mano de un tirón y se dispuso a salir.

—Hablaré con Rafa de esto cuando vuelva —dijo.

—Estás en tu derecho.

Capítulo 6

La verdad

El viaje de Rafa se prolongó durante una semana más. Mientras, los trabajos de Carla continuaron siendo aburridos y ella se armó de paciencia esperando que llegase su jefe para presentarle una reclamación en firme contra Víctor. A este ni siquiera le dirigía la palabra cuando iba a recoger los encargos, pero él seguía tratándola como siempre, con esa amabilidad cortés que le caracterizaba, y actuaba como si entre ellos no hubiera existido ninguna discusión. La saludaba si se cruzaban en algún momento, fingiendo ignorar que Carla no le respondía, le preguntaba por el trabajo del día anterior sin acusar la sorna con la que ella le contestaba. Y así llegó el fin de semana.

Por fortuna, el lunes Rafa se incorporaría y Carla estaba dispuesta a no esperar ni un día más para hablar con él. Le abordaría apenas llegara por la mañana, antes de que Víctor le largara otra estupidez.

El sábado por la tarde estaba organizando unos libros en la estantería naranja cuando le sonó el móvil. Miró el número que aparecía en la pantalla y no lo reconoció.

—¿Diga?

—Carla...

¡Joder! ¿Quién le habría dado el número?

—¿Qué quieres? Estoy ocupada.

—Tengo que hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar fuera del trabajo.

—Es un asunto de trabajo.

—Entonces espera al lunes.

—El lunes será oficial, pero yo prefiero hablar contigo antes en privado para que no te coja por sorpresa y estés preparada.

Carla apretó el móvil con fuerza hasta que se le pusieron blancos los nudillos. Se las había ingeniado para que la despidieran, seguro, y quería darse la satisfacción de decírselo él mismo. ¡Bien, si quería guerra, tendría guerra!

—De acuerdo, te daré la oportunidad de explicarte.

—Es un asunto bastante delicado y confidencial, Carla. No quisiera hablarlo en un lugar público. ¿Voy a tu casa o prefieres venir tú a la mía?

—Mejor ven tú, prefiero estar en mi terreno. No me sentiría cómoda en tu casa.

—De acuerdo, estaré ahí en media hora. ¿Te viene bien?

—Sí, perfecto.

Apagó el móvil con rabia. Si iban a despedirla tendría que renunciar a todo

aquello que tanto trabajo y economía le estaba costando conseguir. Aunque tal vez estuviera equivocada y Víctor no quisiera decirle que iban a prescindir de ella, pero ¿qué otra cosa podría ser? Había dicho que quería que estuviera preparada, y eso no significaba nada bueno. Tal vez quería hacerle saber que si deseaba seguir trabajando en la empresa debía asumir que nunca dejaría de hacer ese tipo de trabajos vulgares. ¡Y eso sí que no estaba dispuesta a permitirlo! No iba a consentir que se saliera con la suya. Si eso era lo que iba a decirle, ella misma renunciaría al trabajo. Prefería servir hamburguesas en un McDonald's antes que ver su sonrisa prepotente cada vez que le diera un trabajo de principiantes. Y tal vez esa fuera la solución si la despedían: buscaría cualquier cosa, cualquier trabajo antes que renunciar a su casa y a su independencia. Estaba tan orgullosa de lo que había conseguido, de poder vivir en un lugar decorado a su gusto, de disponer de su tiempo libre, de tirarse en aquella mullida alfombra y revolcarse por ella sin que nadie le dijera que no debía hacerlo... Miró el reloj, pronto estaría allí Víctor, tenía que prepararse. Si iba a decirle que la despedían o cualquier otra cosa desagradable, ella no iba a ponérselo fácil. Iba a hacerle sentir muy incómodo, y no solo por lo que tuviera que decirle, ella sabía muy bien cómo.

Cuando a la hora en punto sonó el timbre de la puerta, se dio un rápido vistazo y se apresuró a abrir. Se había cambiado de ropa y se había puesto la falda más corta que tenía, que apenas le llegaba al filo de las bragas, y que siempre solía usar con unas tupidas medias de lana negras. Pero en esta ocasión, llevaba las piernas desnudas e incluso iba descalza. También llevaba una camiseta gris con dibujos rosa, con escote de pico, pero que había ladeado de forma que le dejara uno de los hombros al descubierto. Y por supuesto había prescindido del sujetador, y los pechos se movían libres bajo la ropa. Víctor Trueba iba a sudar.

Había subido la calefacción al máximo porque era muy friolera y no quería romper el efecto tiritando delante de él. Abrió la puerta con aire decidido.

Víctor estaba frente a ella sorprendentemente vestido con un pantalón de pana gris, un jersey negro de cuello vuelto y un chaquetón también de pana encima.

—¿Las escaleras son para disuadir a los acreedores o a las visitas?

—No tengo acreedores. De lo que no puedo pagar, prescindo. No tengo gustos caros ni necesito mucho. Y el ejercicio es bueno para la salud.

—¿No me invitas a pasar?

—Sí, claro. Es que me he quedado un poco sorprendida al verte. Yo creía que llevabas el traje azul adherido al cuerpo con pegamento.

—Digamos que el traje es mi uniforme de trabajo, y cuando estoy fuera de él, me lo quito.

Carla se había echado a un lado y Víctor entró en la habitación. Apenas ella cerró la puerta observó el desorden y el impacto multicolor de la misma. Y también notó el calor asfixiante.

—Tu casa también es un arcoíris.

—Por supuesto, todo en mi vida lo es. Y también veo que todo en la tuya es oscuro —dijo mirando su ropa.

—Aquí hace un calor espantoso. ¿Te importa si me quito el chaquetón?

—En absoluto, ponte cómodo.

—¿Cómo puedes aguantar esta temperatura?

—Soy friolera, y como en casa no me gusta estar forrada de ropa como en el trabajo, pongo alta la calefacción.

Víctor se quitó el chaquetón y miró a su alrededor buscando dónde colocarlo.

—Puedes ponerlo en el respaldo de la silla; no tengo perchero, es una de las cosas de las que tengo que prescindir.

Él lo dobló cuidadosamente y, volviéndose de espaldas, lo colocó en el respaldo de la única silla que había en la habitación. Carla aprovechó para echarle un vistazo sin que él se diera cuenta. ¡Estaba guapo con aquella ropa! Había que reconocerlo. Debería quitarse el traje más a menudo.

—Puedes sentarte en la silla si quitas los libros de encima, o en el banco que hay debajo de la ventana, aunque este puede quedar un poco bajo para ti. O tal vez prefieras el sofá, aunque si eliges este, no lo alborotes mucho porque es donde duermo. Esta es la única habitación de la casa, además de la cocina y el baño.

—Estaré bien en la silla —dijo quitando los libros de encima.

—Ya te habrás dado cuenta de que no ando muy sobrada de muebles, pero tampoco los necesito.

—Ya lo veo.

Carla observó que él no le quitaba la vista de encima, pero su cara no dejaba traslucir el más mínimo indicio de lo que pensaba.

—¿Puedo ofrecerte algo para tomar?

—Si tienes algo normal como café, me tomaría uno. Otra cosa, no.

—¿Qué otra cosa pensabas que podría ofrecerte?

Víctor echó una mirada a su alrededor.

—¿Quién sabe? Tal vez una infusión excitante edulcorada con un alucinógeno.

—No tomo drogas, si eso es lo que estás pensando. He leído que lo único que producen es una sensación eufórica similar al orgasmo, y en ese caso mejor un orgasmo, ¿no te parece?

Él se permitió esbozar una sonrisa.

—Por una vez en la vida, estoy de acuerdo contigo.

—Tendré que anotar este día en el calendario. Voy a preparar el café.

Carla se dirigió al armario y abriendo una de las puertas cogió dos tazas de colores, sin dejar de mirar la cara de Víctor con el ceño ligeramente fruncido.

—Solo tengo espacio y dinero para un armario, y todo lo guardo en él. Pero no te preocupes, las bragas están en otra puerta. Y las sucias, las lavo directamente.

—Es un alivio saberlo.

Se dirigió a la minúscula cocina.

—¿Cómo lo tomas? Deja que adivine... negro y fuerte, sin leche ni azúcar.

—Te equivocas, negro y fuerte, pero con un poco de azúcar, aunque no mucha. Y tú seguro que lo tomas con leche y mucho azúcar ¿no?

Carla soltó una carcajada.

—¡Mal psicólogo eres! Yo lo tomo con leche condensada... lo pone más dulce. Soy una golosa.

Desde la puerta de la cocina, le invitó.

—Puedes distraerte cotilleando mientras lo preparo, estás en tu casa.

Llenó la cafetera de agua y colocó el café en su compartimento mientras pensaba: «¡Por Dios, Víctor, eres la esfinge! Es imposible saber qué vienes a decirme por la expresión de tu cara. Cualquiera diría que esto es solo una visita social».

De pronto, una idea divertida le cruzó por la mente. ¿Y si lo fuera? ¿Y si realmente le apetecía ir a tomar un café con ella y charlar y no supiera cómo hacerlo? Pero luego la desechó. No, él nunca hacía nada sin un motivo, solo estaba haciéndose el interesante para que ella se muriera de curiosidad, y seguramente estaría disfrutando del disgusto que iba a darle.

Una vez preparado el café, le preguntó desde la cocina.

—¿Cuántos terrones de azúcar? No tengo azucarero.

—Solo uno.

Echó el azúcar en la taza y en la suya la leche condensada y removió ambos. Después, cogiendo una con cada mano, salió al salón.

Se acercó hasta él y le tendió una taza.

—Este es el tuyo, como puedes ver tampoco tengo bandeja.

—Ni mesa... —observó él.

—Si quitas el teclado del ordenador puedes usar ese espacio para colocar la taza.

Él la sostuvo en la mano a pesar de lo caliente que estaba.

—Déjalo, lo tomaré a pulso. ¿Desconectas el teclado cada vez que tienes que comer?

—No, pongo los platos en el suelo como si estuviera en el campo.

—¡Ah! ¿Y esa es otra de las cosas de las que prescindes porque aún no has podido permitirte o consideras que no la necesitas?

Carla se sentó en el suelo con la espalda apoyada en el sofá y empezó a tomar su café.

—La verdad es que la mesa que yo quiero es cara y aún no he reunido el dinero suficiente para comprarla. De momento tendrá que esperar. Tal vez el mes próximo pueda permitírmelo. Mientras, el suelo es un sitio tan bueno como cualquier otro para colocar los platos.

—¿Aceptarías un préstamo para comprar la dichosa mesa?

—¡No! —respondió tajante.

—Ya lo imaginaba, pero tenía que intentarlo. También puedo ofrecerte una mesa de mi casa mientras compras la tuya.

Carla soltó una carcajada.

—No creo que una mesa de tu casa encajara aquí.

Él miró a su alrededor por enésima vez.

—En medio de este mercadillo tampoco creo que desentonara demasiado. Tienes todos los estilos.

—No, gracias.

—¿Y cómo es esa mesa tan cara y tan especial que piensas poner?

—Es una mesa baja de estilo japonés, de esas para sentarse en el suelo.

—¡Ajá! Entonces lo que no piensas comprar son sillas.

—En efecto. Ya tengo una para trabajar en el ordenador y para las visitas estiradas como tú. No necesito más.

Víctor apuró su café y la miró de nuevo, sentada en el suelo con las piernas cruzadas y extendidas delante de ella.

—Deja ya de mirarme las piernas —protestó Carla con descaro.

—¿Por qué habría de hacerlo? Tú te has puesto esa falda para que las mire, igual que hacías cuando te bañabas con el pecho desnudo en la piscina para que yo te viera.

—Eres un perverso.

—No lo soy, pero me gustan las mujeres, y tienes unas piernas de antología. Si no quieres que las mire, tápatelas.

—En el chalé me vigilabas.

—No es cierto. Si miraba era porque sabía muy bien que tú lo hacías para que te viera. Yo nunca hubiera invadido tu intimidad ni la de nadie a escondidas. Pero mirabas siempre hacia mi ventana y solo cuando me veías allí te quitabas el biquini. Probé un par de veces a ponerme más atrás, donde tú no me vieras, y entonces te tirabas al agua tal como estabas.

—Ya eras retorcido desde adolescente.

—Había quien me ganaba. Pero tengo que reconocer que era un bonito espectáculo, y eso a los diecisiete años impacta.

Víctor pasó la vista por encima de la camiseta, que continuaba caída sobre un hombro.

—No sé si ahora los reconocería...

—Seguramente no, han crecido un par de tallas, pero de todas formas te vas a quedar sin averiguarlo.

—Ya lo supongo.

Él dejó su taza en el suelo y cuando se incorporó de nuevo, clavó en ella una mirada completamente distinta a la que le había dedicado antes.

—Bueno, y ahora que hemos terminado el café y la charla amistosa, vamos a hablar del tema que me ha traído aquí.

—¡Hombre! Ya dudaba de que existiera.

Víctor metió un dedo por el cuello del jersey como si le apretara.

—¿No puedes bajar esa calefacción un poco? Me estoy asando.

Ella, a regañadientes, bajó el termostato un par de grados.

—¿Tan grave es lo que tienes que decirme que no te produce calor hablar de mis tetas y sí afrontar el tema?

—Es... delicado. Normalmente este tipo de charlas las hacemos Rafa y yo juntos, pero en esta ocasión, y conociéndote, creo que es mejor que te ponga en antecedentes yo primero.

—¿Van a despedirme? —preguntó a bocajarro.

—No, a menos que tú quieras renunciar.

—Entonces lo que vienes a decirme es que me voy a pasar toda la vida limpiando virus de Internet, ¿no es eso?

Él movió la cabeza negativamente.

—Tampoco.

—¿Entonces? ¿Qué demonios es eso tan grave que me tienes que decir?

—Verás, nuestra empresa no solo se dedica a limpiar virus o arreglar ordenadores.

—Eso ya lo sé. Existen los otros trabajos, los que hacen los demás y a los que yo nunca he tenido acceso.

—En efecto. Y esos trabajos consisten en investigaciones que se llevan a cabo de incógnito.

—No te entiendo.

—Cuando una empresa tiene un problema, que puede ser desvío de fondos, espionaje industrial, malversaciones, fraudes... a veces quien lo lleva a cabo está muy metido en la empresa y la intervención de la policía puede alertarles y ponerles en guardia antes de que se consigan pruebas. Nosotros, con la excusa de crear o instalar un programa o simplemente trabajar allí, nos infiltramos entre el personal e investigamos el asunto. Nadie salvo el dueño o el director, y a veces ni siquiera él si se trata de sucursales, conoce nuestra identidad y el verdadero trabajo que llevamos a cabo. Como ya sabes, la mayoría de las veces en los ordenadores queda rastro de todo aunque se intenten borrar los datos, y alguien inteligente y que sabe buscar encuentra las pruebas necesarias. Colaboramos con la policía y una vez finalizado el caso les pasamos el informe y las pruebas a ellos que ya se ocupan del resto. La mayor parte de las veces nadie llega a enterarse de que la persona que ha estado instalando un programa es quien en realidad ha descubierto todo el pastel. De ahí que tú seas muy adecuada para el trabajo y por eso le hablé de ti a Rafa para que te fichara. Porque hay que reconocer que a pesar de lo estrambótica que eres o finges ser, eres todo un cerebritito, y tus conocimientos de los idiomas te hacen especialmente valiosa. Puedes infiltrarte en una empresa sin que nadie sepa que entiendes lo que se habla y sorprender conversaciones o documentos en otros idiomas.

Carla se había quedado muy seria.

—¿Te estás quedando conmigo?

—En absoluto.

—¿Y entonces todo lo que he estado haciendo hasta ahora?

—También aceptamos esos trabajos que nos sirven de tapadera y tendrás que seguir haciéndolos de vez en cuando mientras no salga otra cosa. Y siempre se los damos a los nuevos mientras les sometemos a una continua y exhaustiva observación por parte de todo el personal, y sobre todo por la mía, para evaluar si se le dice la verdad o no. Si no consideramos que se pueda confiar en ellos, los aburrimos a base de trabajos malos y acaban por marcharse. Me complace decirte que tú has pasado el periodo de prueba y Rafa y yo estuvimos hablando el viernes cuando llegó y decidimos darte la bienvenida oficial a la empresa el lunes. Pero yo he querido advertirte antes, sabiendo lo impulsiva que eres, para que te lo pienses antes de ir.

Carla lo miró a los ojos y supo que estaba hablando en serio.

—¡Y yo que pensaba que venías a decirme que me iban a despedir y a regocijarte de ello...!

—¿Cuándo vas a dejar de pensar que me alegro de todo lo malo que pueda pasarte? No soy tu enemigo, Carla. Y no te he recomendado para el trabajo para despedirte después.

—Bueno, sé que me puse un poco borde el otro día y pensaba que eso podía haber motivado el despido.

Víctor sonrió al recordar el arrebato.

—Tendrás que aprender a controlar tus impulsos, sobre todo en el trabajo. E imagino que este es el tipo de trabajo que tú querías: interesante y que suponga un reto.

—Por supuesto.

—No hace falta que te diga que es peligroso, ¿verdad?

—No.

—Si te pillan trasteando en un ordenador con datos confidenciales pueden denunciarte, aunque normalmente Vero se suele encargar de nuestra defensa legal si llega el caso.

—¿Vero?

—Ella no es una simple secretaria, sino licenciada en derecho con matrícula de honor al final de la carrera. En la empresa nadie es mediocre, Carla, no nos lo podemos permitir. Y también puede resultar peligroso físicamente. Si alguien se da cuenta y se siente amenazado puede intentar hacernos daño, incluso quitarnos de en medio si el asunto es lo bastante grave o lucrativo. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y estás dispuesta a asumir el riesgo?

—Sí —dijo sin vacilar.

Él sonrió de nuevo.

—Lo sabía. Sabía que estás lo bastante loca como para unirme a nosotros. Y hay otra cosa más que no sé si te va a gustar.

—¿Qué cosa?

—Habrá veces que tengamos que trabajar juntos.

—Ya trabajamos juntos.

—En un caso, quiero decir. Tal vez yo tenga que infiltrarme también para aportar mi granito de arena como psicólogo especializado en criminología.

—¿No eres un psicólogo normal de estos que curan depresiones y niños con agresividad?

—No lo soy.

—Hoy eres una caja de sorpresas.

—Las sorpresas no han hecho más que empezar. ¿Tienes algún problema en trabajar conmigo sin que nos tiremos los trastos a la cabeza?

—Supongo que podré. Si he aprobado en cinco años una carrera y aprendido nueve idiomas...

—Una vez que empiece esto no tiene marcha atrás, Carla.

—Ya lo sé. No te preocupes, podré soportarlo.

—Bien.

—Entonces ya no tengo nada más que decir. Saldré a la calle a respirar un poco. Gracias por el café.

Cogió el chaquetón del respaldo de la silla y se lo colgó del brazo. Sacó una tarjeta del bolsillo y se la alargó.

—Este es el número de mi casa, y mi dirección, por si tienes alguna duda o quieres preguntarme algo. Mañana estaré todo el día allí, tengo trabajo. Y si yo he soportado los cincuenta grados que tienes aquí, tú podrás sobrevivir en mi casa convencional sin ninguna duda. Hasta el lunes.

Carla le abrió la puerta.

—Hasta el lunes, Víctor... y gracias.

—De nada. Estamos en el mismo bando, no lo olvides.

Capítulo 7

El primer trabajo

La total integración de Carla en la empresa se realizó el lunes siguiente, como Víctor había anunciado. Ambos se reunieron con Rafa en su despacho y entre los dos la pusieron al corriente de lo que ya le había explicado el sábado anterior, aunque con más detalles. Le entregaron un móvil intercomunicado con el de los demás miembros de la empresa y le pidieron que eligiera una palabra clave para identificarse con ellos. Cuando Rafa se lo dijo se quedó un poco sorprendida porque no había previsto algo así y no se le ocurría nada, pero Víctor acudió en su ayuda.

—Quizás podría valerte «Arcoíris». Es una palabra que te define a la perfección y no creo que sea fácil de adivinar.

—De acuerdo, «Arcoíris» está bien.

Le entregaron también un código de signos que añadir a la palabra clave en caso de que no pudiera hablar o comunicarse con libertad y que debería aprender de memoria. Rafa le advirtió que durante unos días más tendría que seguir haciendo trabajos limpios mientras Víctor terminaba de organizar su primer encargo importante que sería en un banco, y ella debería disponer de esos días para aprender los códigos y practicar con los demás un poco.

Durante los cuatro días siguientes no le importó seguir haciendo trabajos simples, hasta que una mañana Verónica la avisó.

—Hoy es tu debut, chica. Vete a ver a Víctor.

Carla saltó de la silla y se dirigió a paso rápido a su despacho.

—Vero me ha dicho que por fin vas a darme un trabajo de verdad.

—Sí, siéntate. Antes tengo que hacerte una serie de recomendaciones de carácter general.

—Vale, mami...

La expresión de Víctor se puso más seria aún de lo que estaba.

—No te lo tomes a broma, Carla. Lo primero que tengo que advertirte es de que debes seguir las instrucciones, «todas» las instrucciones al pie de la letra, ¿eh? Nada de improvisar ni actuar por tu cuenta, que te conozco.

—Quieres atarme en corto, ¿eh?

—No quiero atarte en corto, pero Rafa, Vero y yo debemos estar informados de todo lo que ocurre, ¿me oyes? De todo. Y a la más mínima cosa rara envía un mensaje «Arcoíris» y acudirá alguien con más experiencia.

—Se cuidar de mí misma, jefe —dijo con un ligero tono de irritación.

—Esto no es la facultad ni la academia de idiomas, por lo tanto no estás

preparada para lo que pueda surgir. Y quiero un informe diario de todo lo que hagas, de los progresos que realices, de las sospechas que tengas y de todo lo que hables con todo el mundo.

—¿Y por qué no me das también un transmisor para ponérmelo entre las tetas y así sabrás si alguien me mete mano?

Víctor no contestó enseguida, pero tras mirarla seriamente comentó:

—Si alguien te mete mano en alguna de las misiones, también quiero saberlo. Mientras estés trabajando, eso es asunto mío porque me dirá mucho de la persona que lo haga. Quién te meta mano en tus horas libres, ya no me importa.

—Quien me meta mano tanto en mis horas libres como en las de trabajo será porque yo quiero que lo haga y tú no vas a enterarte, Víctor, por muy jefe mío que seas. Y el que lo haga sin que yo quiera se las tendrá que ver conmigo, y tampoco vas a enterarte.

—Carla, vuelvo a decirte que este no es tu entorno habitual y que esto es un trabajo de equipo, y si no te adaptas a él seguirás borrando virus el resto de tu vida.

—Tienes la sartén por el mango, ¿eh? Ya veremos.

En ese momento entró Rafa y comentó:

—Hola, Carla. ¿Te ha explicado ya Víctor lo referente al trabajo?

Este, esbozando una sonrisa, exclamó.

—Solo las consideraciones generales, el resto no he tenido huevos. Está con la regla y tremendamente susceptible. Díselo tú que eres el jefe y a ti no se te soliviantará.

Carla se volvió hacia él echando chispas por los ojos. ¿Cómo demonios había adivinado que estaba con la regla? No lo había comentado con nadie, ni siquiera con Vero.

—Bueno, Carla, vamos a ello —dijo Rafa—. El trabajo consiste en averiguar quién está utilizando los listados de clientes del banco para enviar propaganda.

—Tampoco es el Watergate lo que me habéis buscado...

Rafa se echó a reír y le palmeó el hombro.

—Tranquila, no seas impaciente. Ya tendrás tu Watergate, pero antes tienes que entrenarte con todo tipo de cosas. Y esto no es tan simple como parece. Ahora vamos a la segunda parte. Tú entrarás en el banco con la excusa de actualizar un programa obsoleto, y eso lo tendrás que hacer de verdad. Pero como no tendrás acceso a las claves del banco ni a los listados, tendrás que usar tu diplomacia para hacer amistad con el personal y salir a desayunar con ellos. Y ahí es donde interviene Víctor.

—¿Víctor? —dijo mirándole. Este se encogió de hombros.

—Es cosa del jefe, ¿eh? No lo he pedido yo.

—Él se presentará en la cafetería fingiendo ser tu novio y desayunará con vosotros, y lo repetirá en alguna ocasión. Dirá que trabaja cerca y aprovecha para desayunar contigo. Si él paga no creo que a los demás les importe. Y ni qué decir tiene, que por una vez deberás olvidar tu ropa habitual y tendrás que vestirme de forma

un poco más convencional.

—¿Cómo de convencional?

—Algo parecido a como viste Vero, tampoco tendrás que ponerte traje de chaqueta, mujer.

—De acuerdo.

—Puedes irte al banco y hacer una primera toma de contacto, pero antes pasa por tu casa y cámbiate. Luego cuando llegues a mediodía escribe un informe y envíalo para que Víctor lo vea mañana. El horario del banco no te permitirá venir aquí por la mañana a presentar el informe. A partir de ahora deberás informarle directamente a él.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—No, nada más. Pídele a Vero la documentación. Suerte.

Carla salió a buscar a su amiga. Lo primero que le soltó fue:

—¿Tú le has dicho a Víctor que yo tenía la regla?

—¿Cómo iba a decírselo si no lo sé?

—¿Pues cómo lo ha adivinado entonces?

Vero se echó a reír.

—¿Cuándo vas a enterarte de que es muy difícil ocultarle nada a Víctor?

—Es un cotilla... me siento aquí más vigilada que cuando era joven.

—No es un cotilla, Carla, es su trabajo. Y te aseguro que de cualquier cosa que descubra sobre ti jamás dirá una palabra a nadie.

—Poco va a descubrir de mí, porque yo estoy en guardia contra él y sus manejos. No olvides que hace muchos años que le conozco.

—Eso decía yo también, y sin embargo...

—¿A qué te refieres?

—Cosas mías.

—Bueno, Vero, me marchó. Tengo una mañana muy apretadita.

Carla pasó por su casa y se cambió de ropa. Por ser su primer trabajo importante decidió hacer caso a Rafa y vestirse un poco más formal. Se puso una falda larga negra esta vez ajustada y con una gran abertura detrás, medias y zapatos, y también un jersey blanco de cuello vuelto.

Cuando llegó al banco, el director le presentó a los que serían sus compañeros durante unos días.

—Carla es la persona enviada por la central para que instale la nueva versión del programa y nos enseñará a utilizarlo. Trátadla bien.

Además del director, que conocía la verdadera naturaleza del trabajo de Carla, trabajaban en la sucursal un contable de mediana edad, un cajero joven y Marta, una chica que actuaba de cajera o administrativo, según hiciera falta.

De inmediato advirtió la animosidad del contable que gruñó al verla.

—Y supongo que el nuevo sistema será más complicado que el anterior.

—No tiene por qué. Es solo cuestión de familiarizarse con él —dijo Carla.

—A mí no me gustan estos temas y ya me costó bastante aprender el manejo del anterior. No tengo ganas de intentarlo con el nuevo.

Carla sacó su mejor sonrisa y se la dedicó al hombre, dispuesta a no tener a nadie en contra desde el principio.

—No se preocupe, señor...

—Carmona.

—Bien, señor Carmona, cuando yo se lo enseñe le resultará muy fácil, ya lo verá.

—Lo dudo.

Marta se acercó a ella.

—No le echés cuenta, es un viejo gruñón, protesta por todo. Cuando instalamos los ordenadores fue tremendo. Se negó en redondo a utilizarlos y solo con la amenaza de trasladarlo a un pueblo perdido aceptó aprender... y los utiliza lo mínimo que puede. No es nada personal contra ti.

—Conseguiré que lo aprenda.

—Pues ya tendrás mérito.

—No tengo prisa, cuanto más tiempo me quede en esta ciudad mejor.

—¿Y eso?

—Mi novio trabaja aquí. Yo suelo estar de viaje de un sitio a otro y solo nos vemos durante los fines de semana largos o cuando yo tengo que trabajar en Madrid, así que por lo que a mí respecta, ese señor puede tardar un año en aprender el sistema.

Marta se fue a su mesa y Carla se concentró en su trabajo sin dejar de observar a su alrededor cualquier movimiento por parte de los demás. En apariencia todo era normal y nadie hacía nada fuera de lo habitual. Ella misma se sorprendió de la facilidad con que podía vigilar sin dejar de trabajar en el sistema informático que estaba desarrollando.

A media mañana, Marta se acercó a ella.

—Yo voy a desayunar, ¿vienes?

—Sí, me encantaría. Tengo hambre.

Dejó el ordenador protegido ante posibles manipulaciones con un sistema de doble contraseña que había diseñado durante esa semana, y acompañó a Marta hasta una cafetería cercana.

Ambas se sentaron a una mesa y apenas les había dado tiempo de remover el café que les sirvieron cuando alguien le tapó los ojos y susurró en su oído.

—¡Sorpresa!

¡Víctor! ¿Qué demonios hacía allí? ¿Cómo la había encontrado sin que ella le diera hora ni lugar como le había indicado Rafa? Se volvió hacia él.

—Pues sí que es una sorpresa.

La besó en la mejilla con familiaridad y se sentó a la mesa con ellas.

—En vista de que Carla no nos presenta lo haré yo. Soy Pablo, su novio. Cuando

me dijo ayer en la sucursal que estaría imaginé que debería desayunar por aquí cerca. Llevo un rato dando vueltas y mirando dentro de todos los bares y cafeterías, pero al fin la he encontrado.

Volvió la mirada hacia Carla que tuvo que hacer un esfuerzo para no demostrar asombro.

—Hoy tenía ganas de invitarte a desayunar... y a tu compañera también, por supuesto.

Carla apenas podía creer lo que estaba viendo. Víctor, el serio y callado, charlaba por los codos, contando historias sobre su hipotético trabajo como vendedor de libros, sobre su supuesta relación, sobre cuándo querían casarse y acabó por hacer que Marta le contara mucho de su vida y su trabajo también. Cuando el desayuno terminó, Víctor se levantó y se despidió con otro beso en la mejilla.

—Bueno, «chati», nos vemos luego. ¿Siempre desayunáis aquí a esta hora?

—Sí, casi siempre —respondió Marta.

—Intentaré escaparme mañana.

—Adiós, Pablo.

Apenas llegó a su casa, satisfecha por primera vez desde que empezó a trabajar, y se puso cómoda para prepararse la comida, sonó el móvil. Víctor, seguro.

—Aquí 007 informando a central.

—¿No puedes tomarte nada en serio?

—A ti no, «chati».

—Solo te llamaba para preguntarte cómo te ha ido y para cambiar impresiones.

—Pues te va a costar un huevo la llamada porque tengo mucho que contarte.

—Podíamos quedar entonces para tomar un café y hablar del tema.

—Por mí no hay inconveniente. ¿Dónde?

—En cualquier sitio donde no haya una temperatura de cincuenta grados.

—Me estás diciendo que no vendrás a mi casa, ¿no es eso?

—Más o menos.

—Está bien, si quieres puedo ir yo a la tuya. Te debo una visita.

—¿Te parece bien a las seis?

—Más temprano. A las siete tengo que estar en la autoescuela. Me estoy sacando el carné.

—Vente cuando quieras, yo estaré en casa toda la tarde.

A las cinco Carla llamaba a la puerta de Víctor. El edificio era de construcción moderna y contaba con una amplia entrada y dos ascensores, pero aun así Carla prefirió subir los dos pisos andando.

Durante el camino se había preguntado si la casa de Víctor sería tan seria y

estirada como él.

Cuando le abrió la puerta se sorprendió al verle vestido con un pantalón vaquero bastante descolorido y un jersey negro gastado y deformado por el uso.

Él sonrió al verla entrar cubierta con un gran poncho azul del que sobresalían las mangas de un jersey amarillo.

—Veo que vienes preparada para el polo norte.

—Por si acaso; no pienso congelarme mientras hablamos.

Víctor cogió el mando de la calefacción y la subió unos grados.

—Para que veas que soy hospitalario con mis invitados.

—¿Es un reproche?

—En absoluto, solo que no quiero que me digas que no piensas volver a mi casa. ¿Dónde trabajaríamos entonces?

—En la oficina. No creas que esto se va a repetir con mucha frecuencia.

—Las que sean, me gusta que me consideren un buen anfitrión, no que intento echar a la gente de mi casa a fuerza de hacerlas sentir incómodas.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eres un cabroncete?

—Tú, pero al parecer eres la única que lo piensa. Aunque siempre cabe la posibilidad de que lo piensen y no hayan tenido el valor de decírmelo a la cara.

—Bueno, ahora no he venido aquí a discutir sino a trabajar.

—¿Quieres un café? No tengo tazas de colores, las mías son simplemente blancas, pero sé preparar un café decente.

—De acuerdo, me vendrá bien.

—Ponte cómoda, estás en tu casa.

Mientras él desaparecía por una puerta, Carla se quitó el poncho que colocó sobre una silla y se dedicó a curiosear por la habitación. Era un salón grande y cuadrado con una terraza amplia y soleada y varias puertas cerradas a ambos lados de la misma. Las paredes estaban pintadas de color crema y las cortinas y el sofá de un tono caldera oscuro que creaba un ambiente muy acogedor. Una pared estaba cubierta de estanterías llenas de libros, no solo de psicología sino también de literatura, títulos que ella jamás habría imaginado en su casa.

Otra de las paredes estaba ocupada por un magnífico equipo de cine, una gran pantalla con altavoces y frente a él un mullido sofá. Carla pensó que tenía que ser un gustazo tumbarse en él a ver una película, pero seguro que Víctor nunca lo había hecho. No era de los que se tumbaban, él se sentaría correctamente y ni siquiera osaría poner los pies en él.

Se sentó y notó cómo se adaptaba a su cuerpo, como si la envolviera.

Poco después apareció Víctor con una bandeja de madera y dos servicios de café blancos y lisos, un azucarero y un bote de leche condensada.

—Sírvete.

—¿Tomas el café con leche condensada?

—No, ya te dije el otro día que lo tomo solo, pero me gusta ser hospitalario con

las visitas.

—Eso es una bofetada sin mano, Víctor.

Él se sentó junto a ella.

—¿Por qué siempre te lo tomas todo como si fuera en tu contra? ¿No puedes simplemente relajarte, disfrutar del café y de que alguien haya tenido un detalle contigo? He comprado la dichosa leche para que te tomes el café como te gusta y no para que pienses que te estoy reprochando nada.

Carla no contestó, sino que se echó un abundante chorro de leche condensada en la taza y bebió de ella.

—Sí que eres golosa, sí. Lo siento, no tengo nada dulce que ofrecerte para acompañar, pero la próxima vez procuraré tener algo. Si es que vuelves...

Carla decidió enterrar el hacha de guerra.

—Puede que alguna vez te pida que me invites a ver una película en ese equipo que tienes. Me gusta el cine, pero aún no he podido ahorrar para comprar ni siquiera una televisión. Y las películas en el ordenador no se ven igual.

—Puedes venir cuando quieras, tengo una buena colección de películas, y si ninguna te gusta, compramos la que quieras.

—Imagino que tú no te descargas nada de forma ilegal.

—Procuro mantenerme dentro de la legalidad.

—Gracias, con el piso y el carné de conducir ni siquiera me puedo permitir ir mucho al cine.

Apuró el café.

—Y ahora, a trabajar.

Carla sacó de su gran bolso una carpeta con documentos y Víctor le explicó cómo tenía que escribir el informe de ese tipo de trabajos. Debía hacer uno sobre el programa que desarrollaba en el ordenador, como en las ocasiones anteriores, y otro paralelo sobre la gente y la investigación que llevaba a cabo.

Ambos se ensimismaron tanto en el trabajo que cuando se quisieron dar cuenta, el tiempo se le había echado a Carla encima y temió llegar tarde a la clase.

—¿Tienes que ir muy lejos? —le preguntó él.

—Sí, bastante. No llegaré.

—No te preocupes, te llevo.

—No te molestes.

—No es molestia.

—Gracias.

Sin cambiarse de ropa, Víctor cogió las llaves del coche y el chaquetón de pana y salió con ella a la calle.

Durante tres días, Carla trabajó en el banco instalando el sistema informático. Durante todos ellos, Víctor se reunió con ella y con Marta a la hora del desayuno.

Pero al cuarto se extrañó al ver que él no aparecía. Alargó el desayuno todo lo que pudo, pero al final tuvo que terminarse el café y regresar al banco, no sin mirar a su alrededor por si él simplemente se había retrasado.

—¿Qué? Buscando a tu novio, ¿eh? —le preguntó Marta.

—Sí, me extraña que no haya venido.

—El trabajo se lo habrá impedido.

—Sí, supongo que sí. Aunque es muy hábil para programarse el tiempo. Ya me explicará luego qué le ha ocurrido.

—Es un chico majo tu novio.

—Sí, mucho.

—Es una pena que tengáis que pasar tanto tiempo separados por cuestiones de trabajo.

—Sí, pero las cosas no siempre son como una quisiera.

Cuando aquel mediodía Carla llegó a su casa, conectó el microondas para calentarse la comida y sin esperar más llamó a Víctor. Se sentía absolutamente intrigada sobre qué habría podido pasarle para que no se hubiera presentado a desayunar.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó apenas él descolgó.

—En vista de que no adelantábamos mucho he decidido un cambio de estrategia. He estado en el banco mientras vosotras desayunabais.

—¿Has estado en el banco? ¿Y por qué no me lo has dicho? Me he llevado media hora para tomarme un café esperándote.

—Pensé que era mejor que no lo supieras, para evitar que pudieras traicionarte.

—¡Joder, Víctor! ¿Tan tonta me crees? ¿Qué pasa, que yo tengo que darte un informe detallado de todo lo que hago —solo me falta ponerte cuántas veces voy al servicio durante la mañana— y tú cambias de estrategia sin avisarme? Creía que éramos un equipo.

—Y lo somos. Pero a veces es bueno callar algo en beneficio de la investigación.

—¡No digas sandeces! Lo que quieres es dejar bien claro que tú eres el jefe y que yo ni siquiera tengo que estar enterada de la mitad de esto, ¿no?

—No, Carla...

—¡Así no vamos a ningún sitio, Víctor! ¿Cuándo confiarás en mí?

—Cuando me demuestres que puedo hacerlo.

—¡Capullo!

—Deja ya de protestar y escucha. Entré en el banco con la excusa de informarme sobre unos préstamos. Me dijiste que tu ordenador es el que está junto a la ventana de la derecha, ¿no es así?

—Sí.

—Pues había un tipo gordo con un jersey marrón trasteando en él.

—¿Carmona?

—Eso pensé. Y lo hacía con soltura. No parecía en absoluto un negado para los ordenadores.

—¿Él? Era la última persona que se me hubiera ocurrido.

—Nunca puedes estar seguro de esas cosas, aunque con el tiempo desarrollarás una intuición que te ayudará.

—Bien, le tenderé una trampa mañana. Si se mete en mi ordenador, sé lo que anda buscando, y si accede al listado habrás resuelto el caso.

—Tú serás quien le tienda la trampa, Carla y la que lo averigüe, no yo. Ya te he dicho que esto es un trabajo en equipo, no hay gloria para nadie.

—De acuerdo. Gracias, jefe.

—De nada, 007. Mañana tengo que volver con unos datos para el préstamo. Trata de entretener a Marta media hora para que no me vea y veré si descubro algo más.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Al día siguiente, cuando salió a desayunar, dejó el ordenador programado para que al volver pudiera saber si alguien había entrado, qué había buscado y si lo había encontrado.

Trató de alargar el desayuno fingiendo que, como el día anterior, esperaba que «Pablo» se presentara. Cuando transcurrió la media hora que Víctor le había pedido, regresaron al banco, y nada más entrar en su terminal supo que este había sido manipulado y que el fichero del listado de clientes había sido abierto.

Fue al servicio y allí tecleó «Arcoíris» en el móvil e inmediatamente Víctor la llamó.

—He vuelto a verle manipulando tu ordenador —le dijo.

—Sí, ha entrado en el listado de clientes, e incluso sé qué clientes han sido investigados.

—Bien, Carla, buen trabajo. Ahora sal ahí fuera y disimula como si no te hubieras dado cuenta de nada. Hablaremos esta tarde.

Cuando llegó a su casa al mediodía, él la llamó.

—Carla, he puesto sobre aviso al director del banco. Mañana le darás un disco con los ficheros que han sido tocados y ya él se encargará de averiguar si en los próximos días reciben propaganda o son molestados. Tú termina tu instalación y da el trabajo por finalizado. Ya esto no es asunto nuestro.

—La instalación está prácticamente acabada, solo estaba alargándola hasta averiguar el auténtico problema.

—De acuerdo, acaba entonces mañana y despídete. Y si te da tiempo, pasa por la oficina.

- De acuerdo.
- Y, Carla... ¡Buen trabajo!
- Gracias.

Cuando apareció por la oficina al día siguiente un poco más tarde de las doce, Vero la recibió con una sonrisa.

—¡Carla! Enhorabuena.

—Gracias.

—Víctor nos ha dicho que has bordado el trabajo.

—¿Eso ha dicho? En realidad se lo debo a él. Él fue quien me puso sobre la pista. Si no lo hubiera hecho aún estaría dando cabezazos.

—No ha dicho nada de eso. Tú siempre estás en guardia contra él, pero te aseguro que Víctor siempre habla de ti con cariño.

Carla levantó una ceja.

—Es muy listo.

—Ve al despacho de Rafa, quiere felicitarte.

Feliz y orgullosa, se dirigió al despacho de su jefe dispuesta a recibir los honores de su primer trabajo serio, sintiendo que ya era un miembro de pleno derecho en la empresa.

Capítulo 8

Jornada de orgía y destrucción en casa del jefe

Cuando Carla leyó el correo electrónico aquella mañana, el primer mensaje que encontró fue: «Jornada de orgía y destrucción en casa del jefe. Esta noche a las nueve. Se ruega acudir merendados.»

Se dirigió a Marina que estaba sentada en la mesa contigua a la suya.

—¿Qué significa esto?

—Este Javier, que es un cachondo. Hoy es el cumpleaños de Rafa y estamos invitados a una cena informal en su casa.

—¿Y dónde vive?

—En El Escorial, un pueblo cercano a Madrid.

—Pues me tendré que ir con alguien, porque no tengo coche.

—A mí me llevará mi marido un poco más tarde, cuando salga del trabajo. Puedes venirte con nosotros o pedírselo a Víctor o a Javier. Y puedes llevar pareja.

—No tengo pareja.

—Somos la empresa más aburrida del mundo; salvo Rafa y yo, todos solteros y sin compromiso. Mira, aquí llega Javier.

—¿Qué pasa conmigo? ¿Me echabais de menos?

—Carla estaba preguntando si puede irse contigo esta noche a casa del jefe, que no tiene coche.

—Pues claro que sí. Dime dónde te recojo.

—¿Tienes que pasar por la Plaza de Neptuno?

—Sí.

—Pues allí te espero.

—¿A las ocho y media?

—De acuerdo.

Se enfrascó en su trabajo y a la hora de la salida, Víctor se acercó a ella y le preguntó:

—¿Te recojo esta noche para ir a la cena?

—Gracias, pero ya he quedado con Javier.

—¡Ah! Entonces nos veremos allí.

Eran pasadas las nueve cuando ella y Javier llegaron a casa de Rafa. El frío era intenso esa noche y había nevado hacía poco. La subida a El Escorial fue penosa y hasta Carla, que no se asustaba fácilmente, creyó que en más de una ocasión iban a

terminar en la cuneta.

—Calma, Javier, ve más despacio o no vamos a poder destruir nada en casa de Rafa.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a conducir con nieve.

Vero les abrió la puerta y Rafa le presentó a su mujer.

—Carla, esta es Toñi.

—Hola, pasa y siéntete como en tu casa. Ahí tienes comida en esa mesa y bebidas. Sírvete. Aquí hay mucha gente y yo no puedo estar pendiente de todo el mundo.

—Gracias.

Carla recorrió la habitación con la vista. Ya estaban todos allí y además algunas caras que ella no conocía. No sabía si eran parejas de sus compañeros o amigos de su jefe. Vero se le acercó nada más verla.

—¿Cómo ha ido ese camino?

—Regular —dijo Javier—. Venía acojonada. Mucha marcha, pero luego muertecita de miedo con unas cuantas curvas de nada.

—Tenía que haberte advertido que es terrible al volante. Aquí nadie quiere subirse al coche con él y menos después de tomarse una copa. Búscate a algún otro que te lleve de vuelta.

Carla se había puesto una falda larga azul eléctrico y un grueso jersey amarillo, y desde la otra punta de la habitación vio los ojos de Víctor fijos en ella mientras hablaba con Vero.

—Ya está Víctor censurándome con la mirada desde diez metros de distancia.

Su amiga la miró divertida.

—¿Pero qué te pasa con él, mujer? Solo está comiendo.

—Y mirándome, no lo niegues.

—Bueno, sí, está mirando hacia aquí, pero eso no quiere decir que te esté censurando.

—¿Que no? No le gusta que me ponga ropa de colores chillones.

—¿Te lo ha dicho él?

—No, pero sé que lo piensa.

—¡Ah!

—Menos mal que no se ha puesto el dichoso traje azul —dijo observando el pantalón de pana negro y el jersey caldera oscuro que Víctor llevaba aquella noche.

—Solo se lo pone para trabajar. Cuando salimos viste otro tipo de ropa.

—¿Sales con él?

—Toda la plantilla nos reunimos de vez en cuando para salir y también hemos tomado alguna que otra copa o café juntos él y yo a la salida del trabajo, como buenos compañeros. Ya te darás cuenta de que es un tío muy agradable, muy culto y

da gusto charlar con él. Además de que es un auténtico amigo cuando tienes problemas, alguien en quien se puede confiar.

—Si tú lo dices... Pero yo te lo regalo.

Carla se dio la vuelta dándole la espalda.

—¡Me pone nerviosa que me mire tanto!

—Ya no te mira, está hablando con Rafa.

Carla estuvo comiendo y bebiendo durante un buen rato, charlando con Julia sin volver a preocuparse. Una de las veces que se acercó a la mesa para servirse, vio cómo Víctor se acercaba a ella y le dijo mientras cogía a su vez un trozo de tortilla:

—Como hoy estamos en una fiesta de cumpleaños solo te has vestido con dos colores, eso sí, lo bastante chillones como para que se te vea desde todos los ángulos del salón... Pero solo dos.

Carla le miró, dio un sorbo a su vaso y contestó:

—Te equivocas, llevo más colores aunque no se vean.

Víctor levantó una ceja sin contestar.

—Sujetador morado, bragas turquesa y camiseta térmica verde y naranja. Yo siempre llevo el arcoíris completo. Si no ves un color por fuera piensa que lo llevo por dentro.

—¿Nadie te ha dicho nunca que la lencería negra es muy sexy y seductora?

—No para mí, quizás para los tíos. Pero cuando estoy con uno en la cama puedo asegurarte que en lo último que piensa es en el color de mi lencería.

—Interesante...

Carla se sintió malvada.

—¿A que adivino de qué color llevas tú los calzoncillos?

—Probablemente.

—Blancos o negros.

—O grises o azules... tengo de todos —añadió él—. Decídate por uno.

Ella le miró a los ojos imperturbables.

—Blancos...

—Has fallado.

—No me lo creo. A ver, enseñámelos.

—¿Aquí? Si quieres verlos vamos a una habitación... pero tú tendrás que enseñarme también tus braguitas turquesa.

—Sigues siendo un pervertido, Víctor.

—¿Yo? Tú eres la que quiere ver mis calzoncillos.

—Solo el filo de arriba, y para eso basta con que te levantes un poco el jersey y dobles la cinturilla del pantalón.

—Te diré lo que llevo —dijo él inclinándose sobre ella—: en las fiestas siempre me pongo el tanga de leopardo.

—Antes le saldrían pelos a las ranas —rio ella.

—Pues no te lo creas —respondió marchándose y dejándola con la palabra en la

boca.

—Serás antipático... —murmuró—. ¡Con lo que me estaba divirtiendo ahora! Y seguro que usas los bóxers de tela como mi padre con botoncitos para que no se te salga la picha en un descuido. Y a ti te gusta la lencería negra, ¿eh, pillín?

—¿De qué te ríes? —le preguntó Javier que se había acercado a ella.

—De nada, cosas mías...

Le ofreció una rodaja de carne.

—Abre la boca, verás qué bueno está esto.

—¡Hum, gracias!

Marina se acercó a ellos y le presentó a José, su marido, y estuvieron charlando un rato los cuatro. Después se le acercó Toñi.

—¿De modo que tú eres la última adquisición de la empresa? Rafa dice que eres muy competente.

—Lo intento.

—¿Y también eres soltera y sin compromiso o te ha dado apuro venir con tu novio?

—No tengo novio.

—¡Pues hija, menos mal que yo pesqué a Rafa en la facultad, porque no sé qué tienen las paredes de la oficina que todo el que entra allí se hace solterón empedernido!

—Yo nací solterona empedernida.

—Nunca digas de este agua no beberé. Además, en la empresa tienes a dos chicos de lo más potables... y bien diferentes, por cierto. Para cualquier tipo de gustos.

—¿Te refieres a Víctor y a Javier?

—Claro.

—Javier es un crío y Víctor un viejo. Yo necesitaría uno de una edad intermedia, pero paso de que me controle un hombre. Aunque reconozco que yo también debo resultar un plato demasiado fuerte para cualquier tío.

—Quizá tengas razón.

Carla empezó a ver movimiento entre los allí reunidos que recogían sus abrigo.

—Has venido con Javier, ¿no? —le preguntó Toñi—. Pues no te vayas con él, ha bebido mucho y esa carretera de noche y helada no es ninguna broma.

Vio que Víctor se les acercaba.

—¿Has decidido ya con quién te vas? Porque Javier está un poco mareado.

—No me apetece irme con él, la verdad.

—Yo voy solo y te garantizo que no he bebido una sola gota de alcohol. Y llevo una manta en el coche para las muy frioleras.

—Entonces me temo que te va a tocar aguantarme.

Se despidieron de los demás. El frío había aumentado en las horas que habían pasado en casa de Rafa y nada más entrar en el coche Víctor encendió la calefacción y le dio una manta para que se tapase con ella. Arrancó y empezó a conducir despacio

controlando el volante para evitar que el coche patinara en las curvas heladas.

—Me alegro de haber venido contigo. Tengo que confesar que al subir venía un poco asustada por la forma de conducir de Javier. Se le ha ido el coche un par de veces. Y ahora que ha bebido será peor.

—También es peor bajar que subir —comentó Víctor pendiente de la carretera—. Nadie de los que tenían que conducir ha bebido salvo él.

—¿Y no le habéis dicho que no lo haga?

—Sí, muchas veces, pero ya hemos desistido. De todas formas es mayor, pero nadie se sube al coche con él.

—Debisteis avisarme.

—Yo me ofrecí esta mañana a traerte, pero tú ya lo tenías decidido. Probablemente ni siquiera me hubieras escuchado si hubiera tratado de advertirte.

—Eso es verdad —reconoció ella.

Se arrebujó en la manta sintiendo una agradable sensación.

—Víctor... ¿Tú siempre haces lo que debes?

—No siempre.

—¿Te has emborrachado alguna vez?

—Claro que sí, como todo el mundo.

—No me refiero a tomar un par de copas, sino a emborracharte hasta perder el control.

—Ya te he dicho que sí.

—Cuéntamelo.

—Solo si tú me cuentas a mí tu mayor borrachera, porque supongo que has tenido más de una.

—Supones bien. La mayor creo que fue en una fiesta en la facultad, en una de las habitaciones. Hicimos un concurso para ver quién bebía más y más cosas diferentes.

—Y por supuesto ganó Carla.

—No terminamos el concurso. El profesor de guardia intervino y dio la fiesta por terminada, pero yo ya no sabía si bebía algo o si simplemente tragaba y a fuerza de ovarios me mantenía de pie para no caerme redonda. Pero cuando la fiesta acabó, creo que me desplomé en la cama, según cuentan mis compañeros, y tardé más de veinticuatro horas en despertarme. Estuvieron a punto de llamar al médico. Creo que si me hubieran prendido fuego hubiera estado ardiendo una semana. Aunque ese tiempo fue el que me duró la resaca. No había nada que me aliviara el dolor de cabeza y el malestar de estómago. Se me quitaron las ganas de repetirlo para siempre. ¿Y tú? Cuéntame la tuya.

—También fue en la época de la facultad, pero en una discoteca. Estaba con unos amigos, nos encontrábamos a gusto y empezamos a beber. De estas veces que no te das cuenta porque te sientes bien... y de pronto, todo se borró de mi cabeza y el mundo se volvió negro. Después de un lapsus de doce horas amanecí en una habitación con dos chicas a las que no conocía.

Carla le miró asombrada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Te estás quedando conmigo?

—En absoluto.

—¿Te montaste un trío?

—No lo sé... no me acordaba de nada, y ellas tampoco.

—¿Y nunca lo has recordado?

—Nunca.

—Entonces lo más probable es que no pasara nada, que los tres os limitarais a dormir la mona.

Sin apartar la vista de la carretera, él murmuró.

—¿Qué pasa? ¿Qué no me crees capaz de acostarme con dos mujeres a la vez?

—Me cuesta, la verdad.

—¿Por qué? ¿Porque crees que no puedo físicamente o porque no va con mi carácter?

—Por esto último. No sé nada de tus capacidades sexuales. A veces la gente te sorprende con esas cosas. Pero no sé, yo te imagino haciendo el amor con alguien que te importa, no follando. ¿Entiendes lo que quiero decir? Y si estás con dos tías a la vez estás haciendo esto último.

—Siempre prefiero hacer el amor, por supuesto. Pero no creas, también follo de vez en cuando.

Carla no pudo evitar echarse a reír.

—¿Sabes? Irene piensa que te tiras a alguien del trabajo. Me ha encargado que lo averigüe y se lo cuente.

—Irene es una cotilla. Dile que si quiere saberlo me lo pregunte directamente, que no tengo ningún problema en contárselo.

—Sí, pero eso no supondría para ella lo mismo que enterarse a través de un cotilleo. Ya la conoces.

—¿Y todas estas preguntas que me estás haciendo son para contárselas luego?

—De mi boca no saldrá una palabra de todo esto y lo sabes. Ella puede ser una cotilla, pero yo no. Solo te estoy preguntando por curiosidad personal, porque tengo una idea preconcebida de ti y me la estás tirando por tierra en algunos aspectos. Me estoy dando cuenta de que eres humano. Pijo, pero humano.

Él se echó a reír. La carretera había llegado a su fin y Víctor maniobró para tomar la entrada a Madrid. Poco después, dejaba a Carla ante la puerta de su casa.

—Como ves, te he traído sana y salva.

—Y divertida.

—Sí, también divertida. Y dile a Irene que nunca mezclo el amor con el trabajo. Buenas noches.

—Buenas noches, y gracias por traerme.

Carla subió las interminables escaleras, mientras pensaba con humor que no se lo imaginaba en la cama con dos mujeres. Ni siquiera se lo imaginaba con una por

mucho que él dijera.

Capítulo 9

Un encargo

—Carla, espera —llamó Víctor cuando salían de trabajar el lunes—. Tengo algo para ti en mi casa.

—¿Algo para mí?

—Sí. He pasado el fin de semana en Puertollano y tu madre me ha dado unos *tuppers* con comida. Iba a llevártelos anoche, pero me pilló un atasco tremendo a la entrada de Madrid y llegué muy tarde. No me pareció buena hora para presentarme en tu casa sin avisar. Los tengo en el congelador.

—¡No me lo puedo creer! ¿De verdad que te ha dado *tuppers* con comida?

—Sí, tres o cuatro.

—Sigue pensando que no como.

—¿Y lo haces?

—Por supuesto que sí, aunque no lo que suele cocinar ella. No voy a preparar para mí sola algunas cosas.

—Ven a casa y te los llevas ahora.

—De acuerdo y me ahorraré cocinar porque hoy no tengo nada preparado.

—¿De verdad que comes? —volvió a preguntarle mirándola de arriba abajo.

—Pues claro que sí. ¡No irás a empezar tú como ella! ¿Tengo acaso pinta de famélica?

—No lo sé... con todos esos jerséis tan anchos unos encima de otros, no tengo ni idea de lo gorda o delgada que puedas estar.

—Estoy en el punto justo. Eres tú el que está flaco como un palo.

—Soy delgado por naturaleza, pero no estoy flaco. Y trago como una lima, puedo asegurártelo.

—Sí, tienes toda la pinta de ser de esos que comen a más no poder y no engordan ni un gramo.

Carla subió con él al coche.

—¿Cómo llevas el carné?

—Bien, el teórico casi lo tengo preparado. El único problema es que no dispongo de mucho tiempo para estudiar. El trabajo me absorbe demasiado. Y también tengo que dedicar una serie de horas a mantener los idiomas al día, si no, todo lo que he estudiado no servirá de nada. Pero en realidad no tengo demasiada prisa por tenerlo, porque aunque lo apruebe, de momento no me puedo permitir un coche. Sin contar con que las clases prácticas también supondrán un dinero. Creo que me lo tomaré con calma y esperaré al verano para dedicarle las vacaciones y que me dé tiempo para

ahorrar un poco.

—Sí, es buena idea. Además en verano puedes pillar alguna oferta.

—Y hay menos tráfico para practicar. No me apetece pagar un dinero y pasarme la clase metida en un atasco.

—Como me pasó a mí anoche. Tres horas para entrar en Madrid. Ya pensaba que iba a tener que abrir uno de tus *tuppers* y comer en el coche.

—¿Y por qué no lo hiciste? Mi madre cocina muy bien.

—Estuve tentado, no creas. Sobre todo uno de cocido. Hace años que no lo como.

—Podemos compartirlo si quieres. Si conozco a mi madre habrá mandado para un regimiento.

—No me lo digas dos veces.

Cuando llegaron a casa de Víctor, este entró directamente en la cocina y abrió el congelador. Carla se echó a reír al ver el contenido del mismo cuidadosamente ordenado, lleno de pequeños recipientes todos cerrados, etiquetados y alineados. Él cogió cuatro.

—Estos son los tuyos.

—Coge parte para ti.

—Están congelados. Pero si quieres lo caliente y comemos aquí los dos.

—Bueno. Ahora soy yo la que no va a rechazarte el que me ahorres fregar. Lo odio. Tú tienes lavavajillas.

—Sí, pero lo uso poco. Para mí solo hay veces que no merece la pena.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Si quieres ve calentándolo. Sabes usar el microondas, ¿no?

—¡Noooo! Soy ingeniera informática, pero no sé usar un microondas.

Él se echó a reír. Sabía que se picaría.

—Es que como en tu casa todo es bastante elemental...

—Pero sin el «micro» no sobreviviría. Solo dedico el sábado a cocinar y caliento el resto de la semana.

—¿Te pongo el cubierto en la mesa, o prefieres el suelo?

—Haré un esfuerzo y me sentaré a la mesa, pero solo por una vez, ¿eh? Y porque te has molestado en venir cargado con todo eso. No te acostumbres.

Cuando Carla abrió el microondas un delicioso olor se extendió por toda la casa.

—¡Hum! Mi madre es única preparando el cocido. ¡Hala, se ha hartado de echar grasa! ¡Chute de colesterol en vena! ¿Tienes pan?

—Sí. Hay que calentarlo un poco.

—¡Cómo me voy a poner!

Víctor repartió el contenido del *tupper* en dos platos y ambos se sentaron a comer uno enfrente del otro.

Después de terminar con las legumbres Carla se sirvió tocino, carne, chorizo y morcilla y empezó a machacarlo todo con un trozo de pan. Víctor cogió un cuchillo y un tenedor y procedió a trocear su parte minuciosamente.

—No me lo puedo creer... ¡Víctor!

Él levantó la cara sorprendido por su grito.

—¿Qué pasa?

—¿Pero cómo te vas a comer eso con tenedor? Es un crimen...

—A mí me enseñaron a usar los cubiertos.

—Sí, a mí también, pero no para esto. Esto hay que comerlo mojando sopas. Y chupándose los dedos, además. Mírame a mí, te aseguro que sabe mucho mejor.

—¿Por qué? ¿Se le suma el sabor de los dedos?

—No te burles. Prueba y verás.

—No me veo...

—¿Que no?

Carla se levantó de su silla y cogiendo un trozo de pan lo metió en el plato de él y cogió una porción de la mezcla y se la metió en la boca. Víctor la dejó hacer y luego, siguiendo su consejo al pie de la letra, le chupó el pulgar. Una sensación cálida le recorrió todo el cuerpo.

—¡Me has chupado el dedo!

—Tú lo has dicho, ¿no?

—Sí, pero me refería a los tuyos.

—Seguramente los míos no me habrían sabido tan bien. Tengo que reconocer que tienes razón, así está mucho más bueno. Había olvidado lo que se siente cuando alguien te da de comer.

—Pues ahora sigue tú solo, que ya eres mayorcito.

Él se echó a reír y cogiendo el pan a trozos la imitó. Carla se rio también.

—Creo que te voy domesticando, que todavía no eres un caso perdido.

—Pero no esperes que me siente a comer con un plato en el suelo. Por eso sí que no paso.

—No, yo tampoco te imagino.

Terminaron de comer y luego Carla se despidió.

—Me marcho ya. ¿Quieres que te ayude a fregar antes?

—No, no te preocupes. El trato era que tú ponías la comida y yo fregaba. Pero si quieres un café...

—Ahora no, estoy demasiado llena. Y además debo marcharme. Tengo que ver un par de pelis en chino y devolverlas esta tarde.

—Hasta mañana entonces... y gracias por la comida y por la lección.

—De nada, jefe.

Capítulo 10

La salida

Carla estaba tendida en la alfombra, su lugar favorito, viendo una película en el ordenador cuando sonó el móvil. Suspiró. ¡Víctor, seguro! No tenía ninguna gana de trabajar ahora, si era él no contestaría. Miró el número, pero no lo reconoció y descolgó.

—¿Diga?

—Carla, soy Vero.

—¡Ah, hola! Creí que era el pesado de Víctor para hacerme trabajar esta tarde.

Vero se echó a reír.

—No, no voy a hacerte trabajar sino todo lo contrario. Voy a invitarte a divertirte. Esta noche vamos a salir a tomar unas copas. Como no has venido por la oficina me han encargado que te llamase por si querías unirme a nosotros.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Todos los de la empresa, Rafa incluido. También vendrán Toñi y José.

—¿Y Víctor?

—Sí, él también.

—De acuerdo, iré. ¿Dónde quedamos?

—A las once en el centro comercial.

—Allí estaré.

A la hora convenida, Carla se bajó de un taxi ante la puerta del centro comercial. Ya estaban allí Rafa y Toñi y también Marina y su marido.

—¿Has venido sola? —le preguntó su jefe.

—Sí, ¿por qué?

—Víctor dijo que iba a pasar a recoger a Vero, que tiene el coche en el taller, y a ti para que no te vinieras con Javier. ¿No te ha llamado?

—No, a menos que lo haya hecho durante el rato que lo he tenido apagado mientras dormía una siestecita por si volvíamos tarde.

—Es posible.

Miró en el móvil las llamadas guardadas en el buzón, pero lo encontró vacío.

—Pues no lo ha hecho. De todos modos he conseguido llegar sin su ayuda —se burló—. ¿Crees que tardará? —dijo arrebujándose en el abrigo. Estaba helada. Sabiendo que en los lugares de copas solía hacer mucho calor se había puesto una minifalda roja y una camiseta negra sin espalda, sujeta por pequeñas tiras cruzadas desde un costado al otro y sin tirantes. Unos calentadores rojos y negros en los pies y unas medias negras más finas que las que solía usar habitualmente. El pelo, ya un

poco más crecido, dejaba ver raíces de su color castaño oscuro y las puntas rosas, y se lo había peinado simplemente sacudiendo la cabeza mientras lo secaba para que quedase lo más despeinado posible.

—No creo que tarden, siempre suelen ser muy puntuales —dijo Marina—. Mira, ahí están ya Víctor y Vero.

Carla se volvió y los vio venir. Él se había quitado, como ya imaginaba, su habitual traje azul y sus ya también famosos jerséis de cuello vuelto y vestía un traje negro de corte más moderno y una camisa blanca por encima del pantalón y sin corbata. Tuvo que reconocer que le sentaba muy bien esa ropa. Todos se saludaron.

—Javier nos espera en el local —dijo Vero—. Se ha ido directamente para intentar coger una mesa.

—Ah, bien. Vamos entonces.

Carla no tenía ni idea de dónde iban, pero al parecer los demás sí, porque todos echaron a andar en grupo hasta que Rafa se detuvo ante un local con puertas de madera oscura y entró en el mismo. Casi al instante, vieron a Javier sentado a una mesa en el fondo y se acercaron a él.

Como había temido, en el local hacía un calor espantoso y todos se apresuraron a quitarse los abrigos y bufandas que llevaban.

—Carla, chica, qué cambio —dijo Rafa—. Creo que es la primera vez que no te veo envuelta en cuatro capas de ropas superpuestas.

—Al trabajo hay que ir decente y abrigada, pero esto es ir de marcha y es otra cosa.

—Pero vienes con compañeros de trabajo.

—Sí, Javier, de momento sí. Pero soy mayor de edad, soltera y libre... si desaparezco a media noche no me busquéis.

—De acuerdo —comentó Vero.

—Sí, ya vemos que vienes de caza —añadió Víctor.

Carla le dirigió una mirada atravesada y se sentó cruzando las piernas frente a él, que la ignoró y se puso a charlar con Marina y ella dirigió su atención a Javier y a Toñi.

Encargaron las bebidas, Carla se pidió un Martini blanco y comprobó asombrada que Víctor pedía un *whisky* con hielo. No pudo evitar burlarse.

—Pensaba que cuando salías solo tomabas coca-cola.

—En ciudad me permito una copa, solo una, y siempre después de haber comido.

—Algún día tengo que conseguir emborracharte.

—Si quieres correr el riesgo... Ya sabes que después no me acuerdo de nada, no respondo de mis actos.

—Me doy por advertida. Si te emborracho será bajo mi responsabilidad. Pero no creo que tengas mucho peligro.

—Tú verás.

Empezaron a beber de sus copas y al poco rato Javier salió a bailar la música de

salsa que estaba sonando, y todos se le unieron salvo Rafa y Víctor. Carla se paró ante ellos.

—¿Y vosotros?

Su jefe levantó las manos.

—No, yo no bailo.

—Es cierto —confirmó su mujer—, en todos los años que llevamos juntos jamás le he visto bailar nada. Ni siquiera el día de nuestra boda.

—¿Y tú, Víctor?

—Yo tampoco bailo esto.

A Carla no se le había escapado que desde que se quitó el abrigo él no había dejado de mirarla con una expresión extraña, no sabía si de desaprobación. Decidió no echarle cuenta y empezó a bailar moviéndose con sensualidad, pero no podía dejar de sentirse incómoda porque notaba que sus ojos no se apartaban de ella en ningún momento. Cada vez que lo miraba le veía observarla en silencio con aquella expresión imperturbable, y empezó a irritarse, hasta que ya, francamente harta, se le acercó y le agarró de la mano.

—¡Ven aquí, tú también vas a bailar!

Él, pillado por sorpresa, no pudo evitar que el tirón que ella dio a su mano le hiciera levantarse, pero luego se paró en seco.

—No, Carla, déjame. Este tipo de baile no me gusta.

—No te gusta para bailar, ¿eh?, pero sí para mirar mientras bailan los demás. Pues ahora vas a bailar tú o voy a formar un escándalo tan grande que toda la discoteca acabará pendiente de ti —dijo tirando de sus manos hasta la pista, y empezó a moverse insinuante delante de él sin soltarle las manos. Víctor empezó a mover los pies torpemente.

—Vamos, mueve las caderas, pareces un pato mareado.

—Ya te dije que este tipo de bailes no se me dan bien.

—Olvídate del baile, piensa que estás follando. ¿O es que eso tampoco se te da bien?

—No lo sé... Nunca se me ha quejado nadie, desde luego.

Carla se echó a reír y sin soltarle giró y se colocó con la espalda delante de él y continuó moviéndose. Sabía que Víctor tenía la mirada clavada en su espalda casi desnuda y en los movimientos de sus caderas, y sintiéndose malvada los exageró todo lo que pudo acercándose y separándose de él alternativamente, llegando casi a rozarle, pero sin hacerlo. Cuando la canción terminó se giró de repente y le pellizcó la mejilla.

—Tienes que practicar más, Víctor. Estás muy verde.

—¿Te refieres al baile o a la cama?

—Ah, eso tú verás. Con cualquiera de las dos cosas se mejora en la otra.

—Tal vez tú quieras darme algunas clases... ya veo que dominas el tema.

—Si es de baile, no tengo inconveniente. De lo otro, paso. Nunca me enrolló con

tíos a los que tengo que ver todos los días, y si se trata del sitio que me da de comer, menos.

—Estoy de acuerdo contigo —terminó él—. Ya sabes el refrán «donde tienes la olla...»

Se habían acercado de nuevo a la mesa. Rafa se burló de Víctor.

—Macho, que pedazo de coreografía te has montado.

—La salsa no es lo mío.

—Aquí te lo dejo, Rafa —dijo Carla burlona—. Cuídalo para que no se rompa.

Víctor miró cómo se alejaba de nuevo hacia la pista sin decir palabra.

—Es un demonio esta chica. Ha conseguido llevarte a su terreno.

—Sí, de momento. Pero la noche aún no ha terminado.

—¡Huy, huy, huy! Creo que me voy a divertir hoy más de lo que esperaba.

Durante más de media hora Víctor contempló en silencio cómo Carla continuaba bailando en grupo a veces y en ocasiones emparejada con Javier. Aquel tenía mucho arte y ambos formaban una buena pareja de baile.

Y al fin llegó el momento que había estado esperando y la música de salsa cambió a música lenta. Carla, sudorosa, se acercó a la mesa y dio un largo trago a su vaso y a continuación hizo ademán de sentarse. Pero Víctor se levantó de golpe y la agarró del brazo impidiéndoselo.

—De eso nada. Ahora me toca a mí.

—¿De qué hablas?

—Que ahora vas a bailar conmigo.

—¿Esto? Ni lo sueñes, yo no bailo esto tan cutre.

—Yo no quería bailar salsa y lo he hecho, así que ahora te aguantas. Donde las dan las toman. Ven aquí —dijo tirando de ella hasta la pista entre las risotadas de Rafa.

Carla no pudo evitar que la arrastrara, y apenas se encontraron entre la gente, Víctor le pasó un brazo por la espalda y la apretó contra él, dejando caer el otro brazo al costado.

—¡Eh, chico! Calma, afloja un poco, ¿quieres?

Él se burló.

—¡No irás a decirme que una mujer tan experta como tú se corta a la hora de bailar con un hombre un poco más apretados de lo normal!

—Por supuesto que no, pero tengo la costumbre de respirar, ¿sabes?

—Eso no es culpa mía sino del baile de salsa que te tenía asfixiada. Yo respiro perfectamente.

Carla lo miró y comprobó que tenía razón. Él estaba tranquilo y relajado a pesar de que la mantenía abrazada muy cerca. Intentó retirarse un poco, pero el brazo de él no cedió ni un centímetro. ¡Tenía fuerza, a pesar de lo delgado que estaba y de su aspecto débil y apático! Empujó hacia atrás con todas sus fuerzas, pero él seguía manteniendo la distancia sin que aparentemente le costara ningún esfuerzo.

«¿Quieres jugar, eh? —pensó—. Pues vamos a jugar.»

Y bruscamente se apretó contra él aún más y le echó los brazos al cuello, apoyándole la cabeza contra la mejilla. Sintió el tacto suave de la camisa blanca de Víctor en sus brazos y en sus hombros y también la mano de él abierta y firme sobre su espalda y su respiración en la oreja, y contra su voluntad notó que empezaba a excitarse. Apretó aún más las caderas contra las de Víctor intentando excitarle a él también, pero el muy capullo permaneció impasible sin demostrar la más mínima reacción. Como si estuviera bailando con un palo.

«¡Joder! ¿De qué estás hecho?», pensó.

La respiración de Víctor seguía tranquila y relajada, mientras que ella sentía que la suya se estaba desbocando. Trató de tranquilizarse.

«¡Cálmate, Carla! Es esto lo que pretende. No permitas que lo consiga.»

Pero su cuerpo se negaba a escuchar sus razones y sintió cómo se excitaba cada vez más, hasta que al fin terminó la canción y él bajó el brazo que la sujetaba y murmuró:

—Ahora ya estamos en paz.

Ella le miró fijamente a los ojos, que la contemplaban burlones, y dijo entre dientes:

—¡Y luego dices que no eres vengativo!

—Yo nunca he dicho eso, solo que no encuentro en nuestro pasado nada de lo que quiera vengarme. Lo de esta noche ha sido diferente. Tú has intentado que me sintiera ridículo y lo has conseguido... y yo te he puesto a ti como una moto a pesar de lo mucho que me aborreces. Estamos en paz.

—Eres un cabrón —susurró.

Él levantó la ceja y se dio la vuelta dirigiéndose a la mesa con Rafa. Carla, aunque estaba cansada, se encontró incapaz de sentarse a su lado. No estaba segura de poder controlar las ganas de golpearle, de modo que se quedó en la pista y se acercó a Javier.

—Ven, Javier, baila conmigo.

Y echándole los brazos al cuello se abrazó a él siguiendo el compás de la música, sabiendo que la mirada de Víctor no se apartaba de ella ni un momento.

Cuando la velada terminó y todos se despidieron, Carla le pidió a Javier:

—¿Me llevas a casa? Puedo invitarte a una última copa allí si quieres.

—Yo nunca digo no a una copa.

Carla se volvió a los demás.

—Hasta mañana entonces.

Cuando sus ojos se cruzaron con los de Víctor, pudo comprobar que la sonrisa burlona que este había mantenido durante toda la noche había desaparecido y sintió que al final ella había ganado.

Mientras se encaminaban hacia el coche de Javier, le comentó:

—Oye... cuando te ofrecí una copa quise decir copa y nada más.

—Por supuesto.

—Pero si alguien te pregunta mañana en la oficina, hazte el tonto y no contestes abiertamente.

—¿Quieres que allí piensen que hemos pasado la noche juntos?

—Bueno... quiero que tengan sus dudas. Es por Víctor. Sigue imaginando que es mi hermano mayor y que debe cuidarme. Y quiero que se entere de una vez que soy libre e independiente... y capaz de cuidar de mí misma.

—De acuerdo, si alguien me pregunta me haré el interesante.

Capítulo 11

Una llamada

Estaba rendida. Se había pasado el día corriendo de un sitio para otro: de casa a la oficina, de allí hasta una empresa para la que tenía una mala combinación de metro y autobús y había tenido que ir andando, y luego regresar a casa también a pie. Había hecho la compra del mes en el supermercado y luego había tenido que colocarlo todo y al final había escrito el informe para presentárselo a Víctor al día siguiente. Era lo primero que le pedía cada mañana, inmediatamente después del «buenos días». Tendría que estar medio muerta para que él le perdonara el informe una mañana.

Estaba tan cansada que ni siquiera se había preparado cena, sino que se había abierto una lata y tomado un poco de fruta después, y estaba abriendo la cama para meterse en ella y hasta dudando de ponerse una película en el ordenador o dormirse directamente. Iba a apagar el móvil cuando este le vibró en la mano. Sonrió... Irene. Contestaría porque era ella y hacía bastante que no hablaban.

—Hola, Carla.

—Hola. Me pillas de milagro.

—¿Y eso? ¿Dónde ibas a estas horas, gamberra? De juerga, ¿no?

—¡Qué va! A la cama como las viejas, aunque no te lo creas.

—¿A la cama a las once y cuarto? Acompañada, supongo.

—No, más sola que la una y hecha polvo.

—¿Estás enferma?

—No, solo cansada.

—¡No me lo puedo creer! ¿Cansada tú?

—A ver, no todo el mundo tiene tu suerte de trabajar de nueve a once de la noche y luego dormir hasta la una del mediodía, y además de tener un novio que te resuelve la comida, la compra y comparte contigo las tareas de la casa. Yo estoy sola para todo.

—Sí, Fernando es un cielo, eso hay que reconocerlo. Bueno, pues búscate un novio tú también.

—No, gracias, las delicias de la vida en pareja no están hechas para mí.

—¿Sigues, como siempre, huyendo de la cama de los tíos apenas habéis terminado de echar un polvo para no comprometerte?

—Peor, creo que los estoy aborreciendo.

—¿Los polvos?

—No, los hombres.

—¿Tú? Eso me lo puedo creer menos.

—Pues hazlo. Llevo tres meses trabajando y no he salido con un hombre ni una sola vez desde entonces.

—¡No me dirás que vives encerrada como una monja!

—No, tanto como encerrada, no. He salido algunas veces, pero con la gente del trabajo. Yo hablaba de salir con un tío a solas.

—¡O sea, que llevas tres meses sin echar un polvo!

—Llevo más, porque durante el tiempo que preparé el proyecto tampoco tenía mucho tiempo. ¡Ya casi ni me acuerdo de lo que era!

—Pues eso no puede ser. Oye, ¿en el trabajo no hay nadie potable?

—¡Qué va! Hay un chico, Javier, pero es muy infantil, aunque tiene mi edad... y el plasta de tu hermano que se pasa el día tocándome los ovarios.

—Veo que seguís siendo íntimos.

—¡Es de un pesado! Me llama casi todos los días para preguntarme cómo me ha ido el trabajo de la mañana, a pesar de que tengo que presentarle un informe superdetallado al día siguiente. La otra mañana me cabréé tanto que le incluí que había ido tres veces a orinar.

Las risas de su amiga al otro lado la animaron a seguir.

—¿Y qué te dijo?

—Nada. Él nunca dice nada, es lo que más me enfada. Se limita a mirarme con esa sonrisa idiota, que me irrita a más no poder. Como comprenderás, después de aguantar a tu querido hermanito no quiero ver a un tío ni en pintura por las tardes. Creo que está consiguiendo que aborrezca al género masculino al completo.

—No será para tanto, mujer. Alguno habrá que se salve.

—¡Uf! —bufó—. Por lo visto, solo hay uno perfecto, y ese lo tienes tú, ¿no?

—Mi Fernando es un encanto, desde luego, pero no creo que a ti te guste alguien como él.

—A mí no me gusta ninguno; lo único que quiero de ellos, ya lo sabes. Un buen polvete de vez en cuando y adiós muy buenas.

—Ya. Bueno, ¿y mi hermano cómo está?

—Ya te lo he dicho, muy pesado.

—No, mujer, me refiero a salud, amor y esas cosas.

—De salud bien y de amor me temo que muy mal porque si estuviera bien no dedicaría las veinticuatro horas del día a trabajar... y a hacerme trabajar a mí. Creo que un día de estos le van a salir los informes por las orejas.

—Espero que eso no suceda. Dale recuerdos de mi parte cuando le veas.

—Mañana a las ocho sin falta. Y no me va a llamar esta noche porque voy a desconectar el móvil ahora mismo, porque es capaz.

—Bueno, pues descansa... y búscate un chico que te alegre la vida, todos no son adictos al trabajo como mi hermano. Hasta otro día.

—Adiós, Irene, besos a Fernando.

—Hum... en cuanto cuelgue.

Carla cogió el pañuelo una vez más y se secó los ojos. La conversación con Irene la noche anterior la había dejado un poco baja de ánimos, y como cada vez que se sentía sola o deprimida, cosa que afortunadamente no sucedía con mucha frecuencia, se sentaba a ver *Los Puentes de Madison*, que tenía en versión original. Esa película, que siempre le hacía llorar por muchas veces que la viera, tenía la facultad de calmarla, y después se sentía mejor. Era como si la película se llevase todas las neuras.

Ella no se consideraba llorona, pero tenía que reconocer que la historia le podía.

En plena crisis de lágrimas escuchó el timbre de la puerta. ¿Quién podría ser a aquellas horas? Eran más de las diez de la noche. Fuera quien fuese, se iba a tener que marchar sin verla, porque no estaba dispuesta a recibir a nadie con la cara llena de lágrimas y los ojos hinchados.

Después de varios intentos, el timbre dejó de sonar, pero a los pocos minutos escuchó el móvil. Miró el número, aunque sabía muy bien quién era. ¿Qué quería ahora? Descolgó de mala gana.

—Dime.

—Carla, ¿dónde estás?

—¿Y a ti qué te importa? No es hora de trabajo.

—Ya lo sé, mujer, ya lo sé. No te lo tomes así, se trata de una emergencia. He pasado por tu casa para dejarte unos papeles que vas a necesitar mañana, pero no hay nadie. Dime cómo puedo hacértelos llegar.

—Yo los recogeré por la mañana antes de ir a la empresa.

—No podrás. Tengo que marcharme esta misma noche con Rafa, y él no quiere dejarle los documentos a nadie más que a ti. Es importante que les eches un vistazo antes de entrar mañana. Dime dónde estás y te los llevaré donde haga falta.

Carla suspiró.

—Está bien, sube...

—¿Estás en casa?

—Sí, no te he abierto antes porque estaba medio dormida, no me encuentro muy bien.

—¿Estás enferma?

—No, no exactamente... solo tengo... un ataque de alergia. Me ocurre a veces.

—Bien, ahora subo.

Pocos minutos después escuchó de nuevo el timbre de la puerta y apagó la luz antes de abrir para que él no le viera bien la cara, pero a pesar de ello, los ojos escrutadores de Víctor se clavaron en ella en cuanto la vio.

—Lamento haberte despertado —se excusó mientras le tendía los papeles sin hacer siquiera intención de entrar. Pero una mirada al interior de la habitación por encima de su hombro le hizo ver el ordenador encendido con la película puesta. Carla se dio cuenta.

—Sí, me puse a ver una peli y me quedé frita.

—Ya... bueno, de verdad que lo siento. No te molesto más, puedes seguir sufriendo de tu alergia a gusto —murmuró con un tono de ironía—. Anda, que te vas a perder la mejor escena, la más triste. Te veré a la vuelta.

—¡Gilipollas!

Sin contestar, Víctor bajó los escalones de dos en dos y mientras ella cerró la puerta a sus espaldas. Irritada, quitó el ordenador. Se le habían pasado las ganas de terminar de ver la película.

Capítulo 12

Un admirador

Desde la ducha, Carla escuchó el timbre de la puerta sonando con insistencia. No pudo evitar sobresaltarse porque eran las siete y media de la mañana y no esperaba ninguna visita. Ni siquiera Víctor osaría presentarse allí a aquellas horas sin avisar antes por teléfono, y había conectado el móvil en cuanto se levantó. O se trataba de una equivocación o de alguna emergencia. Maldiciendo para sus adentros por si era un error, se puso el albornoz morado y rosa a rayas y descalza salió a abrir. A través de la puerta preguntó:

—¿Quién es?

—Un envío para Carla Suárez.

Abrió y su sorpresa aumentó cuando vio a un chico joven que llevaba en las manos un centro de flores multicolor.

—¿Es usted?

—Sí.

¡Mierda, había olvidado su cumpleaños!

—Perdone la hora, pero nos informaron que debíamos entregarlo antes de las ocho menos cuarto.

—Sí... gracias.

Cogió las flores de manos del chico, que le entregó también una tarjeta, y entró. Lo soltó sobre la mesa del ordenador y lo contempló. Estaba formado por una combinación de flores diferentes en tonos rojos, rosas, naranjas y amarillos, adornado con unas varas azules y brotes de bambú. A pesar de la variedad y el colorido, era de un gusto exquisito.

Se dio cuenta de que aún tenía la tarjeta en la mano y no pudo reprimir la curiosidad, aunque tenía una vaga idea de quién podía haberlo enviado. Pero ponía simplemente «FELICIDADES» en una cartulina blanca sin logotipo ni firma de ninguna clase. Hasta la letra era la estándar de cualquier ordenador. Rebuscó dentro del ramo por si venía alguna otra, pero no encontró nada.

A pesar de todo, tenía la sensación de que era Víctor quien se las enviaba, no mucha gente conocía la fecha de su cumpleaños y ella no lo había comentado con nadie. Se dio cuenta de que estaba poniendo perdido el suelo del salón y se apresuró a terminar de ducharse sin dejar de pensar mientras lo hacía, y cada vez más segura de que había sido obra suya.

Cuando entró en la oficina, le preguntó a Vero:

—¿Está Víctor en el despacho?

—Sí, él siempre es el primero en llegar. Y Rafa también.

—¿Están juntos?

—No, cada uno en el suyo.

—Bien, entonces voy a verle.

Vero levantó la cara mirándola asombrada.

—¿Va a llegar la sangre al río?

—Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque nunca vas a verle por tu propia voluntad más que para discutirle algo.

—No, esta vez no, solo quiero averiguar una cosa.

—¡Huy, qué misteriosa estás! ¿Me podré enterar yo luego?

—Tal vez. Depende.

Con paso rápido se dirigió al despacho de Víctor y tras llamar entró sin esperar respuesta. Él levantó la cabeza de la pantalla del ordenador en el que estaba trabajando en aquel momento.

—Hola, Carla, buenos días. ¿Ocurre algo? No sueles aparecer por aquí tan temprano.

—¿No me esperabas?

Él fijó en ella unos ojos interrogadores.

—¿Debería? ¿Habíamos quedado en vernos temprano y lo he olvidado?

—No se trata de eso... Has sido tú, ¿verdad?

—Yo he sido... ¿qué?

—Quien me ha enviado el centro de flores.

Él se quedó un momento observándola en silencio, los ojos brillantes, la boca curvada en una sonrisa ligeramente burlona.

—Por mi cumpleaños —añadió—. No llevaba firma.

—¿Me crees capaz de enviarte algo tan cutre como un ramo de flores? ¿Crees que quiero que me lo tires a la cabeza?

Carla se quedó un poco parada. Víctor continuó.

—Si dices que no llevaba firma, ¿qué te hace pensar que he sido yo?

—No sé... quizás porque eres de los que mandan flores.

—Por supuesto que lo soy, me parece todo un detalle. Pero solo cuando sé que van a ser bien recibidas. Para ti eso sería un regalo muy cursi y vulgar.

—Tú sabes la fecha de mi cumpleaños.

—Sí, y te he comprado un regalo, lo admito.

Abrió un cajón de la mesa y sacó una caja cuadrada envuelta en papel amarillo.

—Pensaba dártelo a la hora de desayunar, pero como ya estás aquí... —dijo tendiéndosela.

Carla lo abrió. Era una bandeja de madera azul pintada con círculos de colores.

—Dijiste que no tenías bandeja.

—No, es cierto. Aún no me la he comprado. Gracias, Víctor, es preciosa.

—Sabía que te iba a gustar. Cuando hago un regalo apuesto por lo seguro.

—Ya... ¿Y no tienes idea de quién ha podido ser?

Víctor se echó a reír.

—¿Me estás preguntando a mí quién te ha mandado flores a ti? Carla, eso es muy fuerte. Si no lo sabes tú, ¿cómo quieres que lo sepa yo?

—Eres psicólogo.

—Sí, soy psicólogo, no adivino. Además no conozco tanto tu vida privada como para saberlo.

—¿Quizás Javier? ¿O Rafa?

—Javier nunca mandaría flores de una forma anónima, él querría que supieras que te las había enviado y Rafa... si él te hubiera mandado flores sería porque te estaría tirando los tejos y te aseguro que no hay nada de eso, está muy enamorado de Toñi.

—No, claro, tienes razón. ¡Es que no tengo ni idea de quién puede ser! De todos los hombres que conozco eres el único que encajaba en el perfil, y si tú no has sido no puedo imaginarme quién es.

—Tal vez tengas un admirador secreto.

—No te cachondees, ¿quieres? De verdad que estoy intrigada.

—¿Y no se te ha ocurrido que puede ser una broma?

—No lo creo, alguien se ha gastado demasiado dinero para una broma. El centro es precioso y además de muchos colores. Quien lo haya enviado me conoce bien.

Levantó la cabeza y lo miró de nuevo.

—¿De verdad que no has sido tú?

Él contestó con otra pregunta.

—¿Por qué tengo que tener yo la culpa de todo lo que te ocurre?

—Aquí nadie ha hablado de culpas. Esto es un detalle bonito.

—Nunca se me hubiera ocurrido pensar que considerarías bonito algo así. Lo tendré en cuenta para el año próximo. Si recibes dos, podrás deducir que uno de ellos es mío. Y a lo mejor a esas alturas ya sabes quién te mandó el otro.

—Sí... supongo. Bueno, te dejo, tengo trabajo.

Carla salió del despacho y nada más cerrar la puerta la sonrisa de Víctor se hizo más amplia.

«Te ha gustado, ¿eh? Sabía que no eres tan dura como aparentas.»

Su mirada se posó sobre la caja abierta encima de la mesa.

«Y a la bandeja ni puñetero caso.»

Suspirando se levantó y cogiendo la caja salió del despacho. Como había imaginado, la encontró en el de Vero.

—Ya sé que no puedo competir con un misterioso admirador, pero la bandeja te

será útil.

Carla sintió que enrojecía al darse cuenta de que había olvidado por completo su regalo.

—Lo siento... He olvidado cogerla... Gracias de nuevo, Víctor. Es preciosa.

—Pero no tanto como las flores...

—No es eso... es que estoy intrigada.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Vero.

—Hoy es el cumpleaños de Carla y esta mañana ha recibido un misterioso ramo de flores anónimo, y creía que se lo había mandado yo. Pero yo solo le he comprado una vulgar bandeja.

—No es vulgar, Víctor. Es muy bonita, de verdad.

—Espero que la disfrutes —dijo él saliendo del despacho.

—Ven a tomar café esta tarde y la estrenamos, ¿quieres?

Él se volvió a medias ya a punto de cerrar la puerta tras sí.

—¿Y si se presenta el tío del ramo esperando que se lo agradezcas? Mejor otro día.

Carla se dejó caer en el sillón.

—¡Qué torpe he estado! Espero que no se haya enfadado en serio. Encima que se ha molestado en buscar una bandeja a mi gusto...

Vero la miró por unos instantes.

—¿En serio no sabes quién te ha mandado las dichas flores?

—En serio. Ni puñetera idea.

—Bueno, cuando lo averigües me lo dices.

—Sí, claro que te lo diré.

Capítulo 13

Un error

Desde el terminal donde se encontraba programando en la secretaría de un instituto, Carla escuchó la vibración del móvil. Como ya tenía por costumbre, se dirigió al servicio en espera de recibir la llamada que vendría a continuación, y cuando esta se produjo, se sorprendió al comprobar que era Javier y no Víctor o Vero quien la llamaba.

—Dime, Javier.

—Tengo que hacerte una consulta, he de entrar en un PC que no conozco. Tiene una contraseña y me parece que la he averiguado. ¿Crees que pueden pillarme si lo hago?

—Si no te piden una segunda contraseña, no creo.

—Espera, estoy entrando. No pide nada, me deja acceso libre.

—Entonces adelante.

—He entrado. Voy a buscar lo que necesito.

—Buena suerte.

Carla regresó a su trabajo. A mediodía, y apenas llegó a su casa, recibió una llamada de Vero.

—Hola, Vero, ¿cómo estás?

—Carla, ¿qué ha pasado con Javier esta mañana?

—¿Con Javier? Me llamó para pedirme una información y se la di. ¿Por qué?

—Le han pillado.

—¿Cómo? No puede ser...

—Al parecer el ordenador tenía un registro para detectar si alguien buscaba la contraseña.

—¡Mierda! No se me ocurrió. Es algo muy raro.

—Le han puesto una denuncia y está detenido.

—¡Dios mío, por mi culpa! ¿Están muy mal las cosas?

—No lo sé. Yo voy ahora para allá.

—Voy contigo.

—No, ni se te ocurra. Tú no salgas a la luz en absoluto. Ya tenemos bastante con un miembro del equipo al descubierto. Quédate en casita y sobre todo no se te ocurra ponerte en contacto con él hasta que yo te lo diga.

—¡Por Dios, cómo se puede ser tan torpe! Tenía que haber estado preparada para todo.

—Carla, no sirve de nada lamentarse. Solo te he llamado para que lo supieras.

Ahora voy a ver si puedo conseguir que lo suelten bajo fianza.

—Vero, si hace falta dinero puedes disponer de mi sueldo.

—¡Olvídalo! Te llamaré cuando sepa algo.

Carla colgó. Había cometido un error de los más idiotas, de lo más elemental en cuestión de seguridad, y lo peor era que no lo estaba pagando ella sino otra persona. ¡Dios, Javier estaba detenido! ¡Esperaba que Vero pudiera arreglarlo! Se sentía fatal. Fue incapaz de comer y se sentó, tremendamente preocupada, a esperar noticias de su amiga.

A medida que pasaba el tiempo estaba más agobiada. Era incapaz de soportar la tensión y empezó a llorar. Si Javier tenía que cumplir una condena por su culpa, por un error suyo, nunca se lo perdonaría.

Dejaría el trabajo, estaba comprobado que no era de fiar, que era un peligro para sus compañeros. Terminaría lo que estaba haciendo y se despediría.

El timbre de la puerta la sobresaltó. ¡Ojalá fuera Vero con buenas noticias! Pero en cambio se encontró con Víctor en el umbral cuando abrió. Sin esperar a que le invitara a pasar, él entró y cerró la puerta.

—Si vienes a echarme la bronca, te aseguro que no hay nada que vayas a decirme que no me haya dicho yo. No has escogido un buen momento para ejercer de jefe.

—No he venido a ejercer de jefe.

—¿Ah, no? ¿Y entonces a qué? Supongo que no a reírte de mi pifia, porque no tiene gracia, hay una persona detenida.

Víctor miró sus ojos enrojecidos y dijo con calma:

—He venido como compañero que también comete errores, como psicólogo por si quieres hablar o a ofrecerte un hombro sobre el que llorar. Elige tú.

Sin poder evitarlo, Carla se abrazó a él y enterrando la cara en su hombro lloró suavemente. Víctor la abrazó y permaneció en silencio dejándola llorar hasta que ella misma se separó más calmada. Entonces la soltó.

—¿Estás mejor?

—No... No estaré mejor hasta que sepa que Javier ha salido de esta.

—No te preocupes, Vero lo arreglará. Nos ha sacado de cosas peores. De lo único que lo pueden acusar es de haber entrado en un ordenador ajeno. No le ha dado tiempo a sacar información y no se la han pillado encima. Eso hubiera sido peor.

—De todos modos está en un apuro por mi culpa.

Víctor la cogió de la mano y la llevó hasta la alfombra. Se sentó en el suelo y la hizo sentar a su lado.

—Ahora vas a escucharme. Nadie está libre de errores, ¿me oyes? Ni siquiera «Súper Carla».

—No soy «Súper Carla».

—Bien, si has aprendido eso hemos avanzado un paso, a pesar de lo de Javier. A partir de ahora actuarás con más cautela y será mejor para todos, incluida tú misma. Y la culpa es de Javier y no tuya. Nunca debió meterse en un ordenador si no sabía

cómo hacerlo. Debió avisarme a mí o a Rafa y hubiéramos hecho que tú te ocuparas. Aquí, el que se sale de su cometido la pifia, así que no ha sido culpa tuya. Y Javier sabe que no debe arriesgar ni el trabajo ni la seguridad actuando por su cuenta.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad. En estos casos nunca tiene la culpa una sola persona si algo se tuerce. Ojo, no te estoy diciendo que tú no tengas tu parte de culpa, pero no toda. En última instancia Javier era el responsable.

—¿Qué pasará con él?

—Lo primero es que le dejen salir, para lo que no habrá ningún problema porque está limpio, y luego Vero intentará que retiren la denuncia. Si no lo consigue irá a juicio y en el peor de los casos pagará una multa, que cubrirá la empresa, por supuesto. No le han pillado con ninguna prueba encima y por lo tanto no hay riesgo de condena a cárcel. Desde luego, independientemente de cómo resulte, tendrá que llevarse una temporada haciendo solo trabajos limpios. No puede arriesgarse a otro fallo en poco tiempo.

—Lo siento.

Él se acercó y dijo:

—Carla, todos sabemos el riesgo que corremos en esto, y lo asumimos. Y hay que pensar que siempre puede ser peor.

—¿Alguna vez ha ocurrido algo peor, o alguien ha resultado lastimado físicamente?

Víctor se levantó la manga del jersey que llevaba y le mostró una pequeña cicatriz debajo del codo.

—¿Cómo fue?

—Tuve que pelearme con alguien.

—No te imagino en una pelea.

—Me temo que soy igual de patoso que bailando. También Marina se vio sorprendida una vez y sufrió amenazas durante un tiempo. Tuvo que cambiar de casa y de teléfono y vivió atemorizada durante unos meses. Son gajes del oficio.

Víctor se inclinó hacia ella y le apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente.

—Estás mejor, ¿verdad?

—Sí.

—Así me gusta.

Sus dedos se detuvieron un momento sobre la piel, rozándola con las yemas y Carla sintió algo cálido recorrerla, algo nuevo y excitante ante la caricia. Ahondó en sus ojos oscuros y susurró:

—Víctor... ¿por qué eres así conmigo?

—¿Cómo soy?

—Bueno... amable. Yo no hago más que tocarte las narices y tú siempre estás ahí, siempre te portas bien conmigo. ¿Por qué?

—A lo mejor es que soy masoquista y me gusta que me toquen las narices... o a lo mejor es que espero que algún día dejes de tocármelas. Elige la opción que más te guste.

Mientras hablaba deslizó los dedos por la mejilla, suavemente, y se detuvo en la comisura de la boca. Ella le miró y se perdió en sus ojos oscuros. Por un momento olvidó quién era, el pasado y la animadversión que habían compartido y solo vio al hombre. Un hombre desconocido para ella y que en aquel momento le decía muchas cosas con la mirada, cosas que le hicieron agitarse por dentro. Cuando él se inclinó sobre su cara, no se apartó, aguardó expectante con el corazón acelerado y los labios entreabiertos.

El móvil de Víctor sonó estridente en aquel momento rompiendo la magia. Carla separó bruscamente la cabeza y él se rehízo para responder.

—Dime, Vero —dijo suspirando.

—Lo he conseguido, está en casa. Y he quedado mañana en verme con el dueño de la empresa. Tal vez podamos llegar a un acuerdo.

—¡Eres genial! Lo que tú no arregles...

—Voy a llamar a Carla para decírselo, estaba muy preocupada.

—Carla está aquí conmigo, yo se lo diré.

—De acuerdo, hasta mañana.

Víctor colgó.

—Javier ya está en casa y es posible que Vero consiga mañana que retiren la denuncia.

Volvía a ser el jefe, el Víctor que ella conocía y Carla se preguntó qué había pasado unos minutos antes entre ellos.

—Gracias a Dios. Ahora que estoy más tranquila voy a acercarme a la academia de idiomas a devolver unas películas que me traje.

—Si quieres te llevo.

—Está muy cerca, son solo un par de manzanas. Me vendrá bien andar un poco.

—¿Puedo acompañarte? También me apetece dar un paseo.

—Claro que sí.

—Vamos.

Capítulo 14

Una casa de dos plantas

Tendido en el sofá con la cabeza embotada, la nariz taponada y un terrible dolor de garganta, Víctor bajó el volumen de la televisión para poder atender la llamada del teléfono.

—¿Diga?

—¿Víctor? —Escuchó la voz de Carla al otro lado.

—Sí.

—No te he reconocido la voz.

—Es que estoy un poco afónico.

—Ya. Vero me ha dicho que te has marchado a media mañana porque estabas enfermo. Por eso te llamo, para saber cómo estás.

Él sonrió.

—No es más que un fuerte resfriado, nada que un fin de semana metido en casa y una caja de paracetamol no pueda curar. Pero gracias por llamar.

—Voy a salir a hacer mi compra de la semana, ¿quieres que te lleve algo? No se te ocurra salir, hace un tiempo de mil demonios.

—No, tengo el frigorífico lleno. No te preocupes.

—Bueno, si necesitas algo me das un toque al móvil y me lo dices, ¿eh?

—De acuerdo.

—Te llamaré esta noche a ver cómo sigues. Ahora me voy a la compra, me gusta aprovechar la hora del mediodía que no hay nadie.

—Gracias.

—De nada, tonto, ¿para qué estamos los amigos?

Víctor colgó. Aquella llamada le había hecho sentirse mejor por unos momentos. No pensó que le llamaría y mucho menos que se ofrecería para hacerle la compra. Siempre era él quien se ofrecía a hacerle favores.

Volvió a cerrar los ojos y notó que se adormecía hasta que el timbre de la puerta le sacó de su duermevela. Se levantó del sofá y fue a abrir.

Carla estaba en el umbral envuelta en mil capas de ropa y con una enorme bufanda cubriéndole medio rostro. Sin esperar invitación, entró en el piso cargada con una bolsa.

—¡Caray! Qué mala cara tienes. He hecho bien en venir.

Él miró la bolsa.

—¿Por qué te has molestado? Te he dicho que no necesitaba nada.

—Ya lo sé, esto es cosa mía. He traído lo necesario para prepararte zumo de

naranja caliente con miel, te aliviará la garganta. Ya sé que no te gustan las cosas dulces, pero verás lo efectivo que es. Como sabes, mi padre padece mucho de problemas de garganta y lo toma a menudo, además de recetárselo siempre a sus pacientes —dijo entrando en la cocina y colocando la compra sobre la encimera.

Él la contemplaba desde la puerta de la misma sin decir palabra, ligeramente aturrullado por la energía que desplegaba a pesar del frío.

—También te he traído un par de películas para que te distraigas. Son nuevas, así que no creo que las hayas visto. Lo peor de estar resfriado es el aburrimiento.

Se volvió a mirarle.

—¿No dices nada? ¿Acaso te molesta que haya venido? ¿O esperas a alguien? Si es así te dejo aquí todo esto y me voy. No quiero ser inoportuna.

—Calma, Carla, una sola pregunta cada vez, ¿eh? Estoy un poco mareado. Estaba echado en el sofá y adormecido. Por supuesto que no me molesta que hayas venido, te lo agradezco mucho. Y no esperaba a nadie, ni siquiera a ti, por eso me he quedado un poco sorprendido.

Ella se acercó y le puso la mano en el cuello.

—Estás muy caliente. ¿Tienes un termómetro? Seguro que sí, tú tienes de todo.

—En el cuarto de baño, dentro del botiquín.

—Vuelve al sofá, jefe. Parece que vas a caerte redondo.

Él la obedeció mientras la veía quitarse el abrigo negro y entrar en el cuarto de baño de donde salió poco después con el termómetro en la mano.

—Póntelo.

Víctor se lo puso bajo el brazo mientras Carla se sentó en el otro extremo del sofá. Cinco minutos después miró el resultado.

—Treinta y ocho grados. No es mucho.

—Pero lo suficiente para que te tomes algo.

—Hay paracetamol en el botiquín.

—Te prepararé el zumo con miel y te lo tomas con él, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Busca en la cocina, encontrarás todo lo que necesites.

—Seguro que sí. Lo tienes todo perfectamente ordenado, ¿verdad?

—En efecto.

—Bien. Aunque no sé si me acostumbraré a moverme en una cocina tan grande.

Desapareció tras la puerta y volvió a los pocos minutos con un vaso en la mano.

—El paracetamol también en el botiquín, ¿verdad?

—Sí, ya sabes el camino.

Cuando regresó le ofreció la pastilla y volvió a sentarse en el sofá donde él se había recostado de nuevo.

—¡Tienes una bañera increíble! Es enorme.

—Sí, en mi casa todo es grande. Yo mido un metro ochenta y cinco y no me encuentro cómodo en espacios pequeños.

—¿Y la usas? La bañera, quiero decir. ¿La llenas de agua para bañarte?

—A veces. Cuando estoy muy cansado o estresado me doy un baño de masaje y me relajo. Aunque de forma cotidiana suelo usar la ducha del piso de arriba.

—¿Tienes otro piso arriba?

—Sí, abre esa puerta de la derecha.

Carla se levantó y abrió una puerta descubriendo una escalera oculta tras ella.

—Caray, qué bien disimulada está.

—No me gustaba ver las escaleras en el salón así que hice una reforma. Ahora parece una habitación más. Sube si quieres a echar una ojeada, estás en tu casa.

—No me lo tendrás que decir dos veces.

Subió con cautela los escalones y desembocó en un rellano con dos puertas. Una de ellas era un cuarto de baño pequeño con una ducha y la otra una espaciosa habitación del tamaño del salón y la cocina juntos con una gran puerta acristalada que daba a una terraza del mismo tamaño que la del piso de abajo. La habitación en aquel momento solo estaba ocupada por una bicicleta estática, un tendedero con ropa y una estantería con un juego de pesas y diverso material de gimnasia. Bajó de nuevo.

—¡Caray! No te falta un detalle, tienes hasta gimnasio particular. Una bañera de hidromasaje, un equipo de cine... ¡No sé cómo estás soltero aún!

—No mucha gente conoce los tesoros particulares de mi casa. Pero reconozco que me gusta vivir bien, y me pasa como a ti, que todo lo que puedo ahorrar lo invierto en tener la casa que me gusta. Pero el gimnasio del piso de arriba es algo provisional, mientras no necesite esa habitación. Cuando compré el piso lo hice pensando en que algún día tendría una familia, y aunque de momento esa habitación no la uso en mi vida cotidiana, cuando sea necesario se podrán sacar de ahí un par de dormitorios.

—Para los niños, ¿eh?

—Para los niños.

—No te imagino de padre.

—Pues te aseguro que me encantan los críos y pienso tenerlos algún día.

—Sí, los hombres os podéis permitir el lujo de esperar todo lo que os plazca para ser padres, no tenéis un reloj biológico como las mujeres que os acorte el tiempo de disfrutar antes de echaros responsabilidades.

—No creas, no me gustaría ser un padre viejo, no quiero esperar demasiado. Me apetece jugar al fútbol o al baloncesto o simplemente corretear con mis hijos antes de llevar bastón.

—Sigo sin imaginarte haciendo esas cosas... quizás cambiando pañales, pero jugando...

—Contra lo que puedas pensar de mí, me gusta mucho jugar.

—¿A qué?

—A casi todo. ¿Y tú, sientes que te marca el reloj biológico?

—¿A mí? ¡Qué va! Yo no voy a tener niños nunca, atan demasiado. Ni siquiera voy a tener pareja.

—Ya, tú quieres vivir sola, libre, independiente y autosuficiente.

—En efecto.

—He oído a muchas mujeres decir eso a los veintitantos y pensar lo contrario a partir de los treinta y cinco.

—Yo no, te lo aseguro. Lo tengo muy claro.

Carla miró el vaso vacío.

—Te lo has tomado. Así me gusta, eres un buen enfermo.

—Sí, aunque estaba demasiado dulce para mi gusto.

—Pero te sentará bien. Piensa que es una medicina. ¿Quieres que ponga una película? Me gustaría disfrutar un poco de ese cine tuyo.

—Adelante, ya te he dicho que estás en tu casa. Y si te apetece luego puedes hacer unos kilómetros en la bicicleta y darte un baño de masaje. Siento no tener sales ni ese tipo de cosas, pero jabón y champú no me faltan. Puedes disponer a tu antojo de todas las instalaciones de mi casa hoy y siempre que quieras. Porque tienes que reconocer que aunque a ti te guste la vida bohemia, no está de más darle algún gusto al cuerpo de vez en cuando.

—Anda, vamos a ver la película no sea que te tome la palabra, le coja el gusto a tu casa y no puedas echarme de aquí ni con agua caliente.

Durante un par de horas Carla permaneció absorta en la película sin darse cuenta de que Víctor no ponía la más mínima atención en la pantalla, sino que la miraba a ella. Con los ojos entrecerrados y brillantes a causa de la fiebre, aún le costaba creer que hubiera ido a hacerle compañía por su propia voluntad. Hubiera querido encontrarse peor para que ella se ofreciera a quedarse allí con él aquella noche aunque fuera en otra habitación. Pero comprendía que su idea era pueril. Aquello no era más que un acto de buena voluntad por parte de Carla y no debía ver otra cosa.

Cuando la película terminó, ella se acercó a él y le tocó la frente de nuevo.

—Ya no tienes fiebre.

—Me encuentro mejor.

—Tengo que irme. ¿Quieres que te deje algo de cena preparado antes?

—No te preocupes, tengo crema de verduras. Solo hace falta calentarla. Y tampoco tengo mucha hambre.

—Pero comerás algo, ¿verdad?

—Sí.

—Me sabe mal dejarte, pero tengo la compra aún por recoger y muchas cosas por hacer que no me da tiempo durante la semana.

—Estoy bien, esto no es más que un resfriado. He estado peor otras veces.

—Entonces me marchó. ¿Quieres que venga mañana por la tarde otro rato a hacerte compañía?

—¿Vas a pasarte todo el fin de semana cuidando de un enfermo?

—Hace un frío de muerte, ¿dónde voy a ir sin un euro? Aún queda una película

por ver.

—Bueno, ven si te apetece. A mí me encantará tener compañía. Y gracias.

—No me las des, no quieras acaparar el papel de amigo que está ahí siempre que lo necesitan.

—¿Es por eso que has venido, para devolver el favor?

—Claro que no, he venido porque estaba preocupada. Todos en el trabajo decían que debías estar muy mal para irte antes de la hora. Y cuando te escuché la voz me di cuenta de que era verdad. Ahora que te he visto me quedo más tranquila. Hasta mañana, jefe. Cuídate.

—Adiós, Carla.

—Si me necesitas, llama a cualquier hora.

—Estaré bien.

Cuando Carla se presentó al día siguiente cargada con más películas le vio mejor aspecto. No tenía fiebre y se encontraba menos adormilado. Volvieron a pasar la tarde agradablemente viendo la televisión y merendando. Carla se sintió cómoda disfrutando de la compañía de Víctor y por primera vez pensó que podría encontrar en él a un amigo y que quizás había estado equivocada con respecto a él toda la vida.

Después de ver la película charlaron sin discutir sobre temas que nada tenían que ver con el trabajo, y se marchó antes de la cena, rechazando la invitación que él le hizo. No tenía prisa ni nada que hacer, pero algo en su interior le dijo que era mejor que se marchase, que Víctor se encontraba bien y que su presencia allí ya no era necesaria. Y sobre todo se marchó porque le apetecía muchísimo quedarse.

Capítulo 15

El viaje a Toulouse

Carla llegó a la oficina aquella mañana de muy buen humor.

—Hola, Vero, buenos días.

—Hola. El gran jefe quiere verte.

—¿Hay algún problema con el trabajo de ayer?

—No, creo que te están preparando algo importante.

—¿De verdad? Voy allá.

Se dirigió con paso rápido hasta el despacho de Rafa.

—Me ha dicho Vero que querías verme.

—Sí, pasa. ¿Tienes el francés al día?

—Al día, al minuto y al segundo.

—¿Y el carnet de identidad en vigor?

—Sí, también.

—Pues ve haciendo el equipaje porque pasado mañana sales para Toulouse.

—Bien, un viaje por fin.

—Siéntate, tenemos que prepararlo con calma. Es un asunto algo delicado. Se trata de una empresa hispano francesa que se dividió en dos al morir el dueño y cada una de las mitades ha pasado a ser propiedad de una hija. Durante cinco años ambas partes, a pesar de ser independientes, se han ayudado y facilitado la labor una a la otra como si aún fueran dos sucursales de la misma compañía, y entre las hermanas y las empresas ha existido una buena relación. Pero desde hace nueve meses la parte española ha empezado a perder clientes de forma alarmante, con los consiguientes problemas económicos, mientras que la francesa ha progresado también de una forma enorme. Nuestra clienta piensa que la sucursal de su hermana puede estar robándoselos con malas artes y sospecha de su cuñado, que se ha incorporado a la misma hace un año. Tienes que ir allí, averiguar si existen clientes nuevos, conseguir sus nombres, direcciones y todos los datos que puedas, así como la fecha de incorporación a la empresa para saber si se trata de los que ha perdido la parte española. Sobre todo tienes que conseguir pruebas y sacarlas de la empresa. Y Carla... allí estarás sola; nadie sabrá quién eres, porque aunque esta señora sospeche del cuñado, yo no descarto a la hermana ni a nadie. Así que ninguna persona sabrá tu verdadero trabajo. Nuestra clienta ha pedido a su hermana que te permita trabajar allí durante un mes para que puedas practicar un francés deficiente en conversación, y ahí estará lo más difícil para ti. Tendrás que aparentar que sabes poco y que pronuncias mal, y no se te ocurra demostrar que conoces algún otro idioma aparte del francés o el

español. Allí tendrás que realizar las tareas que te indiquen, que imagino no serán complicadas ni que te permitan acceder a ninguna información confidencial, de modo que tendrás que arreglártelas para conseguirlas sin despertar sospechas. Y sobre todo que nadie se dé cuenta de lo inteligente que eres. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¿Hacerme pasar por tonta? Supongo...

—Es más difícil de lo que piensas, ¿eh? Un lapsus y estarás perdida. Tendrás que medir cada palabra y cada gesto. Si alguien está metido en esto y ve que llega una empleada de España puede sospechar. No le des la más mínima ocasión para que se ponga en guardia.

—De acuerdo.

—Carla, esto es muy peligroso. Si no estás segura de poder hacerlo dímelo y enviaré a Javier.

—Claro que puedo.

—Está bien, le haré caso a Víctor y te daré el trabajo a ti. Él considera que puedes hacerlo.

—¿Víctor?

—Sí. Quería estar aquí conmigo para darte algunos consejos, pero ha tenido que colaborar con Marina y probablemente no lo verás antes de irte. No creo que acabe hasta dentro de tres o cuatro días. No obstante, me ha dejado una lista de instrucciones para que las sigas al pie de la letra.

—Ya lo imagino.

—No entables mucha amistad con nadie, mantente lo más al margen posible, aunque eso sí, con los ojos y los oídos bien abiertos. Cuanto más intimes con los demás más probabilidades tendrás de que te descubran. Vero te ha reservado una habitación en un pequeño hotel de los alrededores durante un mes. Es todo el tiempo de que dispones.

—Bien.

—Serás Carolina para todo el mundo, procura no dar apellidos —volvió a decir Rafa mirando la lista que Víctor había preparado para ella—. Y llama a Víctor al móvil todas las noches para informarle, ¿de acuerdo? Y al más mínimo problema, a la más ligera sospecha de que te han descubierto, llama también. Estarás en un país extranjero y eso puede ser complicado. Mantén siempre el contacto y no le ocultes nada, Carla, es muy importante que Víctor sepa todo lo que pasa.

—¿Ya se te ha contagiado su afán protector?

Rafa levantó los brazos con un gesto suyo característico.

—¡Carla!

—Era broma. Claro que sí, sé perfectamente en qué me estoy metiendo.

—Ni qué decir tiene que si lo consigues habrá una estupenda gratificación.

—Que buena falta me hace para poder comprarme el coche en cuanto me saque el carné. Con las clases no me da para ahorrar mucho. Y todavía me quedan algunas cosas que comprar para mi casa. Víctor se descompone cada vez que entra y ve que

no tengo mesa.

—¿No tienes mesa? ¿Por qué no lo has dicho? La empresa no da anticipos, pero a título personal puedo dejarte el dinero.

Carla se echó a reír.

—No, gracias. Puedo prescindir de ella. Como dice tu psicólogo, mi sentido de las prioridades está un poco alterado. Pero me la compraré si consigo solucionar esto. Y lo conseguiré, aunque solo sea para no verle fruncir el ceño cada vez que aparece por mi casa.

—Bien. Dile a Vero que te prepare todo para mañana. El miércoles a las ocho de la mañana sale el avión.

El día previsto, Carla salió para Toulouse. Se sentía feliz, era la primera vez que viajaba al extranjero y el hecho de escuchar uno de los idiomas que hablaba en su país de origen le encantaba.

La habitación que le había reservado Vero estaba situada en un pequeño hotel de tipo familiar y era alegre y soleada.

En la empresa la acogieron con cortesía y la trataron con amabilidad, pero en ningún momento la relación pasó de ahí, ni nadie intentó hacer amistad con ella. Aparentemente todos se dedicaban a su trabajo y tampoco tenían mucha relación entre ellos. Las conversaciones que captaba eran sobre situaciones del trabajo, y comprobó que Rafa había tenido razón cuando dijo que era muy difícil fingir menos conocimientos de los que tenía. Tratar de alargar trabajos que en realidad le suponían unas horas e incluso menos le resultaba francamente difícil.

Pero su situación tenía algo de bueno y era que nadie se interesaba por lo que hacía y podía permitirse hacer algunas incursiones en los ordenadores de los demás y fisgonear un poco en cuanto la ocasión lo permitía.

Hasta que al fin, cuando llevaba doce días allí, encontró lo que buscaba. Dos clientes españoles se habían incorporado hacía cinco meses y estaban registrados en un fichero aparte del resto. Copió los datos bajo su contraseña codificada en un *pendrive* alternativo idéntico al que estaba usando en aquel momento, que guardaba en el cajón para no despertar sospechas, y luego continuó con su trabajo aburrido y monótono.

Aquella noche, cuando informó a Víctor como cada día, le dijo lo que había encontrado y este la felicitó.

—Bien, y ahora vete con más cuidado aún. En total son cuarenta y tres los clientes que se han perdido, pero con que solo consigas los nombres de la mitad es suficiente. Y si puedes averiguar quién los ha captado, mejor, pero si no, con la lista de nombres y direcciones bastará. No te arriesgues.

—De acuerdo. ¿Cómo van las cosas por Madrid?

—Muy bien. Mucho frío.

—Pues aquí no estamos mejor. Menos mal que el hotel tiene calefacción central porque si no...

—Todos te mandan recuerdos.

—Dáselos también a ellos de mi parte.

—Sí. Ayer me dijo Rafa que echaba de menos tus jerséis fosforescentes cruzando la oficina.

—¿Ves? Él comprende mis gustos, no como tú. Pero alguna vez, cuando sea tu cumpleaños, te regalaré una corbata que he visto que tiene lunares de once colores diferentes, para que alegres un poco el traje azul.

—¡Qué fuerte! ¿Once?

—Once.

—Bueno, me la pondré cuando vaya a tu casa, para no desentonar.

—¡Ah, no! A mi casa está prohibido ir con corbata.

—Sí, cierto. Tendría que quitármela de inmediato para no asfixiarme.

—Bueno, te dejo, voy a ver si me dan de comer. Diles a todos que os echo de menos.

—De acuerdo, hasta mañana. Y cuídate.

—Sí, papi.

Colgó. Tenía que reconocer que aunque se estaba divirtiendo mucho con aquel encargo en el extranjero, echaba de menos a sus compañeros y el ambiente de trabajo al que estaba acostumbrada. No se habituaba a este tan frío y distante en el que cada uno iba a lo suyo y apenas se intercambiaban unas palabras de cortesía, y por supuesto no se salía a desayunar juntos ni se charlaba de temas personales. Carla esperaba cada noche con impaciencia para llamar a Víctor y tener noticias de España, y también le resultaba muy agradable escuchar una voz conocida... aunque fuera la suya.

Durante cuatro días, y poco a poco, Carla fue descubriendo nuevos clientes españoles camuflados entre el resto y todos recientemente incorporados a la empresa, hasta un total de treinta. Víctor le había dicho que era suficiente, pero ella, sabiendo que disponía aún de diez días de estancia en Toulouse, quiso averiguar quién estaba detrás de aquello. Al igual que Rafa, sospechaba del cuñado, pero tenía la firme convicción de que la hermana estaba de acuerdo con él. Víctor le dio tres días para averiguarlo, pero le advirtió de que si no lo conseguía debía regresar y no arriesgar lo que ya tenía, que era en realidad lo que la dueña de la empresa le había pedido. Las pruebas del traspaso de clientes.

Carla estaba tecleando completamente absorta en su trabajo cuando notó dentro del bolsillo de su pantalón la ligera vibración producida por el móvil que llevaba. Se levantó y se metió en los servicios cerrando por dentro. Sabía que en unos segundos recibiría una llamada que debía atender a solas.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —Escuchó la voz de Víctor fría y escueta en cuanto contestó.

—¿Qué pasa?

—La policía ha recibido un soplo para investigar un espionaje industrial. Están a punto de llegar y no deben encontrarte ahí.

—Tengo que sacar el *pendrive* con la información, está en un cajón de la mesa. Si cae en manos de la policía tendrán las pruebas que necesitan para ir por mí.

—Yo me encargaré, tú vete. Que no se den cuenta de que coges nada, no se te ocurra abrir ningún cajón. Simplemente haz como que sales a tomar el aire y márchate. ¿Llevas la documentación encima como te tengo dicho?

—Sí, en el bolsillo del pantalón, pero ¿cómo vas a encargarte tú? Estás en Madrid.

—Yo estoy en la puerta esperando a verte salir.

—Víctor, pero...

—Carla, no discutas y haz lo que te digo. Sal inmediatamente de ahí, te estoy esperando fuera.

Ella hizo lo que le decía. Regresó a la sala, dijo que se sentía un poco mareada y que iba a salir unos minutos a tomar el aire, y sin coger siquiera el bolso, salió.

Apenas estuvo en la calle miró a su alrededor tratando de ver a Víctor. Le descubrió paseando por la acera como un transeúnte más en dirección a la esquina y le siguió. Al volverla, le encontró esperándola.

—¡Víctor! ¿Qué haces tú aquí? Estabas en Madrid...

—No estaba en Madrid, vine a la par tuya. He estado cerca todo el tiempo.

—¡Dios! ¿Qué pasa? ¿Que no os fiáis de mí?

Él la agarró por ambos brazos con fuerza y la miró con los ojos más fríos que ella le había visto nunca.

—No es momento para piques, la libertad de los dos está en peligro... y quizás también la vida si nos pillan aquí. Haz lo que te digo, yo estoy al mando de esto. Las quejas, cuando estemos a salvo.

Le puso en la mano un papel y unos billetes.

—Vete a esta dirección y espérame allí. Si a las doce de esta noche no he aparecido, llama a Rafa.

—¿Cómo vas a conseguir el *pen*? Ahí dentro no te conocen, no te dejarán acercarte a mi mesa.

—Puedo hacerlo.

—Déjame ayudarte... déjame hacerlo a mí... Seré rápida.

—Carla... —amenazó él en voz baja—. Tu parte del trabajo ha terminado. ¿Lo entiendes? Ahora entro yo.

—Pero Víctor...

Él la sacudió levemente.

—¡Cuando no estás trabajando con los ordenadores no eres más que un estorbo!

¡Así que, lárgate!

—Está bien, capullo. Apáñatelas como puedas.

Se desprendió de un tirón y se perdió calle abajo. Víctor la vio marchar con la espalda rígida a causa de la rabia y sonrió.

—Así me gusta, cariño. Sé buena chica y espérame en casa.

Carla miró el papel que contenía una dirección en un pueblo de los alrededores y se dirigió a la estación de autobuses. Subió a uno todavía llena de indignación. ¿Qué se habría creído el muy imbécil? ¿Que ella no servía para nada? Era él quien iba a estropearlo todo. ¿Cómo iba a entrar en aquella empresa sin que nadie le conociera, coger un *pen* que ni siquiera sabía cuál era de un cajón en el que estaba, y salir corriendo? Le pillarían y... ¡Dios, era eso lo que pretendía! Atraer la atención sobre él para que ella pudiera escapar. De pronto lo comprendió todo. Aquello era realmente peligroso, nada que ver con lo que había hecho antes. Víctor no estaba allí para controlarla, sino para protegerla; le había dicho todo aquello a sabiendas de que se enfadaría y se marcharía dejándole solo. Y ella se había picado y había hecho lo que él quería. La conocía bien... Debería haberse quedado y ayudarle.

Se levantó de su asiento y se acercó al conductor del autobús. Le preguntó en francés por la próxima parada, pero este le contestó que no habría paradas hasta el final del trayecto. Carla pensó en pedirle que la dejara bajarse allí mismo, pero vio la solitaria carretera y recordó que no se habían cruzado con ningún coche en muchos kilómetros. El pueblo debía estar completamente aislado, o perdido, o Dios sabía qué... Víctor lo había previsto todo, si se bajaba no iba a servirle de mucha ayuda varada en medio de ninguna parte. Y además le preocuparía que ella no hubiera llegado a su destino cuando lo hiciera él... si es que llegaba. Le había dicho que si no había aparecido a las doce llamara a Rafa, lo que quería decir que quizás no lo consiguiera.

Volvió a su asiento y comprobó que el móvil seguía encendido. Tal vez él se pusiera en contacto con ella para tranquilizarla. Ojalá lo hiciera porque estaba empezando a preocuparse mucho. Pero ella tenía absolutamente prohibido, mientras estaba en una misión, usar el móvil para llamar a alguien salvo que tuviera una emergencia y necesitara ayuda urgente, o si recibía un toque de aviso con su palabra clave «Arcoíris». Rogó mentalmente: «Ten cuidado, Víctor, por favor, si te pasa algo por ayudarme, nunca me lo perdonaré».

Tras más de una hora de interminable viaje por carreteras apartadas y solitarias, estrechas y mal asfaltadas, al fin el autobús se detuvo en un pueblo pequeño, apenas una aldea, con casas de piedra que parecían sacadas de un cuento en vez de ser reales.

Carla comprobó la dirección que Víctor había anotado en el papel y, tras mirar a su alrededor y descubrir que el pueblo solo tenía tres calles que desembocaban en una plaza circular donde había parado el autobús, se dirigió a una de ellas y miró el nombre. No coincidía, de modo que siguió hasta la que se encontraba a la derecha y en esta ocasión acertó. Empezó a subir la empinada cuesta hasta que encontró el

número y llamó con un fuerte golpe en la puerta de madera barnizada de oscuro.

No tenía ni idea de lo que iba a encontrar allí, pero confiaba ciegamente en Víctor. Una mujer de unos cincuenta años le abrió la puerta, y nada más verla, sonrió.

—Hola, querida, por fin llega. ¿Es usted la esposa del señor García, verdad? Sí, claro, ¿quién iba a ser si no? Aquí no vienen muchos visitantes.

Carla asintió con la cabeza.

—Él ha tenido que salir, le han llamado de la empresa. Me ha encargado que le dé la llave y le prepare algo de comer. Esta de aquí al lado es su casa. Le he encendido el fuego, su marido me ha dicho que es usted muy friolera.

—Sí, lo soy.

—Y en este pueblo hace un frío de mil demonios, ya se dará cuenta.

La mujer cogió una llave de un clavo que había en la pared y salió a la calle para abrir la puerta contigua. Carla entró en una típica casa de pueblo con un gran salón en medio del cual, en una de las paredes, ardía un acogedor fuego procedente de una chimenea de piedra. La habitación estaba caldeada, y Carla lo agradeció porque estaba helada hasta los huesos. El autobús no tenía calefacción y la temperatura había ido bajando a medida que subían la empinada carretera que llevaba al pueblo, y cuando se bajó en la plaza, el viento helado la había azotado con toda su furia, solo que estaba tan preocupada que no se había percatado hasta que entró en la casa.

—Como su marido me dijo, he preparado comida tanto para usted como para él. Se la traeré.

—Gracias —respondió Carla cada vez más confusa. No se atrevía a hablar porque no sabía qué le había contado Víctor a aquella mujer. Al parecer había toda una historia que ella desconocía, así que se limitó a asentir a todo cuanto esta decía.

La señora tenía muchas ganas de hablar, pero ella ninguna, de modo que una vez le hubo llevado una gran cacerola con un extraño guiso, se excusó con que estaba muy cansada del viaje y pudo al fin librarse de su anfitriona.

—Si quiere un poco de compañía hasta que su marido llegue, ya sabe dónde encontrarme.

—Gracias, pero estoy muy cansada. Creo que voy a echarme un rato mientras llega.

—¿Podrá calentar usted sola la comida en ese fuego de gas?

Carla miró el anticuado hornillo, parecido al que había usado su abuela cuando ella era una niña y contestó:

—Sí, no hay problema. Pero si lo hubiera no dudaré en acudir a usted. Mi marido me ha dicho que es muy amable.

—Es muy halagador. Bueno, la dejo para que descanse.

Maldita las ganas que Carla tenía de comer, solo deseaba que aquella mujer se fuera de una vez, sobre todo porque al pasar junto a la mesa había visto unos papeles sujetos con un clip y escritos en ruso, y sabía que eran para ella, que era la información que le faltaba.

—Muchas gracias de nuevo —volvió a repetir para ver si la señora se iba de una vez, y esta vez lo consiguió. Carla cerró la puerta tras ella y comprobó una vez más si el móvil tenía alguna llamada perdida, aunque ella no había sentido ninguna vibración aun teniéndolo metido en el bolsillo del pantalón, casi en contacto con la piel. Nada. Víctor seguía sin dar señales de vida, a pesar de que hacía ya casi tres horas que se habían separado.

Se quitó los zapatos y se sentó en la alfombra que había delante de la chimenea con la espalda recostada contra el sofá, como solía hacer en su casa, y se dispuso a leer los papeles.

«Arcoíris», fue lo primero que encontró en la apretada caligrafía de Víctor.

—¿Tú también sabes ruso? —no pudo evitar preguntar en voz alta—. ¿Quién eres en realidad, Víctor Trueba?

Continuó leyendo.

«Lamento no haberte podido dar instrucciones más precisas, pero las cosas se han torcido en muy poco tiempo. Para que sepas qué decirle a esta señora que tan amablemente te habrá tratado, te diré que yo llevo viviendo ahí todo el tiempo que tú llevas trabajando en Toulouse. Tú viniste en avión y yo en tren hasta la frontera dos días antes, de modo que cuando llegaste yo ya estaba aquí. He estado al tanto de todos tus avances y de todas las circunstancias que han influido en tu investigación, incluso más que tú, porque tengo un confidente dentro de la policía francesa. Esa persona me informó de que hay una denuncia para investigar a un posible espía informático, por lo que tenemos que sacarte de ahí antes de que la policía te interrogue. Y también hay que recuperar el *pendrive* en el que has estado trabajando porque sería una prueba contra ti. Esa es mi misión, sacarte de Francia y recuperar el *pen*, o en el peor de los casos, destruirlo, pero confío en que eso no será necesario. La tuya, de momento es quedarte ahí y ser amable con la señora que te ha facilitado la llave. Le he dicho que estoy trabajando en una empresa de Toulouse, pero que me gusta más vivir en un pueblo y que tú eres mi mujer, que te habías quedado en España por motivos de trabajo y que esperaba que te pudieras reunir pronto conmigo. Le he tenido que contar toda una historia porque es muy cotilla y como el pueblo es pequeño, mejor que sepa qué contar si alguien llega allí pidiendo información. Le he dicho también que estamos muy enamorados, que te echaba mucho de menos y que ambos teníamos muchas ganas de reunirnos de nuevo. Eso la mantendrá alejada de la casa mientras estemos allí. No sé cuánto tiempo tendremos que permanecer ocultos hasta que podamos regresar a España, todo depende de si yo consigo recuperar el *pen* o no. Espero reunirme contigo pronto, Carla. No te preocupes por mí. Estoy entrenado para esto y para cosas peores. Volveré en cuanto pueda, pero si no lo he hecho a las doce de esta noche, llama a Rafa al móvil y él te dirá lo que tienes que hacer. Cuídate. Víctor.»

Carla permaneció allí un buen rato mirando el fuego con los papeles en la mano. Miró el reloj del móvil que permanecía silencioso, eran ya las cuatro de la tarde.

Volvió la vista hacia la cacerola que la mujer le había dejado y pensó que debería comer algo, pero no tenía ganas de tomar nada. No obstante decidió hacerlo porque no sabía cómo iban a desarrollarse los acontecimientos ni si en las horas que vendrían tendría ocasión de comer.

Calentó el contenido del recipiente y se sirvió un poco, que tragó con desgana, y después continuó esperando a Víctor.

Pero las horas pasaban sin la más leve noticia; ni un mensaje, ni una llamada, ni siquiera un toque que le indicara que estaba bien y en condiciones de telefonar.

Cuando dieron las siete de la tarde ya Carla era incapaz de permanecer sentada delante de la chimenea y comenzó a pasear nerviosa arriba y abajo por el salón presa de una autentica inquietud, y a partir de las nueve ya le era imposible separarse de una de las ventanas y atisbaba la calle impaciente esperando ver aparecer su silueta familiar.

Al fin, a las diez y media, vio las luces de un coche avanzar por la cuesta y detenerse ante la puerta, y a Víctor salir del mismo y dirigirse hacia la casa.

Abrió para permitirle entrar y una ráfaga de viento helado penetró también en el salón. Víctor se apresuró a cerrar de nuevo y, apenas lo hubo hecho, Carla se abrazó a él con todas sus fuerzas presa de un inmenso alivio.

—Víctor... ¡Por fin!

Él la abrazó a su vez y ambos permanecieron unos minutos en silencio. Luego, él lo rompió.

—¡Caray, qué recibimiento! Si lo llego a saber hubiera vuelto antes. He estado haciendo tiempo para que se te pasara el enfado.

—¡Eso no será cierto... porque si lo es...! Con lo preocupada que estaba...

—No, no lo es —le susurró en el oído—. He estado dando vueltas y asegurándome de que no me han seguido, de que no traía a nadie hasta ti.

Carla le acarició el pelo hundiendo los dedos en los rizos y revolviéndoselos.

—¿No me preguntas por el *pen*?

—Al carajo el *pen*... Tú estás aquí.

—El *pendrive* supone tu libertad y tu seguridad.

Ella le miró a los ojos negros y aterciopelados y volvió a repetir:

—Tú estás aquí...

Víctor sonrió y la abrazó más fuerte. Ambos se miraron con intensidad por un momento y segundos después estaban besándose como locos. Carla se olvidó del *pen*, de las largas horas de preocupación y de su enfado, e incluso de que él era Víctor Trueba, el aburrido hermano mayor de su amiga Irene, y le besó como si le fuera la vida en ello. Él estaba bien, había vuelto a buscarla... y la estaba besando... No deseaba nada más.

De pronto se percató de la frialdad de las manos de él en su espalda y también del frío que desprendía su cuerpo a través de la ligera tela de la camisa y cortando el beso le dijo:

—Estás helado. ¿Y la cazadora que llevabas esta mañana?

—He tenido que tirarla, me hubieran reconocido con ella, y no he tenido ocasión de comprar otra cosa de abrigo.

Carla tiró de él y le acercó a la chimenea.

—Ven, el fuego está encendido. En un momento entrarás en calor.

La luz del salón estaba apagada. Carla, en su inquietud, ni siquiera se había dado cuenta de que oscurecía y no la había encendido, y hasta que Víctor no se acercó a la chimenea y el resplandor del fuego le iluminó de cerca, no se dio cuenta de que tenía el hombro de la camisa roto y manchado de sangre.

—¡Víctor! ¿Estás bien? ¿Qué le ha pasado a tu camisa?

—Me enganché con una puerta de hierro al salir con el *pendrive*.

—¿Entonces lo tienes?

—¿Acaso lo dudabas?

—No.

Carla vio que bajo el desgarrón de la tela, el hombro de Víctor aparecía arañado y amoratado. Un feo rasguño cubierto de sangre seca bajaba hacia el pecho.

—Te has hecho daño.

—No es nada, solo un arañazo.

—¿Tienes un botiquín? Si la puerta era de hierro habrá que desinfectarlo.

—Sí, en la maleta; está en esa habitación.

Carla lo dejó allí sentado en el sofá y buscó donde le había indicado, volviendo a los pocos segundos con un botiquín de viaje.

—Quítate la camisa.

Hacía mucho que no le veía el torso desnudo, desde que eran adolescentes. Había cambiado, músculos fuertes y un abdomen plano habían sustituido a la delgadez de la adolescencia.

Con un algodón empapado en desinfectante le limpió el hombro y luego examinó el pecho, la espalda y el brazo.

—Déjame ver el resto —dijo—. ¿Tienes algún otro golpe?

Él le quitó el algodón de la mano y lo arrojó a la chimenea.

—El resto está bien.

Y colocando las manos a ambos lados de la cara de Carla, la besó otra vez, saboreando su boca con intensidad. Ella le echó los brazos al cuello y se deslizó desde el sofá hasta la alfombra tirando suavemente de él, que cayó sobre su cuerpo.

La alfombra era mullida y cálida, hecha con la piel de algún animal, y después de besarle, Carla quiso sentir la suavidad de la misma, así como el cuerpo de Víctor contra su piel y trató de quitarse el jersey, pero él detuvo sus manos.

—Quieta... no seas impaciente... Tranquila, que todo llegará. Tenemos toda la noche por delante.

—Pero...

La besó para hacerla callar.

—Abrázame y déjame besarte —le susurró—. No voy a permitir que tu impulsividad acabe con esto en diez minutos. Llevo demasiado tiempo esperándolo.

—¿También estás al mando en esto? —bromeó ella mientras miraba los ojos oscuros de Víctor brillando a la luz del fuego.

—También. Ya tendrás ocasión de quejarte después si no te gusta.

—No dudes que lo haré.

Estuvieron besándose durante un largo rato mientras Carla recorría la espalda desnuda de Víctor con sus manos y jugueteaba con su pelo. Después, él fue desnudándola con una lentitud que la llenaba de impaciencia y deseo, pero tenía que reconocer que tanto la espera como sus caricias lentas y suaves la estaban llevando a un grado de excitación que nunca había alcanzado antes. Contempló el cuerpo desnudo de Víctor iluminado por el resplandor de las llamas y le acarició como estaba haciendo él con ella, pasando la mano con suavidad por sus miembros largos y fuertes, tratando de calmar su impaciencia.

Se volvió loca de deseo cuando él se metió un pezón en la boca y empezó a chuparlo con deliberada lentitud.

—Por favor, Víctor... No puedo aguantar más...

Pero él no hizo caso. Alargó una mano y empezó a jugar también con el otro pezón haciéndole lanzar un gemido prolongado.

Cuando al fin hicieron el amor, Carla comprendió la diferencia que había entre echar un polvo y lo que estaba viviendo. Y aunque hacía años que había dejado de ser virgen y por su vida habían pasado varios hombres, supo que había hecho el amor por primera vez en su vida.

Víctor se movía dentro de ella despacio, demasiado despacio para el deseo que Carla sentía, con movimientos perezosos, alargando la penetración y haciéndola acercarse al orgasmo con cada embestida. Ella quería gritarle que se moviera más deprisa, pero intuía que no iba a servirle de mucho, así que lo dejó ir a su ritmo.

Cuando ya le parecía que iba a morirse, Víctor se empezó a mover rápido y Carla estalló en el orgasmo más intenso y brutal que había sentido jamás.

Cuando todo acabó, se dejó caer contra la alfombra con los ojos cerrados y luchando por recuperar la respiración, sintiendo todavía el cuerpo de él sobre el suyo, y cuando le miró, Víctor le dedicó la sonrisa más encantadora que jamás nadie le había dirigido en sus veinticuatro años de vida.

—¿Alguna queja? —le preguntó.

—No —respondió ella besándole.

Y también, por primera vez, sintió que no deseaba salir corriendo de aquella cama improvisada y refugiarse en su casa, sino que se acurrucó contra él en el hueco de su hombro sano y continuó acariciándole el pecho hasta que ambos se adormecieron al calor del fuego, completamente agotados por un día y una noche demasiado intensos.

Cuando Carla se despertó a la mañana siguiente, el olor a café recién hecho llenaba la habitación. Miró a su lado y vio la alfombra vacía. El fuego de la chimenea era apenas unos rescoldos y Víctor la había tapado con una manta. Él trasteaba de espaldas a ella con tazas y platos.

A su mente acudieron las imágenes y las sensaciones de la noche anterior y no estaba segura de si lo había soñado. Había sido todo tan extraordinario, había sentido cosas tan fuertes tanto física como emocionalmente que de pronto sintió pánico.

Clavó la vista en la espalda de él, cubierta con el abrigado jersey negro de cuello vuelto que ya le había visto otras veces y sintió unos enormes deseos de correr hacia él y abrazarle, de pedirle que la besara de nuevo, que volviera a aquella cama improvisada y le hiciera el amor otra vez. Y sintió más miedo aún. Miedo a implicarse con él, a perder su libertad y su independencia, su estilo de vida y todo lo que tanto trabajo le había costado conseguir.

«¿Qué me has hecho, Víctor? —preguntó mentalmente—. ¿Qué demonios me has hecho esta noche que no soy la misma Carla que se levantó ayer para ir al trabajo?»

Víctor pareció sentir su mirada, porque se volvió. Sonriendo se acercó hasta ella.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco. Estaba agotada.

—Lo sé. Ni siquiera has escuchado el móvil cuando ha llamado Rafa.

—¿Ha llamado?

—Sí, hace un rato. Todo está bien, podemos volver a casa.

Carla sintió una extraña mezcla de alivio y decepción. Alivio porque no tenía que seguir compartiendo la casa con él y decepción... decepción por el mismo motivo. ¿Quién la entendía?!

—¿Tienes hambre? —le preguntó él.

—Mucha, anoche no cenamos.

—No.

Carla esperó que él hiciera alguna alusión a lo que había pasado, pero Víctor se limitó a acercarle algo de ropa, a servir dos tazas de café y cortar unas gruesas rebanadas de pan de pueblo y untarlas con mantequilla.

Carla se vistió, se sentó en la mesa frente a él y se decidió a abordar ella el tema que le preocupaba.

—Víctor...

Este la miró sin pronunciar palabra.

—Espero que no pienses que esto es el principio de algo.

No movió un solo músculo de la cara, solo sus ojos se ensombrecieron ligeramente durante un segundo, pero pronto recuperó su expresión habitual.

—Yo no pienso nada —dijo—. No soy tan ingenuo como para pensar que un buen polvo tenga que ser el comienzo de una relación. Y menos tratándose de ti.

Ella colocó una mano sobre la de él y la apretó suavemente.

—No te lo tomes a mal, no es porque seas tú... es que no estoy preparada para empezar una relación con nadie. ¿Lo entiendes?

Él esbozó una ligera sonrisa.

—Claro que lo entiendo.

—Te aseguro que ha sido con mucho el mejor polvo de mi vida. Que nunca nadie me había hecho sentir cosas tan fuertes. Pero se trata solo de eso, Víctor, de un buen polvo. Yo no quiero otra cosa, ni contigo ni con nadie.

La sonrisa de Víctor se hizo más amplia y sus ojos parecieron brillar mientras decía.

—Sabía que ibas a decir esto en cuanto amaneciera.

—¿Lo sabías?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿no estás enfadado?

—No lo estoy. ¿Cómo podría? Jamás en mi vida imaginé que pudiera oír de tu boca que habías echado conmigo el mejor polvo de tu vida. Me siento halagado.

—Entonces, ¿para ti también ha sido solo un buen polvo y nada más?

—Sí, así es.

—Me quitas un peso de encima.

Víctor se soltó de la mano que aún Carla le tenía agarrada.

—Ayer fue un día muy raro para los dos, supongo que eso influyó en que anoche acabáramos así. Pero ya pasó, nunca volveremos a hablar de ello, ¿te parece?

—Sí.

—Entonces, termina de desayunar. Volvemos a casa.

Después de desayunar, Víctor volvió a llamar a Rafa para confirmar que tanto Carla como él podían regresar a Madrid y, después de apagar el fuego de la chimenea y recoger el escaso equipaje que él tenía en la otra habitación, se despidieron de la dueña de la casa y Víctor le entregó la llave agradeciéndole en un perfecto francés todas las atenciones que había tenido con él y también con su mujer el día anterior.

Carla le escuchó también decir que iban a dedicarse a hacer turismo por la zona durante unos días antes de regresar a España.

Cuando subieron al coche, un Citroën que Víctor había alquilado para su estancia en el país, Carla le dijo:

—Ya veo que te has convertido en íntimo de esta mujer.

—Una táctica de camuflaje ideal. Dale un poco de conversación a alguien como ella, cuéntale toda la historia de tu vida y aunque sea inventada, ella jurará que es cierta a quien se la pregunte. Confirmará a cualquiera que he estado aquí con mi mujer durante más de una semana.

Él maniobró el coche por las estrechas calles del pueblo y saliendo a la carretera

por la que Carla había llegado el día anterior, condujo con cuidado tomando con precaución las cerradas curvas de la misma.

—Víctor... —susurró Carla de pronto.

Él apartó por un segundo la vista de la carretera para mirarla.

—¿Qué?

—Esto ha sido un paso positivo en nuestra relación, ¿no es verdad?

—Creí que habíamos decidido olvidarlo.

—No me refiero a lo que ha pasado esta noche, al menos no solo a eso, sino a todo lo demás; a todo lo que hemos vivido desde ayer por la mañana. A los problemas, la huida y todo eso. Creo que te he demostrado que puedes confiar en mí, que he obedecido tus órdenes ciegamente.

—Bueno, eso de ciegamente... Tuve que ponerme borde para que lo hicieras.

—Pero lo hice, y si me conoces tan bien, debes saber el trabajo que me costó irme y dejarte allí solo, el estar inactiva durante horas esperando tener noticias y no haberte puesto si siquiera un mensaje.

—Sí, sé lo que te ha debido costar. Lo hiciste muy bien.

—Creo que me he ganado tu confianza, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces por qué no me dices quién eres?

—Ya lo sabes. Soy Víctor Trueba, veintisiete años, soltero, psicólogo y hermano mayor de tu amiga Irene.

—¿Y qué más?

Él se echó a reír.

—¿Por qué piensas que hay algo más?

—Porque has hablado en un francés perfecto con esa mujer, porque me has dejado una carta escrita en ruso, cuando yo pensaba que solo hablabas el inglés del instituto, porque en vez de estar en Madrid repartiendo el trabajo de los demás estabas a escasos kilómetros de mí para protegerme, y porque cuando te dije que no podrías sacar el *pen* de la empresa tú me dijiste que sí lo harías, y has demostrado que era cierto. ¿Qué más cosas sabes hacer que yo ignore?

—Algunas las has descubierto esta noche.

—Sí, eso también ha sido una sorpresa, lo reconozco. Víctor, puedes confiar en mí. Este viaje, todo lo que ha pasado entre nosotros desde ayer a mediodía, me ha hecho cambiar mi forma de verte. Ya no me siento tu enemiga sino tu compañera. Dime la verdad, por favor, solo si lo sé todo podré obedecerte sin protestar, y podré ayudarte en vez de causarte problemas. Todo eso de la psicología y del traje azul y de la corbata no es más que una tapadera, ¿no es verdad?

—Soy psicólogo, eso es cierto, pero me especialicé en psicología criminal. Rafa me fichó en el curso de especialización y me ofreció el puesto directamente y sin tapujos, como hemos hecho contigo y con los demás. Durante un año hice cursos de idiomas, de informática, de defensa personal... Tuve un entrenamiento intensivo y

después de terminar, Rafa decidió que era más valioso en la retaguardia ayudando a los demás miembros que trabajando en las empresas como hacéis vosotros. Aunque a veces me gustaría, pero tengo que reconocer que Rafa tiene razón.

—Gracias por decírmelo, prometo no volver a reírme de tu traje y tus corbatas.

—Ni de mis calzoncillos.

—Tampoco de tus calzoncillos, tengo que reconocer que me gustan, que no son como yo temía —dijo recordando los bóxer negros ajustados que tanto la habían excitado la noche anterior cuando él se había quitado los pantalones.

—Me alegro.

—Y hablando de ropa, ¿qué va a pasar con la mía? Está en Toulouse.

—Y allí se quedará, no podemos arriesgarnos a ir a buscarla. ¿Hay algo que sientas mucho perder?

—No. Ya Rafa me advirtió cuando vine que no echara en el equipaje nada muy personal por si ocurría esto. Además no es el tipo de prendas que me gusta, puedo prescindir de ellas. Lo que ocurre es que llevo con la misma ropa desde ayer por la mañana y estoy acostumbrada a cambiarme todos los días, al menos de ropa interior.

—Pararemos en el primer pueblo que encontremos para que compres algo con que cambiarte.

—Y algo de abrigo para ti —dijo ella mirando su jersey de cuello vuelto.

—No estoy mal con esto, pero probablemente luego cuando pasemos los Pirineos me hará falta algo de más abrigo. En el maletero tengo una manta para ti.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar?

—No lo sé, depende del estado de las carreteras. Si fuéramos por la autopista llegaríamos a Madrid esta noche, pero por carreteras comarcales tardaremos más. Puede incluso que tengamos que parar y hacer noche en algún sitio, aunque si eso ocurre me gustaría que fuera ya en España.

—Si tuviera el carné de conducir podría turnarme contigo al volante.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a conducir durante muchas horas. Solo te pido un poco de conversación para que no me entre sueño si conduzco de noche.

—Hecho.

El regreso fue lento porque Víctor tomó las carreteras más apartadas que encontró, algunas realmente aterradoras. Al acercarse a los Pirineos, y a pesar de encontrarse ya en el mes de mayo, el frío se hizo intenso y Víctor sacó la manta que llevaba en el maletero y Carla se envolvió en ella.

Antes de salir de Francia, compraron un polar para él y unos pantalones gruesos y ropa interior para Carla, que se cambió en los servicios del restaurante donde pararon a comer.

Víctor no quiso poner la calefacción del coche demasiado alta por temor a que este se quedara sin gasolina en plena montaña, y ella, envuelta en la manta, continuó dándole conversación a pesar de que él no demostraba ningún síntoma de fatiga ni de sueño.

A las diez de la noche habían cruzado la frontera con España por el puerto Des Estats, evitando la frontera más vigilada de Andorra, y Víctor le propuso llegar hasta Graus y hacer noche allí.

Carla se lo agradeció porque durante los últimos kilómetros había sentido que el agradable calor del coche le estaba produciendo una creciente modorra y que los párpados tendían a cerrárseles a pesar de que hacía esfuerzos por mantener la conversación.

Era más de las doce cuando llegaron al pueblo y se dirigieron a la única posada del mismo, donde sin consultarle, Víctor pidió dos habitaciones y preguntó si les podían preparar algo de comer. Se sintió ligeramente decepcionada de que él ni siquiera hubiera insinuado que pasaran la noche juntos, aunque en caso de que lo hubiera intentado le habría dicho que no, que no era buena idea.

Sentados en el pequeño comedor tomaron el bocadillo que les sirvieron y después se dirigieron a las habitaciones. Él le tendió la llave de la suya.

—Ten, y procura descansar. Mañana todavía nos quedan muchos kilómetros por delante.

—¿Tengo que estar lista a alguna hora?

—Cuando te despiertes dame un toque al móvil. No hay prisa.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Hasta mañana.

Entró en la habitación, bastante rústica por cierto, y quitándose solo los pantalones, se desplomó literalmente en la cama y se quedó profundamente dormida. Estaba agotada física y emocionalmente. Cuando se despertó aún se sentía un poco cansada, y se metió en la ducha para despejarse.

El agua estaba apenas templada, pero le dejó una sensación de vitalidad a pesar del frío que había pasado y luego se puso el resto de la ropa interior limpia que había comprado la víspera, el pantalón y también volvió a colocarse el jersey, que después de haber dormido con él no presentaba un aspecto demasiado pulcro. Pero no tenía otro y no estaba dispuesta a pasar frío. Peor pinta había tenido otras veces por su propio gusto.

Cuando se reunió con Víctor, este se echó a reír.

—¿Qué le ha pasado a tu ropa?

—¿Te refieres al jersey? He dormido con él, tenía frío.

—¿Por qué no me has pedido algo para dormir? Podría haberte prestado una camiseta.

—No pensé que se pondría así. Pero no importa, me he puesto cosas más arrugadas otras veces. De todas formas voy a arrebujarme en la manta en cuanto entre en el coche.

Víctor tenía un semblante fresco y descansado y Carla se sentía feliz de pensar que en cuanto desayunaran continuarían con el viaje y volverían a pasar muchas horas juntos en el coche, charlando. Y empezó a darse cuenta de que durante toda su

vida se había perdido a una gran persona y a un buen amigo.

El camino esta vez fue menos penoso que el día anterior y llegaron a Madrid a las ocho de la tarde, porque pararon en un par de ocasiones a descansar y tomar algo.

La temperatura era menos extrema y Carla pudo prescindir de la manta a partir del mediodía.

Cuando Víctor paró el coche delante de la puerta de su casa, le dio un beso en la mejilla ligeramente áspera a causa de la barba que empezaba a asomar y le dijo:

—Gracias por traerme a casa sana y salva.

—Ha sido un placer. Nos vemos mañana, pero no es necesario que te levantes temprano. Descansa un poco, se te ve agotada.

—Tú también.

Se bajó del coche y apenas puso un pie en el suelo se detuvo.

—¡Mierda!

—¿Qué ocurre? —preguntó Víctor con el ceño fruncido.

—¡Las llaves! Están en el bolso, y el bolso está...

—En Toulouse.

—Sí, me temo que sí.

—Bueno, tendrás alguna copia.

—Dentro. Y estoy muerta de cansancio, loca por una ducha bien calentita y dormir muchas horas. ¿Qué demonios hago ahora?

Víctor salió del coche y se acercó a ella.

—Tienes dos opciones. Venirte a mi casa, darte esa ducha y dormir allí esta noche y solucionar esto mañana...

Carla lo miró a los ojos y leyó en ellos el deseo de que aceptara. Sin embargo, sabía que no era una buena idea. Había habido demasiada intimidad entre ellos durante las largas horas en coche para que se limitaran a dormir, por muy cansados que estuvieran.

—¿O...?

Víctor sonrió vencido.

—Puedo subir contigo y ver si puedo hacer algo.

—¿Cómo qué?

—Abrir la puerta.

—¿Puedes?

—No lo sé, tendré que verla.

—¿Hay algo que no sepas hacer?

—Claro que sí, muchas cosas. ¡Vamos allá!

Enfilaron la larga escalera hasta llegar al piso de Carla. Allí, Víctor se inclinó y sacó su propio manojito de llaves del bolsillo. Cogió una llave de aspecto extraño y la introdujo en la cerradura hasta la mitad. Con la otra mano insertó un fino tubo de metal y hurgó ligeramente. La cerradura respondió con un ligero chasquido y la puerta cedió.

—Adelante.

—¿Vas a dejar de sorprenderme alguna vez?

—Espero que no.

Se miraron de nuevo por un momento. La tensión flotaba en el aire y Carla se preguntó si alguna vez las cosas volverían a ser como antes entre ellos, y supo que no. Y no tenía que ver con que se hubieran acostado juntos, sino a que había conocido demasiado a Víctor, al hombre, y eso le había derribado todos los esquemas.

Se quedó rígida cuando le vio inclinarse hacia ella, pero en contra de lo que esperaba, su boca se desvió a su mejilla besándola fraternalmente.

—Descansa... y no te levantes temprano. Te lo has ganado.

—Tú también, jefe. Y gracias... por todo.

—No se merecen.

Y dándose media vuelta, se perdió escaleras abajo.

Capítulo 16

Vuelta al trabajo

Después de haber dormido como un tronco, tal como había dicho Víctor la noche anterior, se tomó su tiempo para ducharse y desayunar. Luego, sin prisas, se dirigió a la oficina para hacer el informe y hablar con Rafa de lo ocurrido durante el viaje.

Le resultaba extraño, después de lo vivido los últimos días, volver a la rutina, y apenas llegó pasó por el despacho de Vero para saludarla antes de ver a nadie.

—Bienvenida a casa, Carla. Ya nos ha dicho Víctor que lo tuvisteis un poco complicado.

—Él lo tuvo peor, yo me limité a salir huyendo.

—No voluntariamente.

—No, no por mi voluntad, yo no quería dejarlo solo.

—Hay veces en que los deseos personales están supeditados a las circunstancias y al éxito de las investigaciones.

—Sí, ya lo sé.

—Esto supone todo un éxito para ti. Rafa está muy contento con tu trabajo.

—La mayor parte del éxito es de Víctor. Él consiguió el *pendrive*.

—Que tú habías elaborado con tu trabajo. Esto es un equipo, Carla.

—Sí, lo sé.

—Rafa te está esperando en su despacho, ha dicho que entraras en cuanto llegases.

—¿Y Víctor? —preguntó.

—Él no está.

—¿Va a resultar ser más dormilón que yo? —preguntó sonriente.

—No, que va. Ha estado aquí temprano informando a Rafa, pero ha salido a otro trabajo con Javier.

—¿Otra vez le toca meterse en el ajo?

—Sí, me temo que sí. Estará fuera dos o tres días, no pensamos que dure más.

Una idea cruzó por la mente de Carla.

—¿Es peligroso?

—Lo siento, ya sabes que no puedo informar a nadie sobre los trabajos de los compañeros. Solo Víctor y Rafa los conocen todos.

—No te estoy preguntando por el trabajo, solo si es peligroso.

—Todo tiene su riesgo y tú lo sabes mejor que nadie. No puedo decirte más.

—Ya...

—¿Y el viaje de vuelta qué tal?

Carla levantó la cara ligeramente alarmada. ¿Le habría él contado algo?

—Bien, un poco cansado.

—Sí, ya lo imagino. Tantas horas en coche y además por carreteras secundarias. Además, Víctor conduce siempre muy despacio.

—Sí, se toma su tiempo para todo... Hace las cosas a conciencia.

—Es cierto, por eso Rafa confía en él para los casos difíciles. Sabe que con Víctor nunca habrá sorpresas.

—Sí, nunca se sale de la norma. Eso es lo que me irrita de él, que sea siempre tan meticuloso. Puedes estar segura de que no hará nunca nada que no esté permitido. Yo soy todo lo contrario, impulsiva y arriesgada... y me encanta saltarme las normas.

—No estés tan segura con respecto a Víctor. Es cierto que no le gusta salirse de lo estipulado, pero yo sé de alguna ocasión en que lo ha hecho, y te aseguro que cuando lo hace no se para en barras.

—No me lo creo.

—Pues así es. Yo al menos sé de una vez que se ha saltado, y sin pensárselo dos veces, una norma muy estricta de la empresa y que podía incluso haberle costado el puesto si llega a saberse.

—¿Qué hizo?

—¡Ah, eso no te lo puedo decir!

—¿Acaso crees que voy a delatarle?

—No, claro que no, pero le prometí que nunca lo diría y yo siempre cumplo mis promesas, y las que le hago a Víctor, más.

—¿Y tú como sabes lo que hizo? ¿Acaso le descubriste?

—No, le ayudé.

—Él y tú sois muy buenos amigos, ¿verdad?

—Sí que lo somos. Yo haría cualquier cosa por Víctor porque él también ha hecho mucho por mí cuando lo he necesitado. Lo conozco muy bien y sé que hay pocas personas tan buena gente como él, aunque tú te empeñes en verlo calculador, vengativo y no sé cuántas cosas más.

—No, creo que yo también lo voy conociendo y ya no pienso que trate de vengarse de mí por lo que ocurrió en el pasado. Y tengo que reconocer que le hice bastantes putadas, que tal vez ahora no tengan demasiada importancia, pero que en la adolescencia debieron resultarle un poco fuertes de sobrellevar. Creo que algún día tendré que pedirle perdón por todo aquello.

—Me alegro, porque lo que sí te diré es que cuando se jugó el tipo, lo hizo por ti.

Carla levantó la vista asombrada.

—¿Por mí?

—Sí, por ti. No puedo decirte más porque le prometí que jamás te lo diría.

—Ya, y tú siempre cumples lo que le prometes a Víctor.

—En efecto.

—Y entonces ¿por qué me has dicho esto?

—Porque me duele ver lo mal que lo juzgas siempre, cómo te burlas de él por su forma de ser y tratas de dejarle en ridículo. Y me consta que Víctor haría cualquier cosa por ti, incluso arriesgar su vida.

—Sí, lo sé. De hecho lo hizo en Toulouse. Para conseguir el *pen* que yo había grabado con las pruebas entró en la oficina sin que nadie le conociera. En realidad no me ha contado cómo lo hizo, solo que se golpeó con una puerta de hierro al huir de prisa. Tiene una pequeña herida en el hombro.

Vero la miró muy seria.

—¿Eso te dijo? ¿Que se golpeó con una puerta?

—Sí. ¿Acaso no fue así?

—No. Entró como un posible cliente, pero se dieron cuenta de que se llevaba algo y el guardia jurado intentó detenerle. Víctor le hizo frente y el hombre agarró un abrecartas de una mesa y le atacó con él. La cazadora que llevaba paró lo más fuerte del golpe, pero no pudo evitar que la hoja, afilada, le arañase la piel. Por fortuna no fue más que un rasguño. Tuvo suerte de correr más rápido que su adversario. Y ahora soy yo la que te pide que no le digas que te lo he contado.

Carla estaba pálida.

—¿Cuándo... cuándo te lo ha dicho?

—Me llamó anoche cuando llegasteis para decirme que estabais bien. También llamó a Rafa.

—¿Y te contó algo más?

No pudo evitar que la voz le sonara algo extraña, y a Vero no se le escapó.

—No. ¿Había algo más que contar?

—No, ¿qué iba a haber? Solo pensaba que podría haberte dicho alguna otra cosa que no me haya contado. Está visto que sigue sin confiar en mí.

—Carla, si no te ha dicho esto es probablemente porque no quiere que sepas que estuvo en peligro por ayudarte; para que no te sientas culpable.

—Es curioso, yo tuve todo el tiempo que estuvimos separados la sensación de que lo estaba... y era cierto. No, no le diré que me lo has contado, pero no sabes cuánto te agradezco que lo hayas hecho.

—De nada. Y ahora vete a ver a Rafa o me echará a mí la culpa por entretenerte.

Durante tres días, Carla se dedicó a modificar el propio programa de la empresa, para modernizarlo y adecuarlo a nuevas actividades. Lo agradeció, porque después de casi un mes fuera de allí y de la accidentada salida de Francia, tenía ganas de un poco de calma y rutina. Víctor no había tenido esa suerte.

Cada mañana al llegar a la oficina se pasaba por el despacho de Vero y le preguntaba por los demás trabajos. Al tercer día, esta le preguntó socarrona:

—¿Cuál es el que te interesa en concreto, el de Marina o el que llevan a cabo Víctor y Javier?

—Todos, por supuesto.

—Es que como antes nunca preguntabas...

—Antes no sabía el riesgo real que se corría. Ahora que lo sé me preocupa más.

—Ya... bien, pues te diré que todos van muy bien, y que el de los chicos está casi al terminar. Probablemente mañana estarán de vuelta.

—¿Con éxito?

—Con éxito, y sanos y salvos.

—¡Bien por ellos! Bueno, me voy a ganarme las habichuelas. Si hay algo que quieras decirme, ya sabes dónde estoy.

—Descuida.

Carla salió mientras Vero la observaba con atención.

—¡Qué cambiadita has vuelto tú de Francia, chica! Vuelta del revés como un calcetín.

Cuando al día siguiente llegó al despacho de Vero, esta le dijo:

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Tú?

—Sí, Rafa está encerrado en el despacho con Víctor y Javier y tienen para toda la mañana, así que me ha dejado esto para que te lo dé.

—¿Ya han vuelto?

—Sí, anoche.

Por un momento se sintió algo decepcionada de que no la hubiera llamado.

—¿Y todo ha ido bien?

—Perfectamente. Y ahora, vamos a lo nuestro —dijo Vero mostrándole los papeles que tenía sobre la mesa—. No es muy complicado, solo te llevará un día.

Carla les echó un vistazo.

—De acuerdo. Sí, creo que podré solucionarlo durante la mañana.

—Ah, antes de que se me olvide. Me ha dicho Víctor que como no te verá, que pases por su despacho y en el cajón de arriba de la mesa tiene algo tuyo que quizás necesites. Que entres y lo cojas.

—¿Víctor tiene algo mío? ¡Qué raro! Iré a ver mientras terminas de preparar los documentos.

Carla se dirigió al despacho. Era la primera vez que entraba allí sin que Víctor estuviera presente. Rodeó la mesa y abrió el cajón indicado y sacó una bolsa de plástico negra sin ningún distintivo. Debía ser aquello. La abrió y contuvo una carcajada. Eran las bragas que se había quitado durante el viaje de regreso de Toulouse y que él había guardado en su equipaje porque Carla no tenía donde meterlas. Y ahora se las devolvía limpias. Era especial este Víctor. Volvió a guardarlas y regresó al despacho de Vero. Esta miró la bolsa.

—¿Puedo ser indiscreta y preguntar qué tiene que darte Víctor con tanto secreto

que no me lo ha podido dejar a mí para que te lo entregue?

—Te lo diré, pero no pienses lo que no es...

—Venga, suelta.

Carla se echó a reír.

—Son bragas.

—¿Bragas? ¿Y qué es lo que no tengo que pensar?

—Ya sabes... Simplemente tuve que salir sin equipaje y las guardé en el suyo cuando me las quité. Y se ha tomado hasta la molestia de lavarlas.

—Todo un detalle.

—Bueno, me marchó. ¿Te importa guardarme esto? —preguntó señalando la bolsa—. No voy a llevarlas a la otra empresa, y mi mesa no tiene llave y todo el mundo busca allí cuando necesita algo.

—Trae... y te guardaré el secreto.

—Gracias.

Carla se marchó ante la mirada más que divertida de su amiga.

Después de salir del despacho de Rafa, Víctor pasó por el de Vero.

—Te invito a desayunar. Hace mucho que no nos vemos.

—Es cierto, entre el tiempo que te has pasado en Toulouse y ahora con Javier en Salamanca, hace casi un mes que estás perdido.

Apagó el ordenador y salieron juntos hasta la cafetería cercana. Una vez instalados en la mesa, con el café y las tostadas delante, Vero le comentó:

—Le he dado a Carla tu recado.

—¿Y lo ha cogido?

—Sí, la misteriosa bolsa negra reposa bien custodiada bajo llave en el cajón de mi mesa en espera de que ella pase a última hora de la mañana a recogerla.

—No quería tardar más en dárselas no fuera a necesitarlas.

—Normalmente las mujeres solemos tener ropa interior de sobra.

—Las mujeres sí, pero con Carla nunca se sabe. Aún no acabo de entender su sentido de las prioridades. Es muy capaz de tener solo dos bragas y lavarlas por la noche para poderse comprar tazas de colores de diseño.

—Víctor, ha pasado algo en Toulouse, ¿verdad?

—Sí, hubo una denuncia y tuvimos que salir a escape.

—Eso ya lo sé, me refiero a lo que no me has contado.

Él se echó a reír suavemente.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque Carla está muy rara desde que ha regresado. Yo diría que vuelta del revés como un calcetín.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Lo primero que me preguntó cuando le dije que estabas en otro

trabajo con Javier fue si era peligroso. Y te aseguro que se ha pasado los tres días que habéis estado fuera pendiente del teléfono. Cada vez que sonaba para mí, ya sabes que se ilumina el número del despacho en cada aparato, apenas diez minutos después aparecía con cualquier excusa tonta y dejaba caer, como quien no quiere la cosa, si había llamado Rafa, si la llamada era para ella, o cualquier otra tontería. Pero te aseguro que estaba realmente preocupada.

—Supongo que se ha dado cuenta por fin del riesgo que corremos.

—Yo más bien diría que se ha dado cuenta del riesgo que corres tú.

—No sé, Vero, no sé.

—Y además está lo de las bragas. Se ha apresurado a decirme que no pensara lo que no era cuando yo no había pensado nada de eso. Comprendo perfectamente que al no tener equipaje era lógico que las guardara en el tuyo. Lo que me ha puesto en guardia ha sido su énfasis en que no creyera otra cosa. Está claro que yo no lo pensaba, pero ella sí.

—Si Carla no ha querido contártelo, no creo que deba hacerlo yo, por muy amigos que seamos. Y tampoco hay tanto que contar; nada que vaya a cambiar mi vida ni la suya.

—Lo siento.

—Yo también. Y ahora vamos a cambiar de tema. ¿Cómo te va a ti?

—Bien. Al fin me he decidido a hacerte caso y dejar la casa de mis padres e independizarme. Voy a buscar un piso y a compartir el alquiler con Alicia.

—¿Se lo has dicho ya a tus padres?

—Se lo he insinuado.

—¿Y?

—Como ya imaginarás han puesto el grito en el cielo solo ante la idea de que me vaya.

—No dejes que te afecte, Vero, tienes que vivir tu vida. No cedas.

—No pienso hacerlo, pero creo que necesitan tiempo para hacerse a la idea.

—No, solo tratan de posponerlo para intentar convencerte, y si dejas pasar tiempo lo conseguirán. Una vez que te has decidido y has pasado el mal rato de decírselo, hazlo. Del tirón.

—¿Tú crees?

—Sí, cuanto antes. Pero no les digas nada, dáselo como un hecho consumado. Ya tengo piso y me mudo el día tal. No les des opción al chantaje moral.

—Sí, tal vez tengas razón. Gracias Víctor, siempre me sienta bien hablar contigo.

—Pero acepta un consejo: no le pidas a Carla que te ayude a decorar tu casa.

—¿Tan terrible es la suya?

—Pintoresca.

—Volvamos al trabajo. Tengo una mañana un poco complicada.

Aquella tarde, después de comer, Carla sintió la imperiosa necesidad de hablar con Víctor, de escuchar su voz. Y comprendiendo que debía darle las gracias por el detalle, se decidió a llamarle.

Marcó el número y casi de inmediato él contestó.

—Hola, Carla.

—Hola. ¿Te pillo en un mal momento?

—No, estaba tumbado en el sofá leyendo y escuchando música.

—¿No estarías dormido?

—No suelo dormir a mediodía. De hecho, no duermo demasiado, me acuesto tarde y me levanto temprano. Solo estaba relajándome un poco. Llevo un temporada muy ajetreado y me he planteado una tarde sin hacer nada.

—Te vendrá bien.

—Ya he visto que has recogido la bolsa.

—Sí, para eso te llamaba, para darte las gracias por haberlas lavado.

—De nada, mujer. No iba a devolvértelas sucias, hubiera sido una guarrería.

—No sé... Me da cosa que las hayas tenido que lavar tú.

—Ha sido la lavadora, no yo. Y de todas formas ya las conocía, no me ha supuesto ningún trauma meterlas en la lavadora.

—Ya... bueno, pues gracias de nuevo. Y hablando de otra cosa, ¿cómo te ha ido el viaje con Javier?

—Diferente al nuestro.

—Sí, ya lo supongo. Por lo menos no habéis tenido que salir a toda prisa.

—No, todo ha ido bien. Vero me ha dicho que estabas preocupada.

—Después de lo que ha pasado con nosotros es lógico que ahora sienta un poco más de inquietud.

—¿Quieres dejarlo?

—No, claro que no. Es solo que me cogió un poco por sorpresa que te hubieras marchado con tan poco tiempo de diferencia a dos trabajos. Supuse que se trataba también de algo especial.

—Chica lista. Pero esta vez todo ha salido bien. Y durante unas semanas Rafa quiere que los dos estemos haciendo trabajos limpios hasta que se termine de aclarar el asunto de Toulouse. Salvo que surja una emergencia, yo no tendré que volver a trabajar de forma activa, de modo que nos veremos en la oficina.

—Me alegro, a los dos nos hace falta un pequeño descanso. Y hablando de descanso, te dejo para que puedas seguir disfrutando de tu tarde tranquila. Nos vemos mañana.

—Adiós, Carla. Me ha alegrado escucharte. Siempre soy yo el que te llama.

—Adiós.

Capítulo 17

Fin de semana en casa

Aquel sábado Carla se levantó con la firme decisión de coger el AVE hasta Puertollano y pasar el fin de semana con sus padres. Desde que empezó a trabajar, hacía ya cinco meses, no había vuelto por su casa; siempre encontraba alguna excusa en el trabajo, que en muchas ocasiones era cierta porque durante la semana apenas tenía tiempo para nada, y el sábado y el domingo tenía que hacer cosas en la casa que no podía llevar a cabo el resto de los días. Compraba, lavaba, cocinaba y también aprovechaba para pasear o ver algunas películas, salir a correr si hacía bueno o cualquier otra cosa que le apeteciera. Siempre se decía que iría a Puertollano el fin de semana siguiente, pero siempre encontraba una nueva excusa para no hacerlo. Y no es que no quisiera ver a sus padres, solo temía la expresión preocupada de su madre, sus intentos de averiguar su vida privada. Aunque últimamente no tenía ninguna o casi ninguna. ¡Uff! ¿Qué diría su madre si supiera que se había acostado con Víctor? Era probable que se escandalizara. Seguro que pensaba que aún era virgen, o como mucho que solo se acostaría con alguien con quien pensara casarse. Y ella no tenía la más mínima intención de casarse con nadie y mucho menos con Víctor. No, no le apetecían las preguntas inquisidoras de su madre, pero tenía que reconocer que había dejado pasar demasiado tiempo sin ver a su familia. Y de todas maneras era algo por lo que tendría que pasar antes o después.

Por eso aquel sábado se levantó con la decisión de coger uno de los primeros trenes. Y allí estaba, viendo el paisaje tan familiar y alegrándose a cada kilómetro de haberse decidido.

Cuando ya faltaba poco para llegar llamó a su casa por el móvil para que fueran a recogerla a la estación, y sonrió ante las muestras de júbilo y sorpresa de su madre.

Al salir de la estación ya estaban allí esperándola y se abrazó a ambos sintiendo la alegría de verles y prometiéndose a sí misma que no dejaría pasar tanto tiempo hasta la próxima visita.

Subió al coche con ellos y emprendieron el camino hasta la urbanización de chalés que se encontraba a tres kilómetros del pueblo.

—¿Por qué no te has venido con Víctor? —le preguntó su madre.

—¿Víctor está aquí?

—Sí, llegó anoche. Viene casi todos los fines de semana, ¿no lo sabías?

—No.

—¿No trabajáis juntos?

—Sí, pero él y yo no nos vemos demasiado, solo a primera hora de la mañana

para poner al día los informes y poco más. Tal vez alguna tarde si hay algún problema que no hayamos podido resolver en la oficina quedamos un rato, pero siempre por motivos de trabajo. Y por supuesto no nos contamos nuestra vida privada, ni los planes para el fin de semana.

—¡Hija, qué especial eres! No sé qué manía le tienes al pobre muchacho, con lo buena gente que es.

—Vaya, todo el mundo piensa que es buena gente de un tiempo a esta parte. Por lo visto el bicho raro soy yo.

—No es eso, Carla. Es que no entiendo por qué te cae tan mal.

—Víctor no me cae mal. Solo que él tiene su vida y yo la mía, y el hecho de que trabajemos en el mismo sitio no nos convierte en íntimos, mamá.

—Ya... ¡Y hasta prefieres venirte en tren antes que con él en el coche, aunque tengáis que hacer el mismo camino!

—Eso no es verdad. Si hubiera sabido que iba a pasar el fin de semana aquí me habría venido con él. Y para que veas que no le tengo manía, si me lo ofrece, me iré con él mañana de vuelta.

—Carla, conoces a Víctor desde los diez años, os habéis criado juntos. ¿Tienes que esperar a que te lo ofrezca? Sabes que estará encantado de llevarte.

Ella se echó a reír.

—Bien, me acoplaré de mala manera en su coche. ¿Ya estás contenta?

—Estoy contenta, pero de tenerte aquí. Tienes buen aspecto.

—Claro que sí. Como, duermo, hago ejercicio. Te aseguro que no estoy desnutrida ni me paso las noches de discoteca en discoteca. Hago una vida sana, tranquila y respetable.

—¿Qué tal el curso que hiciste en Toulouse?

—Muy bien. Mi francés ya era bueno, pero con el curso de perfeccionamiento me ha ido genial.

—Sí, eso dice Víctor, que has vuelto hablando como una auténtica francesa.

—Ah, eso dice... Pues si lo dice él, será verdad. Porque es muy exigente a nivel de trabajo.

—Y dice también que en la empresa están muy contentos contigo.

—Sí, eso parece. Rafa es un jefe estupendo.

—Creí que tu jefe era Víctor.

—Él es mi superior inmediato, pero el que lo dirige todo es Rafa.

—¿Y qué? ¿Hay algún chico en tu vida?

Carla se echó a reír de nuevo.

—Mucho has tardado en preguntarlo. No, mamá. No tengo tiempo. Mi jefe inmediato, o sea, tu encantador vecino, me obliga a redactar unos informes enormes cada tarde para presentárselos al día siguiente. Y cuando termino ya es muy tarde para salir a ligar. Además, tampoco tengo mucho interés viendo el panorama masculino que hay en el mercado. El que no está alcohólico, es idiota o adicto al

trabajo. Y eso sin contar los gais. Lo tengo difícil.

—Vaya, hay un cambio. Creí que ibas a decirme como siempre que no piensas casarte, que no estás dispuesta a aguantar a ningún hombre y todas esas cosas que sueles decir.

—También, no he cambiado de opinión en eso.

Habían llegado al chalé. Dejaron el coche en el garaje y Carla se dirigió a su habitación a dejar la bolsa de viaje que llevaba.

—Voy a cambiarme y ponerme cómoda.

—No tardes, tenemos barbacoa en casa de Luisa.

Carla sonrió. Desde que podía recordar, sus padres y los de Víctor se habían reunido todos los sábados para hacer una barbacoa en alguno de los chalés. Ella hacía mucho que había dejado de asistir y comía sola en su casa, pero en aquella ocasión le apetecía. Podría decirse que era el primer fin de semana medianamente bueno de toda la primavera y tenía ganas de estar al aire libre.

Se quitó los vaqueros que llevaba y se puso un pantalón de chándal amarillo, una camiseta verde y unos botines azules, y se reunió con sus padres y sus vecinos en el chalé de estos.

Ya su padre y el de Víctor estaban hurgando en el saco de carbón encendiendo el fuego mientras Víctor les estaba sirviendo una cerveza a las dos mujeres. Al verla entrar todos se acercaron hasta ella. Besó a Luisa en la cara y también a Víctor con familiaridad.

—¡Hola, jefe! ¿Creías que te ibas a librar de mí? Pues aquí estoy, me vas a tener que aguantar hasta en sábado.

Él se echó a reír.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a venir? Me hubiera esperado a hoy para traerte.

—¿Por qué no me has dicho tú que venías todos los fines de semana? Quizá habría podido hacer algún hueco antes.

—¿Quieres una cerveza?

—Se agradece.

Él entró en la casa mientras Carla hablaba con Luisa.

—¡Qué cara te vendes! —le dijo esta—. Hace meses que no te vemos por aquí.

—Tu hijo tiene la culpa. Me da tanto trabajo durante la semana que los sábados y los domingos los dedico a limpiar, comprar y todo lo referente a las tareas domésticas. Me enseñaron a ser un ama de casa limpia, si no ordenada. Y todavía no he terminado de instalarme, tengo que aprovechar parte del sábado para comprar cosas que me faltan; ya sabes que una casa tiene muchas cosas que poner.

—Yo podría haberte comprado todo lo que necesitas, Carla —dijo su madre.

—Ya hemos hablado de eso, mamá. Además, es mucho más divertido salir a buscar por las tiendas hasta encontrar lo que te gusta, y tomarte tu tiempo para elegir.

Víctor regresó con un vaso de cerveza fría en la mano.

—Toma.

—Gracias. Le estaba diciendo a tu madre que estoy comprando las cosas de mi casa poco a poco. Quizás te guste saber que con el extra de Toulouse voy a comprarme la mesa.

—¡Más vale tarde que nunca!

—Todo llega. Poco a poco voy supliendo mis carencias. Ya tengo bandeja y pronto tendré mesa.

—¿No tienes mesa, hija? —se lamentó su madre.

—No te preocupes, María —le dijo Víctor—, tiene un sitio fantástico para poner los platos del que nunca se le caerán.

—Mejor no me lo digas.

—La casa de Carla es un poco peculiar, por decirlo de alguna forma.

—Igual que ella —replicó Luisa.

—Sí, en efecto. Su casa es un fiel reflejo de su personalidad.

Carla miró a Luisa mientras bebía y pensó que si su madre se escandalizaría de saber que se había acostado con Víctor sin que hubiera nada entre ambos, Luisa se aterrorizaría solo de pensar que su querido y perfecto hijo pudiera acabar con alguien como ella.

Empezaron a aparecer los primeros platos con comida y todos se apresuraron a hacerles los honores. Después Carla se ofreció a ir hasta una venta de la carretera a comprar dulces para el café.

—Si no te importa, te acompaño. Me sentará bien andar un poco para bajar tanta comida —dijo Víctor.

Ambos echaron a andar uno junto al otro por el sendero que cruzaba la urbanización en dirección a la carretera.

Era la primera vez que se encontraban a solas desde que volvieron de Toulouse y Carla temía, y esperaba a la vez, que él hiciera mención de lo que había pasado entre ellos, pero Víctor no hizo ningún comentario, como si jamás hubiera ocurrido. Pero sí había ocurrido y Carla era muy consciente de ello, porque no podía evitar verle de otra forma. Todas sus ganas de burlarse de él se habían esfumado y sentía una extraña sensación de intimidad, de compartir con él algo que los demás ignoraban.

Caminaron sin decir nada un trozo del trayecto, pero al fin Víctor comentó:

—¿De verdad no sabías que yo vengo casi todos los fines de semana a Puertollano?

—De verdad. Solo supe que habías venido el día que me trajiste la comida que te mandó mi madre. En realidad tú y yo nunca nos hablamos de nuestras vidas fuera del trabajo, de lo que hacemos en los ratos libres, de si salimos y con quién lo hacemos o dónde vamos.

—Es cierto. En ese sentido los dos somos muy celosos de nuestra vida privada.

Carla se echó a reír.

—Yo hace meses que no tengo vida privada, poco hay que contar. Entre el

trabajo, la autoescuela y ahorrar para el coche lo más que me relaciono es con Brad Pitt a través de la pantalla del ordenador, que está muy bueno y me sale gratis.

—Tienes los fines de semana, algún rato podrás sacar para divertirte. Y no todo resulta caro.

—Sí, pero con lo friolera que soy y el tiempo tan espantoso que hemos tenido este invierno... Tengo que reconocer que me encuentro tan a gusto en mi casa que me da pereza salir.

Habían llegado a la venta y compraron los pasteles. Carla pagó y a Víctor ni siquiera se le ocurrió ofrecerse a hacerlo él. Durante el camino de regreso, ella le preguntó:

—¿No te importa si mañana cuando regreses a Madrid me voy contigo en el coche? Mi madre me ha dicho que me preparará comida para que me la lleve y cargar con todo eso en el tren es un rollo.

—Por supuesto que no me importa. No me gusta viajar solo, prefiero tener compañía.

—Gracias.

—¿A qué hora quieres salir?

—A mi me da igual, cuando tú te marches.

—Yo suelo irme sobre las seis o las siete, después de merendar.

—Me parece bien.

—Carla, quizás vas a pensar que me meto en lo que no me importa, pero creo que deberías venir más. Tus padres te echan de menos, ya son mayores y no tienen más hijos que tú. María siempre me pregunta por ti y puedo notar cierto pesar en su voz.

—Les llamo un par de veces por semana.

—¿Y crees que es suficiente?

—No, tienes razón. Pero he estado muy ocupada, ya lo sabes.

—Si es por el tiempo, no tienes que venir todos los fines de semana, ni siquiera pasar el fin de semana completo. Madrid no está tan lejos, puedes coger el AVE el domingo por la mañana y regresar por la tarde. Y si lo que te retiene es el dinero del billete sabes que puedes disponer de mi coche siempre que quieras. Yo vengo con mucha frecuencia.

—¿Y no te aburres aquí todos los fines de semana?

—No siempre me quedo aquí. Solo cuando hace muy mal tiempo o me siento perezoso. Pero algunos sábados por la noche, si hace bueno, suelo coger el coche después de cenar y acercarme al pueblo a tomar una copa y ver a viejos amigos. Todavía hay algunos que viven por aquí. Pensaba ir esta noche, ¿quieres venir?

Carla sintió que el pulso empezaba a latirle con más fuerza.

—¿Esta noche?

—Sí. Si te diviertes un poco no te costará tanto trabajo decidirte a volver otro fin de semana.

La idea le atraía mucho. Salir con él fuera del entorno de trabajo, los dos solos...

Charlar, tomar una copa, quizás bailar... El pulso se le aceleró aún más. Y volvió a sentir el mismo pánico de aquella mañana en Toulouse, cuando después de pasar la noche con él, lo que más deseaba era correr a abrazarle. Y dijo:

—No, creo que no me apetece salir esta noche. Tienes razón, tengo a mis padres muy abandonados. Voy a dedicarles el fin de semana al completo. Si salgo esta noche mañana dormiré hasta las tantas y serán horas de menos que podrán disfrutar de mí. Te acompañaré en otra ocasión.

—Como quieras. Si cambias de opinión, saldré sobre las once.

Habían llegado de nuevo al chalé de los padres de Víctor del que ya salía un apetitoso olor a café.

Después de la merienda, Carla se retiró con sus padres a su casa donde se sentó a descansar un rato y luego ayudó a su madre a preparar la cena y también algunos platos para que ella se los llevase al día siguiente. Y viendo la cantidad, supo que tendría que compartirlos con Víctor.

Después de cenar se sentaron a ver la televisión y Carla cogió uno de los libros que había en su habitación y empezó a releerlo con placer.

A las once y diez escucharon la verja del chalé de al lado abrirse y el sonido de un coche que salía. Su madre se acercó a la ventana.

—Es Víctor.

—Sí, me dijo que pensaba salir esta noche, que iría al pueblo a tomar una copa.

—¿No te ha invitado a ir con él?

Carla soltó una carcajada.

—Claro que sí. Hubiera sido poco cortés no hacerlo, ¿verdad? Y Víctor no ha cometido una descortesía en toda su vida.

—No digas eso, Carla. Sabes que si te ha invitado no lo ha hecho por compromiso. Él te aprecia.

—Sí... quizás...

—Espero que la descortés no hayas sido tú.

—No, mamá. Me he limitado a rechazar su invitación con amabilidad diciendo que he venido a descansar y a estar con vosotros. No le he dicho ninguna grosería, se lo he dicho educadamente.

—¡Hija, cómo eres! ¿Qué te ha hecho el pobre chico?

Ella volvió a reírse.

—Nada, mamá. Solo que no me apetece salir con él. Al menos esta noche.

Volvió su atención al libro pensando para sí que era una jodida embustera, porque nada le gustaría más que ir en ese coche. Pero debía cortar los ratos de intimidad porque desde que había vuelto de Toulouse, y a pesar de que apenas se habían visto, había pensado en él con mucha más frecuencia de la que deseaba.

Estuvo leyendo mucho rato y cuando sus padres se acostaron a las doce y media también ella se retiró a su habitación. Pero después de meterse en la cama se dio cuenta de que no podía dormir.

Se sorprendió aguzando el oído tratando de escuchar el sonido de algún coche en el sendero de grava, pero la noche solo le devolvía silencio.

Al fin, cuando creyó que había pasado una eternidad escuchó un coche detenerse en el camino y la verja de al lado que se abría.

Casi sin proponérselo saltó de la cama y a oscuras se asomó a la ventana, y pudo ver cómo el coche de Víctor entraba en el jardín y quedaba aparcado junto al de su padre. Después salió él y antes de entrar en la casa miró hacia su ventana.

Instintivamente, Carla se retiró para que no la viese, aunque luego comprendió que no habría podido distinguirla detrás de los cristales y a oscuras. Cuando volvió a asomarse él ya no estaba.

La mañana del domingo la dedicó a pasear con su padre por los alrededores. Este era muy aficionado a hacer excursiones por el campo y Carla de pequeña solía acompañarle con frecuencia. Luego, los estudios y el traspasar los fines de semana la habían vuelto perezosa y solo lo hacía de vez en cuando. Pero aquella mañana disfrutó mucho del paseo y de su compañía.

Su padre no era como su madre, él no le preguntó si comía o dormía, ni por su vida amorosa. Se limitó a charlar de lo que iban viendo, de amigos comunes y de libros.

Cuando regresaron a mediodía se sentía hambrienta, y también feliz y relajada. María les recibió con la consabida cerveza y la mesa a punto.

—Víctor ha venido a preguntarte si te parece bien salir a las seis.

—Sí, estupendo.

A la hora prevista y puntual como siempre, él llamó a la puerta.

—¿Estás lista?

—Sí, jefe.

Cargó en el maletero el equipaje y una nevera portátil llena de comida congelada y se marcharon. Apenas llevaban unos kilómetros recorridos, Carla le preguntó:

—¿Qué tal lo pasaste anoche?

—Muy bien. Me reuní con algunos amigos y amigas de la época del instituto y me dejé convencer para ir a la discoteca.

—Y bailaste salsa.

Él se echó a reír con fuerza.

—No, salsa no. Ni *funky*. Ya sabes que lo mío es bailar lento. Te hubieras divertido si llegas a venir, había gente que tú también conocías.

—Otro día. Anoche lo pasé muy bien en casa con mis padres.

—¿Vas a venir el próximo fin de semana?

—Me temo que tengo que ir a comprar una mesa. Tal vez el siguiente.

Víctor se detuvo ante una señal de *stop*.

—¿Por qué te paras, si no viene nadie?

—¿Y tú te estás sacando el carné? ¿Acaso no sabes que en el *stop* hay que pararse siempre sean cuales sean las condiciones de la carretera?

—Aún no he llegado a eso. Yo creía que solo tenías que pararte si venía algún coche.

—Eso es en el ceda el paso.

—¡Ajá!

—En el *stop* hay que parar y yo me paro.

Carla se lo quedó mirando.

—Ya, tú siempre cumples las normas.

—En efecto. Pienso que las normas están hechas para ser cumplidas.

Carla recordó lo que le había dicho Vero unos días atrás.

—Pero a veces te las saltas...

—¿Yo? No creo.

—No te hagas el santo. Vero me ha dicho que en una ocasión te las saltaste por mí en el trabajo.

—¡Ah, eso! No debió contártelo.

—No me dijo lo que habías hecho, solo que una vez te saltaste la norma. Yo le había dicho que eres una persona que siempre hace lo que se espera de ti y ella te defendió a capa y espada.

—Sí, Vero es una buena amiga. Pero no sabía que ella y tú hablabais de mí.

—Solo de temas generales.

—Ya...

—¿No vas a decírmelo?

—¿Qué? —preguntó a su vez él sin mirarla, con la vista fija en la carretera.

—Lo que hiciste por mí.

—No.

—¿Así de rotundo? Si no lo sé no podré agradecértelo.

—No lo hice para que me lo agradezcas.

—¿Para qué entonces? ¿Qué puede hacer que alguien como tú rompa las normas y casi se juegue el puesto?

—Tal vez pensé que el riesgo merecía la pena.

—¿Tiene que ver con lo que pasó en Toulouse? ¿Rompimos entonces alguna norma de la empresa?

—No. La empresa no pone normas sobre con quién puedes acostarte, mientras no afecte al trabajo, claro. Ahí quizás solo rompí una norma mía. Pero afortunadamente somos civilizados y no ha supuesto ninguna complicación. Los dos aceptamos que aquello fue lo que fue, y nada más.

—Sí, en efecto. Y me alegra saber que nuestra relación ha vuelto a ser cordial después de aquello.

—Sí, a mí también.

Las luces de Madrid a lo lejos les hicieron callar y el resto del camino lo hicieron en silencio, un silencio agradable y cómodo.

Cuando se despidió de Víctor en la puerta de su casa le invitó.

—Mi madre ha mandado comida en cantidad, ¿quieres venir mañana a comer para compartirla?

—Mañana no puedo. Quizás cuando tengas mesa.

—Para entonces ya no quedará nada.

—Bueno, pues entonces en otra ocasión. Nos vemos mañana.

—Adiós, Víctor. Y gracias por traerme.

Capítulo 18

Una tarde de trabajo

Carla trabajaba en un programa para una empresa que fabricaba componentes electrónicos, uno de los programas reales que a veces les encargaban y tenía que reconocer que estaba disfrutando con este. Además de suponer un reto, porque se trataba de algo que nunca había hecho antes, le habían dado carta blanca en cuanto al aspecto artístico.

Llevaba trabajando casi una semana sin moverse de su mesa; solo se apartaba de ella para ir a desayunar unas veces con Javier y Marina y otras con Víctor, Vero o Rafa. Este último estaba muy interesado en los resultados que ella estaba consiguiendo y la animaba a introducirle una y mil virguerías, lo que estaba haciendo que el programa se alargase bastante más tiempo del que en un principio habían previsto. Pero ella estaba disfrutando y además Rafa le había prometido que si era aceptado por el cliente podrían subir el precio, y ella se llevaría una parte de esas ganancias extras.

Aquel mediodía antes de marcharse, y como casi todos los días, Rafa se acercó a su mesa para preguntar cómo iba y ver los avances.

—¿Cómo lo llevas?

—Bastante bien, ya casi está.

—¿Crees que podrías terminarlo para mañana?

—Si pudiera disponer de la tarde, quizás.

—¿Te refieres a trabajar aquí?

—Sí.

—No, ya sabes que a mediodía esto debe quedarse cerrado y protegido. Los ordenadores se apagan y bloquean de forma automática.

—Sí, ya lo sé. Pero mi ordenador de casa está teniendo problemas últimamente. Creo que tengo algún virus y no estoy segura de que me deje probarlo aunque lo termine. Y hay veces que se me cuelga y puede destruir todo lo que tengo hecho. No quiero arriesgarme.

Rafa se echó a reír.

—¿Tienes un virus en el ordenador?

—Sí, eso creo. Ya sabes lo que dice el refrán: «En casa del herrero, cuchara de palo». No he tenido tiempo de ponerme a limpiarlo, estoy tan entusiasmada con el programa... No me da problemas para programar trozos pequeños, pero no me fio de que me responda para unirlo todo y probarlo. Y además mi ordenador no es demasiado potente, debería cambiarlo ya, pero de momento no puedo. Tendrá que

esperar al verano.

—O a la entrega del trabajo.

—Sí, quizás pueda utilizar eso para hacerle algunas mejoras.

—¿Entonces no crees que puedas tenerlo mañana? Es que el cliente va a recibir la visita de un subdirector y quiere lucirse enseñándole el programa. Eso le daría a él muchos puntos y a nosotros la oportunidad de cobrar más.

—Puedo terminarlo en casa, pero si no lo pruebo no te garantizo que funcione al cien por cien. Y si no tenemos seguridad no querrás que lo vea el cliente y mucho menos el subdirector.

—No, claro. Bueno, intenta terminarlo al menos y lo probamos mañana aquí. Trataré de que nos den un día más.

Carla continuó con su trabajo y a la hora de salir cerró el ordenador y cargó el programa en un *pendrive* para llevárselo a casa y trabajar sobre él si el puñetero ordenador la dejaba, porque los dos últimos días le estaba dando bastantes problemas. Ella intuía que necesitaba solo unas cuantas horas para dejarlo listo, pero mientras no terminara el último trozo no podría hacerlo.

Salía de la oficina cuando oyó que Víctor la llamaba.

—¡Carla!

—¿Sí?

Le esperó y cuando echaron a andar uno junto al otro hacia el ascensor él comentó:

—Me ha dicho Rafa que tienes problemas con el ordenador.

—Sí, anda un poco desquiciado últimamente.

—Y que eso te va a impedir terminar el programa para mañana.

—Eso me temo. Si pudiera venir aquí a trabajar lo conseguiría, no le falta tanto. Pero en el mío no creo que pueda.

—Puedes disponer del mío, yo no lo voy a necesitar esta tarde.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿En serio?

—Claro. Está en perfecto estado y tiene capacidad suficiente para que instales el programa, lo termines y lo pruebes.

—Pues no sabes cómo te lo agradezco, aunque te advierto que puedo estar hasta tarde dando la lata en tu casa porque lo que faltan son una serie de tonterías, pero que pueden complicarse un poco.

—Me acuesto tarde, no te preocupes. Yo también tengo trabajo que hacer.

—¿De verdad no lo necesitas?

—De verdad que no. Estoy estudiando unos nuevos códigos de secuencia lógicas que han salido para introducir en los test y para eso no uso el ordenador. Todavía hay cosas que tienen que hacerse a mano.

—De acuerdo, entonces prepárate para aguantarme esta tarde. ¿A qué hora te viene bien que vaya?

—Cuando quieras, ya te dije que no duermo siesta.

—Entonces me iré en cuanto termine de comer para aprovechar el tiempo.

—Como si quieres venirte ahora y almorzar en casa.

—No, debo pasar por mi piso a recoger unos datos que necesito. Y también tengo que tender la ropa, o con este tiempo tan malo que vuelve a hacer puedo encontrarme con que no tengo qué ponerme.

—De acuerdo, te espero luego.

Carla llegó a su casa, se calentó la comida, tendió la ropa, y previendo una larga tarde sentada ante el ordenador se puso un pantalón vaquero viejo y cómodo y un jersey grueso y ancho rojo y azul. Y metiendo discos de instalación y papeles en su gran bolso de bandolera se dirigió a casa de Víctor, confiando en que la lluvia no la empapara demasiado por el camino, porque esta empezaba a caer de forma torrencial a intervalos imprevisibles.

Y como se temía, escasamente a doscientos metros del portal de Víctor la sorprendió un tremendo chaparrón que casi le impedía ver. Buscó dónde refugiarse, pero era mediodía y todas las tiendas estaban cerradas y los portales de las casas también, así que decidió echar a correr y llegar cuanto antes a su destino.

Cuando llamó al portero y Víctor le abrió desde arriba, lo primero que hizo fue quitarse los empapados zapatos y con estos en la mano llamó a la puerta de su piso.

—¡Caray, criatura, cómo vienes!

—Un poco pasada por agua. Trae un trapo o algo para que me seque los pies, si no voy a ponerte la casa hecha un desastre.

Él la agarró del brazo y tiró de ella.

—Déjate de pamplinas y entra o vas a pillar una pulmonía. Tengo puesta la calefacción. Dame el bolso y ven.

La llevó hasta el cuarto de baño y le dio una toalla.

—Sécate. Buscaré algo para que puedas cambiarte y trataremos de secar esa ropa para cuando te vayas.

—Gracias.

La dejó sola y volvió poco después con un pantalón de chándal azul y un jersey del mismo color.

—Ponte esto, creo que te quedará bien. Lamento no tener nada amarillo ni turquesa, tendrás que conformarte con el azul.

Ella se echó a reír.

—No me moriré por vestir de azul una tarde.

—Te dejo para que te cambies.

—No verás nada que no hayas visto antes...

—Ya... Pero decidimos olvidarlo, ¿recuerdas? Como si nunca lo hubiera visto — comentó mientras abría la puerta del cuarto de baño y se marchaba.

Carla se quedó mirando el espejo y suspiró.

«Dichoso tú si has podido olvidarlo —pensó—, porque yo no me acuesto una sola noche sin que mi cabeza se llene de imágenes y mi cuerpo de ganas de repetirlo. Pero será mejor que olvide todo eso ahora, porque he venido aquí a trabajar.»

Se puso la ropa de él y no pudo evitar acariciar la suave lana del jersey, cálida y esponjosa. Después salió con las prendas húmedas en el brazo y Víctor las colocó sobre una silla que puso delante del aparato de calefacción.

—Aquí se secará. ¿Estás cómoda con la ropa?

—Sí, me queda bastante bien. Solo un poco largas las mangas y los pantalones, pero nada que no se solucione con unos dobleces.

—Ven, el ordenador está en el despacho.

—Debí imaginarlo...

—¿Qué?

—Que también tenías un despacho.

La llevó hasta una habitación amueblada, contra lo que Carla esperaba, con muebles claros y sencillos. En un extremo de la gran mesa estaba el ordenador. Víctor lo encendió y le dijo:

—Es todo tuyo. Yo me iré al salón para no molestarte.

—No seas tonto, en la oficina trabajo en la misma habitación que Marina y Javier y no tengo ningún problema para concentrarme, y eso que él está siempre de broma. Si tú sueles trabajar aquí, a mí no me molesta. Es más, podré pedir tu opinión sobre unos detalles que no acaban de convencerme.

—Está bien.

Trajo una silla del salón y se sentó frente a ella desplegando varios folios sobre la mesa, y se sumergió en el trabajo.

También Carla cargó el programa y se concentró en él. De vez en cuando levantaba la vista y lo miraba divertida, tamborileando con los dedos sobre la mesa a veces, otras mordiendo el bolígrafo mientras leía. No pudo evitar sentir una sensación de intimidad al estar allí con él trabajando y en silencio, con su ropa puesta... como si fueran una pareja. Sacudió la cabeza mientras se recriminaba mentalmente.

«¡Por favor, Carla! ¿Qué estás pensando? Concéntrate en el trabajo y deja de pensar gilipolleces. Tienes que terminar este programa.»

Pero le costó un gran esfuerzo hacerlo, aunque al fin logró meterse de nuevo en el trabajo.

Durante un buen rato se obligó a permanecer con la vista fija en la pantalla, pero en un momento sintió sobre ella la mirada de Víctor, y le miró a su vez. Y todo su cuerpo se agitó al encontrarse con sus ojos oscuros clavados en ella como si la estuvieran acariciando. Él parpadeó y le sonrió cambiando de inmediato su expresión y su forma de mirarla.

«Por favor, Víctor, no me mires así —pensó—, o no terminaré el dichoso programa. ¿Qué me pasa contigo? Si no eres mi tipo, ni estás bueno... eres largo y

delgado... serio, pijo, soso... No, no eres nada de eso. ¿Qué coño eres?»

—¿Quieres tomar algo? —La voz de él la sorprendió—. ¿Un café? ¿O quizás una copa?

—No, un café estará bien.

Víctor salió del despacho interrumpiendo así un momento que Carla no supo cómo calificar. ¿Especial? ¿Íntimo quizá? Lo cierto era que ella agradeció mucho la interrupción que suponía la aparición de la merienda.

Regresó poco después, pero ya Carla se había recuperado, con una bandeja, dos tazas, el azucarero, la leche condensada y un plato con pasteles.

—Espero que te gusten —dijo—. Sé que eres golosa, pero no cuáles son tus favoritos. El otro día en Puertollano compraste de muchas clases.

—Los pasteles me gustan de cualquier tipo.

—Pues adelante, son todos tuyos.

—¿Todos? ¿Tú no comes?

—Por la tarde solo tomo café.

—¿Y sueles tener dulces?

—No, pero sabía que ibas a venir tú. Los compré de camino.

—Ya, tu sentido de la hospitalidad. ¿Y si te digo que me gustan los *Kia Picanto* me tendrás uno la próxima vez que venga? Porque me vendrá muy bien cuando me saque el carné.

—¿Cómo lo llevas?

—Bastante bien para el poco tiempo que le dedico. Doy las clases con bastante irregularidad y no cuento con poder examinarme del práctico hasta que me den las vacaciones. ¿Me tendrás el coche para entonces?

—Me temo que a tanto no llega mi hospitalidad.

Carla sonrió y se dedicó a dar cuenta de los pasteles ante la mirada divertida de Víctor.

—¿De qué te ríes?

—Me encanta verte comer. De hecho me gusta ver a la gente que come con apetito, disfrutando. Y no a esa otra que se limita a picotear de los platos como si les diera asco.

—Hay gente que no sabe disfrutar de los placeres de la vida.

—Y tú sí.

—Al menos lo intento.

Comió cuatro y apartó el resto.

—Ya no puedo más.

—Bueno, pues te los guardaré para que te los lleves para el desayuno.

—¿Y tú?

—Yo no como dulces.

—¿De verdad? No pudo entender que a alguien no le gusten.

—A mí no me gustan. Los encuentro demasiado empalagosos.

—¿Qué te gusta, Víctor? —pregunto ella poniéndose seria de pronto.

—Me gusta el café solo, el cine, sobre todo verlo en casa cómodo y a la hora que me apetezca.

—No, me refiero a lo que te gusta de verdad... con intensidad.

—Creo que eso ya lo sabes.

—Ya, te refieres a hacer el amor despacio.

Él sonrió.

—Sí, a eso me refiero. No hay nada que me guste tanto como eso.

Carla respondió en tono de broma.

—Eres tonto, tú...

Pero en su interior pensaba que a ella pocas cosas le habían gustado tanto como hacer el amor con él.

—Será mejor que continuemos con el trabajo —dijo Víctor retirando la bandeja con los restos de la merienda.

Durante un rato Carla se concentró en el programa, animada por los resultados. Al final lo terminó.

—Esto ya está. Solo queda probarlo.

Víctor se levantó de la silla colocándose a su espalda mientras ella probaba el programa. Durante un buen rato manipuló el ratón y el teclado observando cómo la pantalla respondía perfectamente a sus movimientos. Al fin lo cerró.

—Terminado. Ya te dejo tranquilo —dijo mirando el reloj, que pasaba de las once—. Es tardísimo. Lo siento, Víctor, se me ha ido el santo al cielo. Estarás hoy de mí hasta las narices.

—De eso nada.

—Ya me marchó.

—Antes vamos a cenar.

—¿Cómo a cenar? Se me hará muy tarde.

—No voy a dejar que te vayas sin comer a estas horas. Ya tengo algo preparado, solo hay que calentarlo.

—Deja al menos que te eche una mano.

Se metió con él en la cocina mientras sacaba del frigorífico una carne preparada al horno y un tarro con salsa que colocó en el microondas. La cocina de Víctor, como todo en su casa, era funcional y acogedora, decorada en blanco y azul, limpia y ordenada.

Él cortó la carne mientras Carla ponía la mesa, y ambos se sentaron a comer charlando amigablemente.

—Está bueno esto. ¿Lo has preparado tú?

—Sí.

—¿También cocinas?

—También.

—¿Hay algo que no sepas hacer?

—Muchas cosas. Por ejemplo un programa como el que acabas de terminar tú.

—¿Sabes que eres muy diferente al Víctor que yo pensaba? O has cambiado mucho.

—He cambiado, por supuesto, todos lo hacemos. Pero en realidad nunca te molestaste en conocerme.

—Tú tampoco me conoces a mí.

—No estés tan segura. Lo que pasa es que yo te acepto como eres; siempre lo he hecho.

—Yo también estoy empezando a hacerlo contigo. Y a aceptar que hay otras formas de ver las cosas diferentes a la mía.

—¡No me lo puedo creer!

—Hazlo, porque es verdad. Por ejemplo, yo nunca pensé que pudiera sentirme cómoda en una casa convencional, como esta. Y sin embargo hoy he pasado una tarde muy a gusto. Me he sentido relajada trabajando en tu despacho y también ahora cenando en una mesa de personas normales.

—Nunca creí que te escucharía calificar al resto del mundo de normal, y tú no.

—Yo reconozco que soy un poco diferente.

—¿Un poco?

—Bueno, bastante. Que me gusta lo que no le gusta a la mayoría de la gente. Eso lo sé, y lo acepto. Son los demás los que no lo hacen conmigo.

—Te equivocas, Carla. Si los demás no te aceptan, es porque tú tampoco lo haces con ellos. La gente, la mayoría al menos, no suele ser intransigente.

—¿Cómo qué no? Mira mi madre.

—Sí, tus padres, y también los míos, pero ellos no son todo el mundo. Eres tú la que al verte diferente piensas que los demás no te aceptan, pero no es así. Yo, por ejemplo. Siempre has pensado que te aborrecía por ser como eres, y no es cierto. Nunca lo ha sido.

—¿Ni siquiera en el pasado?

—Ni siquiera entonces. Solamente me divertías.

Carla abrió mucho los ojos.

—¿Te divertía? ¿Yo te divertía a ti? Era al revés, chico.

—Entonces nos hemos reído de lo lindo el uno a costa del otro durante toda la vida.

—Yo pensaba que te caía mal.

—Nada de eso. Me hubiera encantado que Irene y tú me admitierais en vuestro círculo cerrado de amistad. Que me hubierais permitido salir con vosotras, pero me excluía siempre y os limitabais a burlaros. Sobre todo tú.

—Yo creía que nos despreciabas a las dos, aunque más a mí. Después de todo Irene es tu hermana.

—Nada de eso.

—Me alegra que me lo hayas dicho.

—Yo también. Los malentendidos se van aclarando. Al final hasta acabaremos por ser amigos.

—¿Quién sabe? Si siempre das de merendar y de cenar así creo que voy a apuntarme al carro de tus amistades.

Carla terminó su plato y Víctor le preguntó:

—¿Quieres fruta o prefieres que vuelva a traer la bandeja de dulces?

—No, dame algo de fruta. Ya está bien de pasteles por hoy.

Víctor se levantó para ir a la cocina por el postre y Carla se lo quedó mirando mientras lo hacía, sintiendo de nuevo agitarse algo en su interior. ¡Qué atractivo estaba esa tarde! ¿Siempre había sido así y ella nunca se había dado cuenta o era solo cosa de unos meses atrás? Él regresó y Carla desvió la mirada para que no adivinase lo que estaba pensando. Había aprendido a temer sus miradas, parecía como si él pudiera leer sus pensamientos algunas veces.

Terminaron de cenar y entre los dos recogieron la mesa dejando los platos en el lavavajillas.

—Bueno... —suspiró Carla—. Ya dejo de darte la lata por esta noche. Me marcho para que puedas acostarte.

—Te llevo.

—No, ni hablar. Son más de las doce y media, no voy a hacerte salir con este tiempo y a estas horas.

—Soy yo el que no va a dejar que te marches sola tan tarde. Aunque vives cerca, siempre puede salirte un gilipollas por el camino. O un chaparrón.

—¿Te quedarás más tranquilo si pido un taxi? De ninguna manera voy a permitir que me lleves.

Víctor comprendió que lo decía en serio. Ya sabía que a veces Carla era terca como una mula y no había forma de hacerla cambiar de opinión.

—De acuerdo... pide un taxi.

—¿Tienes el número?

—Sí, ahí en la agenda, junto al teléfono.

Carla se acercó a la agenda y la abrió por la «T». Iba a coger el auricular y marcar el número cuando se dio cuenta de que Víctor estaba junto a ella y apoyó la mano sobre la suya antes de que descolgara.

—Aunque tal vez prefieras quedarte... —le susurró en el oído.

Carla sintió cómo un extraño calor se extendía por todo su cuerpo al escuchar sus palabras y también al sentirlo tan cerca. Y se volvió hacia él encontrándose con sus ojos y su sonrisa enigmática.

—Creí que dejarías que me fuera...

La sonrisa de él se hizo más abierta.

—¿Desde cuándo esperas a que un hombre tome la iniciativa?

Ella rio.

—Desde que te conozco.

—Eso no es verdad. El primer beso me lo diste tú... sin pedir mi opinión.

—¿Todavía te acuerdas de eso? Fue una chiquillada.

—Sí, pero ninguno de los dos lo ha olvidado.

—Tus besos han mejorado desde entonces.

—Los tuyos también —respondió inclinando la cabeza para besarla. Carla soltó el auricular y le echó los brazos al cuello y se besaron olvidando por completo el pacto que habían hecho en Toulouse. Cuando se separaron, después de un largo rato, Víctor la cogió de la mano y tiró de ella hacia el dormitorio.

—Ven, todavía hay una habitación de mi casa que no conoces. Espero que también te sientas a gusto en ella.

El dormitorio de Víctor era grande y cuadrado, con una cama enorme que ocupaba una buena parte del mismo y un armario empotrado que llenaba toda una pared. Estaba decorado en blanco y *beige* y daba sensación de espacio y amplitud conseguida en parte por la falta de muebles, porque salvo la cama y dos mesillas de noche no había nada más en la habitación. Víctor encendió la calefacción y cerró la puerta tras ellos.

Si la primera vez que habían hecho el amor en Toulouse había sido especial, en aquella ocasión la noche se convirtió en una locura. Ambos se arrojaron uno en brazos del otro con una pasión y un deseo que ella ni siquiera sospechaba que sentía, y por primera vez en su vida se olvidó de su propio placer para hacerle disfrutar también a él, sintiéndose inmensamente feliz al conseguirlo. Chupó, mordió, besó y lamió y Víctor la dejó hacer, aunque tuvo que frenarla varias veces para evitar que todo acabara en cuestión de segundos, hasta que al fin ya no pudo contenerla ni contenerse más e hicieron el amor como locos. Carla perdió el control hasta el punto de clavarle las uñas en los hombros y en la espalda sin darse cuenta de que lo hacía, mientras él la embestía, intentando ir despacio, tratando de alargar el momento, sin conseguirlo del todo. Cuando ambos se corrieron a la vez, se miraron a los ojos, la respiración entrecortada, la mirada brillante. Él se dejó caer suavemente sobre ella, aspirando el aroma áspero y picante de su perfume, y le susurró al oído:

—Mi chica salvaje... siempre supe que contigo sería así.

A duras penas consiguió encontrar las fuerzas para salir de ella y tenderse a su lado. Carla se giró y se acomodó sobre su hombro, rodeándole el pecho con el brazo. En esta ocasión, había sido Carla quien había llevado las riendas, y no pudo evitar preguntarle.

—¿Alguna queja, señor psicólogo?

—Ninguna. Puedes tomar el mando cuando quieras.

Por la mañana, Víctor se despertó, pero en esta ocasión no se levantó sino que permaneció acostado con la pierna de Carla sobre la suya y su brazo también rodeándole la cintura, esperando pacientemente a que se despertara o que sonara el

despertador que tenía programado para la hora de levantarse.

Sabía lo que iba a ocurrir cuando Carla abriera los ojos, lo que iba a decirle. Sabía que se repetiría lo de la otra vez, que ella trataría de dar marcha atrás a lo ocurrido, pero en esta ocasión no le importaba demasiado. En Toulouse había sido un palo, tenía que reconocerlo, porque realmente creyó que la noche mágica que habían compartido significaba un cambio drástico en sus relaciones. No obstante, estaba convencido de que lo había encajado bien, y ella no llegó a darse cuenta de cómo se sentía en realidad.

Ahora era diferente; aparte de estar preparado para lo que iba a escuchar, sabía el cambio que se estaba operando en Carla lentamente, aunque todavía tendría que esperar para que ella quisiera compartir con él algo más que la cama. Pero tendría paciencia, siempre la había tenido. Desde que descubrió que estaba enamorado de ella a los dieciséis años. Nunca había habido otra mujer para él, a pesar de que estuvo saliendo con Valle durante un año. Nunca nadie había significado lo que Carla a pesar de que durante mucho tiempo pensaba que jamás sería para él. Pero ahora... ahora estaba seguro de que lo conseguiría. Después de ver cómo ella se le entregaba en la cama, de comprobar cómo poco a poco iba resquebrajando sus defensas, estaba seguro de que con el tiempo le entregaría no solo su cuerpo sino también su alma. Y ese día él sería el hombre más feliz del mundo, y no le importaba cuánto tuviera que esperar para conseguirlo. Después de todo ya llevaba once años esperándola. ¿Qué importaba un poco más? Al menos ahora tenía esperanzas. Con cualquier otra mujer irse a la cama sería el paso final después de que se enamorase; Carla era tan atípica que tendría que ser al revés.

Sintió que ella estaba también despierta aunque no hubiera abierto los ojos, y continuó fingiéndose dormido.

Le restregó la cabeza mimosa contra su hombro y le acarició con suavidad el pecho, y alzando la cara le besó en el cuello varias veces con ternura, mientras Víctor hacía esfuerzos por no responder y permanecer quieto tratando de averiguar hasta dónde llegaría pensando que estaba dormido aún. El timbre del despertador les sobresaltó a los dos y abrieron los ojos a la vez.

—Buenos días —sonrió él.

—Buenos días.

—Hora de levantarse.

—Sí. ¡Joder, parece como si me acabara de dormir!

—Tres horas de sueño no es mucho.

—¿Tan tarde nos dormimos?

—Sí, tan tarde.

Carla apartó la pierna que tenía sobre él y se incorporó un poco sobre el brazo.

—Víctor...

Él le puso dos dedos sobre la boca.

—No hace falta que lo digas. Ya conozco la retahíla. No estás preparada para una

relación... no es nada personal... nos lo hemos pasado de puta madre en la cama juntos... bla, bla, bla. Lo sé, y si no lo dices tú, lo digo yo. Estoy de acuerdo contigo, esto ha sido otro buen polvo y nada más.

—Me alegro de que tú también lo veas así.

—Por supuesto. Y ahora, te acercaré a tu casa porque tendrás que coger otra ropa para ir con Rafa a la presentación de tu programa. Hoy no pegan las medias de colorines ni los jerséis deformados.

—No, tienes razón. Oye, eres un buen tío.

—No opinabas lo mismo anoche cuando me decías que era muy malo contigo.

Ella le pellizcó un brazo.

—Es que me tenías... No podía aguantar más y tú venga a moverte despacio, a hacerme esperar...

—¿Y no mereció la pena?

—Sí que la mereció.

—¿Entonces? Además, ¿quién fue la mala? Mira cómo me has puesto los hombros.

Carla reparó en los arañazos.

—¡Dios, lo siento! ¿De verdad te hice eso?

—No los tenía antes, y aquí no había nadie más que tú.

Ella los besó.

—Lo siento, de verdad.

—La próxima vez tendré que cortarte las uñas.

Carla le miró fijamente.

—¿Habrá una próxima vez?

—¡Quién sabe!

—Quizá... quizá deberíamos cortar esto ahora, Víctor. Me parece que nos estamos metiendo en un juego peligroso.

—Para mí, sí. ¡Mira cómo he acabado!

—No, hablo en serio. Esto puede escapárenos de las manos y que uno de los dos resulte lastimado. Incluso que acabe afectando al trabajo. Creo que esta debería ser la última vez.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Como quieras. Limitemos nuestra relación al trabajo.

—Creo que es lo mejor.

—Perfecto.

No pudo evitar sentirse un poco decepcionada, y aliviada a la vez, de que él hubiera aceptado sus palabras con tanta facilidad. Pensaba que intentaría convencerla, pero era mejor así.

Se desperezó en la cama mientras él se levantaba.

—Estoy molida... me duele todo el cuerpo.

—Te haría falta un buen baño de masaje.

—No hay tiempo para eso. Debemos estar en el trabajo en poco más de media hora.

—Espera un momento —dijo él cogiendo el móvil—, quizás pueda arreglarlo.

—¿Qué vas a hacer?

—Déjame. Pillaré a Rafa en su casa antes de que salga —dijo marcando el número—. Hola, Toñi, buenos días. ¿Está Rafa todavía ahí? Bien, dile que se ponga.

—Hola, Víctor, ¿qué pasa? ¿Algún problema?

—No, nada de eso. Carla ha terminado la presentación.

—¿En serio?

—Sí, se vino a casa y la acabó en mi ordenador.

—¡Estupendo! Vale mucho esta chica.

—Ha hecho una maravilla. ¿A qué hora has quedado con los clientes?

—A las once, ¿por qué?

—Es que terminó a las tantas. Le dije que podría entrar más tarde hoy si tú no habías quedado temprano. Lo tiene todo a punto.

—Bien, no hay problema. La recogeré en su casa antes de ir a la entrevista.

—No hace falta, tienes que desviarte mucho. Yo la llevaré hasta allí a la hora prevista, me pilla mucho más cerca. No tengo nada urgente a primera hora, puedo trabajar en casa hasta que la recoja. Estará allí a las once.

—Bien, como quieras.

Víctor colgó.

—Arreglado.

Rafa también colgó y lanzó una sonora carcajada.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes? —le preguntó su mujer.

—De Víctor. Cree que me chupo el dedo. Al parecer se ha enrollado con Carla esta noche y no van a llegar al trabajo a su hora, y me ha montado una historia pensando que me la iba a tragar.

—¿Víctor y Carla? ¿Estás seguro?

—¡Y tanto! Jamás, desde que le conozco, ha llegado al trabajo más tarde de las ocho y media; sano, enfermo, cansado... Y además cuando me he ofrecido a recogerla para ir a la presentación me ha dicho que la llevará él, aunque llegue a media mañana a la oficina, que no tiene nada urgente a primera hora. Yo diría que sí tiene algo urgente, pero en su casa.

—No me los imagino. ¿Tú crees que van en serio?

—Él, sí. De ella ya no estoy tan seguro.

Víctor, por su parte, se puso un pantalón y un jersey y salió hacia el cuarto de baño.

—Voy a prepararte la bañera, seguramente no se te presentará otra ocasión de probarla. ¿Cómo te gusta el agua?

—Bastante caliente.

Abrió los grifos.

—¿Mucha espuma?

—No.

Un cuarto de hora después, Víctor apareció de nuevo en la habitación.

—El baño está preparado.

—Gracias.

—Una noche como esta merece un broche de oro, ¿no te parece?

—Sí.

Le ofreció una bata que se puso para ir hasta el cuarto de baño.

—Tienes una hora; prepararé el desayuno mientras —dijo saliendo en dirección a la cocina.

Carla entró en la bañera grande y redonda y se tendió en ella. Intentó accionar los botones del hidromasaje pero no consiguió que funcionaran.

—Víctor —llamó. Él apareció de nuevo en la puerta.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo funciona esto?

Se acercó y presionó un botón.

—¿Qué chorros quieres que active, los del fondo o los laterales?

—Todos.

Se echó a reír y pulsó varios botones. Las burbujas comenzaron a aparecer en la superficie del agua. Carla se sumergió hasta el cuello y susurró.

—Tendré que ponerme de nuevo la ropa interior de ayer.

—Tengo bragas de tu talla.

Ella levantó la cabeza y le miró sorprendida.

—¿De quién?

—De nadie. Nuevas. Cuando te devolví las tuyas me fijé en la talla y compré unas... por si acaso.

—¿Compras bragas «por si acaso» a todas las mujeres con las que te acuestas?

—Solo a aquellas con las que me gustaría repetir. Son turquesa y amarillas, a rayas.

Ella volvió a sumergirse en el agua.

—Eres increíble.

Víctor se había quedado en la puerta de la habitación sin decidirse a salir, contemplando cómo las burbujas flotaban a su alrededor y Carla se dio cuenta.

—¿Tú no te bañas?

—Iba a usar la ducha de arriba.

—No seas tonto, aquí hay sitio para los dos. Después de lo que ha pasado esta noche podemos compartir un baño, ¿no crees?

Él no se hizo rogar. Se quitó la ropa que dejó tirada en el suelo y se acercó entrando en la bañera y sentándose frente a ella. Carla sumergió las manos y le arrojó agua sobre la cabeza. Los rizos de Víctor cayeron a ambos lados de su cara. Se sumergió hacia atrás y se apartó el pelo con ambas manos.

—Ven que te frote la espalda —se ofreció.

Cogió una esponja de un estante colocado en la pared.

—La esponja también es nueva —dijo.

—Por si acaso...

—Así es.

—Te advierto que si me frotas la espalda no tendré bastante con una hora.

—No importa. Mi coche corre mucho cuando hace falta —dijo empezando a frotar suavemente la espalda y los hombros de Carla. Pero esto duró apenas unos minutos, porque pronto dejó la esponja a un lado y utilizó las manos para enjabonarla.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

Las manos de Víctor se deslizaron por la espalda, los brazos y el cuello, y Carla las agarró y las llevó hasta los pechos. Y a partir de ahí volvió a perder el control de la situación y antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, se encontró sentada sobre él haciendo el amor de nuevo con una pasión tan violenta que parecía increíble que acabaran de levantarse de la cama apenas un rato antes. Después, incapaz de controlar la respiración, Carla se dejó caer contra el pecho de Víctor y enterró la cara en su hombro, jadeante y agotada. Él le acarició la espalda con suavidad, sin decir nada, y permanecieron así un tiempo que a Carla se le antojó muy corto, aunque sabía que no era así. Cuando pudo recobrar el habla, murmuró:

—Yo... no sé qué me ha pasado... No he podido evitarlo... Hace media hora te dije que debíamos dejarlo y mira cómo hemos terminado por mi culpa. Te aseguro que lo decía en serio.

—Lo sé —susurró él en su oído.

—Esta es la última vez.

Víctor la besó en el pelo.

—La última. El broche de oro para una noche perfecta.

Pero la abrazó un poco más fuerte, y Carla fue incapaz de separarse a pesar de que el agua se enfriaba a su alrededor y los minutos pasaban uno tras otro, hasta que Víctor dijo, bajando por fin las manos de su espalda:

—Será mejor que nos movamos si queremos reunirnos con Rafa antes de las once. Tendremos que prescindir de un desayuno en toda regla y comer algo en el coche por el camino.

—¿Qué le has contado?

—Que te habías ido a tu casa muy tarde anoche.

—¿Y se lo ha tragado?

—No lo sé. Si sospecha algo no lo ha dicho.

Carla se separó de mala gana y se dispuso a secarse.

Capítulo 19

La llamada

Carla estaba revisando las notas que había tomado el día antes en la fase preliminar del trabajo que tendría que llevar a cabo aquella semana. No era especialmente complicado ni peligroso. Se trataba de averiguar quién estaba invadiendo el correo electrónico de varios miembros de una empresa inmobiliaria y boicoteando las mejores comisiones. Durante el primer día no había podido hacerse una idea de si se trataba de uno de los vendedores para adjudicarse las mejores ventas o de una empresa de la competencia que tuviera algún infiltrado. Apenas había tenido contacto con el personal ese día, solo había tomado unas notas sobre los posibles motivos y las características generales de cada empleado, como Víctor le había enseñado a hacer en el trabajo preparatorio. Pero ahora, releendo con cuidado los datos, seguía tan embrollada como al principio porque la empresa presentaba un personal muy variopinto. Tendría que buscar un hueco para comentárselo a Víctor por la mañana antes de ir al trabajo. Aparentemente realizaba la instalación de un programa para enseñar pisos por ordenador y mostrar a los clientes posibles reformas de manera gráfica.

Esperaba que él pudiera dedicarle un rato en cuanto llegara porque la inmobiliaria abría temprano y le habían dicho que era a primera hora cuando se reunían todos los vendedores, y había dos a los que ella aún no conocía. Aunque Víctor estaba tan ocupado últimamente, que muchos días ni siquiera aparecía por la oficina o se había marchado cuando ella llegaba.

Una idea cruzó por su mente. ¿Y si le llamaba ahora? Podría preguntarle si estaría libre por la mañana y tal vez, en caso de que así no fuera, él le dijera que se acercara por su casa para comentarlo en ese momento. La sola idea hizo que el corazón empezara a latirle con fuerza y sintió que tenía auténtica necesidad de estar un rato con él a solas, aunque fuera hablando de trabajo. Desde que habían pasado la noche juntos, hacía ya más de quince días, solo se habían visto brevemente en el despacho, y con mucha frecuencia delante de Rafa. Parecía como si Víctor evitara quedarse con ella a solas, pero lo echaba de menos.

Miró el reloj, eran la nueve y diez, temprano aún para que pudieran trabajar un rato, si él quería.

Sin pensárselo dos veces cogió el móvil y marcó el número, aguardando impaciente mientras oía repiquetear la llamada bastantes veces antes de que él respondiera.

—¿Diga? —contestó por fin.

—Hola, Víctor... soy yo. Estaba comprobando las notas sobre el trabajo de la inmobiliaria y ando un poco embrollada.

—Carla... —le interrumpió él con voz muy seria—. No me pillas en un buen momento.

—Perdona. ¿Te llamo más tarde?

—No me llames... No estoy solo... Si es importante trataré de llamarte yo luego, pero no sé si...

Ella le cortó mordiéndose los labios.

—Lo siento, perdona... No se me ocurrió. No te preocupes, no es importante. Nada que no podamos ver mañana. ¿Puedes reservarme la primera hora?

—Sí, claro.

—Estaré allí temprano. Y perdona otra vez.

Colgó sin dejar que él volviera a hablar. Arrojó el móvil contra el sofá y golpeó con los puños sobre la mesa japonesa hasta hacerse sangre en los nudillos.

«¡Mierda, mierda, mierda! Está con una tía y tú aquí, pedazo de gilipollas, pensando en que podría decirte que fueras a verle. ¡Imbécil, olvídate de él! Esto no es más que un encoñamiento y puedes superarlo. ¡Vas a superarlo, Carla! Es tu compañero de trabajo, tu jefe. Has follado con él y punto; ahí acaba todo, igual que con los demás. Y lo mejor que te puede pasar es que no vuelva a repetirse. Víctor tiene un buen polvo y nada más, y el mundo está lleno de tíos capaces de hacer lo mismo. ¿Entiendes? Olvídalo, no va a traerte nada bueno. Haz lo mismo que él y enróllate con otro.»

Cogió de nuevo los papeles e intentó concentrarse en ellos, pero no pudo conseguirlo. Las letras bailaban a su alrededor y todo parecía burlarse de ella y decirle: «Está con otra, está con otra».

Furiosa, cerró la carpeta y se dispuso a prepararse la cena. Se sentía tan alterada que temió encender el fuego y se preparó un sándwich frío que engulló en apenas tres bocados y casi sin masticar. Después, y sin saber qué hacer para matar el tiempo hasta la hora de acostarse, y tratando de calmarse un poco, se preparó una copa, bastante generosa por cierto. Y luego otra... y otra. Y comprendiendo que iba a terminar la botella y que al día siguiente tendría una resaca de muerte y no podría trabajar, cogió el resto de ron que quedaba y lo vació por el fregadero.

Paseó como una fiera enjaulada arriba y abajo sin conseguir calmarse y sintiendo la necesidad de hablar con alguien, de soltar aquello que le estaba quemando en la boca, marcó el número de Irene sin que le importara que fueran más de las doce de la noche.

Las cuatro copas, ¿o habían sido cinco?, que se había tomado la habían achispado un poco, pero no llegaba a estar borracha.

—¿Diga? —contestó su amiga.

—¡Tu hermano es un capullo, un gilipollas, un cabronazo!

—¿Carla? ¿A qué viene eso? ¿Qué ha hecho ahora?

—Se acuesta con todas las tías que se le ponen por delante.

—No te imaginas cuánto me alegra oír eso. Yo pensaba que ni siquiera sabía hacerlo.

—¿Qué no sabe...? ¡Vaya si sabe...!

—¿Y puedo enterarme de cómo lo sabes tú? ¡Porque no me dirás que te lo has tirado!

—No importa cómo me he enterado, lo sé y basta.

—¿Sí? ¿Lo has hecho? ¿Te has acostado con él?

—¡Nooo! Lo he oído en la oficina.

—Ya...

—Te he llamado para que lo sepas.

—¡Ajá! ¿Y qué quieres que haga? ¿Le llamo y le digo que no se le olvide usar condón? ¿O quizás le advierto de que está siendo un chico malo y Dios le va a castigar, que se reserve para el matrimonio?

—No.

—Carla, tiene veintisiete años. Déjale que se harte de follar, ya le atarán en corto cuando se case.

—¿Se va a casar? ¿Víctor va a casarse? ¿Tiene novia?

—Ahora no, que yo sepa, pero mi hermano es de los que se casan y tienen niños y todo eso. ¿O es que no le conoces?

—Tu hermano no puede casarse... Su trabajo es muy absorbente... No puede casarse...

—¡Carla, tía, ¿qué te pasa?! ¿Estás borracha, verdad? Es eso. Dime que es eso porque si no lo es voy a caerme redonda de un patatús.

—Me he tomado unas copas, pero no estoy borracha.

—¡Ah, bien, me tranquilizas! Pues duerme la mona y verás como mañana lo ves todo de otra forma. Y hablaré con Víctor y le diré que tenga cuidado, y que no se deje pescar, ¿vale?

—¡No le vayas a decir que yo me he chivado! Que esto se quede entre tú y yo.

—Claro que sí. ¡Anda, guapa, duérmete!

Carla colgó sintiendo que se había desahogado un poco. También Irene colgó y se quedó pensativa con la mano puesta sobre el auricular.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —le preguntó Fernando—. ¿Quién era?

—Carla. O al menos eso creo, porque la verdad es que no la reconozco. Dios, aunque estuviera borracha, que lo estaba, todo esto tiene que tener un motivo... pero es que yo no me lo puedo creer... Debería haber grabado la conversación para escucharla otro día, y también para ponérsela a ella, porque seguro que mañana lo desmiente todo. Pero dicen que los borrachos y los niños son los que dicen la verdad. Bueno, la llamaré mañana a ver por dónde me sale.

Ayudada por el alcohol que había bebido, Carla se durmió, pero su sueño estuvo plagado de cortes y pesadillas, y cuando sonó el reloj a la mañana siguiente se sentía como si le hubiera pasado una apisonadora por encima, además de aguantar un fortísimo dolor de cabeza.

Se obligó a soportar una ducha fría para despejarse y entonar los músculos y tiritando se envolvió en el albornoz y se miró al espejo del baño.

—Bueno, tienes un aspecto de lo más encantador para ir a trabajar. Y lo último que quieres es que él te vea así, ¿verdad? Vas a tener que recurrir a los trucos de mujeres para presentar un aspecto decente.

Ella no solía maquillarse, pero siempre tenía algo en el armario para un caso de extrema necesidad, sobre todo desde que trabajaba en la empresa, y decidió que aquella era una buena ocasión para usarlo. Y para que colara tendría que ir acompañado de ropa adecuada. Hoy tocaba ir vestida de chica mona.

Se echó espuma en el pelo recién lavado y se lo ahuecó con las manos, y luego se maquilló ligeramente, solo lo suficiente para tapar las ojeras y la piel cansada.

Buscó en su armario entre la ropa que se había comprado para estos casos y se puso un pantalón negro ajustado y una camiseta roja de manga larga y escote pronunciado.

—Carla, ni tú misma te reconoces, pero hay que admitir que te sienta bien. Y ahora lo más importante —continuó diciéndose en voz alta y mirándose al espejo, como si hablara con otra persona—, mucho cuidado con lo que dices. Él no puede notar lo cabreada que estás, ¿me oyes? Ni que te gustaría arañarle a él y a la guarra con la que se acostó anoche. Si puedes gastarle alguna broma al respecto, mejor. No, eso va a ser imposible, mejor no tocar el tema. Y sobre todo, capulla, tienes que asimilar que eso es lo que TÚ quieres, que TÚ dijiste que nada de mantener una relación, que aquello solo fue un polvo bien echado y punto. No tienes motivos para estar tan cabreada como estás, así que tienes que tragártelo como sea. Por mucho que te cueste. Vamos, Carla, sonrisa de oreja a oreja y buenos modales.

Se apartó del espejo, cogió el bolso, se puso los zapatos y se marchó.

Al llegar a la oficina, más temprano de lo habitual, vio el despacho de Vero iluminado y entró a saludarla.

—Hola, Carla, qué pronto hoy. ¡Y qué guapa!

—Gajes del oficio. He venido temprano porque tengo que tratar unos asuntos con Víctor antes de irme. Avísame cuando llegue.

—Sí, ya lo sé. Ya ha llegado, te está esperando.

Una punzada de alarma se pintó en los ojos de Carla.

«¿Cómo lo sabes? —pensó—. ¿Te lo ha dicho esta mañana... o acaso eras tú la que estaba con él anoche?»

Joder, no. Vero, no. Era su amiga, le caía bien.

—Quiere que pases en cuanto llegues.

—Bien —dijo con voz extraña—, allá voy.

Se dirigió al despacho de Víctor y después de tocar con los nudillos entró sin esperar respuesta como solía hacer. Él estaba sentado ante la mesa con su impecable traje azul y su habitual camisa blanca. Y una sonrisa satisfecha en la cara. La bilis se le revolvió y le entraron ganas de acercarse y besarle hasta dejarlo sin aliento, hasta quitarle de la mente cualquier recuerdo de la noche anterior. Hasta dejarle claro con quien se volvía loco de pasión y de deseo. Pero sonrió también y dijo:

—Buenos días, Víctor.

Este la miró de arriba abajo aunque sin que su cara denotara sorpresa ni asombro por su aspecto poco habitual. Solo preguntó:

—Vaya... ¿Hay algún bombón en esa inmobiliaria a quien quieras impresionar?

—No, qué va. Solo que allí todo el mundo va muy arreglado. Ayer me sentí un poco fuera de lugar. Y se trata de pasar desapercibida, ¿no es eso?

—Sí, así es.

—El trabajo por encima de todo.

—Siéntate. Y lamento mucho haberte dejado tirada anoche. De verdad que llamaste en un momento muy poco... oportuno.

—No importa, Víctor, en serio —dijo tratando de que su voz sonara normal—. La culpa es mía por no haber pensado que no era una hora muy buena para llamar a casa de un hombre soltero y atractivo. A veces el trabajo este te absorbe tanto que te olvidas de que la gente tiene vida privada.

—Sí, eso pasa. Dime, ¿qué problema tenías?

—Quería hablar un poco de la gente que trabaja allí y también preguntarte cómo averiguar, sin necesidad de investigar las cuentas corrientes, si alguien de la empresa está ganando más dinero del habitual.

—Si conoces el sueldo de esa persona, aunque sea de forma aproximada, puedes preguntarle si conoce el nombre de algún restaurante caro. Puedes poner la excusa de querer celebrar un aniversario con tu pareja o algo así.

—Sí, es posible que funcione. No se me había ocurrido.

Carla sentía como siempre la mirada de Víctor clavada en ella mientras hablaban, mientras exponía sus teorías, mientras barajaba papel tras papel como cada día, pero en esta ocasión ella no se encontraba capaz de mirarle a los ojos. Ya había aprendido a valorar sus miradas y lo bueno que era en su trabajo, y sabía que si sus ojos se encontraban él adivinaría sin ningún problema todo lo que ella sentía, y todo el esfuerzo que estaba haciendo para aparentar naturalidad sería inútil.

Lo que no sabía era que a él tampoco se le había escapado su mirada baja y su forma de hablar más rápido de lo normal, que denotaba su nerviosismo.

Cuando terminaron de revisar las notas, se levantó y le dirigió una fugaz mirada para despedirse.

—Bueno, me marcho. Quiero estar allí lo más temprano posible.

—Bien. Y te pido disculpas de nuevo.

—No, soy yo la que te las pide a ti. Y no te preocupes, no volveré a llamar a tu casa.

—Claro que puedes llamar a mi casa, no siempre estoy acompañado.

—Ya, bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Carla. Y ten cuidado.

—Sí. Ahí te dejo una copia para que la revises.

Cuando salió cerrando la puerta tras ella la expresión de Víctor cambió.

—Lo siento, pequeña —murmuró—. Estaba más solo que la una y muriéndome de ganas de estar contigo, pero ya no sé qué hacer para que veas en mí algo más que un hombre con el que pasar la noche. Tal vez Vero tenga razón y si te sientes celosa o piensas que puedes perderme, la próxima vez que estemos juntos no salgas corriendo asustada después. No me tengas miedo, yo no quiero atarte ni cortar tu libertad. Yo te quiero precisamente por ser como eres. Déjame llegar a ti, Carla, del todo. Ábreme tu alma igual que me has abierto tu cuerpo.

Se recostó contra el asiento cerrando los ojos. Él tampoco había dormido mucho aquella noche, se sentía fatal por haberle dicho aquella mentira y tentado estuvo en un par de ocasiones de coger el teléfono y llamarla. Y más tentado aún de ir hasta su casa con cualquier excusa. Algo le decía que ella se había sentido muy afectada por sus palabras, y su aspecto aquella mañana se lo confirmaba. Su rostro maquillado, sus ademanes tranquilos mientras hablaba de trabajo, hubieran podido engañar a otro que no la conociera tan bien, pero no a él.

Hubiera querido acercarse a ella y decirle la verdad, y también decirle lo que sentía, pero sabía que Carla habría saltado como un gato entre sus brazos escapándosele de nuevo. Aún no era el momento, no debía precipitarse. Él sabía que solo era cuestión de tiempo. Después de haber pasado con ella dos noches estaba seguro de que solo era cuestión de paciencia, y de eso él tenía mucha: llevaba esperándola toda su vida.

Al fin se decidió a revisar los papeles que ella le había entregado. Y vio la excusa perfecta para verla otra vez antes de que se fuera. Estaba muy bonita aquella mañana con esa ropa que dejaba ver su cuerpo en vez de ocultarlo bajo varias capas de prendas holgadas.

Aunque tenía que reconocer que también le gustaba ir quitando una a una cada prenda hasta dejarla sin nada. Casi tanto como le gustaba calmar su impaciencia y hacerla esperar hasta que la sentía incapaz de seguir aguantando y le saltaba encima como una tigresa volviéndole loco. Como el día de la bañera... Se sacudió esos pensamientos y volvió a los papeles.

Carla había entrado de nuevo en el despacho de Verónica y no pudo evitar mirarla con suspicacia y trató de recordar si en algún momento había sorprendido entre ella y Víctor algo que le indicara que tenían una aventura en vez de la profunda amistad que ambos confesaban. Algún gesto, alguna mirada entre ambos, pero no lo encontró. Aún así seguía teniendo sus dudas y, sin poder evitarlo, le preguntó:

—Vero, ¿puedo hacerte una pregunta íntima y personal?

Esta dio un leve respingo antes de mirarla.

—Supongo que vas a hacerla de todas formas...

Carla, directa como siempre, no se fue por las ramas.

—¿Te acuestas con Víctor?

Una leve sonrisa se dibujó en la cara de su amiga que respondió con otra pregunta.

—¿Te acuestas tú?

Ambas mujeres se miraron por un momento.

—Yo pregunté primero.

—Bueno, supongo que a ti puedo contártelo, secreto por secreto. Pero si contesto a tu pregunta quiero que tú también lo hagas con la mía.

—Es justo. Secreto por secreto.

—Que lo que ambas hablemos no salga de este despacho. Siéntate. La verdad es que no me acuesto con él... ni con ningún hombre. Soy lesbiana, y tengo pareja, pero aquí el único que lo sabe es Víctor. Y tú sí que te acuestas con él, ¿verdad? Desde que estuvisteis en Toulouse.

—Sí, aunque solo han sido un par de veces. Los dos decidimos que era mejor no repetirlo.

—¿Y por qué? ¿Acaso no te ha gustado?

—Ese es el problema, que me gustó demasiado.

—Nunca pensé que eso fuera un problema.

—Para mí, sí. No quiero colgarme de ningún tío, ¿entiendes? Y menos de alguien tan diferente a mí, tan metódico, tan convencional. Si seguimos acostándonos juntos sé que eso puede acabar haciéndose imprescindible para mí. Vero, estoy completamente encoñada, no hago más que pensar en esas dos noches todo el tiempo. Y sé que si esto sigue en tres meses acabaré poniéndome tacones de aguja y traicionando todo lo que tanto he luchado por conseguir.

—¿Y por qué no entras ahí y se lo dices? No creo que Víctor quiera obligarte a ponerte tacones de aguja. Es un hombre muy comprensivo.

—No voy a arriesgarme.

—¿Estás enamorada de él?

—¡No! Es solo sexo, estoy segura.

—Entonces, ¿por qué me has preguntado si nos acostábamos él y yo?

—Porque anoche le llamé para consultar una cosa de trabajo...

—De trabajo...

Carla se echó a reír.

—Bueno, quizás tenía la esperanza de que me invitara a pasar por su casa. Y no estaba solo. Esta mañana al veros a los dos aquí solos y tan temprano se me ocurrió que podías ser tú.

—No, no era yo. Víctor ya estaba aquí cuando yo he venido.

—¿Y tienes alguna idea de quién pueda ser?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿Para ir a arañarla?

—Claro que no, es solo curiosidad.

—¡Ja! Pero no, no tengo ni idea de quién pueda ser. Víctor siempre ha mantenido su vida amorosa fuera del trabajo... hasta ahora. Y es muy discreto.

—Sí, ya lo sé. Pero como sois amigos, pensé que tú podrías saberlo.

—Carla, ¿quieres un consejo? ¿Por qué no hablas con él y le explicas tus temores? Es alguien con quien se puede hablar de cualquier cosa. Además, no creas que lograrás ocultarle nada, es muy perspicaz y estoy segura de que sabe todo lo que ronda por tu cabeza.

—Espero que no.

—Pero intuyes que sí.

—Quizás... Pero no voy a decirle nada, es mejor dejar las cosas como están.

El teléfono interior sonó en aquel momento. Vero contestó.

—¿Sí? Sí, todavía está aquí. De acuerdo. —Colgó—. Carla, quiere verte antes de que te vayas.

—¿Víctor?

—Sí, Víctor.

—¿Otra vez? Qué raro...

Vero se encogió de hombros mientras Carla se levantaba de la silla.

—Está bien, allá voy.

Su amiga le guiñó un ojo.

—No hay nadie más en la oficina y tardarán un rato en llegar. Cierra la puerta del despacho por dentro, móntate encima y demuéstrole que no hay nadie como Carla. Ya me encargaré yo de que nadie os moleste. Tiene que dar morbo eso de tirártelo con el traje y la corbata puestos.

Carla se echó a reír.

—A mí no. Y además no se dejaría, le gusta tomarse su tiempo.

Salió del despacho y se dirigió al de Víctor. Le resultaba muy extraña esta segunda llamada, no tenía ni idea de qué podría querer. Llamó otra vez a la puerta y entró. Él tenía sus notas en la mano.

—¿Qué pasa, Víctor? ¿Algún problema?

—No lo sé, aquí hay algo que no me gusta. Háblame de ese Carlos.

Ella se sentó frente a él.

—Vaya, tienes la misma impresión que yo. Tampoco me gusta el tipo, aunque lo único que tengo en su contra es que me resulta resbaloso, sin embargo, eso no quiere decir que sea un delincuente ni un estafador, pero... Yo diría que va de ligón. Ayer intentó tirarme los tejos, aunque no más que al resto de las empleadas, solo que a mí no me conoce de nada. Se las da de simpático, de encantador, pero no lo es.

—No me gusta. Dime más cosas.

—Se pasó toda la mañana llamándome encanto y princesa, y tuve que morderme los labios varias veces para no decirle que era solamente señorita Suárez para él. Pero eso sería ir contra el trabajo, así que le seguí un poco la corriente y charlé con él. Incluso le permití que me invitara a café. Me extrañó que siendo un vendedor que trabaja en la calle se pasara la mayor parte del tiempo en la oficina, dijo que esperando una llamada que no llegó. Aunque también puede ser que intente ligarse a cualquiera de las secretarias, va baboseando de una en otra. Me pareció que alguna se sentía celosa de mí porque vino a advertirme de que está casado y tiene hijos.

Víctor se levantó y se acercó a ella, sentándose en el borde de la mesa, junto a la silla donde estaba Carla. Su expresión era seria y preocupada.

—¿Se acercó a tu ordenador para algo?

—Se pasó toda la mañana revoloteando de una mesa a otra. Se acercó a todos los ordenadores de la empresa varias veces, incluido el mío, y siempre intentando distraer mi atención colocando una mano en el hombro o en el brazo. Tiene las manos un poco más largas de la cuenta. Cuando no tenga que volver por allí, creo que le daré un par de hostias como despedida.

Víctor apoyó la mano sobre el brazo de Carla.

—Ten cuidado con él, ¿quieres?

—Por supuesto. Como pase del hombro no esperaré a marcharme.

—No me estoy refiriendo a que se pase de la raya con las manos, te estoy hablando de algo mucho más serio. No me gusta ese tipo, y después de lo que me has dicho, menos. Has debido contarme todo esto antes, esta mañana.

—Solo es un tipo que me desagrada, de los muchos que he conocido. No tengo ningún indicio para acusarle de nada, y debo ser imparcial en mis informes. Probablemente solo es un tipo resbaloso más.

—¿Me habrías contado todo esto anoche si te hubiera atendido?

Carla detectó un sentido de culpa en sus palabras y sintió como todo su enfado se evaporaba de repente.

—Probablemente no, ya te he dicho que no me acordaba de esos detalles hasta que tú me has preguntado.

—Bien, intentaré pasar por la inmobiliaria con cualquier excusa para echarle un vistazo.

—Todavía no, déjame que yo le sondee un poco más.

—De acuerdo, pero llámame esta tarde en cuanto llegues a casa.

—Llámame tú cuando lo consideres oportuno... No quisiera ser indiscreta otra

vez.

—No tengo ningún plan para esta tarde; estaré solo y esperando tu llamada.

—Está bien. Y ahora debo irme, ya se me ha hecho más tarde de lo que pretendía.

—Ten cuidado.

—Sí, mami.

Apenas Carla salió de la oficina, Víctor entró en el despacho de Vero y le puso los papeles de Carla en la mesa.

—Quiero que investigues a este tipo: cuentas corrientes, empleos anteriores, posibles deudas, antecedentes... Todo lo que puedas, y lo más rápido posible.

—¿Tan grave es?

—No lo sé, pero no me gusta. Quisiera ir a echarle un vistazo, pero Carla me ha pedido un día más. Aunque no sé si hacerle caso.

—Víctor, no dejes que los sentimientos personales te influyan en el trabajo. Carla sabe lo que hace.

—Sí, pero por lo que me ha contado creo que no es un simple cazador de comisiones, sino un tío sin escrúpulos. Y Carla está allí metida.

—De acuerdo, moveré algunos hilos para que esto vaya rápido.

Capítulo 20

SOS

A media mañana Vero entró en el despacho con aspecto preocupado y le dijo:

—Creo que Carla tiene problemas. Ha mandado un mensaje clave de SOS.

—¿Arcoíris guion?

—Sí.

Era la primera vez que Carla usaba ese código establecido para emergencias. Víctor cogió su teléfono móvil intercomunicado con el de ella y la llamó. De inmediato escuchó la voz de Carla débil y apagada.

—¿Qué pasa, Carla?

—Me siento mal. No estoy segura de si algo que comí anoche o algo que he tomado en el desayuno me ha hecho daño. Llevo vomitando más de una hora y no puedo parar. Voy a tener que marcharme a casa. Estoy en el baño y apenas puedo salir de él, no paro de vomitar.

—¿Crees que te han dado algo?

—No lo sé. No me atrevo a hablar mucho no sé si alguien me escucha.

—Márchate.

—Es que he encontrado algo, pero si bloqueo el ordenador para que nadie entre perderé datos que no están terminados de descargar.

—No importa. Bloquea el ordenador y si se pierde algo ya lo volverás a investigar.

—Voy a colgar, he escuchado un ruido.

—Voy a mandarte un mensaje con las instrucciones, no salgas del baño. ¿Me oyes?

—Carla...

Cortó la conversación al escuchar que alguien la llamaba desde la puerta.

—Carla, ¿estás bien?

—Sí, ya salgo.

Casi inmediatamente el móvil vibró de nuevo y ella leyó el mensaje de Víctor: «Bloquea el ordenador y espera diez minutos. Cuando sientas dos toques cortos di que te sientes mal y que te vas a casa, y coge un taxi en la parada que hay frente a la inmobiliaria. Baja en el cruce con Gran Vía, yo estaré allí. Y no permitas que nadie te acompañe.»

Ella apagó el teléfono, sintió un nuevo ataque de náuseas y volvió a vomitar. Después, se enjuagó la cara y se miró al espejo que le devolvió una imagen pálida y demacrada a pesar de que le costaba fijar la vista.

Haciendo esfuerzos por no tambalearse, salió del baño y se sentó ante el ordenador.

—¿Te sientes bien? —preguntó Carlos solícito.

—Estoy un poco mareada —respondió—. La cena de anoche no debió caerme muy bien.

—¿Por qué no te marchas a casa?

—No te preocupes, ya se me pasa.

A duras penas y con dificultad, insertó una doble contraseña que bloqueaba el ordenador si alguien entraba en el sistema sin conocerla y luego fingió seguir trabajando hasta que el móvil colocado en la cintura de su pantalón vibró levemente dos veces. Se levantó despacio tratando de fijar la vista ante la habitación que giraba a su alrededor.

—Creo que voy a hacerte caso y marcharme a casa —dijo—. No puedo trabajar así, me resulta imposible concentrarme.

—Deberías haberlo hecho hace rato. ¿Te acompaño? —dijo sin mucho interés.

—No, no hace falta. Hay una parada de taxis ahí enfrente, cogeré uno. Además, mi novio es muy celoso y mis vecinas muy cotillas. Si se entera de que me ha acompañado un hombre tendré problemas.

—De acuerdo, hasta mañana entonces. Y que te mejores.

—Esto no es nada, una mala digestión probablemente. No es la primera vez que me pasa.

Cogió el bolso y salió a la calle. El aire fresco la reanimó un poco, pero cuando entró en el taxi y este empezó a moverse, las náuseas volvieron a aparecer.

Al llegar al cruce con Gran Vía, tal como le había dicho Víctor, le pidió al taxista que parase y pagó la carrera. Apenas puso el pie en la acera, Víctor salió de un portal y se acercó a ella agarrándola del brazo. Carla lo miró sintiendo que la calle giraba a su alrededor. Él pasó la mano por su cintura sosteniéndola.

—¿Tan mal estás? Ven, tengo aquí el coche.

Echó a andar sintiendo que Víctor la llevaba casi en volandas y la ayudó a entrar en el vehículo. Se dejó caer contra el respaldo cerrando los ojos, pálida y mareada.

—Voy a llevarte a casa. Ya he avisado al médico, no tardará en llegar. Le he pedido que lleve un equipo para analizar una muestra de saliva y averiguar si te han dado algo. ¿Te duele el estómago?

—Solo cuando vomito.

Víctor condujo rápido por las calles sin dejar de observarla y en pocos minutos llegaron a la casa. Cuando tuvo que enfrentarse a las escaleras se detuvo.

—¿Puedes subir o te llevo en brazos?

—¿Cómo vas a llevarme en brazos cinco pisos? Solo ayúdame.

Él volvió a pasar el brazo por la cintura de Carla y prácticamente la arrastró escaleras arriba. Cuando al fin se encontraron en el piso, se desplomó en el sofá como si fuera una muñeca de trapo.

—Quizás he debido llevarte directamente al hospital.

—No —murmuró ella débilmente—. La investigación se iría a la mierda.

—Eso no importa ahora.

Carla trató de incorporarse.

—Ayúdame a cambiarme esta ropa. Me aprieta.

Víctor le quitó los zapatos y le desabrochó el pantalón bajándoselo y después le sacó la camiseta por encima de la cabeza y le quitó el sujetador. La ayudó a ponerse una camisola cómoda y se sentó junto a ella en el brazo del sofá.

—Creo que voy a vomitar otra vez.

Víctor se levantó y la ayudó a llegar hasta el baño. Carla le hizo un gesto con la mano para que se marchara, pero él no le hizo caso y le sujetó la frente mientras vomitaba. Después la abrazó contra él y le acarició la espalda a la vez que la besaba en el pelo.

—¿Estás mejor? ¿Quieres volver a la cama?

—Sí. ¿Por qué no has salido?

—No irás a tener pudor conmigo a estas alturas, ¿verdad? Después de las cosas que hemos hecho juntos.

—No es lo mismo.

—Si puedo hacer lo otro, también puedo verte vomitar.

Volvió a acompañarla al salón y ella se tendió en el sofá de nuevo, y una idea se abrió paso en la cabeza de Víctor.

—Oye... No estarás embarazada, ¿verdad? Cuando mi madre iba a tener a Irene vomitaba todo el tiempo.

Carla negó con la cabeza.

—No, no. He tenido la regla hace unos días —dijo sin recordar muy bien si eso había sido antes o después de que pasaran la noche juntos, pero se sentía demasiado mal para ponerse a echar cuentas.

En aquel momento el timbre de la puerta sonó y Víctor respiró aliviado.

—Es el médico.

Abrió y un hombre de mediana edad alto y con gafas entró en la habitación.

—Hola, Víctor.

—Menos mal que llegas, estoy muy preocupado. No creo que esto sea un simple corte de digestión.

—Vamos a ver qué tenemos aquí.

Se acercó a la cama y le preguntó a Carla.

—¿Puedes hablar?

—Sí.

—¿Cómo empezó esto?

—De repente. Estaba trabajando en el ordenador y me encontraba bien. De pronto empecé a sentirme mareada y unas fuertes nauseas me hicieron correr al baño a vomitar. Parecía que no podía parar, cuando intentaba regresar a la oficina tenía que

volverme a ir. Estuve así más de una hora, hasta que decidí llamar a Víctor.

—¿Has vuelto a vomitar después?

—Sí, una vez más hace unos minutos.

—¿Dolor de estómago?

—Solo cuando vomito. Y estoy muy mareada, me cuesta fijar la vista. Parece como si me hubiera desinflado, como si hubiera perdido todas las fuerzas de golpe.

—Abre la boca, voy a tomar una muestra de saliva.

Carla vio cómo introducía un bastoncillo de algodón en su boca, luego lo impregnó de un líquido y fue colocando muestras en una tira de papel numerado.

—Bueno, esperemos un poco a ver qué da. Mientras, voy a reconocerte. ¿Quieres que salga Víctor de la habitación?

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Acaba de desnudarme y ponerme el camisón, y también me ha visto vomitar. Puede quedarse si quiere.

El médico se sentó en la cama y le miró las pupilas con una pequeña linterna y también el interior de la garganta. Le tomó la tensión en el brazo y luego le pidió:

—Quítate el camisón, voy a mirar si tienes alguna reacción alérgica.

Carla le obedeció sintiéndose un poco menos mareada.

—No, no hay nada de eso, pero la piel del cuerpo presenta una extraña palidez. ¿Siempre tiene ese tono pálido y apagado?

—No —contestó Víctor—. Suele ser blanca y sonrosada.

—Bien, veamos el estómago.

El médico empezó a palpar, a golpear suavemente y a auscultar la zona con el estetoscopio.

—Vale, vístete.

Víctor la ayudó a ponerse el camisón de nuevo.

—¿Has tomado alcohol en las últimas horas?

Carla sintió un poco de vergüenza al admitirlo.

—Sí, anoche tomé un par de copas... No podía dormir. Había estado trabajando y la cabeza se me llenó de datos y nombres, y no podía dejar de darle vueltas a todo —mintió—. Pensé que me ayudaría a conciliar el sueño.

—Y esta mañana te dolía la cabeza y te tomaste algo, ¿no?

—Un paracetamol.

—Sí, eso es —exclamó el médico—. Veamos qué dicen las pruebas de saliva.

Se acercó a la cocina donde habían dejado las muestras y Víctor fue con él.

—¿Está claro? —murmuró.

—Sí.

—¿Tomaste algo antes de sentirte mal, Carla?

—Un café.

—¿Y había alguien fumando a tu lado mientras lo tomabas?

—Sí, recuerdo que me molestaba el humo. Yo no fumo.

—Bueno, alguien te echó ceniza en un descuido en el café. Esto normalmente produce vómitos muy fuertes y de inmediato, y esa extraña palidez, pero no mareos ni debilidad. Eso ha sido producido por el Paracetamol. Este provoca una ligera bajada de tensión que se ha visto agravada por los vómitos continuos. Los síntomas pasarán en unas horas, no tienes que preocuparte. Te daré algo para calmar los vómitos y también para subir la tensión un poco. Y no comas nada en todo el día, límitate a disolver esta bolsa de suero en un litro de agua y tómallo poco a poco. Está malísimo, pero te arreglará el estómago y evitará que te deshidrates. Mañana estarás perfectamente.

Se volvió hacia Víctor y le dio un papel.

—Si no fuera así, llévala al hospital con este informe. Y déjala dormir. Que duerma mucho, está agotada.

—No te preocupes.

—¿Vive sola?

—Sí, pero yo me quedaré con ella esta noche y las que hagan falta. No voy a dejarla hasta que esté del todo bien.

—Mañana estará bien. Lo estaría ya de no ser por esas copas y el paracetamol. La ceniza provoca un acceso de nauseas y vómitos en cuestión de segundos, pero luego, en un par de horas, solo quedan molestias en el estómago y nada más.

—Ya, ya lo sé. Y me quedo más tranquilo.

El médico se fue y Víctor regresó junto a Carla.

—Ahora vas a tomarte las medicinas con un poco de suero y a tratar de descansar, ¿vale?

—Sí, me siento muy cansada. Pero al menos ya no tengo ganas de vomitar; estoy mejor.

—Ya has escuchado al médico, mañana estarás bien. La ceniza no es venenosa, solo provoca una reacción inmediata.

—Víctor, ¿de verdad vas a quedarte aquí esta noche?

—Sí, aunque tú no quieras.

—Yo no he dicho que no quiera. Pero con el traje y la corbata te vas a sentir muy incómodo. Puedes buscar en mi armario, tal vez encuentres algo que te vaya bien.

Él sonrió.

—No me veo con un jersey naranja ni verde fosforescente. Llamaré a Vero y le diré que me traiga algo. Siempre tengo ropa en la oficina por si tengo que cambiarme en algún momento. No te preocupes por mí y descansa.

La medicina que había tomado consiguió que el estómago de Carla se calmara y esa sensación, unida a la falta de sueño de la noche anterior, le hizo cerrar los ojos casi al momento.

Cuando los abrió se sintió ligeramente desorientada sin saber muy bien ni qué hora era ni dónde se encontraba. La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el leve resplandor que entraba por la amplia ventana. Sintió el roce de unos dedos

que acariciaban su mano con suavidad y la presencia de Víctor muy cerca aunque no podía verle.

Cerró los ojos de nuevo sin hablar y disfrutó de la caricia tratando de alargar aquel momento que sabía se interrumpiría apenas él se diera cuenta de que se había despertado.

Víctor provocaba en ella una reacción que ninguna otra persona, ni hombre ni mujer, le había producido jamás, y era el deseo de sentirse mimada, acariciada, protegida... Ella era una mujer fuerte e independiente y había luchado toda su vida para que los demás así lo comprendieran. Se había abierto camino sola en los estudios, en la vida, en la ciudad, y se sentía orgullosa de ello. ¿Por qué ahora cuando estaba con él, precisamente con él, con la persona a quien más quería demostrar lo fuerte que era, sentía esas ganas de acurrucarse en sus brazos y dejar que la mimara, que la protegiera?

Sabía que aquella mañana había llamado a Vero porque así estaba establecido para una emergencia, pero en realidad estaba pidiendo: «Víctor, ayúdame». Y hasta que no sintió el brazo de él rodeando su espalda y que la llevaba hasta el coche, no supo que todo iría bien.

—Estás despierta, ¿verdad? —Escuchó la voz de él a pocos centímetros de su cara.

—Sí.

—¿Por qué no lo has dicho?

—Porque estaba a gusto. No tenía ganas de moverme, ni de hablar.

—Pero tienes que tomar un poco de suero. Llevas durmiendo bastantes horas y no has tomado ningún líquido.

Le sintió moverse y cómo se alejaba de ella, y la luz de la mesa del ordenador se encendió permitiéndole ver la habitación. Víctor se había cambiado, ahora vestía unos vaqueros y una camisa azul ancha y cómoda por encima de los pantalones.

—¿Ha venido Vero a traerte la ropa?

—Sí.

—No la he sentido.

—Le dije que me diera un toque al móvil cuando llegara para que no llamase al timbre y te despertase.

Se acercó con un vaso.

—Bebe un poco.

Carla apuró el líquido transparente y amargo, haciendo una mueca.

—Está malísimo.

—Sí, lo sé. ¿Cómo te encuentras? ¿Tienes hambre?

—No, el estómago lo tengo bien, pero no me apetece comer nada. Y sigo encontrándome cansada.

—Pues vuelve a dormirte otro rato.

—Ya es de noche. ¿Tú has comido?

—Vero me subió un bocadillo.

—¿Un bocadillo? ¿Por qué no te has preparado algo?

—Nunca entro en una cocina que no es mía sin permiso del dueño.

Carla se incorporó ligeramente.

—¡Por Dios, Víctor! Puedes disponer de mi casa y de todo lo que hay en ella como si fuera la tuya.

—Gracias. Pensaba que yo solo era una visita estirada.

—¿Todavía te acuerdas de eso?

—Todavía.

—Pues olvídale porque no lo eres.

Víctor se sentó de nuevo en el suelo junto a ella, donde al parecer había estado todo el rato y volvió a acariciarle la mano en la penumbra.

—¿Y que soy, Carla? ¿Tu psicólogo? ¿Tu jefe?

—Mi amigo.

Le cogió la mano y le besó los dedos.

—Gracias.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias. Se puede decir que hoy me has salvado la vida.

—La ceniza no es mortal.

—Pero podía haber sido otra cosa, ¿verdad?

—Sí, podía haberlo sido. Cuando llamaste para decir que no podías parar de vomitar...

—¿Te asustaste?

—Sí, mucho. Y todavía lo estoy. Carla, no quiero que vuelvas a esa inmobiliaria. Voy a decirle a Rafa que me deje seguir a mí con la investigación.

—No, Víctor, tú eres muy bueno en tu trabajo, pero tu conocimiento de los ordenadores es limitado. No podrás seguir la pista que he encontrado.

Él guardó silencio reconociendo que tenía razón.

—Volveré allí mañana.

—Mañana es pronto, tómate unos días.

—Si lo hago le daré tiempo suficiente para que oculte la información. Me encuentro bien, el médico tenía razón. Y quiero que todos crean que pienso que solo ha sido una mala digestión y que no sospecho nada. Mañana volveré allí como si tal cosa, pero no te preocupes, estaré en guardia.

—¿Era Carlos quien estaba fumando mientras tomabas el café?

—Sí, era él.

—No quiero que se acerque a ti.

—Víctor, acepté este trabajo voluntariamente conociendo el riesgo... ¡Déjame hacerlo!

—De acuerdo, pero yo estaré cerca esta vez. Ya buscaré la forma.

—Todos corremos un riesgo en este trabajo, debemos asumirlo.

—Yo te metí en esto.

—Y yo lo acepté. Después de lo de Toulouse y de lo de hoy he comprendido que puede pasarnos cualquier cosa a todos nosotros, y quiero que sepas algo... por si no se me presenta otra ocasión de decírtelo.

—¿Qué quieres decirme?

—Que me arrepiento de todas las putadas que te he hecho cuando éramos jóvenes. Espero que me perdones.

—Hace mucho que te perdoné. Y ahora duerme de nuevo. Si vas a trabajar mañana debes estar descansada.

—¿Y tú? ¿Vas a pasar la noche ahí sentado en el suelo?

—Estoy bien. La alfombra es mullida, entiendo que no quieras comprar sillas.

—Si abrimos la cama podríamos dormir los dos, es bastante grande.

—No, Carla, en la cama no.

—¿Por qué?

—Porque tú ya estás mejor y yo no soy de piedra.

—Tampoco sería la primera vez.

—No, pero tú tienes razón. Lo que pasó, pasó y es mejor dejarlo así. No es bueno mezclar el trabajo con el sexo, esto podría escapársenos de las manos. Ahora que me ves como a un amigo no quiero que esa amistad pueda estropearse. Duerme.

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano tratando de que ella no notase lo alterado que se sentía, cómo el deseo se había apoderado de él al oír su proposición y lo que le estaba costando rechazarla. Pero se había propuesto no volver a caer en el sexo fácil y lo cumpliría, porque sabía que si no lo hacía, ella nunca le daría más. Y él quería más, mucho más.

—Duerme —repitió.

—Recuérdame que cuando cobre el próximo mes compre un sillón cómodo. Me siento fatal viéndote ahí sentado en el suelo. En serio, Víctor, échate aquí en la cama conmigo, no va a pasar nada. No estoy tan bien como parece. Te aseguro que lo último que me apetece es un maratón sexual en este momento. Solo quiero estar tendida y descansar y te aseguro que no podré hacerlo si sé que tú estás dispuesto a pasar la noche ahí. Si no quieres meterte en la cama conmigo vete a tu casa y acuéstate allí.

—De eso ni hablar.

—Por favor...

—Está bien, hazme un poco de sitio.

—Espera, abriré la cama.

Se levantó y pulsó la palanca que echaba hacia atrás el respaldo del sofá convirtiéndolo en una cama y le hizo sitio a su lado. Víctor se quitó la camisa y se iba a meter en la cama con los pantalones, pero Carla se burló de él.

—¡No me vengas con remilgos! Ya te he visto en pelotas antes.

Sonriendo, se quitó los vaqueros y se metió en la cama en calzoncillos. Carla se

volvió de espaldas a él, haciendo esfuerzos por no acercarse demasiado, y cerró los ojos.

—Ahora ya puedo dormir. No consigo tener los ojos abiertos. Lo que me ha dado el médico debe ser fuerte.

Casi enseguida sintió que los párpados se le entrecerraban de nuevo y su cuerpo se relajó y, medio adormecida, sintió cómo Víctor se acercaba a ella y se acurrucaba contra su espalda pasándole el brazo por la cintura. Y se sintió muy feliz. Por primera vez en los últimos tiempos no sentía deseo sexual al estar ceca de él, pero sí una sensación de intimidad como nunca había sentido antes con nadie. Como si fueran una pareja que compartía cama y techo desde hacía mucho tiempo. Se negó a analizar ese sentimiento limitándose a disfrutar de ello hasta que al fin se durmió del todo.

Se levantó sintiéndose más descansada y, aunque le molestaba un poco el estómago, su estado general era mejor que la noche anterior. A pesar de todo no se despertó por sí misma, sino que fue Víctor quien la llamó.

—Carla, despierta, es hora de levantarse.

Esta abrió los ojos y le vio a su lado con el pelo húmedo y ya vestido con el pantalón azul del traje y la camisa blanca.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media.

Se incorporó en la cama.

—Tengo la sensación de haber dormido tres días seguidos.

—¿Cómo te encuentras? Tienes mejor aspecto.

—Estoy bien. Un poco cansada, quizás.

—Me he tomado la libertad de usar tu ducha. Espero que no te importe.

—Claro que no, ya te dije ayer que te sintieras en tu casa. Y ahora voy a darme una yo. Me hace falta.

—Te sentará bien. ¿Quieres que prepare el desayuno mientras?

—De acuerdo. En el armario hay de todo.

Carla entró en la ducha todavía mojada después de haberla usado Víctor y pensó divertida que amanecer juntos, compartir el cuarto de baño y el desayuno se estaba haciendo una costumbre entre ellos.

Abrió los grifos al máximo y sintió en sus músculos la presión del agua caliente y tuvo ganas de quedarse bajo los chorros durante mucho rato. Tenía que reconocer que era una adicta al agua caliente y era capaz de pasarse bajo la ducha horas enteras.

Pero la voz de Víctor en la puerta le hizo cerrar los grifos.

—Carla, ¿estás bien?

—Sí, ya salgo.

Poco después se reunía con él a desayunar. Víctor había colocado la taza de Carla sobre la mesa baja y sostenía la suya en la mano bebiéndola de pie.

—¿No te sientas?

—Con esta ropa no.

—Lo siento.

—No te preocupes; a esta hora solo tomo café y muchas veces lo hago en el bar, también de pie. Pero tú si deberías comer algo.

—Tengo bizcocho.

—Sí, algo dulce te subirá el azúcar.

Carla comió sin muchas ganas un trozo de bizcocho. Aún le costaba tragar la comida, pero sabía que Víctor no la dejaría ir a la inmobiliaria si no le demostraba que se encontraba bien y era capaz de comer.

Después de dejar las tazas y platos en el fregadero se dispuso a salir. Antes de llegar a la puerta, Víctor la agarró del brazo.

—Carla, ¿seguro que estás lo bastante bien para ir?

—Sí.

—No tienes por qué hacerlo. Te repito que puedo ir yo en tu lugar. Seguro que no lo haré tan bien como tú, pero me las apañaré.

Carla levantó la cara y le dijo con amabilidad, pero también con firmeza en la voz:

—Víctor, no voy a permitir que te pases la vida sacándome las castañas del fuego. Esto es cosa mía y voy a terminarlo yo. No te preocupes por mí, te aseguro que estoy bien. Si no lo estuviera te lo diría. Ayer te demostré que acudo a ti cuando te necesito, ¿no?

Él sonrió y no pudo evitar abrazarla con suavidad. Carla se recostó contra él y apoyó la cara en su mejilla.

—Ten cuidado, por favor.

—Por supuesto que sí.

—Si te pasara algo...

—¿Qué?

—Yo nunca me lo perdonaría por haberte metido en esto.

—No va a pasarme nada —respondió ella besándole en la mejilla.

—Yo iré a media mañana. No hagas nada hasta que esté allí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Haciendo un esfuerzo para no besarla, Víctor la soltó.

—Anda, vamos... Se nos hace tarde.

Con la cara aún pálida y sensación de cansancio, Carla se presentó en la inmobiliaria. Las dos chicas que trabajaban en la misma y el siempre presente Carlos, la recibieron amablemente.

—Carla. Qué bien verte de nuevo. ¿Estás ya bien?

Ella, disimulando las ganas de darle una patada en salva sea la parte, contestó

sonriente.

—Sí, se me pasó enseguida. Solo fue algo que cené y no me sentó bien. Ya me encuentro perfectamente.

Se sentó ante el ordenador y apenas lo encendió se dio cuenta de que la segunda clave que tenía instalada había saltado demostrando que alguien había intentado acceder a la información que ella tenía protegida por contraseña. Ingenuamente, preguntó:

—¿Qué le pasa a este ordenador? Está bloqueado. ¿Lo ha cogido alguien?

Una de las chicas respondió:

—Carlos se puso ayer a probar un juego de coches que le han regalado a su hijo y se le quedó colgado. No fuimos capaces de volverlo a encender.

«¡Y tanto! —pensó—, está perfectamente protegido.»

—Espero no haberte borrado nada... —se disculpó el aludido con aire inocente.

—La próxima vez que pongas un juego en mi ordenador asegúrate de que no tiene virus. O mejor aún, no uses mi ordenador para jugar. Estoy trabajando y puedes estropear horas de esfuerzo. No creo que te hayas cargado nada, pero sí me llevará horas volver a ponerlo en marcha. Tendré que buscar el virus y mientras lo hago estará desprotegido y cualquiera puede acceder a la información, tanto desde la terminal como desde Internet. Tendré que darme prisa en hacerlo y volver a instalar las protecciones antes de que me vaya este mediodía.

Los ojos de Carlos brillaron, aunque no se dio cuenta de que le observaba de reojo. Había picado el anzuelo. Era una estrategia que habían acordado Víctor y ella mientras este la llevaba en el coche hasta la esquina de la inmobiliaria. Si alguien había entrado en el sistema, Carla tenía que hacerle creer que este era accesible durante unas horas y probablemente intentaría volver a hacer que ella tuviera que abandonar la oficina antes de que le diera tiempo a protegerlo de nuevo.

«Serás cabrón —pensó—. Ya te daré yo a ti.»

—Bueno, voy a trabajar o tendré que dejar desprotegido el ordenador toda la tarde y la noche. Y no me gusta.

Empezó a manipular el teclado mientras Carlos revoloteaba a su alrededor como un moscón.

—¿Quieres tomar algo, Carla?

—No, aún no tengo ganas. Es temprano.

—Te sentará bien un café.

—Más tarde.

A las diez de la mañana la puerta se abrió y una pareja (Marina y Víctor) entraron y se acercaron a una de las mesas. Era el momento acordado. Carla continuó trabajando como si aquello nada tuviera que ver con ella mientras permanecía atenta a la conversación.

—Buenos días. Estamos interesados en un piso. ¿Podría informarnos?

—Sí, claro. Siéntense.

Mientras escuchaba hablar de metros cuadrados, zonas, calidades y demás datos referentes al hipotético piso, Carla puso en marcha su parte del plan.

—Ahora sí me apetece un café, Carlos. ¿Serías tan amable?

—Enseguida, princesa...

Carla le observó mientras se dirigía a la cafetera, servía el café, y se lo llevaba hasta la mesa. Colocó el vaso de plástico junto a ella y se sentó en el borde de la mesa mientras encendía un cigarro.

Con la vista aparentemente clavada en el ordenador, le observaba con el rabillo del ojo y sabía que Víctor y Marina también. Y apenas dejó caer la ceniza en el interior del vaso ella giró la cabeza y le miró.

—El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, capullo —le dijo fríamente.

Comprendiendo que le había descubierto, Carlos hizo un ademán para volcar el vaso, pero se encontró con una mano de hierro sujetando su muñeca.

—¡Quieto! —dijo Víctor con voz tan fría que Carla apenas le reconoció—. Marina, llama a la policía.

—¿A la policía? ¿Por qué? ¿Por servir un café?

—Por intento de envenenamiento.

Carlos hizo amago de echar a correr, pero la mano de Víctor le tenía fuertemente agarrado y Carla a su vez extendió el pie y le hizo tropezar y perder el equilibrio.

—Dame una cuerda. Le hará estar tranquilo mientras esperamos a la policía.

—¿Hay alguna habitación que no esté a la vista del público? —preguntó Marina a una de las chicas.

—Sí, ese es el despacho del director y ahora está vacío.

Víctor empujó a Carlos al interior del despacho y le ató los brazos al sillón. E inclinándose amenazadoramente sobre él, le susurró:

—Da gracias a que no le ha pasado nada, porque si llega a ocurrirle algo serio te hubiera despedazado con mis propias manos.

Carla intervino.

—Déjale, Víctor. Esto es cosa mía. ¿Puedes dejarme a solas con él un minuto?

—Carla...

—Por favor. Tengo unas cosas que decirle.

Víctor salió dejando la puerta entreabierta y Carla se acercó al sillón.

—¿Qué vas a hacer?

—Llevas tres días revoloteando a mi alrededor como si fueras un moscón intentando ponerme cachonda. No voy a dejarte ir sin jugar un poco... —dijo a la vez que metía la mano en el bolsillo de su pantalón.

—¿Qué haces? —se sorprendió él—. ¿Vas a meterme mano?

Pero Carla se limitó a sacar el paquete de tabaco que guardaba allí y extraer dos

cigarros. Con un abrecartas rasgó el papel y sujetando la nariz con una mano metió a empujones el contenido de los cigarros en la boca de Carlos haciéndole tragárselos a la fuerza.

—A mí también me gusta jugar con el tabaco, chaval. Víctor, ya puedes entrar.

Este nada más entrar se dio cuenta de lo sucedido y de las nauseas que Carlos trataba de dominar, y acercándose le palmeó en el hombro.

—La próxima vez que quieras jugarle una mala pasada a una mujer piensa bien a quién se lo haces.

Diez minutos después llegó la policía y se hizo cargo del detenido mientras Carla volvió a ponerse ante el ordenador, lo desbloqueó sin problemas y sacó las pruebas que necesitaba para procesar a Carlos.

Capítulo 21

La visita de Irene

Carla escuchó los fuertes y repetidos timbrazos alarmada. ¿Quién demonios llamaría así a esas horas de la noche? Por supuesto tenía que descartar que fuera Víctor, él siempre empleaba dos timbrazos cortos y además estaba completamente segura de que no aparecería en su casa a las doce de la noche sin llamar antes... por mucho que a ella le apeteciera que lo hiciese. Cuando abrió la puerta su sorpresa fue mayúscula.

—¡Irene!

Ambas amigas se abrazaron.

—¿Cómo no me has avisado de que venías?

Esta entró en el piso sin esperar invitación y soltó el bolso de viaje que llevaba en el suelo.

—Quería pillarte desprevenida.

Miró a su alrededor.

—¿Estás sola?

—Sí, claro. ¿A quién esperabas encontrar aquí?

—A mi hermano, por ejemplo.

—¿Y qué iba a pintar tu hermano aquí a las doce de la noche?

—¡Ah, eso tú sabrás! La última vez que te llamé era más de la una y él estaba aquí, así que no te hagas la inocente.

—¿Víctor aquí a la una de la noche? ¿Cuándo?

—¿Recuerdas el día que me llamaste con la media melopea para decirme que mi hermanito se tiraba a todas las tías habidas y por haber? Te llamé a la noche siguiente para averiguar si se te había pasado la curda y preguntarte a qué demonios venía esa frase. Y mi sorpresa fue mayúscula cuando cogió tu móvil Víctor y me dijo la gilipollez de que estabas dormida porque te dolía la cabeza. Y ya me explicarás qué hacía él aquí si a ti te dolía la cabeza y estabas dormida, como no fuera que estaba pasando la noche contigo. Así que aprovecho estos días libres entre una obra y otra para venir a averiguar qué está pasando.

—Veo que sigues siendo la mayor cotilla del mundo. Aquí no está pasando nada.

—¿Cómo qué no? ¿Puedo registrar?

Carla se dejó caer en el sofá muerta de risa.

—Por supuesto. Estás en tu casa. Registra lo que quieras, aunque no sé qué esperas encontrar. No tengo a tu hermano escondido en el armario ni debajo de la cama. Y tampoco cabe en un cajón.

—¡Ah, pero puedes tener ropa suya, cepillos de dientes... cosas así!

—Tampoco vas a encontrar nada de eso. Vivo sola, y tu hermano vive en su casa y solo viene aquí de visita o a trabajar.

—¡Sí, de visita y a trabajar...! A la una de la madrugada, y tú te echas a dormir y le dejas de guardia para que conteste al teléfono. ¡Vamos, Carla! Cuéntaselo a otra. Estás liada con él, confiésalo.

—No lo estoy.

—¿Y entonces cómo sabes que es bueno en la cama? La otra noche lo dijiste muy convencida.

—Lo he oído en el trabajo.

—¡Y un cuerno! Estás hablando conmigo, cariño. A mí no intentes engañarme porque te conozco mejor que tu propia madre.

—¡Joder con los hermanitos de las narices! Los dos creen conocer los rincones de mi alma.

—¿Él también?

—Eso dice, pero no es verdad.

—Vamos, Carla, mírame a los ojos y dime que no te has acostado con Víctor.

Carla miró hacia otro lado y se echó a reír.

—¿Ves como no puedes? ¡Lo has hecho, claro que sí!

—Está bien, sí. Nos hemos acostado un par de veces, pero eso no significa que haya nada entre nosotros. No estamos liados ni nada parecido.

—¿Dos veces en la misma noche o en dos noches diferentes?

—En dos noches diferentes.

—Entonces ha habido reincidencia. Eso significa algo.

—Eso solo significa que a los dos nos gustó la primera vez y repetimos.

—Pues a eso me refería. Cuando habéis querido repetir es por algo. ¡Cuenta, cuenta!

—Ni lo sueñes.

—Tú y yo nos lo hemos contado siempre todo.

—Esta vez no.

—¿Y por qué? ¿Porque es mi hermano?

—Sí, por eso.

—Pues precisamente por eso tengo más interés en saberlo. Algo muy gordo ha tenido que pasar para que Víctor y tú hayáis acabado en la cama. Y todavía más gordo para que hayáis repetido. Dime la verdad, Carla... soy Irene. Ya sabes que puedo entender cualquier cosa que me cuentes y te prometo olvidar que se trata de Víctor. Dime: estás colada por él, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Solo ha sido sexo.

—Mírame y repítelo.

—Estás muy pesadita con eso de que te mire. No estoy enamorada de tu hermano. ¿Cómo puedes pensar eso? Parece mentira que no me conozcas.

—Precisamente porque te conozco, cariño. Sé que aquí está pasando algo muy raro.

Carla decidió ser un poco franca con ella, sabiendo que no abandonaría hasta que le contara algo de lo que quería saber.

—Está bien. Tuvimos que hacer juntos un viaje de trabajo y pasar la noche en una casa alquilada. No me preguntes detalles que no puedo darte, pero los dos tuvimos un día muy duro, cada uno por su lado y cuando nos reunimos por la noche... perdimos la cabeza. Y tengo que confesarte que fue algo especial, que nunca había disfrutado tanto con nadie. Pero no tuvo nada que ver con el amor, Irene, de verdad que no. Por la mañana los dos estuvimos de acuerdo en olvidar el tema.

—Pero no fue así, ¿no es cierto? Porque repetisteis.

—La verdad es que durante un tiempo yo no podía quitármelo de la cabeza. No entendía qué había pasado, si habían sido las circunstancias o qué. Las cosas se enredaron para que pasara otra vez y yo tengo que confesar que lo deseaba porque quería comprobar si volvería a ser igual.

—¿Y lo fue?

—Sí, lo fue.

—¿Y para él?

—No lo creo porque la noche que te llamé le había telefoneado antes para consultarle una cosa de trabajo y estaba acompañado.

—¿Quieres que hable con él y le pregunte?

—¡No! No te metas en esto, Irene. Ni se te ocurra. No hagas que me arrepienta de habértelo contado. Esto no es más que un encoñamiento por mi parte. Ya se me pasará.

Irene no contestó, pero la miró sonriente con una expresión que a Carla le recordó a Víctor.

—¡No me mires así, que te pareces a él!

—¡Ay, niña! Que te veo dentro de poco meciendo un rorro, y que además será sobrino mío.

—¡Qué imaginación tienes! No hay nada de eso, te lo aseguro. Y aunque por mi parte hubiera posibilidades, que no las hay, también tendría que contar con él, ¿no?

De pronto su mente se quedó en blanco, sin escuchar lo que Irene le decía.

—Víctor estará encantado, tonta. Siempre ha deseado ser padre de familia. Y aunque no te hayas dado cuenta, lleva loco por ti toda la vida.

—Si eso fuera cierto no se habría ido con otra aquella noche. No después de lo que hicimos. Víctor no.

—Víctor tiene polla, como todos los tíos, y según tus propias palabras no hay entre vosotros nada más que algún revolcón. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Pero si como dices estuviera enamorado de mí de toda la vida, estaría...

Irene la miró fijamente a los ojos.

- ¿Estaría... qué?
- Intentando conquistarme o algo parecido, y no follándose a otra.
- ¿Quieres que le pregunte?
- ¡Ni de coña! Vamos a cambiar de tema.
- De acuerdo.
- Te daré de cenar y hablaremos de ti para variar.

A la mañana siguiente, Carla llegó al trabajo sin mucho entusiasmo. Había tenido pesadillas durante toda la noche: niños pringosos de chocolate, bebés llorando y tendiendo las manos hacia ella, y cuando ya casi amanecía, Víctor se le acercaba llevando un niño de cada mano y, de alguna forma casi imposible, un bebé en los brazos, y ella huía despavorida.

Se dio una ducha rápida y se marchó al trabajo dejando a su amiga en brazos de Morfeo.

Después de lo ocurrido en la inmobiliaria, no había entrado ningún trabajo importante y tendría que dedicarse a limpiar virus durante una temporada o a programar en serio.

Rafa, y estaba segura de que también Víctor, querían tenerla retirada de los riesgos durante unas semanas. Además, se aproximaba el verano y Vero le había dicho que durante esa época siempre aflojaba el trabajo.

Aquel día no se sentía muy descansada. Después de que Irene hubiera cenado, se habían acostado juntas en el sofá cama y habían continuado charlando hasta muy avanzada la madrugada.

Cuando llegó a la oficina le preguntó a Vero por Víctor, tenía que decirle que Irene estaba en la ciudad.

—¿Está ocupado?

—Víctor nunca está ocupado para ti.

—Ni para nadie. Pero quiero decir que si está recibiendo los informes de Marina o Javier.

—Aun así sabes que puedes entrar.

—No, lo que tengo que decirle es personal y no tiene nada que ver con el trabajo.

—¿Vas a invitarle a cenar esta noche? —preguntó Vero guiñándole un ojo.

—No... Aunque quizás debería.

—Claro que deberías.

—Quiero decir que ahora que su hermana está en Madrid debería organizar una cena para los tres.

Vero frunció el ceño antes de contestar.

—Está solo.

Carla se dirigió hacia el despacho y después de llamar abrió.

—Buenos días, Víctor.

—Hola, Carla, pasa. Me temo que hoy no tengo nada nuevo para ti. Deberás regresar a tu mesa y continuar con el programa que estás preparando.

—Sí, ya me lo imagino. Dice Vero que las entradas de trabajo han bajado mucho. Pero no he venido a hablarte de eso.

Él levantó la cara y la miró sorprendido.

—Tú dirás.

Se sentó en una de las esquinas de la mesa, cosa a la que él ya se había acostumbrado.

—Irene está en Madrid.

—¿Irene? ¿Desde cuándo?

Carla se echó reír.

—Desde anoche a las doce. Se presentó en mi casa con una maleta dispuesta a quedarse allí unos días.

—¿Y por qué no ha venido a la mía? Yo tengo más sitio, aunque supongo que no puedo competir con una amiga de toda la vida. Yo solo soy un aburrido hermano mayor. Pero debería haber avisado de que iba a venir, por lo menos a ti, si pensaba instalarse en tu casa.

Carla rio de nuevo.

—No lo ha hecho porque quería pillarnos.

—¿Cómo pillarnos?

—Sí, a ti y a mí en mi casa juntos... en la cama quizás. ¿Por qué no me dijiste que habías hablado con ella la noche que estuve enferma?

—Lo olvidé. Cuando sonó el teléfono fui a apagarlo para que no te molestara, pero al ver el número de mi hermana se me ocurrió responder y saludarla. Hacía días que no sabía nada de ella. ¿Quizás no debí hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—Se le ha metido en la cabeza que vivimos juntos o por lo menos que estamos liados. Llegó buscando huellas tuyas por los armarios y el cuarto de baño. No hubo forma de convencerla, y tuve que decírselo.

—¿Te molesta que lo sepa? Creía que ella y tú os lo contabais todo.

—No le había hablado de esto.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees? Porque es una cotilla.

—Carla, vive en Oviedo. Se lo contará a su novio y ya está. Sabes que por muy cotilla que sea no va a ir a decírselo a tus padres ni a los míos, si es eso lo que te preocupa.

—Eso ya lo sé.

—¿Te importa que lo sepa Fernando?

—No, él no.

—¿Entonces quién? ¿O lo que temes es que pueda contarme a mí cualquier confidencia que le hagas y que quieras mantener en secreto?

Carla guardó silencio.

—Te aseguro que Irene no va a decirme nada que yo no sepa.

—No le he contado detalles, me he limitado a decirle que nos acostamos juntos.

—No, tú no temes que me cuente detalles, lo que temes es que descubra algo que ni tú misma quieres saber y que me lo diga. Pero vuelvo a repetirte que no me dirá nada que yo no sepa.

Carla se enfureció.

—¡Joder! Dejad los dos de pensar que lo sabéis todo sobre mí. Por lo visto soy un libro abierto para todo el mundo. Los dos podéis leer en mis páginas cosas que ni siquiera yo sé.

—En lo que a mí respecta, todo eso es secreto profesional, no se lo diré a nadie, ni siquiera a ti.

—¡Estamos apañados! Ya salió el psicólogo. Bueno, lo que he venido a decirte es que voy a organizar una cena en casa esta noche... y que estás invitado. Y te pido por favor que no hagas ni digas nada que la induzca a pensar que hay una relación entre nosotros.

—¿Y por qué iba a pensarlo?

—Porque ya la conoces y se ha empeñado en creerlo. ¡Si anoche me dijo hasta que me veía meciendo un niño tuyo!

Él estalló en carcajadas.

—¿Y tan terrible sería mecer un niño mío?

—Caray, Víctor, es que yo no quiero tener un niño tuyo... ni de nadie. No es nada personal, no va contigo. Pero no entra en mis cálculos casarme, ni tener niños ni formar una familia.

—No, tú quieres ser libre e independiente y seguir toda tu vida comiendo con los platos en el suelo —respondió Víctor poniéndose serio de pronto.

—Ya tengo mesa.

—Es un decir.

—Pues sí, eso es lo que quiero. ¿Tan malo es?

—No, pero no se trata solo de eso. También quieres seguir utilizando a los hombres para que se acuesten contigo y luego lo olviden.

—Es lo mismo que buscan ellos.

—Todos los hombres no son iguales, ni todos buscan lo mismo.

—¿Hablas por ti?

—Hablo en general. Solo trato de advertirte de que estás jugando con fuego y que también tú puedes quemarte en alguna ocasión. No puedes seguir utilizando a los hombres a tu capricho.

—¿Consideras que te he utilizado?

—No, a mí no. Yo te conozco desde hace muchos años y siempre he sabido lo que puedo esperar de ti. Y tampoco quiero más. Digamos que nos hemos utilizado los dos, aunque con una diferencia: yo no me avergüenzo de lo que pasó y no me importa

que los demás lo sepan. Y tú sí.

Carla se agachó sobre él y le miró a los ojos.

—No, Víctor, eso no es cierto.

—Claro que lo es. Te avergüenza admitir que en algún momento te hayas sentido atraída por alguien tan convencional como yo.

—No... no es eso... Y si no me crees mírame... Tú me conoces, o al menos eso dices. Sabes que no es eso.

—Sí, Carla... en el fondo sí lo es. Pero lo tengo asumido, te conozco y te acepto como eres. Por muy diferente a mí que seas... con tu ropa multicolor que se empeña en ocultar un cuerpo precioso, con tus peinados extraños, con tu carácter impulsivo e imprevisible. Y admito que me gusta acostarme contigo.

—A mí también me gusta acostarme contigo, no creo que sea un secreto para ti.

Él sonrió y le acarició la cara.

—No lo es.

—Créeme, Víctor, yo no me avergüenzo de ti, ni de lo que pasó. Es solo que...

Él le puso un dedo sobre la boca.

—Calla... no digas nada más. Tal vez mañana te arrepientas.

Una llamada a la puerta les hizo separarse bruscamente. Carla estaba segura de que si no se hubiera producido habrían acabado besándose.

Javier entró en la habitación justo en el momento en que los dos se inclinaban sobre los papeles.

—Perdona, no sabía que estabas ocupado.

—No, yo ya me iba, estamos terminando.

Se incorporó y se dirigió a Víctor.

—Te esperamos esta noche. ¿Te parece bien a las ocho?

—De acuerdo... y no te preocupes por Irene, todo irá bien.

Capítulo 22

La cena

Irene y Carla se apretujaban en la minúscula cocina preparando la cena. El hornillo de gas y el minúsculo microondas no daban para mucho, pero se había empeñado en preparar una buena comida para homenajear a su amiga y también a Víctor. No quería que este tuviera nada que reprocharle a la cena, él siempre se había preocupado de que no faltase ningún detalle cuando ella había ido a su casa y quería hacer lo mismo.

Hasta había comprado unas servilletas de tela, en vez de usar las de papel, y unas copas de vino.

A duras penas cabían las dos trasteando en la cocina, pero al fin lo tuvieron todo a punto y se metieron a la ducha una detrás de otra.

Carla se puso un pantalón pirata negro ajustado y un jersey de manga corta en diversos tonos de verde, que no le quedaba demasiado ancho.

A las ocho y puntual como siempre, llegó Víctor. Irene fue a abrirle y se colgó de su cuello en cuanto entró.

—¡Hermanito!

Este la levantó en vilo.

—¡Chiquilla, estás preciosa! Te trata bien Fernando, ¿eh?

—No me quejo. El amor sienta estupendamente. Deberías tomar ejemplo.

—¿Estás tratando de decirme que yo me veo fatal?

Carla le echó un vistazo al escuchar sus palabras pensando que en absoluto se veía fatal con los vaqueros y la camiseta azul.

—No, no estás mal, pero tendrás pinta de viejo solterón si te descuidas.

—Yo siempre tengo pinta de eso, al menos es lo que piensa alguna gente.

Irene soltó una carcajada.

—¡No lo dirás por Carla!

—Yo no he mencionado nombres.

Víctor la soltó y entrando se detuvo junto a la famosa mesa baja, preparada para tres comensales y rodeada de cojines. Carla se dio cuenta de que la miraba y le ofreció:

—Si no quieres comer en el suelo, ayúdame a quitar el ordenador de la otra mesa y comeremos allí. Podemos acercarla al hueco de la ventana y sentarnos en el banco.

—No, comeré a lo japonés. Cuando tú estás en mi casa te sientas en sillas. Como ves hoy he venido preparado —dijo señalando los vaqueros.

Ambas amigas vieron cómo él doblaba con cierta dificultad las largas piernas

para acomodarlas a la mesa y se sentaba en uno de los cojines de colores, con Carla a un lado e Irene al otro.

—Bueno —preguntó dirigiéndose a su hermana—, ¿te piensas quedar muchos días por aquí?

—Cuatro o cinco, depende.

—¿De qué?

—De lo que tarde en averiguar lo que quiero saber.

—¡Ah, que no vienes de visita, sino de investigación! ¿Y se puede saber qué es eso tan importante que merece un viaje desde Asturias?

—Quiero saber si Carla está enrollada con alguien.

—¿Y no sería más fácil preguntárselo a ella? Sois amigas y os lo contáis todo.

—¡Ah, eso creía yo! Pero está muy rara y no suelta prenda, así que algo gordo debe de haber. Y ya sabes que yo no me resisto a un cotilleo.

Carla intervino en la conversación.

—No quiere creer que no estoy con nadie. Díselo tú. Tú sabes que no tenemos tiempo ni para comer, mucho menos para hombres.

—Yo, desde luego no tengo tiempo para hombres, ni creo que lo tenga nunca —dijo él divertido.

Irene se volvió hacia Víctor con cara pícaro.

—¿Y tú qué, vejstorio? ¿Tienes algo?

—¿Como no puedes averiguar nada de la vida de Carla ahora quieres saber de la mía? No piensas perder el viaje, ¿eh? No hay nada nuevo en mi vida que te pueda interesar, nena.

Frunció el ceño mirando a su hermano.

—Vamos, Víctor... Llevas camiseta en vez de camisa, pantalón vaquero en vez de uno de vestir. Sin lugar a dudas es un cambio; lo que ya no sé es si se debe a una mujer o a que te estás haciendo viejo y te apetece vestir cómodo.

—Ninguna de las dos cosas. Sé cómo es la casa de Carla y el calor que hace en ella, y además sabía que iba a tener que sentarme en el suelo. No sería la primera vez.

—Vienes muy a menudo por aquí, ¿eh?

—He estado en tres o cuatro ocasiones. Cuando el trabajo lo requiere, unas veces nos reunimos en su casa y otras en la mía.

—¿Hasta altas horas de la noche?

—Nuestro trabajo no tiene horario, pero raramente hasta altas horas de la noche. Más bien por la tarde.

—Ya...

—Irene...

—¡Vamos, joder, que no somos críos! ¿Por qué no queréis admitir que estáis enrollados? No es tan grave.

—Porque no lo estamos —saltó Carla.

—¿Y tú qué dices? —preguntó mirando a su hermano.

—Lo mismo.

—Y la otra noche tú estabas aquí a la una de la madrugada haciendo encaje de bolillos. Y además con Carla dormida.

—Esa noche ella se encontraba mal. La acompañé desde el trabajo y me quedé hasta que se sintió mejor. Solo cuidaba a una amiga.

—Al menos reconoces que sois amigos.

—Yo siempre he sido amigo de Carla.

Esta intervino de nuevo.

—Ya vale, Irene. Tengamos la cena en paz. No puedes averiguar lo que no hay.

—¿Entonces nada de nada?

—No. Y no seas pesada.

—¡Qué lástima! Con lo que yo disfrutaría viendo la cara de mamá si le llevases a Carla de nuera.

—¿Quieres cargarte a tu madre de un infarto?

—No sería para tanto, se acostumbraría.

—Sabes de sobra que le caigo fatal a tu madre. No tengo intención de cargar a mi conciencia con la muerte de nadie.

Irene paró de hacer preguntas y se dedicó a comer sin dejar de observar atentamente a su hermano y a Carla, y cuanto más se esforzaban ambos en aparentar camaradería y amistad, más se divertía y más claro lo tenía.

Después de cenar, Carla abrió el armario y sacó una botella. No pudo dejar de acordarse de la cara de Víctor la primera vez que vio que guardaba mezcladas la ropa con las provisiones. Él pareció leerle el pensamiento, porque comentó:

—No te preocupes, Irene. Las bragas las guarda en un cajón aparte.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó esta al vuelo.

—Porque me lo dijo el primer día que vine y me invitó a café. Y de paso aprovechó para hacerme perder tres kilos a fuerza de sudar.

Carla se echó a reír.

—¡Cómo me divertí!

—Sí, aquí donde la ves, tu amiga se ha pasado media vida divirtiéndose a mi costa. Y seguro que no te ha contado ni la mitad de lo que me ha hecho.

—¡Víctor! —saltó esta.

—¡Eh, eh...! ¿Qué me he perdido?

—Pregúntale a ella. Yo no soy ningún chivato.

—¿Carla?

—Ni de coña vas a enterarte. Lo tergiversarías todo.

—Ya te pillaré luego.

—No lo conseguirás.

Irene sonrió satisfecha.

—¡Bien!

—¿Qué significa ese bien?

—Nada —respondió mirando a su hermano que también sonreía.

—Terminemos de cenar, ¿vale?, y dejémonos de historias.

—Por mí... Ya me he enterado de lo que quería saber.

—Te crees muy lista.

—Salgo a mi hermano, que también está resultando mucho más listo de lo que yo pensaba.

Este, sin responder ni darse por aludido, levantó su copa y brindó:

—Por la visita de Irene.

Ella levantó su copa también y propuso:

—Por la anfitriona.

Después de la copa, Víctor se despidió y se marchó con el pretexto de que tenía trabajo que hacer antes de acostarse.

Carla sabía que no era verdad, que apenas entraba nada últimamente y que casi no salía de la oficina, pero no lo dijo y se limitó a responder a su beso en la mejilla y a decirle adiós.

Cuando la puerta se cerró tras él, esperó resignada un aluvión de comentarios por parte de Irene, pero esto no sucedió. Esta se limitó a prepararse para irse a la cama y Carla no pudo dejar de preguntarle.

—Bueno, ¿no vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga? Ya sé lo que he venido a averiguar, aunque tú no estés dispuesta a decirme nada. Si no quieres hablar conmigo del tema, lo acepto. Lo que no estoy dispuesta es a mantener un interrogatorio para que tú argumentes una serie de cosas que ninguna de las dos creemos. Sé lo que he visto y nada de lo que digas va a hacerme cambiar de opinión.

—¿Y qué has visto, listilla?

—Cómo le miras, o mejor dicho, cómo has intentado toda la noche no hacerlo, a pesar de que se te iban los ojos. He visto cómo tu expresión cambia cuando sus ojos coinciden con los tuyos. Y nada, nada de lo que digas va a convencerme de que no sientes algo muy fuerte por él.

Carla suspiró resignada. Sabía que no podía engañar a Irene. Podía engañarse a sí misma antes que a su amiga.

—Está bien, tú ganas. Voy a decirte la verdad. No sé qué me pasa con él, es algo que no puedo controlar; es más fuerte que yo.

—Estás enamorada.

—No lo creo.

Carla vio la mirada burlona de su amiga.

—No, en serio. No te rías. No creo que sea eso. Es algo más bien físico, sexual. ¡Me pone a mil! Como nunca antes me había pasado con nadie. Ni siquiera con aquel compañero de facultad de primer año. ¿Te acuerdas de él?

—Claro que lo recuerdo. Hablabas de él a todas horas, pasabais todo el tiempo juntos.

—Pues esto es mucho peor. Está incluso empezando a afectar a mi trabajo, porque cuando estoy cerca de él solo pienso en llevármelo a la cama de nuevo. Y cuando está lejos también, todo hay que decirlo. Si estamos hablando de trabajo, miro su boca y solo puedo pensar en besarle; si miro sus manos escribiendo los informes me excito al recordar cómo me acaricia; si coincidimos a la salida contengo la respiración esperando que me invite a acompañarle. Por la tarde cuando trabajo en casa lo único que consigo es inventar excusas para ir a su piso y pedirle ayuda sobre algo que yo sé resolver perfectamente. Y a duras penas me contengo para no ir.

—¿Tan bueno es en la cama?

—Sí, lo es. Nunca nadie me había hecho sentir nada tan fuerte. Yo siempre les he exigido mucho a los hombres y nunca les he dado gran cosa, pero con él es diferente. Quiero que sienta, que disfrute tanto como yo.

—¿Y lo consigues?

—Sí... me temo que esto es algo mutuo, que a él también le pasa algo parecido.

—¿Y si es mutuo por qué no estáis juntos?

—Porque no tenemos nada en común.

—Yo diría que sí.

—La cama no lo es todo, Irene. Existen las doce horas restantes —bromeó.

—¿Doce? Chica, ¿sabes que hay quien mataría por eso? En serio, Carla, el sexo es una parte muy importante en una relación, pero intuyo que hay más. ¿También con Víctor sales corriendo después de terminar para ir a tu casa?

—No, él ha sido el único con el que he amanecido. Las dos veces.

—¿Y...?

—Y solo pensaba en que me abrazara otra vez... pero le dije lo contrario.

—¡Eres gilipollaaaas!

—¿Es que no lo entiendes? No quiero. No quiero mantener una relación seria con nadie. Y con Víctor menos.

—¿Por qué con Víctor menos? Si es el que más te gusta.

—Por eso mismo, porque me gusta demasiado.

—Carla, podéis probar. Si las cosas no funcionan cortáis como hace todo el mundo y ya está. Víctor es un tío civilizado y lo entendería. ¿Y quién sabe? A lo mejor funciona.

—Ese es el problema, que sé que funcionará. Y que esa relación me cambiará. Dios, si hasta me he puesto alguna ropa solo porque sé que le gusto con ella, para ver su cara cuando me mira. Y me he comprado un maldito conjunto de sujetador y bragas negro porque en una ocasión me dijo que lo encontraba muy sexy... y lo tengo guardado en un rincón del armario esperando como una gilipollas que un día vuelva a pasar por mi casa. Y me sorprendo utilizando los trucos de todas las mujeres para atraer a un hombre. ¡Si ni siquiera yo me reconozco!

Irene soltó una sonora carcajada.

—¡Lo dicho! Acabarás teniendo un sobrino mío.

—¡No! Conseguiré que esto se me pase. No voy a renunciar a la vida que siempre he querido tener, por la que he luchado durante años. Una vida de libertad e independencia en la que no hay sitio para ningún hombre, y mucho menos para uno convencional. Pronto llegará el verano y dejaré de verle durante un mes, y esto se me pasará. Cuando vuelva de las vacaciones ya lo habré superado y podré tratarle como al compañero de trabajo que es.

—¡Muy bien, guapa! Veo que tienes las ideas claras. Sigue manteniéndolas así mientras puedas, porque sabes que toda tu firmeza se te irá a la mierda en cuanto mi hermano vuelva a ponerse delante de ti y se quite los pantalones.

—¡Cabrona, no me digas eso!

—¿Por qué no? Sabes que es verdad.

Carla sabía que tenía razón, pero se negó a aceptarlo, murmurando con voz poco firme incluso para ella misma:

—Eso no pasará. Yo no dejaré que pase.

—Bien, duérmete entonces. Necesitas estar descansada para volver a luchar mañana contra la terrible atracción de Víctor Trueba.

—Eres un mal bicho.

—Buenas noches, cuñada...

—Vete a la mierda.

Capítulo 23

Fiesta en casa de Vero

Por fin el calor empezaba a dejarse notar para alivio de Carla. El invierno tan duro de aquel año parecía tocar a su fin, los días se iban haciendo poco a poco más largos y era una delicia salir a pasear.

Esta aprovechó el buen tiempo para dirigirse andando hasta la nueva casa de Vero, que celebraba su inauguración aquella noche con una cena informal. Carla se sentía muy feliz por su amiga, porque sabía cuánto le había costado salir de la casa de sus padres para independizarse, y lo que era más importante, convivir con Alicia, aunque para todos en la oficina y para su familia, esta era solo una amiga con la que compartía piso. Solo Víctor y ella sabían la verdadera relación que había entre ambas.

Vero la había invitado a llegar más temprano para presentarle a su novia en la intimidad, y había aceptado encantada ofreciéndose de paso a ayudarlas a preparar la comida.

Algún día ella también debería organizar algo en su casa, aunque no sabía cómo iba a meter a todo el mundo allí con lo pequeña que era. Y ni siquiera tenía sillas.

Cuando llegó a casa de Vero, esta le presentó a Alicia y las tres pasaron un buen rato preparando y colocando platos, vasos y demás.

Los primeros en llegar, como casi siempre, fueron Rafa y Toñi y a continuación Javier.

Carla no dejó de extrañarse porque Víctor era siempre muy puntual y en esta ocasión fue el último en llegar, acompañado de Julia, la chica de recepción. Vero se lo reprochó.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás perdiendo el sentido de la puntualidad o te has quedado sopa en la siesta?

—No, ya estaba casi llegando cuando Julia me llamó al móvil para decirme que su coche no le arrancaba y que si podía pasar a recogerla, así que di la vuelta. Por eso he llegado el último. Espero que me hayáis dejado algo de comer, porque me muero de hambre.

Una punzada de celos cruzó por la mente de Carla, que conocía el apetito voraz de Víctor después de hacer el amor. ¿Y si el coche de Julia no estaba averiado, sino que habían pasado la tarde juntos? ¿Y si era ella la que estaba con Víctor aquella noche que lo llamó? La frase que Javier le dirigió después solo sirvió para aumentar sus sospechas.

—¿Has cogido el móvil mientras conducías? Si en el coche siempre lo llevas apagado... Está prohibido hablar por teléfono al volante y tú siempre cumples las

normas.

—De un tiempo a esta parte hago muchas cosas que no debo, Javier. Demasiadas.

Carla observó cómo se dirigía a la mesa y empezaba a comer mientras Julia se acercaba a hablar con Marina. Al menos no estaban juntos en la fiesta, aunque eso no quería decir nada.

Había esperado, no sabía por qué, que él se acercara a saludarla al llegar, pero no lo hizo, y ella, molesta, se acercó a Javier, que le dijo:

—Que calladito se tenía Vero que su compañera de piso es un bombón.

Carla miró la exótica belleza morena de piel blanca y ojos verdes de Alicia y sonrió.

—Sí, es muy guapa.

—¿Guapa? Cómo se nota que eres mujer y tendéis a menospreciar el atractivo de las de tu sexo. Es una mujer de bandera.

—¿Qué? ¿Te ha impactado?

—Oye, ¿no te enfadarás porque elogie a otra delante de ti, verdad?

—Claro que no. Ya sé que yo no soy ninguna mujer de bandera, ni siquiera del otro tipo dulce y suave que os gusta a los tíos... que os asusto.

—A mí no me asusta ninguna mujer. Y tanto es así que voy a ir a por esta.

—¿Por Alicia?

—Sí. Mírala, está hablando con Víctor. Ya imagino lo aburrida que estará.

—Pues corre a animarla tú, corre.

Javier le guiñó un ojo.

—¡Allá voy!

—Lo llevas claro... ¡Qué ojo clínico tienes! Esto no me lo pierdo.

Haciéndose la despistada y con una copa en la mano se deslizó hasta el grupo formado por Víctor, Alicia, y ahora también Javier, y se unió a ellos.

—Seguro que todo esto lo has preparado tú —decía este—, porque Vero no tiene ni idea de cocina.

—Cada una ha contribuido con lo que sabe.

—¿Ella y tú os lleváis bien? Porque compartir piso no es fácil. Yo lo intenté, pero ahora vivo solo. Es mucho mejor porque así cuando se te presenta un rollo, no tienes que contar con nadie.

—Vero y yo no tenemos ningún problema con eso —dijo Alicia—. Cada una tiene su habitación y lo que haga en ella no le concierne a la otra para nada.

—Ya... pero si tienes un piso para ti solo, mejor.

—Yo prefiero vivir acompañada.

—Sí, te comprendo, yo solo te digo que tengo un piso para mí... que si alguna vez quieres hacerme una visita...

—No te preocupes, si alguna vez quiero hacerte una visita, te lo haré saber.

—Bien. Veo que tienes el vaso vacío... ven que te lo rellene —dijo llevándose la hábilmente al otro extremo de la habitación. Carla se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Víctor.

—De Javier. Se ha propuesto ligarse a Alicia.

—¿Y?

Carla le miró.

—¡Vamos, Víctor! No tiene nada que hacer, se va a llevar el palo del siglo. No te hagas el tonto, Vero me ha dicho que tú lo sabes.

—¿Y tú también?

—Sí, yo también.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí, y me he venido antes esta tarde para conocerla. Hemos pasado un buen rato preparándolo todo.

—Me alegra que Vero lo vaya superando y que ya no le importe que otras personas lo sepan.

—De momento, en el trabajo solo nosotros dos.

—Tiene buen ojo para buscarse confidentes.

—Creí que ibas a decir que no debería haber confiado en mí.

—En absoluto... tú eres la única que la puede entender. Lo que me extraña es que se haya decidido a decírtelo.

—Bueno, tuve que confiarle yo también un secreto. Fue un intercambio —dijo riéndose.

—¿Puedo preguntar qué le dijiste?

—Dejaría de ser un secreto, ¿no te parece?

—Sí, es verdad. Aunque podíamos hacer un trato: tú me dices lo que le has contado y yo te digo mis sospechas sobre quién te envió el ramo de flores.

—No hay trato porque hace mucho que lo sé.

—¿Ah, sí? ¿Se identificó?

—Perfectamente. El ramo en sí era la firma. Solo hay una persona que yo conozca que haya podido enviarlo.

—¿Solo conoces a una persona capaz de enviarte un ramo de flores?

—Ese ramo de flores, sí. Por mucho que se empeñe en negarlo... aunque bien mirado no lo negó, ¿verdad?, solo me hizo dudar. Pero te aseguro que las dudas me duraron solo hasta que volví a casa y lo vi de nuevo —dijo mirándole fijamente a los ojos—. Gracias.

Él sonrió al responder:

—De nada. Me encantó que olvidaras la bandeja.

Ella se echó a reír.

—Eres un tío raro.

—Probablemente.

De pronto un revuelo se extendió por la habitación. Carla volvió la cabeza y vio a Javier y a Rafa moviendo el sofá y la mesa de centro.

—¿Qué pasa aquí?

—Que estos quieren bailar —dijo el jefe.

Cuando el centro del salón quedó despejado, Javier cogió a Alicia por la muñeca y la sacó a bailar.

—Como se pase un pelo le puede dar una hostia. Y si no lo hace ella lo hará Vero. Me he dado cuenta de que es bastante celosa.

—No lo hará delante de todo el mundo.

Víctor soltó su copa.

—Creo que voy a sacarla a bailar yo para que se distraiga un poco. Su cara la está traicionando y no es cuestión de tener la noche.

Carla sonrió divertida viendo cómo Víctor se acercaba a Vero y la sacaba a bailar pero, de pronto y sin saber por qué, se sintió sola y abandonada.

También Marina y su marido se les unieron.

Luego, y entre copa y copa, todos empezaron a intercambiarse parejas unos con otros. A cada canción que terminaba se encontró esperando que Víctor se acercase y la sacara a ella, pero este no lo hizo. Repetía con unas y con otras y ni siquiera se dignaba mirarla, como si no estuviera allí.

Empezó a sentirse molesta e irritada de que la ignorase de aquella forma, hasta que en un momento en que le vio sentarse, se le acercó desafiante.

—¿Tanto miedo te doy que no te atreves a bailar conmigo?

Él la miró, y contra lo que esperaba, no vio ni asomo de burla en sus ojos.

—Creí que no te gustaba bailar esto tan cutre.

—El día de la discoteca no te importó que no me gustase.

—Aquel día tenía que hacerte pagar algo. Hoy no. Si no te he sacado a bailar antes ha sido por eso, no porque te tenga miedo. Ven.

Ella no se movió.

—En realidad no me apetece. Solo me había extrañado.

Víctor no le hizo caso y levantándose le rodeó la cintura con un brazo como hiciera el día de la discoteca manteniendo el otro caído a lo largo del cuerpo. En esta ocasión no la apretaba, sino que apoyaba la mano en su cintura con suavidad y Carla se acomodó al paso de él.

—Tienes una curiosa manera de bailar, solo usas un brazo para agarrar a tu pareja.

—Sí, es una costumbre que tengo desde hace años... sobre todo cuando bailo con alguien que me gusta. Así tengo la ocasión de cogerle la mano si ella también la deja caer. Las manos de una mujer es una parte del cuerpo que me gusta mucho acariciar.

Carla cerró los ojos y recordó que era cierto. Las dos noches que habían pasado juntos él había dedicado mucho rato a besar y acariciar sus manos.

Siguiendo un impulso dejó resbalar el brazo que apoyaba en su hombro e inmediatamente sintió que la mano de él rozaba sus dedos acariciándolos con suavidad.

Una extraña sensación de intimidad se apoderó de Carla al sentir el roce de su

mano y se sorprendió de cómo la caricia le estaba haciendo sentir emociones muy fuertes, más incluso que algunas de las cosas que habían hecho estando en la cama. Con una voz extraña, que no parecía la suya, le preguntó:

—Has dicho antes que hacías esto cuando bailas con alguien que te gusta... ¿Estás tratando de decirme que yo te gusto?

—Claro que me gustas —le susurró él en el oído—. Mucho. Si no fuera así no me habría acostado contigo. No suelo irme a la cama con la primera que se me cruza por delante.

Sin darse cuenta de lo que hacía, Carla apoyó suavemente la cabeza contra la mejilla de Víctor y no la retiró cuando la mirada de Vero se cruzó divertida con la suya. Se sentía flotando en una nube en aquel momento y le importaba un comino el resto del mundo. El recuerdo de las noches que habían pasado juntos se hizo presente de nuevo y el deseo de volver a estar con él le resultó casi insoportable. Se apretó contra su cuerpo un poco más y la mano de Víctor acarició la suya con más intensidad, mientras sus labios le rozaban el pómulos. En aquel momento le importaba muy poco su firme decisión de cortar toda relación con él, y a punto estaba de pedirle que la sacara de allí y la llevara a su casa cuando su mirada se encontró con la de Rafa que, al parecer, no les quitaba ojo de encima. De pronto sintió que se estaban poniendo en evidencia delante de todos y que estaba perdiendo el control en público y haciendo un esfuerzo se separó un poco.

—Creo que deberíamos dejar de bailar... O mañana seremos el cachondeo de toda la oficina.

—Tú mandas —dijo él resignado, y cubrió de indiferencia las esperanzas que por un momento había empezado a sentir.

Carla se separó, se sentó en una silla, y se sirvió una copa tratando de calmar el temblor de sus manos.

¡Por Dios, era un simple baile! Solo le había rozado la mano.

Pero estaba segura de que si no hubieran estado rodeados de todos sus compañeros, se habrían besado. Esta vez sí estaba segura de que él había sentido lo mismo que ella.

Le vio acercarse a Toñi y bailar con ella y se arrepintió de haberle pedido que dejaran de hacerlo, pero ya no había forma de dar marcha atrás. Sintió que lo deseaba más que nunca, que las tres semanas transcurridas desde la última vez que se habían acostado juntos se le antojaban un siglo, y por primera vez en su vida tuvo la certeza de que no quería acostarse con un hombre, sino con él... solo con él. El resto del género masculino le sobraba.

Respiró hondo y bebió medio vaso de golpe tratando de ahogar una idea que se estaba colando por su mente y a la que no quería echar cuenta.

«Es un hombre más, Carla, solo uno más. No pienses idioteces. No permitas que todos los demás te convenzan de lo que no es.»

Víctor no volvió a acercarse a ella durante el resto de la noche, ni siquiera la

miró, a pesar de que Carla no podía apartar la vista de él, ni dejar de sentirse celosa cada vez que bailaba con alguien. Aunque con ninguna dejó caer la mano a su costado. Si lo hubiera hecho no sabía de lo que habría sido capaz, dado el ataque de celos que sentía.

Cuando la fiesta terminó, se armó de valor decidida a que aquella noche no terminara allí, y le pidió:

—¿Puedo irme contigo? He venido andando, pero ahora es tarde...

Los oscuros ojos de Víctor se clavaron en ella mientras decía:

—Vero me ha pedido que me quede un rato más, que quiere hablar conmigo fuera del trabajo. ¿Por qué no te vas con Marina? Ella va a llevar a Julia y tu casa le pillará de camino.

Carla desvió la vista.

—Sí, claro... me iré con ella. Hasta mañana entonces.

Capítulo 24

Una vez más

Se marchó con Marina. Cuando llegó a su casa se quitó los zapatos de una patada lanzándolos al otro extremo de la habitación y se dejó caer pesadamente sobre la alfombra apoyando la cabeza contra el sofá. Se sentía profundamente decepcionada, frustrada y no sabía cuántas cosas más. Cuando le preguntó si podía irse con él su cabeza iba mucho más allá que sus palabras. Se lo había imaginado acompañándola, aceptando una copa primero y terminando en la cama después.

No estaba segura de si en realidad Vero le había pedido que se quedase o lo había inventado para librarse de ella. Si había sido así, sabía que era culpa suya, que si en vez de decirle que dejasen de bailar le hubiera pedido que se marcharan, no estaría allí sola y con esa terrible sensación de haberlo estropeado todo, y lo que era peor, sin poder dejar de pensar en él.

—¡Mierda, Carla! Tienes que acabar con esto. No puedes seguir así poniéndote como una moto cada vez que está a menos de dos metros de ti. Sintiendo celos de cualquier mujer que se le acerque... aunque sea lesbiana.

El sonido del móvil la hizo pegar un respingo. Miró el número. Víctor. ¿Se habría arrepentido? El corazón empezó a latirle con violencia y las manos le temblaron tanto que le costó trabajo pulsar la tecla para contestar la llamada.

—Dime, Víctor —dijo tratando de que la voz le sonara normal.

—¿Estás ya en casa?

—Sí.

—Oye, ¿no estarás enfadada, verdad?

—¿Por qué habría de estarlo?

—Por no haberte llevado. No eres tonta y te habrás imaginado que lo de Vero era solo una excusa. Pero no podía hablarte claro allí delante de todos.

—No importa, Víctor. Simplemente no podías o no querías traerme y punto. Ya he llegado, no hay problema. No voy a enfadarme porque no seas mi chofer particular, si no tengo coche es asunto mío.

—Carla... —La voz de Víctor sonó extrañamente suave a través del móvil—. Sabes que no es eso. Cuando antes me preguntaste si me gustabas y te dije que sí, era cierto. Me gustas mucho, muchísimo... —dijo con voz tierna y cargada de emoción—. Y a ti te pasa igual conmigo, ¿verdad? Existe entre los dos una atracción que no podemos evitar y no importa cuál sea su naturaleza. Esta noche cuando hemos bailado era bien evidente. Si hoy te hubiera acompañado a casa sabes muy bien cómo habríamos acabado... No hubiéramos podido evitarlo.

Carla cerró los ojos. ¡Ella no quería evitarlo, maldita sea! Al menos en aquel momento. Aunque al día siguiente se arrepintiera.

Víctor continuó hablando.

—Pero hay una cosa que los dos tenemos clara y es que tú no quieres iniciar una relación, ¿no es cierto?

Ella tardó unos segundos en contestar.

—Sí —dijo tratando de convencerse a sí misma.

—Entonces he hecho bien en no acompañarte. Es mejor dejar las cosas como están. Cuanto menos caigamos en la tentación, más fácil será que se nos pase.

—Sí... tienes razón, es lo mejor. Gracias por llamar, Víctor.

—Buenas noches. Te veré mañana.

Carla pulsó el botón para colgar murmurando para sí que una vez más no iba a cambiar nada. Pero luego recordó que había sido ella la que propuso cortar todo contacto sexual la última vez que estuvieron juntos. Y por un momento se preguntó qué habría ocurrido si ella no hubiera dicho aquello cuando él habló de una próxima vez.

Sintió lágrimas de rabia quemarle en los ojos, que se limpió de un fuerte manotazo.

—¡Joder, Carla! No puedes tomarte una copa, nunca sabes por qué te dará. ¡Lo único que te hace falta ahora es una llorera de borracha!

Víctor, por su parte, apagó el móvil también y sacó la cabeza por la ventanilla del coche mirando hacia arriba, hacia la ventana de Carla, iluminada con el resplandor de las cortinas a rayas naranja y blancas. Había hecho bien en llamarla antes de subir. Y hubiera bastado una vacilación o unas palabras menos tajantes para que hubiera volado escaleras arriba a reunirse con ella. Pero Carla aún no estaba preparada... todavía no.

Suspiró y, arrancando el coche, se dirigió a su casa.

Carla sintió de pronto como un vínculo que se rompía, y siguiendo un impulso, de un salto se acercó a la ventana, justo a tiempo de ver el coche de Víctor arrancar. Sin pensárselo, se lanzó sobre el móvil y pulsó el botón de llamar al último número. Después de dos timbrazos, escuchó la voz de él.

—¿Sí?

—No te vayas... —suplicó—. Sube.

—¿Para qué?

—Hablemos de esto cara a cara.

—Si subo no vamos a hablar y lo sabes.

—Entonces no hablemos... pero sube. —Aguardó unos segundos y añadió—:

Esta noche te necesito. Nada se nos va a ir de las manos por una vez más...

—De acuerdo. Buscaré aparcamiento.

Carla se dirigió de prisa al armario y hurgó frenéticamente en el cajón de la ropa interior, buscando el conjunto de sujetador y braguitas negro que había comprado y escondido en él. Maldijo interiormente su desorden, mientras tanteaba sin encontrar la bolsa de plástico donde lo había metido para ocultarlo a su vista, y cuando apenas dos o tres minutos después, escuchó el timbre de la puerta, desistió y cerró el cajón de golpe.

Abrió la puerta. La respiración de él era agitada, como si hubiera subido las escaleras corriendo, la mirada ansiosa que clavó en ella nada tenía que ver con el Víctor tranquilo que ella tan bien conocía. Cerró la puerta a sus espaldas y apenas entró se colgó de su cuello, buscando su boca. Víctor la apretó contra él, haciendo patente la erección que ya sentía, y la besó con desesperación. Se había jurado a sí mismo que no iba a volver a acostarse con ella, pero cuando le pidió que subiera, cuando le dijo que lo necesitaba, fue incapaz de rechazarla. Aparcó en el primer hueco que encontró, sin preocuparse de si se encontraría con una multa o que la grúa pudiera llevarse el coche, y corrió hacia ella, subiendo los escalones de cuatro en cuatro.

El beso salvaje que compartieron nada tenía que ver con los que habían intercambiado con anterioridad, y Víctor olvidó su forma pausada de hacer el amor y se dejó arrastrar por la pasión y la urgencia de Carla. Le arrancó la ropa, la llevó en volandas hasta el sofá y la tumbó en él, dispuesto a penetrarla sin más demora. Pero ella no se conformó con que él estuviera vestido. Tiró de su camisa y la sacó sin desabrochar por encima de la cabeza perdiendo algún botón en el camino. Mientras, Víctor se deshizo de pantalones y calzoncillos de un solo movimiento y se lanzó sobre ella como si se tratara de la última mujer sobre la tierra. La penetró de un solo movimiento haciéndola gritar, sin pensar si era de dolor o de placer, y se movió frenético en su interior saliendo al encuentro de las caderas que se elevaban con cada movimiento. Carla clavó los dedos en sus hombros, enterrando las uñas en la carne, gimiendo, con la vista fija en sus ojos, percibiendo en ellos el placer, el deseo que arrasaba con todo lo demás, y se dejó llevar perdida en su mirada hasta el final.

Hasta que no sintió el semen gotear entre sus muslos no fue consciente de que no habían usado condón. Su único pensamiento coherente fue que esperaba no haber olvidado tomar la píldora ninguna noche.

La mirada que Víctor le lanzó le hizo comprender que también él acababa de darse cuenta.

—Tomo la píldora —lo tranquilizó.

Se separó de ella y Carla corrió al baño, mientras él se derrumbó en el sofá con los ojos cerrados. No quería pensar, ni analizar... ni tampoco esperar nada que no quisieran darle. Solo sentir. Hacía mucho que no estaba con ella y pensaba disfrutarlo.

Carla regresó y tiró de la palanca que convertía el sofá en cama. Se tumbó a su lado y agarró la manta ligera que había en el respaldo, cubriéndolos a ambos. Y encaramándose a medias sobre su pecho, empezó a besarlo lentamente. Víctor le rodeó la cintura con los brazos, y le permitió tomar el control.

Mucho rato después, cuando ya hubo saciado su necesidad de él, se durmió sobre su pecho, con los largos brazos de Víctor rodeando su espalda. Él no pudo ni quiso dormir, se quedó contemplándola en sus brazos y preguntándose si alguna vez conseguiría que eso fuera algo habitual. No se hacía ilusiones, sabía que la llamada de Carla esa noche había sido puramente sexual, que nada había cambiado. Sin embargo, él no había sabido resistirse, no había podido renunciar a tenerla en sus brazos una vez más.

La dejó dormir un poco, y cuando la sintió removerse, se desprendió con cuidado, la acostó sobre la cama y se dispuso a levantarse. Ella abrió los ojos y lo encontró poniéndose los pantalones.

—¿Dónde vas?

—A mi casa.

—¿No te quedas? Mañana es domingo, no hay que trabajar.

Víctor se inclinó a su lado y la miró con fijeza a los ojos, cargados de sueño.

—Dime, Carla, ¿ha cambiado algo desde que hablamos ayer por teléfono? ¿Quieres empezar una relación?

Carla se mordió el labio y desvió la vista.

—Entonces es mejor que me vaya. Como bien dijiste, una vez más no va a hacer que nada se nos escape de las manos, pero si me quedo, sería pasar todo un fin de semana juntos. Duerme.

La besó en la frente y se puso la camisa. Carla lo miraba, debatiéndose entre las ganas de pedirle que se quedara y la aceptación de que él tenía razón. Un fin de semana juntos podía cambiar muchas cosas... y ella seguía sin querer que nada cambiara. Con los ojos entrecerrados lo vio abandonar la casa, cerrando con cuidado a su espalda.

Capítulo 25

El último día de trabajo

Marina se acercó a Carla que tecleaba rápidamente en el ordenador tratando de dejar terminado un programa.

—Vamos, corta ya, todos te estamos esperando.

—Cinco minutos. Ya casi está. No quiero dejar nada para cuando vuelva ni llevarme trabajo a casa durante las vacaciones.

Era el último día de trabajo. La empresa cerraría durante el mes de agosto y todos se tomarían las vacaciones a la vez. Y como era tradicional después de terminar la jornada, se irían a comer juntos para despedirse.

Carla estaba terminando un programa al que solo le quedaban algunos retoques y se esforzaba en dejarlo acabado antes de marcharse.

—Está bien, pero no tardes. Todos están ya muertos de hambre. Javier está a punto de empezar a morder la mesa de Rafa.

Marina volvió al despacho de su jefe donde estaban todos reunidos esperando y Carla continuó su tarea. Diez minutos después dio por terminado su trabajo y apagó el ordenador.

«Bueno, pensó, hasta septiembre.»

Le hacía falta un descanso, tenía ganas de relajarse y no tener que cumplir un horario, de levantarse tarde y acostarse también a la hora que le apeteciera. Pero sabía que iba a echar de menos todo aquello, que a finales de mes tendría ganas de empezar otra vez. Como le había ocurrido siempre con las vacaciones cuando estudiaba.

Rafa les invitaba a comer en un restaurante italiano y en honor a él se había arreglado un poco. Llevaba una minifalda vaquera negra y una camiseta de rayas rojas y negra de cuello barco. En el pelo, que no había vuelto a cortarse y le llegaba hasta los hombros, aunque en distintas capas de longitud, se había echado espuma con efecto mojado e incluso se había maquillado un poco para disimular las ojeras con las que invariablemente se levantaba por las mañanas. Últimamente no había una noche en que pudiera dormir del tirón.

Si estaba cansada se quedaba dormida de inmediato, pero luego se despertaba de madrugada y ya le resultaba imposible volver a conciliar el sueño.

Su cabeza era un hervidero de ideas encontradas y su cuerpo... su cuerpo sabía muy bien lo que quería. Su cuerpo reclamaba a Víctor con cada poro. Y la idea de que la oficina iba a cerrar y probablemente estaría todo un mes sin siquiera verle, la mantenía despierta durante horas.

Aunque comprendía que ese mes era lo que necesitaba para terminar de olvidarse

de él. Si sabía que estaba lejos, que no lo tenía al alcance de una llamada telefónica, ni en el despacho de al lado cada vez que quisiera verle, haría que se olvidara de una vez de toda la historia.

Además, la actitud de él durante las últimas semanas después de la fiesta en casa de Vero, había sido más fría de lo habitual, limitando su relación estrictamente al trabajo y siempre en la oficina. Si tenían algo que ver que requiriese más tiempo quedaba con ella en reunirse en su despacho más temprano por las mañanas. Pero tampoco eso había ocurrido muy a menudo porque el trabajo había aflojado bastante en el último mes.

Se reunió con sus compañeros en el despacho de Rafa.

—Ya estoy aquí. Siento haberos hecho esperar.

—No te preocupes —replicó Javier—. Mientras, hemos estado relamiéndonos pensando en cómo nos vamos a poner a costa del jefe.

—No vayáis a pasaros que tengo que llevar a la familia de vacaciones —respondió este.

Todos se prepararon para salir. Rafa apagó la luz del despacho y se encargó de cerrar la puerta y comprobar que todo quedaba en orden hasta la vuelta. Carla se puso a hablar con Vero por el camino, mientras Víctor se quedó un poco más atrás con Rafa. Debido al calor, también él se había quitado las omnipresentes chaqueta y corbata y solo llevaba una camisa salmón y pantalón azul.

Una vez en el restaurante, se acomodaron en una mesa redonda. Carla estaba sentada entre Vero y Javier y Víctor quedaba justo frente a ella, entre Rafa y Julia.

Cuando llegó el camarero a tomarles nota, Víctor pidió *fetuccini* al Marsala y una crep de salmón, y Carla ravioli a los tres quesos. Los demás pidieron *pizza*.

—¿Tú también te has pasado al club de los pijos? —le preguntó Javier—. ¡Con lo buenas que están las *pizzas* aquí!

—Puede, pero *pizza* como con cierta frecuencia.

—¿Solo vas a pedir un plato? —le preguntó Rafa—. Lo que dije antes del dinero era una broma, ¿eh?

—Ya lo sé, es que no tengo hambre.

—Me parece que estás comiendo poco últimamente, niña. Te están haciendo falta las vacaciones.

—Es posible. Tengo que reconocer que ha sido un año muy intenso entre terminar la carrera, el proyecto y empezar a trabajar del tirón, casi sin descansar. Y ahora el carné de conducir. Mucho ajeteo.

—Lo que te está haciendo falta es un buen novio, verás como se te pasan todas las tonterías —dijo Javier.

—Ya habló el psicólogo de pacotilla —añadió Vero—. Tú todo lo arreglas igual.

—Pues pregúntale al de verdad, verás cómo me da la razón. ¿No es así, Víctor? ¿A que no hay agotamiento ni estrés que no se quiten con unos buenos «quiquis»? Y me parece a mí que Carla muchas ideas liberales, mucha ropa progre... pero trabaja

mucho y folla poco.

Marina intervino.

—¿Qué ocurre, que porque pasa de ti piensas que la chica lleva vida de monja?

—¡Eh! Que yo nunca he querido nada con Carla. Nosotros solo somos amigos y compañeros de trabajo. Aquí todos sabemos que no es bueno mezclar el trabajo con el amor, ¿verdad, nena?

—Verdad, nene.

A pesar de que todos estaban pendientes de su comida, Carla sintió fija en ella la mirada de Víctor que no había abierto la boca ni siquiera cuando Javier le preguntó directamente.

La conversación derivó sobre los planes de verano de todo el mundo.

—¿Dónde vas a ir de vacaciones este año, Vero? —le preguntó Julia.

—Voy a recorrer la costa andaluza, que no la conozco. Visitaré varias ciudades costeras. Después de un invierno tan frío como el que hemos tenido este año necesito sol y calor.

—¿Con un tío bueno?

—¡Ojalá! Me temo que solo con Alicia. Pero a lo mejor al tío bueno me lo encuentro allí. Nunca se sabe.

—En efecto, nunca se sabe.

Carla compadeció a su amiga por mantener oculta su sexualidad diferente, pero después de conocer bien al resto del equipo, dudaba de que pudieran comprenderlo sin burlarse de ella. Y en cierto modo a ella le pasaba igual. La que se armaría si supieran que ella y Víctor...

—¿Y tú, Rafa? ¿A Valencia como todos los años?

—A Valencia como todos los años. Ya mis hijos tienen allí su ambiente y cualquiera los lleva a otro sitio donde no conozcan a nadie. Aunque la última semana se quedarán con mi suegra y mi mujer y yo nos escaparemos unos días los dos solos. ¡Que también tenemos derecho, qué caramba!

—¿Y tú, Víctor? ¿Vas a hacer como todos los años?

—Sí. Coger el coche y no saber dónde ni cuándo acabar.

Las palabras de él la sorprendieron y le miró directamente por primera vez durante toda la comida.

—Nunca me imaginé que tú pudieras plantearte unas vacaciones así —le dijo.

—Siempre lo hago. Mi vida y mi trabajo están tan planificados durante el resto del año que en vacaciones nunca hago planes ni siquiera de un día para otro. Cojo el coche y salgo en una dirección. Cuando llego a un sitio que me gusta miro a ver si encuentro alojamiento. Si lo consigo, me quedo los días que me parezcan o que pueda disponer de hotel y luego sigo a otro sitio. Y así hasta que se acaba mi tiempo. Aunque la última semana siempre la dejo para ir a Puertollano a pasarla con mi familia. Normalmente Irene hace lo mismo y es en la única ocasión en que nos reunimos todos. Te aseguro que se vuelve la mar de descansado y libre de tensiones.

—Lo malo de esas vacaciones es que te vas solo... o al menos eso dices.

—Si me fuera con alguien no tengo por qué ocultarlo, Javier. Soy soltero y libre. Y no creas que no me gustaría irme acompañado, sobre todo por alguna mujer, pero a ellas no les atrae un tipo de vacaciones en que no sabes dónde vas a dormir mañana. Ha habido veces que he tenido que quedarme en el coche, otras en albergues sin muchas comodidades. Como comprenderás, si voy con una mujer y no puedo ofrecerle un sitio decente para dormir corro el riesgo de que arranque la palanca de cambios del coche y me la estrelle en la cabeza.

Todos se echaron a reír.

—¡Caray, Víctor! No hay forma de hacerte soltar prenda, chico. Por mucho que intento saber algo de tu vida personal, siempre te escabulles.

—Por supuesto no soy ningún monje, Javier, y tengo mi vida privada. Y no me importa demasiado hablar de ella, pero si una mujer me pide discreción, yo se la doy. Al parecer a la mayoría no les importa acostarse conmigo... pero se avergüenzan de que se sepa. Se avergüenzan de que se las asocie con alguien como yo.

—¿Por qué? Tú eres un tío muy atractivo —dijo Vero.

—Es posible, pero soso y aburrido.

—Eso no es verdad, tú no eres soso ni aburrido. Eso es solo un disfraz de cara a tu trabajo. Tal vez si invitaras a alguien a compartir tus vacaciones y descubriera al verdadero Víctor...

—Nadie quiere conocer al verdadero Víctor. Se conforman con follárselo y luego mandarlo a casa... Es más cómodo —dijo con un toque de amargura.

Carla tuvo que beber un sorbo de vino sintiendo que se atragantaba. Afortunadamente nadie se dio cuenta. Todos estaban pendientes de las palabras de él.

—No desesperes, amigo —sentenció Rafa—. Tú tienes mucho que ofrecerle a una mujer. Ya llegará la que sepa apreciarlo.

—Por supuesto, es solo cuestión de paciencia. Y yo tengo mucha.

—¿Y por qué no cambias tu forma de plantearte las vacaciones algún año? Busca a alguna amiga y llévala a París, por ejemplo. Eso le gusta a las tías.

—Si tuviera a mi lado a alguien especial no me importaría ir a París... o a donde fuera. Pero no lo tengo y para lo que las mujeres me ofrecen, no me merece la pena. Prefiero irme solo y a mi aire. Si alguna amiga quiere venirse conmigo de vacaciones, tendrá que ser a mi manera. Igual que si yo quisiera irme con alguna, también lo haría a la suya. Yo nunca le pediría a nadie que cambiara su forma de hacer las cosas por mí.

Aquí Carla no pudo evitar intervenir en la conversación.

—Hay formas de hacer las cosas que son incompatibles unas con otras.

—En absoluto... siempre hay una solución si se quiere buscar. El problema solo surge si no se quiere. Y tampoco es justo que en una pareja, aunque sea de amigos, sea uno el que sacrifique su forma de ver las cosas siempre. Yo no tengo inconveniente en hacerlo si obtengo el mismo pago.

—Por eso es mejor buscar a alguien parecido a ti, que comparta tu misma forma de ver la vida —comentó Julia.

—No siempre se puede elegir eso —replicó Víctor bebiendo un largo trago de vino—. A veces la vida te juega malas pasadas.

—¿Fue eso lo que te pasó con la novia que tenías cuando empezaste a trabajar aquí?

—No, con ella las cosas iban muy bien en ese sentido. Éramos parecidos, teníamos los mismos gustos, las mismas aficiones. También los dos queríamos lo mismo para el futuro: una familia, hijos... Hubiera funcionado.

—Entonces, ¿por qué lo dejasteis?

—Quizás porque ella nunca hubiera aceptado venirse de vacaciones sin saber dónde iba a pasar la noche.

—¡No jodas!

—No, es broma. Porque yo estaba enamorado de otra. De esa otra que la vida cruza a veces en tu camino y aunque sabes que nunca podrá ser tuya, que a lo mejor ni siquiera te mirará dos veces, sientes que es la mujer de tu vida, que tiene que ser ella o ninguna. Y piensas que tienes que intentarlo, que si no lo haces siempre te preguntarás si hubiera podido ser.

La voz de Víctor se había vuelto ligeramente ronca y cargada de emoción.

—¿Y qué pasó?

—Hablé con mi novia y le dije que no estaba seguro de lo que sentía, que éramos muy jóvenes... que necesitaba tiempo.

—¿Y lo intentaste con la otra?

—Sí.

—¿Y?

—Sigo solo, ¿no?

—¿No funcionó? —preguntó Marina.

—Eso me temo. Ella no quiso lo que yo podía ofrecerle.

—¿Pero te la tiraste? —preguntó Javier.

Víctor le miró con expresión imperturbable. Todos los ojos estaban fijos en él como si esperaran el desenlace de algo muy excitante. Por un instante los de Carla se encontraron con los suyos y ambos desviaron la vista inmediatamente. Volviendo a mirar al plato, respondió a la pregunta de Javier.

—No me la tiré... hice el amor con ella. Durante unas cuantas semanas, la amé y ella también a mí. Nadie podrá quitarme eso, y estará para siempre en mi memoria.

—¡Ay, Víctor, qué historia más bonita! —susurró Marina—. Nos tienes aquí embobados a todos. A Vero se le han saltado las lágrimas, Carla ha dejado de comer y hasta Javier se muere por conocer el final.

—No hay final.

—¿Y la otra? —preguntó Javier de nuevo—. ¿Qué pasó con la otra, con tu novia?

—Sigue soltera, creo. No he vuelto a verla, pero si se hubiera casado mi madre

me lo habría dicho. Ellas se hicieron muy amigas y no han perdido el contacto.

—¿Y no se te ha ocurrido buscarla de nuevo?

—No soy tan cabrón como para haberla dejado y, ahora que no me han salido bien las cosas, volver a buscarla. Sobre todo porque volvería a hacer lo mismo si pudiera dar marcha atrás. Aunque tal vez la vida vuelva a cruzarla en mi camino algún día y acabemos juntos... no lo sé. Yo podría ser feliz con ella; nunca sería igual que con la otra, pero llevaría una vida tranquila y agradable. Valle es una persona encantadora y sería muy fácil convivir con ella.

Levantó la vista de nuevo y volvió a encontrar todas las miradas fijas en él. Todas menos la de Carla que miraba su plato mientras tragaba con dificultad y trataba de disimular el temblor de sus manos.

—Bueno, vamos a hablar de otra cosa o vais a terminar todos llorando. No pretendía contar un culebrón, solo he respondido a una pregunta de Javier. ¡Vamos, niñas, apurad los platos que se os está enfriando la comida! Vero, sécate esos ojos. ¿No se os puede contar una historia sin final de fueron felices y comieron perdices? Estamos en el siglo veintiuno.

—Es que tú la has contado de una forma... como si la vivieras.

—Bueno, sé que si Rafa me echa algún día puedo ganarme la vida dedicándome al teatro, como mi hermanita.

—No sé qué tiene el Marsala ese que le han echado a tu comida, pero nunca te había escuchado hablar tanto rato de ti, y mucho menos en esos términos —añadió Marina.

—Me habrá cogido en un mal momento, pero ya pasó. Está claro que me hacen mucha falta unas vacaciones. Venga, ahora que cuente otro sus planes de veraneo.

—Yo me voy a marchar de *camping* con mis primos y primas... once en total. A Cazorla —dijo Javier cambiando de conversación—. En los *campings* se liga mucho con tantas extranjeras.

—A ver si nos traes una sueca para incorporarla a la empresa; el sueco no lo dominamos —dijo Rafa.

—¡Tú siempre pensando en el negocio!

—¿Y Carla? ¿Qué vas a hacer tú?

—Me quedaré en Madrid y pasaré unos días en Puertollano con mi familia. Quizás la última semana para coincidir con la hermana de Víctor.

—¿No vas a ir a ningún sitio?

—No tengo mucho dinero. Quiero terminar de sacarme el carné y comprarme el coche el año que viene. Dicen que Madrid es una delicia en verano cuando todo el mundo se va. Aprovecharé para verlo. ¡Además, tampoco tengo nadie con quien ir a ningún sitio!

—Será porque no quieres —susurró Vero—. Porque seguro que no te han faltado invitaciones.

—No, no me han faltado, pero no he aceptado ninguna.

—Oye, si quieres venirte con nosotros de *camping*... donde se meten once, se meten doce. Y no resulta caro. Además, mis primas son muy enrolladas y de mis primos hay dos libres, a lo mejor te enganchas con alguno.

—No, Javier, gracias. Pero no me apetece enrollarme con nadie.

—Está bien, como quieras. Pero ya sabes mi móvil, si cambias de idea y te apetece acercarte, me llamas. Serás bien recibida.

—Gracias.

—¿Y tú, Marina? ¿Dónde vas a pasar el verano?

—En Espartinas, un pueblo cerca de Sevilla, como todos los años. Mis padres tienen allí una casa.

—Pues yo me voy a montar un pedazo de crucero por los países nórdicos... — dijo Julia.

—¿Sola?

—Acompañada... He conocido a un chico y estamos intentando llegar a algo. A ver cómo sale.

—¡Aleluya! Toñi se alegrará cantidad. Tiene verdadera obsesión con casaros a todos —comentó Rafa.

El resto de la comida transcurrió en silencio. Después de los postres se fueron a tomar una copa.

Carla observó que Víctor estuvo muy callado durante el resto de la tarde, como si todo lo que tuviera que decir lo hubiera dicho ya. Y en realidad ella sentía que así había sido.

A las siete se levantó y se despidió.

—Yo me marchó... Todavía tengo que hacer el equipaje. Y quiero salir mañana muy temprano.

—¿Ya te marchas mañana?

—De las vacaciones no me gusta perder ni un segundo. Además, no tengo nada que hacer en Madrid. Saldré en cuanto amanezca y desayunaré ya por el camino.

—¿Y qué dirección piensas tomar?

—Creo que a Zaragoza, y luego hacia el norte. Cuando venía con Carla de Toulouse descubrí sitios muy bonitos que merece la pena ver despacio. Y tal vez vaya a Oviedo a pasar unos días con mi hermana. No lo sé, todo eso lo decidiré por el camino. ¿Alguien quiere que le acerque hasta casa? —preguntó mirando a Carla y a Marina.

—Yo me quedaré un rato más —dijo esta última.

—Yo también —añadió Carla. Sabía que si se quedaba con él a solas aunque fueran unos minutos no podría seguir manteniendo el tipo y se habría echado en sus brazos. Y más aún después de todo lo que él había estado diciendo.

Víctor estrechó la mano a los hombres y besó a las mujeres. Tuvo una palabra amable para cada uno y cuando se acercó a Carla y la besó en la mejilla le dijo con naturalidad:

—¡Y tú diviértete un poco, mujer! No te quedes todo el mes en Madrid. Irene te ha invitado a ir a su casa; acepta y pasa unos días con ella. Asturias es muy bonita.

—Tal vez lo haga.

Víctor se marchó y todos continuaron charlando durante un rato, aunque Carla sentía que la tarde había acabado para ella. ¡Dios, ¿cómo iba a aguantar un mes en Madrid sin verlo?! Una profunda sensación de vacío se había apoderado de ella apenas Víctor había cruzado la puerta. Y de soledad. Tanto que apenas media hora después se despidió ella también.

—Yo me marchó, estoy cansada.

Vero se levantó.

—Te acerco hasta casa, me pilla de camino.

—Bueno, al parecer la reunión se ha acabado —dijo Rafa—. Hasta septiembre entonces, chicos. Cargad las pilas para cuando volváis.

Todos se abrazaron alegremente y Vero y ella se dirigieron al coche. Apenas se sentaron y el vehículo arrancó, le dijo:

—Toda esa historia de Víctor llevaba nombre y apellidos, ¿verdad?

—Es posible.

—¿Cómo que es posible? Te has reconocido tanto que se te ha caído el tenedor de la mano dos veces. ¿Por qué no te vas con él?

—No me lo ha pedido.

—Claro que te lo ha pedido. Durante toda la comida, con toda esa historia no ha hecho otra cosa, y tú lo sabes.

—Irme de vacaciones con él significa muchas cosas.

—Sí, por supuesto. Eso es algo más que un polvo ocasional.

—Sí, significaría empezar una relación... comprometerme. Y yo...

—¡No vayas a decirme que no estás preparada para eso porque sí lo estás! Puede que hace unos meses, cuando volvisteis de Toulouse, no lo estuvieras, pero ahora sí. Caray, Carla, ojalá a mí me gustaran los hombres. Creo que estaría enamorada de Víctor hasta el tuétano... como lo estás tú aunque no quieras reconocerlo. Y te aseguro que no me avergonzaría en absoluto de ello. Estaría muy orgullosa de amarlo y de que él también me amara a mí. Te estás perdiendo a una gran persona por tu estupidez, Carla. Hay veces que la vida solo da una oportunidad y aunque él diga que tiene mucha paciencia, llega un momento en que la paciencia se acaba. Y también puede volver a cruzarse en la vida una antigua novia. Piénsatelo. No se va hasta mañana.

Carla no contestó. Al llegar a su casa se despidió y subió fatigosamente los cinco pisos. Al llegar ante la puerta sintió una ligera decepción al ver el rellano vacío. Quizás había esperado que él estuviera allí. Quizás había esperado que él la ayudara a tomar una decisión.

Abrió la puerta y entró; las cortinas echadas y la casa en penumbra le dieron una sensación de frescor, de haber llegado a casa. Si se iba con Víctor, si empezaba a salir

con él, tarde o temprano tendría que renunciar a todo esto... a todo esto que tanto había deseado. Él nunca podría vivir en un sitio como ese, aunque a ella no le pasara lo mismo con su casa. Las veces que había estado en ella se había sentido cómoda, pero aún recordó la dificultad de Víctor para acomodar las piernas bajo la mesa el día que cenaron con Irene. No, él nunca viviría de esa forma.

Suspirando, se desnudó y tiró la ropa sobre el sofá, y se dirigió al baño para darse una ducha más fría de lo habitual en ella para calmar los músculos que sentía agarrotados y tensos. Se puso un camisón de algodón fresco y ligero y se tumbó en la alfombra. Y sin poderlo remediar acudió a su mente el recuerdo de la noche que ella y Víctor se habían acostado sobre otra alfombra, en Toulouse. Aquella había sido la primera vez en su vida que había hecho el amor, aunque no fuera virgen. Y él tenía razón en lo que había dicho aquella tarde: por unas horas se habían amado los dos. Igual que las dos noches que pasaron en sus respectivas casas. Y Carla estaba segura de que eso no volvería a repetirse con ninguna otra persona.

El sonido estridente del móvil rompió el silencio y sus pensamientos. Saltó como un resorte con el corazón latiéndole desbocado, pero su decepción fue grande cuando vio el número.

—Hola, Irene.

—Hola, cariño. ¿Te pillo en un mal momento? ¿Estás en casa?

—¿Dónde quieres que esté? Sí, ya, no me lo digas. En casa de tu hermano. Pues no, estoy en la mía, y sola.

—¿Preparando el equipaje para irte de vacaciones?

—No, ya te dije que me iba a quedar en Madrid.

—¿No has cambiado de opinión?

Carla se echó a reír.

—No he cambiado de opinión.

—Víctor se va mañana, ¿lo sabes?

—Sí.

—¿No te ha invitado a ir con él?

—Podría decirse que sí.

—¿Y tú le has respondido que no?

—No exactamente. Pero no me he dado por aludida con la invitación.

—¡Joder, Carla, qué dura eres! Si estás colada por él, admítelo de una vez.

—Lo admito.

—¿Entonces?

—¡Por Dios! ¿Queréis dejar de presionarme todos? Dejadme pensar, dejadme decidir.

—No me digas que no te gustaría estar con Víctor todo el mes, acostarte y levantarte con él, tenerlo en tu cama cada noche... Ya sabes cómo te gusta la cama con él.

—Irene...

—Tú lo dijiste, yo solo me limito a repetir tus palabras. Y lo mejor de todo...
¡Serías mi cuñada! ¿No te gustaría ser mi cuñada?

Carla se echó a reír.

—Eres terrible.

—No, ahora voy a decirte algo en serio. Tú sabes que tuvo una novia, ¿verdad?

—Sí, me lo dijiste y él también ha hablado de ella alguna vez.

—Pues mi madre no para de maquinarse para que vuelvan a estar juntos. ¿No querrás que lo consiga, verdad? ¿No te gustaría fastidiarla? ¿Te imaginas su cara si Víctor te lleva a casa y te presenta como su novia? Tendría que comerse a la otra con papas.

—Por Dios, Irene... si yo acabo con tu hermano no será para fastidiar a tu madre.

—Si es que ya no sé qué decirte para convencerte, nena. A ver, intentemos otra cosa... ¿Te imaginas lo bien que quedaría una niña con los rizos negros de Víctor y tus ojos?

—No sigas por ese camino porque vas a conseguir lo contrario de lo que pretendes.

—¿Por qué?

—¡Joder, Irene! ¿Me imaginas teniendo una niña y llenándola de encajes y lacitos? ¡Uf!

—No tienes por qué llenarla de lacitos, también podrías vestirla de hortera como tú.

—¿Y si a la niña le gustan los lacitos? Seguro que sí, para fastidiarme, que saldría al padre.

—Pues si sale al padre te jodes, le pones los lacitos y te conviertes en minoría. Y si le van los vaqueros y la ropa tipo cortina que se joda él. Aunque lo más probable será que la niña os salga punki y vista de negro con tachuelas y *piercings* y entonces os jodéis los dos.

Carla soltó una risotada.

—¡Dios mío, Irene! Has conseguido que hable de una niña que jamás voy a tener. Al menos eso espero...

—¡Qué dura eres! Pues no tengas niños, háblalo con él. A lo mejor no le importa renunciar a ellos si te tiene a ti.

—No se trata solo de los niños. A ver si te enteras de que no quiero el tipo de vida que él me ofrece. Ni yo puedo ofrecerle el tipo de vida y familia que quiere él. Por favor, Irene no me agobies, no sabes lo mal que estoy. Eres la segunda... no, quizás la tercera persona que trata de convencerme hoy para que me marche con él de vacaciones.

—Y no vas a hacerlo, ¿verdad? Sigues en tus trece y no darás tu brazo a torcer aunque te estés muriendo de ganas, que lo estás.

—Déjame... Me va a estallar la cabeza de tanto pensar.

—Pues no pienses tanto y siente. En la vida, y sobre todo en el amor, las

decisiones que salen bien no son las que se toman con la cabeza, sino con el corazón.

—Además, Víctor está un poco frío conmigo últimamente.

—Algo le habrás hecho.

—No, en serio, Irene. No puedo tomar una decisión ahora porque ni yo misma sé lo que quiero. Si me voy con él me dolerá mucho perder mi libertad, y si me quedo... ¡Dios, qué difícil es esto! No sé qué hacer, no sé qué quiero.

—Está bien, no insistiré. Por lo menos ya dudas y no tienes las ideas tan claras. Quizás te venga bien dejar que se marche y probar un poco de distancia. Te aseguro que no es un plato nada agradable. Y si te das cuenta de que no puedes soportar la separación siempre puedes llamarle al móvil y reunirte con él dondequiera que esté. A menos, claro está, que conozca a una autoestopista cañón que lo vuelva loco y te mande al carajo por pensarte las cosas demasiado.

—No estoy para bromas.

—Está bien, nena, sigue pensándolo. Espero que no te arrepientas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgó. Y dos minutos después el móvil volvió a sonar. Irene de nuevo. Carla suspiró, pensaba que su amiga no se había dado cuenta de su pequeño desliz, pero Irene era mucha Irene.

—Dime.

—¿A qué te referías al decir que «esperabas» no tener esa niña?

—Si te digo que no me refería a nada concreto no te lo vas a creer, ¿verdad?

—Verdad. Desembucha.

—Llevo un poco de retraso en la regla.

—Siempre fuiste irregular.

—Lo sé, y no es que esté preocupada ni nada de eso, porque aunque la última noche que pasamos juntos nos olvidamos del condón, tomo la píldora.

—¿Esa última noche fue antes de que yo estuviera en Madrid?

—No, después.

—¡Ajá! Más reincidencia. Y la píldora... ¿la tomas como debe hacerse? Porque siempre fuiste un desastre y te olvidabas a menudo.

—Sí, sí —dijo tratando de olvidar que cuando fue a mirar en la caja había dos pastillas de más.

—O sea, que no.

—¡Cállate! No me agobies más con nada. No quiero irme de vacaciones con tu hermano, no quiero una relación con él, ¡y no quiero una niña con él! Quiero quedarme aquí tirada en el suelo de mi casa, en mi querida alfombra, y olvidarme de que Víctor Trueba ha nacido.

—Hazte la prueba.

—No hay motivos para estar alarmada. Las posibilidades son muuuy escasas, Irene.

—Háztela.

—Esperaré a que me baje la regla.

—Si no te ha bajado, te obligaré a hacértela cuando estemos en Puertollano.

—De acuerdo. Entonces ya sí sería motivo de preocupación. Faltan aún tres semanas para eso.

—Yo mientras iré ensayando una nana.

—Irene... si le dices una palabra de esto a tu hermano te arrancaré la piel a tiras, y lo sabes.

—Ni palabra, nena. No te privaré del placer de decírselo tú, si llega el caso.

Víctor se revolvía entre la arrugada ropa de la cama dando una y mil vueltas. Se sentía solo por primera vez en su vida y también por primera vez no le apetecía marcharse de vacaciones.

Estaba tentado de quedarse en Madrid, de buscar a Carla y hacer que le conociera del todo, que llegara hasta el fondo de su alma. Invitarla a cenar, al cine, a pasear y a todas esas cosas que hace la gente fuera de la cama y del trabajo. Hacer que se diera cuenta de que no eran tan incompatibles como ella pensaba, que podían iniciar algo juntos sin que se hundiera el mundo. Y por las noches amarla hasta conseguir que no pudiera vivir sin él, que no quisiera vivir sin él. Porque a él cada día le resultaba más difícil vivir sin ella.

Pero sabía que no lo haría. Porque ella ni siquiera había querido que la acompañase a su casa después de las cosas que le había dicho. No podía ignorar que toda su historia, todo lo que había hablado en la comida iba dirigido a ella, y su súplica también iba para ella. Pero se había limitado a mirarle y a apartar la vista cuando sus ojos se encontraron. Ni siquiera había querido estar con él a solas para hablar del tema.

No, lo que debía hacer era coger el coche y marcharse al amanecer y aceptar de una vez que las cosas no iban a cambiar por mucha paciencia que él tuviera y por muy especiales que hubieran sido las noches que habían pasado juntos. Carla no le quería de la misma forma que él a ella y, aunque así fuera, nunca querría estar con él. Era tan terca...

Ahora se arrepentía de todo lo que había dicho aquella tarde, no sabía qué le había pasado. Él, que era tan reservado habitualmente, había abierto su alma y sus sentimientos delante de todos y lo que era peor, delante de ella. Y Carla había fingido ser una espectadora más, y ni siquiera se había emocionado como Vero o Marina.

Estaba decidido, se iría al día siguiente como tenía previsto y esperaba que a la vuelta ambos lo hubieran olvidado todo. Era absurdo seguir esperando.

Se dio la vuelta de nuevo e intentó dormir, pero solo consiguió ver pasar las horas en la oscuridad esperando inútilmente y a su pesar, escuchar el móvil con una llamada que le dijese que se iría con él, o lo que era más improbable aún, el timbre de

la puerta.

Pero amaneció sin que nada de eso ocurriera, y Víctor se dispuso a iniciar sus vacaciones.

Capítulo 26

Una semana en Puertollano

Acostada en su antigua cama en casa de sus padres, Carla se despertó y, sintiéndose perezosa, se revolvió dispuesta a quedarse allí todavía un buen rato a pesar de que el sol ya daba fuerte en la ventana.

Hacía cuatro días que había cogido las vacaciones y había continuado las clases en la autoescuela. Pero esta iba a cerrar una semana y de pronto se encontró incapaz de quedarse allí sin hacer nada, esperando para examinarse del carné. No había nada ni nadie que la retuviera en Madrid y había decidido pasar unos días con sus padres, y pedirle a este que la ayudara a practicar un poco con el coche por la urbanización.

Volvería para examinarse y se quedaría en Madrid hasta la última semana de agosto en que regresaría a Puertollano para reunirse con Irene y con Víctor que también estaría allí aquellos días. Víctor... ¡Dios, llevaba cuatro días sin verle y ya le estaba echando de menos!

Esa era una de las razones por las que se había decidido a ir a ver a sus padres también al principio del mes; no quería estar sola en su casa dándole vueltas a la cabeza pensando en que podría estar con él de vacaciones si les hubiera hecho caso a Irene y a Vero, y que lo de estar separados, que en un principio le había parecido una buena idea para olvidarle, solo estaba sirviendo para que pensara en él a todas horas.

Cuando se levantaba por las mañanas se preguntaba dónde estaría en aquel momento, dónde se habría detenido y, lo que era peor, si estaría solo o habría encontrado una autoestopista *sexy* o una compañera de hotel atractiva y se estaba dando el lote con ella. Irene le había dicho, y esta vez en serio, que lo hacía algunas veces.

Durante esos cuatro días, en más de una ocasión había estado tentada de mandarle un mensaje al móvil para saber de él, pero se había contenido a tiempo. Y decidió hacer una visita sorpresa a sus padres para estar ocupada y no pensar tonterías. Estaba firmemente decidida a quitarse a Víctor Trueba de la cabeza durante esas vacaciones, a que cuando le viera de nuevo él volviese a ser para ella solo un compañero de trabajo y nada más.

Los ruidos de la casa le hicieron sentir hambre y bajó a desayunar.

Su madre le tenía preparado un auténtico festín de dulces y no pudo dejar de acordarse de Víctor, que siempre le compraba pasteles cuando sabía que iba a ir a su casa.

Se sentó a desayunar y su madre lo hizo junto a ella.

Había llegado tarde la noche anterior, en el último autobús y no habían tenido

mucho tiempo para hablar.

—Mamá, ¿no pensarás que voy a comerme todo esto?

—Son tus favoritos.

—Sí, pero son demasiados. Me pondré como una foca si me alimentas así el tiempo que esté aquí. Entre tú y Víctor vais a conseguir que me ponga como un tonel.

—¿Víctor?

—Sí. Cuando salimos a desayunar juntos o tenemos que trabajar alguna tarde siempre me tiene un montón de pasteles preparados.

—¿Y cómo llevas el trabajar con él? Nunca ha sido santo de tu devoción.

—Al principio me costó un poco, pero tengo que reconocer que es un gran profesional y eso para mí es lo que importa. Cuando trabajamos, ambos olvidamos nuestras diferencias personales; el trabajo es lo primero.

—Mejor así, hija. Nunca he entendido esa manía tuya con el pobre Víctor, con lo buena persona que es.

—Yo nunca he dicho que sea malo, solo pijo y aburrido.

—Algún día esa manía tuya de juntarte solo con gente divertida te va a traer problemas.

—Soy mayorcita, mamá, y sé con qué tipo de gente me puedo implicar... o al menos eso creía.

—¿Algún novio a la vista?

—No, no hay nada de eso. Con tanto trabajo apenas tengo tiempo para salir.

—¡Quién te ha visto y quién te ve!

—Eso mismo dice Irene.

—¿Vendrá estas vacaciones? Desde que se fue a vivir a la otra punta de España apenas le vemos el pelo.

—Sí, a fin de mes pasará una semana aquí. Yo volveré para verla, y creo que Víctor también se reunirá con nosotras.

—Sí, eso sí lo sé. Luisa le tiene preparada una buena sorpresa.

—Ah, ¿sí?

—Sí, ha invitado a su novia a pasar aquí el mes. Lleva un par de días ya en Puertollano.

La cara de Carla se puso seria de pronto y su voz sonó brusca cuando preguntó:

—¿Su novia? Que yo sepa Víctor no tiene novia.

—Bueno, la tuvo. Y Luisa dice que terminaron por una bobada, y espera que al encontrarse de nuevo...

—¡O sea, que le ha preparado una encerrona!

—No seas dura. Lo que pasa es que a veces cuando vuelves a encontrarte con alguien después de un tiempo te das cuenta de cuánto le has echado de menos.

—Yo creía que era al revés, que la distancia hacía olvidar.

—No siempre, hija, no siempre.

—¿Y cómo es? ¿La has visto?

—Sí, es una chica muy mona, muy educada. Víctor y ella hacían una pareja estupenda. Yo la recuerdo de cuando salían juntos.

—Creo que voy a tener que ir a echarle un vistazo.

—Carla, compórtate. Y si sabes algo de Víctor de lo que ella no deba enterarse no se te ocurra decírselo, que te conozco.

—¿Algo como qué?

—Bueno, ya sabes... Víctor vive solo, y está soltero... los hombres ya se sabe.

—Quieres decir que si se está acostando con alguien me lo calle. ¿Pues sabes una cosa? Si se está tirando a alguien está en su derecho. No tiene novia por mucho que su madre se empeñe en meterle a esa por los ojos otra vez. Y si terminó con ella por algo sería, digo yo.

—O sea, que sí está liado con alguien.

—¡No! Bueno, a menos que yo sepa. Yo solo conozco su faceta profesional. Víctor nunca habla de su vida privada, pero desde luego es lógico suponer que de vez en cuando...

—Sí, ya sé que es un chico discreto. Y debería sentar la cabeza y casarse, ya tiene unos añitos...

—¡Joder con la manía de las madres de casar a todo el mundo! ¿No podéis dejar que cada uno se monte la vida como mejor le parezca?

—No, hija, ya sé que contigo no puedo esperar nada de eso, pero tienes que reconocer que él es diferente. Aparte de que le va la vida hogareña, es un hombre y los hombres no son como nosotras, ellos tienen unas necesidades que las mujeres no tenemos y siempre es mejor tener una mujer en casa que andar por ahí buscándose la vida.

Carla abrió mucho los ojos. No se podía creer lo que estaba oyendo.

—¡¿Qué hablas, mamá?!

—Sí, hija... Ya lo entenderás. Los hombres, aunque sean como Víctor, tranquilos y respetables, no pueden pasar sin sexo.

Carla tuvo que hacer esfuerzos para no estallar en carcajadas. ¿Víctor tranquilo y respetable? Era evidente que su madre no lo había visto en la cama.

Sintiendo que si continuaba allí acabaría diciendo algo que le provocaría un infarto a su madre, se levantó.

—Bueno, mamá. Voy a saludar a Luisa y de paso echarle un vistazo a esa niña tan «adecuada» para Víctor.

Subió a su habitación a cambiarse, y sintiéndose con ganas de provocar, se puso una minifalda amarilla y un top verde y se dispuso a cruzar la verja hasta el chalé vecino.

La cancela estaba abierta como siempre y le bastó apenas empujarla para entrar.

—¡Luisa! —llamó.

La puerta de la casa se abrió y la madre de Víctor salió del interior con su aspecto de siempre. Con un pantalón de vestir y una camiseta de marca y perfectamente

peinada a pesar de estar metida en la cocina.

—¡Carla, chiquilla! ¿Qué haces aquí? Tu madre no me ha dicho que te esperaba.

—No, decidí venir de pronto. Cogí el AVE y aquí estoy.

—Tú como siempre... nunca cambias.

—¿Para qué, si estoy bien así?

—Anda, pasa. ¿Sabes algo de Irene?

—La última vez que hablé con ella dijo que vendría la última semana.

—Sí, eso lo sé yo también. Mis hijos suelen avisarme antes de venir.

—Ya...

—¿Quieres tomar algo?

—Acabo de desayunar. Mi madre me ha dicho que tienes visita.

—Sí, Valle, la novia de Víctor.

—¡Caray, qué calladito se lo tenía mi jefe!

—Bueno, en realidad es exnovia. Pero nunca se sabe, ¿verdad? Cuando vuelvan a encontrarse a fin de mes... Estaban muy enamorados.

«¡Y un cuerno!», pensó. Pero solo dijo:

—¿Puedo conocerla, o no voy vestida adecuadamente? —se burló de la manía de Luisa de que todo el mundo debía ir correctamente vestido siempre.

—A ti hay que aceptarte como eres. Anda, pasa y te la presentaré. ¿Vas a estar muchos días?

—Cinco o seis.

—Le vendrá bien a Valle tener a alguien de su edad con quien hablar. Aunque no sé si tendréis mucho en común...

«Tenemos algo —pensó—, pero no sé si le gustaría saberlo».

—Probablemente no —dijo.

Carla entró en el salón y encontró a una chica rubia de aspecto delicado y tranquilos ojos azules. Era guapa, había que reconocerlo, y tenía un tipazo. Su larga melena rubia natural le caía sobre la espalda invitando a que alguien la acariciara, y todo su aspecto pulcro y sosegado parecía pedir lo mismo. Era el tipo de mujer que los hombres se morían por mimar, por cuidar, por proteger; el tipo de mujer que no asustaba a los tíos, sino que les atraía como un imán. Vestía un pantalón blanco largo, y una blusa en tonos de rosa de rayas finas.

«¡Joder! —pensó Carla—. Parece un pastelito».

—Valle, te presento a Carla. Es amiga de Irene.

—¡Ah, sí! La chica que vive aquí al lado.

Carla se acercó a ella y le ofreció la mejilla.

—Vivía. Ahora vivo en Madrid.

—Yo soy Valle. Soy... bueno, era la novia de Víctor.

—Y volverás a serlo, chiquilla —dijo Luisa.

—Eso espero —susurró la chica.

—Víctor estaba muy enamorado, no sé por qué cortasteis.

—Éramos muy jóvenes para ir en serio. Él empezó a trabajar en Madrid. Me dejé convencer de que sería complicado.

—Pero ahora tú también has terminado tus estudios y podrás buscar trabajo en Madrid. Estaréis cerca.

—Sí, esa es mi intención.

«No, tu intención es pescarle otra vez», pensó Carla sin dejar de analizarla centímetro a centímetro.

—Carla trabaja en la misma empresa que Víctor —dijo Luisa.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está?

—Pues como siempre, supongo. Él no es de los que cambian mucho.

—Tengo que advertirte que Carla y Víctor nunca se han llevado demasiado bien. Si esperas que te diga algo agradable de él, no lo hará.

—En el trabajo hemos enterrado el hacha de guerra. Con las habichuelas no se juega.

Valle se sentó en el sofá de nuevo y Carla también, dispuesta a averiguar todo lo que pudiera de aquella mujer que había enamorado a Víctor en una ocasión, y con la que admitía que compartía todo lo necesario para que una relación funcionase. Aunque no estuviera locamente enamorado de ella.

Pero Valle no era de las que inspiran un amor violento y apasionado, sino algo tranquilo y relajado; un amor plácido y agradable. Trató de imaginarla en la cama con Víctor y la idea le resultó muy dolorosa. A pesar de que estaba segura de que Valle nunca le haría sentir las sensaciones que había experimentado con ella.

—¿Tú le tratas mucho? —la escuchó preguntar.

—¿A Víctor? Nos vemos cada día en la oficina, pero luego fuera de allí, no. Salvo alguna reunión de todos los compañeros como el cumpleaños del jefe, que nos invitó a su casa, o el almuerzo de despedida antes de las vacaciones.

—¿Sabes... si está saliendo con alguien en este momento?

—No lo sé, es muy reservado y nosotros solo hablamos de trabajo. Pero te advierto que su trabajo es muy absorbente; no le queda mucho tiempo para relaciones amorosas... No sé si estarás dispuesta a aguantarlo.

—Por Víctor aguantaré lo que sea... No he sido la misma después de terminar con él. No he conocido a nadie que ni siquiera se le parezca.

—Bueno, pues allá tú. Yo te he advertido. Y ahora me marchó, o mi madre va a quejarse de que no me ve el pelo.

—Pasa luego por aquí otro rato y date un baño con Valle.

—Tal vez lo haga...

Carla regresó a su casa pensando en que había ido a Puertollano a tratar de olvidarse de Víctor y se encontraba con esta tía haciéndole preguntas sobre él. Y ella tratando de disimular, cuando en realidad hubiera querido decirle: «Que yo sepa no sale con nadie, pero se acuesta conmigo. Y tú serás una chica encantadora, perfecta, adecuada y todo lo que quieras, pero nunca serás capaz de darle en la cama lo que yo

le doy».

—¿En qué piensas? —le preguntó su madre—. Se te ha puesto cara de asesina.

—En nada. Solo estoy huyendo de esa cursi y de los intentos de Luisa de que se la entretenga mientras llega el príncipe azul.

—¿No te gusta Valle? Pero si es encantadora, Carla.

—¿Encantadora? Es un pastelito de fresa, tan dulce y empalagosa.

—Así son las mujeres que les gustan a los hombres, hija. Y no como tú, que al final te quedarás para vestir santos.

—Prefiero desnudarlos, madre —dijo agria y sabiendo que la escandalizaría, cosa que nunca hacía si podía evitarlo. Solía guardarse sus opiniones, pero que adulase a aquella pava y la comparase con ella la había puesto de muy mal humor.

—Voy a nadar un rato y si viene Blancanieves a buscarme dile que estoy durmiendo y que me pasaré así todo el tiempo que me lleve en Puertollano. Se supone que estoy de vacaciones y lo último que me apetece es aguantar a alguien que me esté hablando de Víctor todo el rato. Creía que iba a poder librarme de él durante todo un mes, pero por lo visto es imposible.

Su madre la miró moviendo la cabeza y la dejó ir.

Se puso el bikini y se lanzó a la piscina dispuesta a hacer largos como una endemoniada hasta calmar el mal humor que sentía. Para esto, mejor se hubiera quedado en Madrid.

Estuvo esquivando a Valle y a Luisa todos los días que duró su estancia en Puertollano, tratándola solo cuando no tenía más remedio, cuando ambas familias se reunían en su tradicional barbacoa de los sábados y poco más.

La mañana del cuarto día se levantó con un leve dolor en el bajo vientre. Un dolor perfectamente reconocible, el que solía acompañar a la regla.

Fue al baño y comprobó que no estaba equivocada, y su primer pensamiento fue en el disgusto que se iba a llevar Irene cuando se lo contara. Ella, en cambio, estaba muy feliz de terminar con la incertidumbre, se dijo sintiendo una ligera humedad en los ojos. Por un momento se permitió pensar en qué hubiera ocurrido si en verdad hubiera estado embarazada. Hizo una mueca ante el espejo. ¡Qué horror! Víctor hubiera querido compartir la custodia, seguro, lo hubiera tenido pegado al culo todo el tiempo. Menos mal que todo se había resuelto. Y las ganas de llorar que sentía eran, como siempre, debidas a los trastornos hormonales producidos por el retraso.

Se lavó la cara, y decidió que su estado emocional no le permitía seguir en Puertollano ni un minuto más. No podía con su madre, con Luisa y con la gilipollas de Valle, todas ellas hablando de lo feliz que iba a sentirse Víctor cuando regresara.

Capítulo 27

Un mensaje

Volvió a Madrid con una sensación mezcla de rabia e impotencia y la completa seguridad de que aquella mujer lograría sus propósitos y Víctor caería a sus pies en cuanto la viese de nuevo. ¡Bien, que fueran muy felices! Eran tal para cual. Y además, ¿quién quería a Víctor? Si le apetecía podría tirárselo aunque estuviera enrollado o casado con aquella sosa. Seguro que después de tanta crema estaría deseando un buen filete.

Se escandalizó de lo que estaba pensando. Ella siempre había evitado las relaciones con hombres casados o con novia, para ella un hombre que pertenecía a otra mujer, era un hombre prohibido. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Tan espantosa le resultaba la idea de no volver a acostarse con él en su vida que hasta pensaba en incitarle al adulterio? No reconocía a la mujer en que se estaba convirtiendo. Maldita la hora en que Víctor Trueba se cruzó de nuevo en su vida.

En cuanto llegó a su casa, llamó a Irene.

—¡Holaaa!

—¿A qué viene tanta alegría?

—Pues a tu llamada, mujer. No te prodigas demasiado.

—Buffff —gruñó.

Irene suspiró.

—Veamos... ¿Qué ha hecho esta vez?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Mi hermano. Solo me llamas cuando estás cabreada con él por algo.

—No ha hecho nada, al menos que yo sepa. Hace quince días, desde que se fue de vacaciones, que no sé absolutamente nada de él.

—Ajá. Entonces no es lo que ha hecho, sino lo que no ha hecho.

—¡Que no! Solo quería decirte que... bueno, que te olvides de esa idea absurda de la sobrina.

—¿Te has hecho la prueba?

—Me ha bajado la regla, con un dolor espantoso por el retraso. Y mi mal humor se debe a eso, ¡y solamente a eso!

—¿Tú también te habías hecho ilusiones, eh?

—¡¡No, joder, no!! ¿No te quieres enterar? ¡Estoy superfeliz, superaliviada y

supercontenta! ¡Lo único que me faltaba era quedarme embarazada de tu hermano!

—Ya...

—Si quieres una sobrina, ve a lamerle el culo a la imbécil que está en Puertollano con tu madre, esperando a tu hermanito para arrojarse sobre él y tenderle sus redes de nuevo.

—¿Te refieres a Valle? ¿Está en Puertollano?

—Está.

—Mi madre no pierde el tiempo, ya te lo dije.

—Pues que sean muy felices, coman perdices y tengan quinientos niños rubios y sonrosados, que caminen en fila india diciendo: «Sí, papá. Sí, mamá».

—Carla, ¿es por eso que estás tan cabreada? Pero si mi hermano a quien quiere es a ti. Y lo sabes.

—Y yo no lo quiero a él. ¿Te enteras? No. Lo. Quiero.

—Mira, vamos a dejarlo. Ahora mismo no estás para nada. Rumia tu malhumor, venga de donde venga, y ya hablamos más tranquilamente en Puertollano a finales de mes.

—Sí, será mejor. Hasta entonces.

Decidió concentrar toda su energía y su furia en sacar el carné, y lo consiguió. Pero fracasó estrepitosamente cuando empezó a salir por las noches buscando rollo, para convencerse de que Víctor no era el único que sabía follar en el mundo. Solo consiguió volver a casa sola y echando pestes sobre la cantidad de gilipollas que había sueltos por Madrid.

Jamás un verano se le había hecho tan insoportable. No había conseguido tener ni un minuto de sosiego ni de buen humor desde que empezó el mes de vacaciones. Había veces que no se aguantaba ni ella misma.

El móvil vibró dentro del bolso por un segundo y dejó escuchar el sonido de un mensaje. Estaba dando un paseo al atardecer aprovechando el fresco de la noche, pero estaba oscuro, y decidió esperar hasta llegar a casa para leerlo.

No solía recibir mensajes, salvo los de la compañía del teléfono, así que no tenía ninguna prisa por leer cuánto descuento le iban a hacer si cambiaba de plan o si podía mandar mensajes gratis.

Después de andar hasta agotarse, se sentó en la terraza de un bar y comió algo antes de meterse en su casa, y luego se encaminó despacio hacia allí.

Tenía un par de películas para ver, con un poco de suerte le entraría mucho sueño y se quedaría dormida mientras las veía, aunque no confiaba demasiado en que eso durase mucho. Probablemente se despertaría de madrugada y volvería a darle vueltas a lo mismo de siempre: a Víctor, a dónde estaría, y lo peor de todo, a qué pasaría

cuando él llegase a Puertollano y se encontrase de nuevo con Valle. No podía evitar acordarse de sus palabras en el almuerzo de despedida, cuando afirmó que no sabía qué pasaría si volvía a cruzarse en su vida. Y ella no quería pensar en eso. Luchaba cada minuto por no pensar en eso, pero en realidad no hacía otra cosa.

Cuando llegó a casa, en el mismo umbral de la puerta se quitó los zapatos y las plantas de sus pies agradecieron el frescor del suelo. Buscó el móvil para leer el mensaje y cuando vio que era de Víctor se apresuró a leerlo sin poder evitar que el corazón le latiese con fuerza.

«Enhorabuena por el carné.»

Toda su alegría se desinfló. ¿Eso era todo? ¿Un mensaje de felicitación por el carné? Irene había debido decírselo. Pero al menos podría haberla llamado, no iba a arruinarse por un par de minutos de charla. Antes la llamaba por cualquier idiotez. Para eso mejor que no le hubiera mandado nada, siempre podía pensar que no lo sabía. ¿O acaso le estaba tratando de decir que ya no le importaba? ¿Que lo que había pasado entre ellos ya estaba totalmente olvidado? Un simple y frío mensaje de felicitación. Más frío no podía ser.

«Bien, contestaré a tu mensaje.»

Cogió el móvil y tecleó un simple «gracias» en respuesta y después se sintió tan abatida que apartó las películas que pensaba ver y puso *Los puentes de Madison*, y esta vez empezó a llorar desde el inicio. Por primera vez en su vida tuvo que reconocer que no era la película lo que la hacía llorar. Y pensó también que ojalá apareciera él con unos papeles para revisar aunque la viera llorando a moco tendido.

Cuando terminó de verla no había conseguido su objetivo de desahogarse llorando y sentirse menos deprimida. Al contrario, además de deprimida se sentía como una autentica gilipollas cuando recordó el conjunto de sujetador y bragas negros que se había comprado hacía un par de meses siguiendo un impulso. Lo había visto en un escaparate y aunque no era el tipo de ropa que solía usar, recordó lo que él le había dicho en la fiesta de Rafa, y como una tonta había entrado en la tienda y lo había comprado. No sabía para qué lo seguía conservando, si no iban a volver a acostarse juntos... si él no tendría la oportunidad de verlo. Y estaba segura de que después de esto, menos.

Se levantó y rebuscó en el fondo del cajón donde lo tenía guardado, y cogiendo las tijeras de la cocina se sentó en la alfombra y empezó a cortarlo a pedacitos, sintiendo que las lágrimas caían a raudales sobre los trozos, como si del entierro de alguien muy querido se tratara.

Decidió también que no iría a Puertollano la última semana de agosto como había pensado para reunirse con Irene y con él. Que se quedara con Valle, ella era la mujer perfecta, con su larga melena sin teñir y su sonrisa amable y encantadora. Seguro que entonces ella podría olvidarle.

Cuando terminó de destrozar el conjunto y habiendo tomado su decisión, se encogió sobre la alfombra llorando todavía y así se quedó dormida rodeada de

trocitos de licra negra.

Capítulo 28

La última semana de vacaciones

Carla, tumbada en el sofá a oscuras para aliviar el intenso calor, miraba la pantalla del ordenador donde había puesto una película de difícil traducción tratando de distraerse, cuando el sonido del móvil la sobresaltó, pero solo un segundo, porque esta vez sabía quién la llamaba. Le había adjudicado un sonido diferente a cada número de su agenda y sabía que se trataba de Irene. No quería seguir sobresaltándose cada vez que este sonaba, porque aunque sabía que Víctor no la llamaría, su mente no le hacía caso y se alteraba con cada llamada para sentirse más decepcionada después.

Y no sabiendo ya qué hacer para matar el tiempo, se había dedicado a buscar melodías y a aplicarlas a los diferentes números. También había modificado el piso en un intento inútil por centrar su atención en algo. No lo había conseguido, pero al menos el piso había quedado mono.

Estuvo tentada de no contestar, intuía lo que le esperaba en cuanto descolgase, pero conociendo a su amiga sabía de sobra que no se daría por vencida y el móvil sonaría una y otra vez hasta que hablasen. Descolgó.

—Sí, Irene, dime.

—Carla, ¿dónde estás?

—En Madrid.

—¿Y qué haces ahí? Deberías estar ya en Puertollano, Víctor llega mañana.

—Dale recuerdos.

—¿Cómo que dale recuerdos? ¿No vas a venir?

—Me lo he pensado mejor. Ya vi a mis padres a primeros de mes y voy a pasar de esta segunda visita.

—Pero quedamos en reunirnos aquí los tres esta última semana.

—Y habrá tres personas ahí. Yo sobro.

—¿No lo dirás...?

—Por Valle, claro. Víctor no me echará de menos.

—Pues claro que sí.

—Ella es el tipo de mujer que le va a tu hermano, no yo. ¿Qué iba a hacer él conmigo?

—¿Maravillas en la cama?

—Fuera de ella Víctor necesita una mujer tranquila que comparta sus gustos, sus aficiones. Nosotros no tenemos nada en común. Sé razonable, Irene.

—¿Pero qué diablos dices de ser razonable? ¿Lo has sido alguna vez en tu vida?

¿Dónde está la Carla que yo conozco? ¿La que iba a conquistar el mundo, a luchar contra todo lo imposible? Y te aseguro que no es ningún imposible que lo vuestro funcione.

—Irene, ¿qué nuestro? No me ha llamado ni una vez en todo el mes. Solo me ha mandado un puto mensaje, más frío y cortante que el hielo, para felicitar me por haber aprobado el carné.

—¡Ajá! Entonces es que estás cabreada.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? Sé sincera, porque sabes que acabaré por averiguarlo, así que ahórrame dinero de la llamada y cuéntamelo.

—Está bien. Te diré la verdad, no tengo ganas de discutir, ni de tratar de convencerte de nada. Solo de que me dejes en paz de una vez. Valle es preciosa, encantadora, el tipo de mujer que a Víctor le gusta para pasar la vida con ella. Reconócelo, tendría que ser gilipollas para preferirme a mí. Lo nuestro solo ha sido una aventura, y bien corta por cierto, pero tu hermano no es de los que buscan una relación seria con alguien como yo. Eso lo dejamos muy claro los dos desde el principio. Y no voy a estar ahí para ver cómo se reconcilia con ella ni cómo tu madre la presenta a todos como su futura nuera. No, Irene, me temo que esto se me ha ido de las manos y el que Víctor vuelva con ella no podré echármelo a la espalda como si tal cosa. Me importa demasiado.

—Carla, ¿estás diciéndome por fin que estarías dispuesta a tener con él una relación seria?

Esta suspiró.

—Sí, creo que sí. Le he echado tanto de menos que si ahora apareciera por esa puerta podría hacer conmigo lo que quisiera... Incluso llevarme al altar.

—Cariño, ven... No dejes que esa pava se lo lleve. Víctor te quiere, te ha querido siempre. No abandones sin luchar, tú nunca te has rendido. Si tienes que perder, que sea luchando.

—No, Irene, esta vez no. Si tengo que perder que sea a solas... donde nadie pueda verme. Yo sola con mi dolor.

—Está bien, cabezota, gilipollas, quédate ahí como una vieja orgullosa y amargada. Pasaré por Madrid para verte antes de volver a casa.

—Adiós, Irene. Dale recuerdos cuando le veas. Dile que estoy haciendo reformas en el piso y no puedo ir.

Irene colgó.

—¡Que te crees tú eso! Tú te quedarás allí, pero yo no voy a aguantar a esa imbécil por cuñada el resto de mi vida. Palabra de Irene Trueba.

Víctor llegó a mediodía, justo a tiempo para el almuerzo. Esperaba encontrar a Carla y a Irene juntas en alguna de las casas, como solía ocurrir cuando coincidían.

Estaba deseando verla, el viaje se le había hecho muy largo y el mes de vacaciones también. Había vivido pendiente del móvil cada vez que sonaba esperando alguna llamada o algún mensaje, pero salvo el de contestación al suyo, nada. Las únicas noticias que había tenido de ella habían sido a través de Irene, y por esta sabía también que seguía en pie la idea de reunirse allí los tres a pasar el fin de las vacaciones. Ojalá Carla le hubiera echado tanto de menos como él a ella y ese mes espantoso de separación hubiera servido para algo. También esperaba que su hermana no fuera muy coñazo y les dejara pasar algún rato a solas. Y si no, ya hablaría con ella.

Cuando llegó al chalé tocó el claxon para que le abriesen la verja de hierro y su madre salió corriendo del interior de la casa. Cuando entró, se le abrazó.

—¡Hijo, qué ganas tenía de verte! ¿Has tenido buen viaje?

—Sí, muy bueno, mamá. ¿Está ya Irene en casa?

—Sí, y además tengo una sorpresa para ti.

Este levantó la cara y la miró sonriente. ¿Habría dicho Carla algo de su relación?

Acaso...

—Valle está aquí.

La sonrisa de él se heló en su cara.

—¿Valle?

—Sí. ¿A que te da alegría verla de nuevo?

Víctor sacudió la cabeza.

—Sí que es una sorpresa... No lo esperaba.

—Ven, entra y verás lo guapa que está.

Él la siguió al interior y cruzó hasta la piscina donde su hermana y Valle estaban sentadas en sendas tumbonas leyendo.

—Hola —saludó.

Ambas mujeres se levantaron. Irene se colgó de su cuello efusiva.

—¡Hermanito! Qué guapo estás tan moreno.

Enrolló un dedo en uno de los rizos que llevaba un poco más largo de lo habitual. No se había cortado el pelo en unos meses y se le rizaba ligeramente a la altura del cuello.

—¿Qué es esto? No me digas que vas a dejarte el pelo largo.

—Simplemente no me lo he cortado este verano. Pero tendré que hacerlo cuando vuelva al trabajo.

La soltó para acercarse a Valle, que estaba de pie a pocos metros.

—Hola, Valle. ¿Cómo estás? —dijo besándola en la mejilla.

—Muy bien. Y tú ya veo que también.

—Sí, yo estoy fenomenal. Las vacaciones tienen un efecto mágico en todo el mundo. No conozco a nadie que tenga mal aspecto después de unas. ¿Y tú, has estado fuera?

—No, he pasado todo el mes aquí. Tu madre me invitó sabiendo que no iba a ir a

ningún sitio y he pasado unos días muy tranquila y relajada.

—Y aburrida, ¿no?

—Bueno, ya sabes que yo me distraigo con cualquier cosa. Libros, música...

Luisa había entrado detrás de su hijo.

—¿Qué? ¿A que está guapa?

—Sí... está preciosa.

—Bueno, vamos a comer, ¿no? —cortó Irene—, yo estoy muerta de hambre y me imagino que Víctor también.

—Sí, mucho.

Los cuatro se sentaron a la mesa y luego él, aduciendo cansancio del viaje, se fue a su habitación a descansar un rato. Pero apenas oyó cerrarse la puerta de Irene diez minutos después, se apresuró a llamar a la misma. Esta, que le esperaba, tardó apenas unos segundos en abrir.

Víctor se sentó en la cama al lado de su hermana y le preguntó:

—¿Quieres decirme qué está pasando aquí?

—¿Te refieres a Valle? Ya sabes que mamá nunca deja de intentarlo, solo que esta vez ha ido más lejos de lo que acostumbra.

—¿La ha tenido aquí todo el mes esperándome?

—Sí. Y la ha convencido de que volverá a conquistarte.

—¡Mierda!

—¿Y tú, estás dispuesto a dejarte atrapar?

—No por Valle. ¿Carla no ha llegado aún?

—No va a venir.

La cara de Víctor se ensombreció.

—¿Cómo? Pero si habíamos quedado en reunirnos aquí los tres.

—Ha cambiado de opinión a última hora.

—¿Sabes por qué?

—Sí... No le gusta Valle.

Él sonrió.

—Sí, Valle puede resultar encantadora para todo el mundo, pero no para Carla.

—Ni para mí. No me gusta el cambio en la compañía del verano.

—¿Y no podrías convencerla?

—¿Yo? Lo dudo. Ya la conoces cuando se le mete una idea en la cabeza.

Irene se quedó mirando fijamente la cara de su hermano mayor.

—¿Decepcionado?

—Más que eso... He venido por la autopista a más de ciento cuarenta en vez de tomar la carretera secundaria, que es la que me gusta, pensando en que ya estaría aquí. La he echado tanto de menos durante estas semanas... y esperaba que a ella le hubiera pasado igual conmigo. Pero si fuera así habría venido a pesar de todo, ¿no es verdad?

—No, Víctor. Carla no vendrá porque está celosa. Muy celosa.

—¿De Valle? Pero si aquello terminó hace dos años, y sabe que fue por ella.

—Estuvo aquí a primeros de mes pasando unos días. Entre mamá y Valle la convencieron de que ibais a reconciliaros, y no quiere estar aquí para verlo.

Víctor se echó a reír a carcajadas por primera vez desde que había llegado.

—De modo que es eso. ¿Te lo ha dicho ella o lo has supuesto tú? Porque contigo nunca se sabe...

—Sí, me lo ha dicho ella. Eso y mucho más. Está muy cambiada, Víctor...

—¿Qué más te ha dicho?

Irene le guiñó un ojo picarona.

—Que te echaba tanto de menos que si hubieras aparecido por allí en aquel momento se hubiera dejado llevar incluso al altar.

—¿Eso dijo?

—Palabra de honor.

Víctor besó a su hermana en la mejilla.

—Le tomaré la palabra. ¡Vaya si lo haré!

—¿Vas a ir a buscarla?

—Hoy no. Quedaría muy raro que haya llegado este mediodía y me marche al rato. Mamá está deseando verme. Aprovecharé para hablar con Valle y dejarle las cosas claras. Pero mañana buscaré alguna excusa y me escaparé a Madrid. Y Carla, cariño... ya se te han acabado los plazos.

Capítulo 29

Una visita inesperada

Agosto finalizaba con el mismo calor con que había empezado. Carla había tenido puesto el aire acondicionado durante toda la tarde y la ventana cerrada para evitar que el sol se colara en la habitación. Ya había entrado en la última semana de vacaciones y tenía que reconocer que estaba deseando que terminaran. Nunca un mes se le había hecho tan largo a pesar de haber estado ocupada en tantas cosas. Había estado en Puertollano, se había sacado el carné y había hecho reformas en el piso. Pero a pesar de todo había tenido tiempo para pensar, y para añorar... Demasiado tiempo. Y sobre todo desde el día anterior en que sabía que Víctor habría llegado a Puertollano, no podía concentrarse en nada.

Muchas veces había intentado adivinar cuál habría sido su reacción al encontrarse allí a Valle. Había esperado una llamada de Irene que le dijera cómo había sido el reencuentro, pero esta no se había producido, lo cual le hizo pensar que se habría mostrado encantado.

Durante la noche no había pegado ojo imaginando que Valle se había metido en su cama. Había cerrado los ojos para borrar las imágenes que se colaban en su cabeza, se había tapado la cara con la almohada. Se había desesperado a ratos y había dicho que no le importaba otros. Pero sí le importaba, maldita fuera, y mucho.

Se alegraba de no estar allí para ver la buena pareja que hacían y lo bien que se llevaban.

Como no había recibido noticias de Irene, cada vez estaba más convencida de que Valle y Luisa habían conseguido su objetivo y su amiga no se atrevía a llamarla para decírselo.

Para no pensar había limpiado la casa frenéticamente; había frotado, pulido y brillantado hasta que le dolieron las manos haciendo relucir hasta el último rincón.

La casa le había quedado muy bien después de la reforma. Había comprado una estantería que también pintó de naranja y la colocó en el salón separando este en dos zonas, y una cama japonesa que colocó casi al nivel del suelo y la cubrió con una gran manta estampada con una puesta de sol en tonos anaranjados y la llenó de almohadones.

Separaba así la zona del dormitorio de la de estar. Compró también un mueble que colocó pegado al ordenador, que en realidad se trataba de una mesa que al cerrarse guardaba en su interior cuatro sillas plegables. Quería invitar a sus padres a pasar algún fin de semana con ella, y el piso ya estaba acondicionado para recibirles.

Después de terminar con la limpieza se duchó y se puso una camiseta roja que le

llegaba a medio muslo y a la que había metido la tijera para cortar las mangas y abrir el cuello tratando de hacerla menos calurosa, se recogió el pelo, que había vuelto a teñir de su color, con una pinza y se sentó a ver películas de nuevo tratando de matar las horas que le quedaban hasta el momento de dormirse.

Apenas llevaba unos minutos observando la pantalla cuando sonó el timbre de la puerta. Se levantó y fue a abrir pensando que se trataría de la vecina de abajo protestando una vez más de que su aire acondicionado le goteaba en el toldo. Pero cuando abrió se encontró ante ella a Víctor. A un Víctor guapísimo, moreno y atractivo, vestido con un pantalón blanco y una camisa celeste. Él también la miró de arriba abajo y Carla fue consciente de su camiseta rota y de su pelo recogido de cualquier forma.

—Hola —saludó él.

—¡Víctor...! Creía que estabas en Puertollano.

—Yo también creía que estabas tú.

—No, no he podido ir.

—¿Puedo pasar? ¿O no es buen momento? ¿Tal vez estás acompañada?

—No, estoy sola, pasa.

Él entró y miró a su alrededor.

—Veo cambios.

—Sí, he decidido separar el dormitorio del salón aunque sea por una estantería y comprar una cama. Así podrán venir mis padres alguna vez y tendré dónde alojarles. Y a cualquier invitado que surja. También he comprado una mesa y sillas.

Él giró la cabeza buscándolas.

—No se ven, están camufladas. Son solo para circunstancias especiales.

Víctor se acercó hasta la zona donde ella había instalado el dormitorio.

—¿Puedo echar un vistazo o lo considerarías una intrusión?

—Claro que no. Mira todo lo que quieras.

Observó la cama de matrimonio colocada prácticamente a nivel del suelo, solo separada del mismo por una pequeña plataforma de madera.

—Tengo que reconocer que la cama me gusta, aunque debe resultar un poco incómoda para hacerla.

—Es un mal menor. Y me ahorro el somier.

—Veo más cambios —dijo volviéndose hacia ella.

—¿Cuáles?

—Tu pelo.

Ella se echó a reír.

—¡Ah, sí! El tinte rosa lo había estropeado un poco y mi peluquera me aconsejó que no lo tiñera durante una temporada.

—Bien por tu peluquera. Estás mucho más guapa así.

Carla le ofreció el sofá.

—¿No te sientas? ¿Quieres un café?

—Hace mucho calor para un café. Si tienes otra cosa...

—¿Una copa? ¿Un cubata, quizás?

—Con mucho hielo.

Carla entró en la pequeña cocina para coger el hielo sintiendo clavada en su espalda la mirada de Víctor y empezó a ponerse nerviosa. ¿Qué hacía allí? Irene le había dicho que se quedaría hasta el sábado en Puertollano. ¿Vendría acaso a decirle que había vuelto con Valle? ¿Y por qué iba a darle explicaciones a ella? Solo se habían acostado juntos dos o tres veces y no había nada entre ellos. Pero Víctor era muy cumplido, quizás creía que debía saberlo por él. Se preparó para escuchar lo peor.

Volvió a salir y abrió el armario de donde sacó dos vasos y las botellas y sirviendo las bebidas se sentó junto a él.

—Esperaba encontrarte en Puertollano —volvió a decirle.

—Como puedes ver he estado muy ocupada arreglando el piso.

—Yo lo veo ya terminado. Además, no es eso lo que me ha dicho Irene.

Carla levantó la cabeza alarmada.

—¿Qué te ha dicho? Alguna gilipollez, seguro. Tu hermana estaría más guapa calladita algunas veces.

—No importa lo que me haya dicho Irene, te lo estoy preguntando a ti.

—Tenía otras cosas que hacer.

—¿Como cuáles?

—Salir con Brad Pitt, por ejemplo —bromeó.

—Vaya, si se trata de Brad Pitt, con eso no puedo competir, aunque hay quien dice que yo también me parezco a un actor... Colin Firth... pero seguramente tú ni siquiera sabrás quien es.

—Claro que lo sé. He visto Orgullo y Prejuicio en versión original así como quinientas veces.

—Una gran chica aquella, atípica y adelantada a su tiempo. No sé a quién me recuerda...

Carla se echó a reír, pero él se puso serio y volvió a insistir.

—Sigues sin contestar a mi pregunta.

Ella se resignó a que no iba a olvidar el tema.

—Está bien... Se trata de una reunión familiar, ¿qué demonios pinto yo allí?

—¿Ver a tus padres?

—Ya les he visto hace dos semanas.

—¿A tu amiga?

—Ha quedado en que pasará por aquí antes de volver a Oviedo.

—¿A mí?

—A ti te veré todos los días a partir del lunes.

Víctor suspiró.

—De acuerdo. En vista de que tú no quieres tocar el problema en cuestión, lo haré

yo. Irene me ha dicho que no querías ir a causa de Valle.

—Recuérdame que le corte la lengua la próxima vez que la vea.

—¿Qué pasa con Valle? Mi madre dijo que te la presentó. ¿No te cae bien?

—Si me conoces un poco debes saber que no. Es el tipo de mujer que os gusta a los hombres y a las madres, pero yo no soy ninguna de esas dos cosas.

—¿Y qué es lo que te molesta de ella? ¿Quizás que es guapa, rubia, encantadora?

—No me molesta nada de ella.

—¿Ah, no? ¿Por qué no estás en Puertollano entonces?

—Está bien. Quizá lo que me molesta es que los hombres no sabéis ver más allá de lo que ella y las que son como ella tienen. Unos modales suaves, una cara bonita, una melena rubia y sedosa.

—Sí, es cierto. Tiene un pelo precioso, ¿verdad? En realidad ella está preciosa... mucho más bonita que cuando terminamos hace dos años. Más mujer, más madura...

Carla sintió que toda la alegría que había sentido al verle se esfumaba de golpe y una rabia sorda se apoderaba de ella.

—¿A eso has venido aquí? ¿A decirme lo maravillosa que es Valle?

—Tú lo has dicho primero, yo solo me he limitado a confirmarlo.

—¿Y por qué no estás en Puertollano diciéndoselo a ella?

—Ya lo hice... anoche.

Carla sintió que algo se clavaba muy hondo y dolía mucho, pero siguió aferrada a su rabia para no derrumbarse.

—Ya... comprendo... Eres tan correcto que crees que debías venir a decírmelo tú antes de que me entere por Irene. Pero estás equivocado. Podías habértelo ahorrado. A mí no tienes que darme ninguna explicación. Entre tú y yo no hay nada, ni nunca lo ha habido.

—No he venido a eso.

—¿No? ¿A qué entonces?

—Tenía que venir a Madrid a solucionar un asunto y les prometí a tu madre y a Irene que te llevaría para pasar el fin de las vacaciones como teníais previsto.

—Pues olvídalo, porque no pienso moverme de aquí.

—No puedes faltar. Voy a presentar oficialmente a mi novia y quiero que tú estés presente.

—Ni de coña. Lo que tú tengas con esa gilipollas no me concierne y no pienso estar presente. Vuelve allí y que te aproveche tu pastelito de fresa. ¡Y que te empalague hasta que se te piquen los dientes! ¡A mí me da igual!

Víctor se echó a reír a carcajadas. Ella lo miró echando chispas por los ojos.

—¿De qué te ríes?

—Me encanta verte celosa.

—¿Celosa? ¿Quién? ¿Yo? Estás muy equivocado. Por mí, Blancanieves y tú podéis ser felices y comer perdices. No eres mío porque no quiero. Sabes que no tengo más que chasquear los dedos y te vendrías a la cama conmigo ahora mismo,

por mucho que tengas a tu Valle esperándote, que ella nunca te dará lo que yo. Pero no quiero, ¿me oyes? No quiero.

—Demuéstramelo viniendo a Puertollano conmigo mañana.

—Ni lo sueñes.

—Más te vale que vengas por las buenas o voy a tener que jugar sucio contigo para obligarte.

—Ya... Eso te encanta, ¿verdad? Jugar sucio conmigo.

—Solo cuando me obligas. Y te aseguro que lo que tengo pensado para presionarte sí me encanta.

Carla levantó la vista alarmada.

—¿No irás a decirle a mis padres que tú y yo nos hemos estado acostando juntos?

—Había pensado decírselo, sí.

—Si lo haces te aseguro que le contaré a tu preciosa rubia hasta el último detalle de todo lo que tú y yo hemos hecho juntos. A ver si le gusta.

—Ya lo sabe, se lo he dicho yo.

Sintió que su rabia aumentaba aún más.

—¿Has estado contándole a esa gilipollas lo nuestro?

—¿Qué nuestro? Creí que no había nada entre nosotros.

—Ya sabes a qué me refiero. Dime, ¿habéis estado hablando de mí?

—Sí.

—¿Con qué derecho?

—Ya me conoces, soy un tío legal y si iba a decirle que estaba allí para nada, que no iba a volver con ella, tenía que explicarle el porqué.

—¿Le has dicho que no ibas a volver con ella?

—Sí, eso le he dicho.

—Entonces... ¿no estáis juntos?

—No.

—¿Y por qué me has dicho que sí?

—Si repasas la conversación, yo en ningún momento te he afirmado que haya vuelto con Valle. Solo que está guapísima, que es encantadora y que se lo he dicho. Es cierto. Pero también que no puedo volver con ella porque quiero a otra.

—¿A qué otra?

Él sonrió.

—Lo sabes de sobra.

—¿Y entonces a qué viene todo eso de presentar oficialmente a la novia?

—A ti, por supuesto.

—Eh, eh... corres demasiado, Víctor Trueba. Yo no he dicho que sí.

—Pero vas a hacerlo. Porque he prometido que te llevaría a Puertollano mañana y lo haré. Lo de jugar sucio iba completamente en serio, y a mí ya se me está acabando la paciencia.

—Estás muy seguro.

—¿Qué apuestas? —dijo inclinándose a besarla.

Después de un mes sin verle y de más de dos meses sin hacer el amor con él, Carla respondió al beso con toda su alma y cuando sintió la mano de Víctor subir por la cara interna de su muslo y tirar de las bragas para acariciarla supo que tenía razón y que haría con ella lo que quisiera.

—¿Sí o sí? —preguntó él dejando de besarla por un momento, pero jugueteando con los dedos.

—Eres un cabrón —susurró.

—Lo soy. ¿Sí o sí?

—Sí —respondió agarrándole por el cuello y obligándole a besarla otra vez. A los pocos minutos. Víctor cortó el beso de nuevo.

—¿Y te vendrás a vivir conmigo?

—No te pases.

Él detuvo la mano por un momento.

—Está bien, sí... haré lo que quieras, me iré a vivir contigo... tendré niños... algún día. No sé qué me has hecho que soy capaz de renunciar a cualquier cosa menos a ti. Te quiero, capullo, más que a nada en el mundo.

Él sonrió.

—Eso es lo que quería oír. Y ahora vamos a estrenar esa cama japonesa que has comprado pensando en mí, ¿verdad?

—¿Has necesitado estudiar psicología para descubrir eso?

—No, me ha bastado ver tu cara mientras me la enseñabas. Ven aquí, tenemos mucho tiempo que recuperar.

Carla le siguió hasta la zona del dormitorio y empezó a desabrochar los botones de la camisa con rapidez mientras él, de un solo movimiento, le quitó la camiseta y le soltó la pinza que le sujetaba el pelo.

—No sabes cómo te he echado de menos. Cada vez que sonaba el móvil y no eras tú sentía ganas de machacarlo.

—Cuéntamelo luego, ahora bésame, Víctor, bésame.

Volvieron a besarse mientras Carla terminaba de desnudarlo y después ambos se tumbaron en la cama sin siquiera deshacerla, dispuestos a olvidar el largo mes de separación.

Y la tarde se convirtió en noche, y la noche en madrugada sin que ellos parecieran darse cuenta del paso del tiempo, sin que pudieran dejar de tocarse, de abrazarse; sin que ni el cansancio ni el sueño se apoderasen de ellos.

A las cinco de la madrugada Carla, echada sobre él, le susurró:

—Me muero de hambre.

—Yo también. No he comido nada desde ayer al mediodía.

—Prepararé algo.

—¿A estas horas? Ni hablar. Coge cualquier cosa que tengas por ahí.

—Yo puedo comer bizcocho, pero a ti no te gustan los dulces.

—Comeré lo que sea.

—Tal vez prefieras chocolate. Es amargo, no empalaga y dicen que es muy energético.

—El chocolate amargo me gusta.

Carla se levantó y volvió poco después con una tableta que compartieron sentados en la cama.

—Cuando terminemos de comer deberíamos dormir un poco —propuso él.

—No quiero dormir.

—Si no descansamos un rato no podremos llegar a Puertollano antes del mediodía. Y si no llegamos, a Irene le dará un soponcio. Además, tengo muchas ganas de presentarte a todos oficialmente antes de que te arrepientas y de que mi madre siga haciendo planes para mí.

—Yo no voy a arrepentirme. Esta vez no. Pero tampoco estaría bien hacerle eso a Valle. Espera a otra ocasión que ella no esté para anunciarlo.

—No estará. Cuando hablé con ella dijo que se marcharía anoche. ¡Y no me digas que no te gustará ver la cara de mi madre cuando se lo diga!

—¡Qué malo eres! Irene también dice lo mismo.

—¿Entonces sí? ¿Lo decimos?

—De acuerdo... pero si te parece iremos a cenar en vez de a almorzar. Ahora quiero seguir comiendo chocolate —dijo besándole otra vez antes de que le diese tiempo a limpiarse la boca manchada de oscuro. Víctor soltó el trozo de tableta que tenía en la mano y la abrazó, tendiéndose en la cama de nuevo.

—¿No vas a decirme cuánto me has echado de menos?

—Mucho.

—¿Solo mucho? ¿Y eso de que irías incluso al altar si yo aparecía?

—¡La mataré cuando la vea!

—Déjala, con lo contenta que se va a poner cuando le digas que ya sois cuñadas. Que por fin he logrado pescarte.

—Está bien, es cierto. Te he echado tanto de menos que el mes se me ha hecho interminable.

—No ha pasado un mes, solo tres semanas.

—¿Solo? Pues me han parecido tres años.

—Lo sé.

—Yo también he gastado el móvil de tanto mirarlo esperando que sonara. Y cuando vi tu número y comprendí que solo era un mensaje de felicitación por haber aprobado el carné... que ni siquiera me llamabas para felicitarme en persona, me hundí... e hice algo muy insólito en mí.

—¿Qué? ¿Estrellarlo contra el suelo?

—Eso no sería insólito. No...

—¿Qué hiciste? —preguntó acariciándole el pelo.

—No te rías.

—No lo haré. ¿Qué hiciste?

—Llorar... Y destrozar un conjunto de ropa interior de cincuenta euros en un arrebato. Me lo había comprado para ti.

—¿Turquesa?

—Negro.

Víctor levantó la cabeza un poco y la besó con suavidad.

—Tú tampoco me llamaste para decirme que habías aprobado; tuve que enterarme por Irene.

—Ya... Quería olvidarte. Quería aprovechar este mes para estar lejos de ti y olvidar muchas cosas, para tratar de verte otra vez como siempre lo he hecho.

—¿Y lo has conseguido?

—¿Estaría aquí comiendo chocolate en tu boca si lo hubiera conseguido? Este mes solo ha servido para que comprenda que no solo te echo de menos en la cama, sino en cada momento de mi vida. No he podido tomarme un café con leche condensada ni comerme un pastel sin acordarme de ti. Y cuando la peluquera me dijo que debería dejar de teñirme el pelo por una temporada, en lo único que pensé fue en lo contento que te pondrías tú.

Él le revolvió el pelo.

—Estás guapísima.

—Y para colmo, la malvada de Irene diciéndome todo el tiempo que te gustaba coger autoestopistas y que a veces te enrollabas con ellas.

—Tengo que reconocer que alguna vez lo he hecho, pero no este año. Este año solo he tenido ojos para el móvil.

—Y hablando de mujeres... ¿quién estaba contigo la noche que te llamé?

—Mejor que no lo sepas.

Carla pegó un brinco en la cama soltándose de su abrazo.

—¿La conozco?

—Olvídalo, aquello ya pasó.

—No, quiero saber quién era. No temas que vaya a enfadarme, ni a arañarla ni nada parecido. Entonces tú y yo no estábamos juntos. Además, me lo merecía por tonta. Dime, ¿quién era?

—Si te lo digo, te vas a enfadar.

—No lo haré. Te lo prometo.

—Está bien. No estaba con nadie, era mentira.

—En serio, Víctor, ¿no te fías de mi palabra? Dímelo.

—Te lo estoy diciendo, estaba solo.

—¿Y entonces por qué me lo dijiste?

—Para ponerte celosa. Quería que te comieras por dentro de pensar que otra estaba conmigo... que otra quería lo que tú rechazabas.

Los ojos de Carla echaron chispas.

—¡Serás cabrón!

—Has prometido no enfadarte.

—Pero, ¿sabes de qué forma hice el imbécil aquella noche? Me emborraché como una estúpida porque tenía tantos celos que no podía dormir, y llamé a Irene para decirle... Dios la de tonterías que debí decirle... tuvo que alucinar.

—Ya le preguntaré mañana por la noche.

—Ni se te ocurra.

—Por supuesto que sí. Me encanta cuando te pones celosa, te vuelves muy divertida.

—¿Qué pasa? ¿Tú no has estado celoso nunca?

—Claro que sí, y mucho. La noche que te fuiste con Javier y le invitaste a tomar una copa en tu casa.

Ella le hizo cosquillas.

—¿No vas a preguntarme qué pasó?

—No pasó nada. Pero eso solo lo supe al día siguiente. La noche fue terrible.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Y cómo sabes que no pasó nada?

—Le pregunté y me dio a entender que sí. Pero conozco a Javier, si hubiera pasado lo habría dicho sin rodeos, apelando a mi sentido de la discreción como otras veces.

—Lo pillas todo, ¿eh?

—Es mi trabajo.

—Yo también pasé una noche terrible ayer. Estaba segura de que Valle se había colado en tu cama.

—¿Por qué estabas tan convencida de que volvería con ella?

—Por lo que dijiste el día de la comida en el restaurante italiano. Que si volvías a encontrarte con ella quizás acabarais juntos... y por el mensaje de felicitación frío como el hielo... y...

—¿Y qué?

—Y porque la he conocido y por mucho que me pese tengo que reconocer que es preciosa y encantadora... y pensaba que tú deberías estar loco si no la preferías a ella.

—Es posible que sea todo eso, pero tiene un gran defecto para mí.

—¿Cuál?

—Si Valle ve una mota de chocolate en mi boca correría a buscar una servilleta para limpiarla. Y a mí me encanta cómo la limpias tú.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Carla se incorporó y, cogiendo el resto de la tableta de chocolate que había colocado en la mesilla de noche, cortó un trozo y lo derritió sobre la boca de Víctor y luego, echándose sobre él empezó, a besarle.

—Si sigues así acabarás por aficionarme a los dulces.

—Tú también acabarás por aficionarme a mí a los niños algún día, así que estamos en paz.

—¿He oído la palabra niños?

—La has oído... pero todavía no.

—Todavía no. Hay que comer mucho chocolate antes.

Capítulo 30

Una reunión familiar

Después de comer y tras preparar un rápido equipaje, Carla y Víctor salieron del piso de esta para dirigirse a Puertollano a pasar los cinco días que les quedaban de vacaciones.

Víctor abrió el maletero y después de guardar el macuto le tendió las llaves del coche.

—¿Quieres conducir?

—¿Yo?

—Ya tienes el carné, ¿no?

—Sí que lo tengo.

—Entonces...

—¿De verdad me dejas el coche?

—Claro.

Carla cogió las llaves, acomodó el asiento y se sentó al volante. Arrancó y empezó a conducir con soltura, como si lo hubiera estado haciendo toda la vida.

—Víctor.

—¿Sí?

—Ayer me pediste que me fuera a vivir contigo.

—Y te recuerdo que dijiste que sí.

—Bajo coacción.

—Puedo volver a coaccionarte.

—En tal caso te tendré que volver a decir que sí.

—¿Y sin coacción?

—También. Pero, ¿te lo has pensado bien? ¿Sabes dónde te metes?

—Por supuesto.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? ¿Quién se muda? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Tu piso es muy pequeño, y además alquilado.

—O sea que me toca a mí dejar mi casa.

—No dejarla, solo trasladarla.

—¿Pretendes que me lleve mis muebles a tu casa? No me imagino mi sofá verde ni mi estantería naranja en tu salón.

—En el salón quizás no, pero puedes disponer del piso de arriba para hacer con él lo que quieras. Puedes colocar tus muebles, tus cortinas y hasta pintarlo de rayas como si fuera un garaje si te apetece.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Podrás tener tu propia casa dentro de la mía, y te prometo que respetaré tu intimidad si en algún momento quieres estar sola. No subiré sin ser invitado. Hasta tendrás una terraza privada que ahora no tienes.

—¿Y podré tomar el sol en pelotas?

—Podrás, pero en ese caso me temo que te haré alguna visita. Ya conoces mi debilidad por tus tetas.

—De acuerdo, pero te pagaré un alquiler.

—Vale.

—¿Aceptas sin protestar?

—Esperaba algo así. Sé que si no me pagas, no te sentirás en tu casa.

—Te daré lo mismo que pago ahora, y gano una terraza.

—La mitad.

—¡Víctor!

—La mitad, y ahí soy inflexible.

—Pero los gastos de comida, luz, agua, etcétera... a medias.

—A medias.

Poco más de una hora más tarde, Carla tocaba el claxon delante de los chalés colindantes de sus padres y los de Víctor.

—Lo bueno que tiene esto es que vemos a las dos familias del tirón.

—Y además se llevan bien, que ya es mucho.

—Lo que ya no es tan probable es que tu madre y yo nos llevemos igual.

—Te la meterás en el bolsillo lo mismo que has hecho conmigo.

—No estoy yo tan segura.

—¿Quieres que se lo diga yo antes de hacer la presentación oficial?

—Lo preferiría. Y probablemente ella también.

—Está bien, le quitaremos a Irene su diversión, pero yo también creo que es lo mejor.

—Yo lo diré en casa esta noche, me muero de ganas de ver la cara de mi madre cuando vea que al fin he acabado contigo. Lleva años diciéndome lo buena gente que eres. Se ve que no te conoce.

Irene salió en aquel momento y se acercó al coche justo en el momento en que ellos se bajaban del mismo.

—¿Puedo llamarte cuñada? —preguntó a bocajarro.

—Puedes.

Se colgó de su cuello gritando.

—¡Por fin!

—Calla, loca... De momento solo en privado.

—¿Aún estáis así?

—Solo hasta que Víctor hable con tu madre. Hemos quedado en que se lo dirá él esta noche, y yo a mis padres.

Irene se separó de su amiga y abrazó también a su hermano.

—¡Lo conseguiste! ¿Te lo ha puesto muy difícil?

—¡Qué va! Nada más verme se me tiró encima suplicándome.

—El muy cabroncete me hizo creer que se había reconciliado con Valle.

—¿Y sigues entero?

—Me lo pasé bomba viendo cómo se picaba. Creo que te voy a poner celosa más veces.

—Hay un refrán que dice «ojo por ojo...».

—Bueno, lo dejamos en tablas. Y voy a entrar a decirle a mi madre que estoy aquí.

—Sí, esta mañana no estaba muy segura de que Víctor te fuera a convencer. La pobre María no sabe lo persuasivo que puede ser mi hermano para ti.

—¡No sabes cuánto! Y contigo tengo que hablar... ya te pillaré, traidora. Vas apañada si esperas que te vuelva a hacer una confidencia.

—Asumo mi culpa.

—Abre el maletero, Víctor, para que pueda coger mi equipaje.

Desde el interior, él accionó una palanca y Carla cogió su maleta.

—¿No le llevas el equipaje como un caballero? —preguntó Irene mirando a su hermano.

—No voy a cometer ese error el primer día. Si Carla quiere que se lo lleve ya me lo dirá. He prometido solemnemente respetar su independencia y su capacidad de valerse por sí misma.

—Eso me gusta, creo que nos entenderemos —dijo ella dándole un beso en la mejilla.

—¿Vendrás ahora?

—Ya es casi la hora de la cena, creo que será mejor que nos veamos mañana. Cuando ya esté todo aclarado. Además, mi madre querrá que la ponga al corriente de mi vida desde la última vez que nos vimos.

—¿Y se lo vas a contar?

—Sin detalles; se moriría.

—Hasta mañana entonces.

Carla cargó su maleta y ambos hermanos se quedaron en el camino contemplando cómo cruzaba la verja y entraba en el chalé.

—Vamos, entra en casa —dijo Irene burlona—. No es ella la que corre peligro sino tú. Y una noche pasa rápido.

—¿Valle se marchó?

—Sí, anoche.

—¿Y cómo se lo ha tomado mamá?

—Regular. Quería que se quedara hasta fin de mes como tenía previsto. Todavía intentaba convencerla de que lo vuestro podía arreglarse.

—Hablaré con ella esta noche. Cuanto antes sepa lo que pasa, mejor. Para ella y

para Valle.

—Vas a tener que usar de toda tu habilidad diplomática.

—No te preocupes por eso. Si he logrado convencer a Carla para que se venga a vivir conmigo, mamá no presentará ningún problema.

—Sí, pero con ella no podrás usar las mismas tácticas.

—Eso desde luego. Anda, abre la verja para que pueda meter el coche.

Después de cenar, Carla se sentó en el porche. Le encantaba sentarse de noche en la oscuridad. Apenas hacía un par de horas que se había separado de Víctor y ya le estaba echando de menos. Si no fuera porque sabía que él quería hablar con su madre cuanto antes, se habría dirigido después de la cena a la casa de al lado para disfrutar de la tertulia familiar. Desde allí escuchaba el rumor de voces procedente de su jardín. La voz alegre de Irene, la ronca de su padre y la tranquila y sosegada de Víctor.

Su madre se acercó a darle las buenas noches.

—Carla, hija. Me alegro de que Víctor te haya convencido para que vinieras. Ya me había hecho a la idea de verte otra vez este verano y me sentí decepcionada cuando dijiste que no podías.

—Sí.

—¿Te falta mucho para terminar de arreglar el piso?

—Algunos cambios todavía. ¿Vas a acostarte ya?

—Eso pensaba.

—Siéntate un rato, ¿quieres?

—De acuerdo —dijo acercando la otra tumbona—. No es el arreglo del piso lo que te impedía venir, ¿no es cierto?

—No.

—Hay un chico.

—Sí, lo hay. En realidad he venido hoy aquí para decírtelo.

—¿Para decirme qué?

—Que tengo novio.

—¿Novio? ¿Quieres decir novio, novio?

Carla se echó a reír.

—Sí, mamá.

—¿No estamos hablando de alguien que te gusta o con el que simplemente sales, sino de algo serio?

—Sí. Tan serio que vamos a irnos a vivir juntos. Ya sé que tú no lo entiendes, que tú crees en el matrimonio, pero te aseguro que para mí esto es igual que casarme.

—Conociéndote nunca he esperado que te casaras. Y te confieso que me sorprende que quieras irte a vivir con alguien. Mucho has cambiado.

—No he cambiado. Me he enamorado, que no es lo mismo. Y no creas, me ha

costado mucho aceptarlo. No es una decisión tomada a la ligera. Si antes estaba segura de que lo que quería era vivir libre y sola, ahora lo estoy de que quiero estar con él, vivir con él y más adelante formar una familia. No me mires de esa forma, ya sé que no me reconoces. Ni siquiera me reconozco yo, pero es así... es lo que siento.

—¿Y se puede saber cuándo vas a presentárnoslo? Me gustaría conocer a ese hombre tan especial que va a conseguir que sientes la cabeza.

Carla sonrió.

—Ya lo conoces.

María pegó un respingo.

—¡Ayyy! ¡No será aquel chico con los pelos a manojitos y un aro en la nariz que trajiste hace un par de años al terminar el curso!

Carla se echó a reír.

—¿El de las rastas? No, mamá... Es Víctor.

Su madre miró hacia la casa de al lado a la vez que decía:

—¿Quieres decir... ese Víctor?

—Sí, él.

—¡Dios Santo, es la última persona en la que habría pensado!

—Lo sé. Si a mí misma me lo hubieran dicho hace un año me habría muerto de risa.

—No sabes cómo me alegro. Ya sabes que le quiero mucho, como si fuera mi hijo, pero jamás me atreví a esperar que tú y él... ¿Y puedo preguntar a qué se debe el cambio?

—Hace meses que empezamos a tratarnos más por cuestiones de trabajo, a conocernos mejor. Me acepta como soy y me ha hecho ver la vida de otra forma, a desear otras cosas. Ni siquiera me asusta la idea de tener niños en el futuro. Tengo que confesarte que estoy coladita.

—¡Hija, creo que tendré que hacerle un monumento a ese chico!

—Sabía que te ibas a alegrar. El problema será Luisa.

—No te preocupes por Luisa.

—Ella quería que Víctor se casara con Valle, y nadie más opuesto a ella que yo. Además, nunca le he caído bien.

—Bueno, puede que al principio gruña un poco, pero se le pasará.

—Víctor iba a decírselo esta noche, espero que no le resulte muy desagradable.

—Si ha conseguido convencerte a ti, podrá con Luisa.

—Con ella no podrá usar las mismas tácticas —dijo divertida.

María la miró fijamente.

—Supongo que si vais a ir os habréis acostado...

Carla miró a su madre sabiendo el trabajo que le habría costado hablar de aquello.

—Sí, mamá. Yo nunca me metería en una relación tan seria a ciegas.

—Ya... Bueno, puedes decirle que si quiere dormir en tu habitación por nosotros no habrá problema. Comprendo que habéis estado mucho tiempo separados este

verano... Porque habéis estado separados, ¿no?

—Sí, todo el mes de agosto. Hasta ayer. Tienes una hija muy cabezota que no acababa de decidirse.

—Bueno, pues eso... Llámalo si quieres.

—Esta noche, no. Dejaremos que hable con Luisa tranquilamente y que ella lo digiera. Mañana. Gracias mamá, realmente tengo muchas ganas de estar con él... a todas horas.

—De nada. No sabes lo tranquila que me siento.

Carla se echó a reír.

—No quieres que se te escape el yerno, ¿eh?

—Este no.

—No te preocupes, ya me encargaré yo. Él me importa de verdad. Y ahora me voy a la cama, estoy cansada.

—Buenas noches, hija... Y no te preocupes por Luisa, se acostumbrará.

Carla se levantó después de una noche de sueño profundo. La primera desde que cogió las vacaciones, y después de desayunar se dirigió a la casa de al lado dispuesta a enfrentarse a lo que fuera.

Apenas sonó la cancela, Luisa asomó la cara por la ventana de la cocina, y ni siquiera la saludó.

Respiró hondo y se dirigió hacia la casa y empujando la puerta que sabía abierta, entró y saludó a la que ya podía considerar su suegra.

—Hola, Luisa, buenos días.

—Están en la piscina —dijo esta señalando la parte de atrás del chalé.

—Bien, pero antes me gustaría hablar contigo —dijo decidida a agarrar el toro por los cuernos.

—¿Conmigo? ¿Ahora?

—Sí, ahora. Víctor te lo ha dicho, ¿verdad?

—Sí, anoche. Lo que no entiendo es por qué no me lo dijiste tú cuando estuviste aquí a primeros de mes.

—Porque entonces yo no lo sabía. No había nada entre nosotros todavía. Ni siquiera estaba muy segura de lo que sentía yo. Lo único que tenía claro era que no quería estar aquí cuando se reconciliara con Valle.

Luisa le dirigió una mirada sombría.

—Tú nunca pensaste que él y Valle se pudieran reconciliar.

—Sí lo pensé. Si no lo hubiera creído habría venido como tenía previsto, pero me quedé en Madrid para darle la oportunidad de elegir. Si Víctor no me hubiera querido, si no hubiera ido a buscarme, yo me habría mantenido al margen y hubiera dejado que hiciera su vida con ella. Pero él también siente lo mismo que yo y no voy a dejar que otra se lleve al único hombre que he querido en mi vida, por mucho que pienses

que Valle es más adecuada para él. Como ves estoy siendo sincera contigo. Ya sé que tú y yo nunca nos hemos caído bien, siempre has pensado que soy una mala influencia para Irene y que también crees que ahora lo seré para Víctor, pero te equivocas... Es él quien ejerce una buena influencia sobre mí. Entiendo que estés enfadada, que te habías hecho muchas ilusiones sobre Valle, que la querías a ella como nuera y que yo no soy ni remotamente el tipo de mujer que tú deseabas para Víctor, pero solo puedo decirte una cosa, y es que le quiero mucho y que lo que más deseo es hacerle feliz. Si no lo entiendes como madre, trata de entenderlo como mujer. Yo estoy dispuesta a olvidar nuestras diferencias y ser tu amiga cuando se te pase el enfado... Mientras no voy a imponerte mi presencia... nunca lo haré.

Luisa seguía cortando verdura y no contestó.

—Eso es todo lo que quería decirte. Ahora me voy a casa. Diles a Víctor y a Irene que estoy levantada y que pasen por allí si quieren darse un chapuzón conmigo.

Se dio la vuelta y ya estaba saliendo de la cocina cuando la voz de Luisa la detuvo.

—Díselo tú... están en la piscina. Yo estoy muy ocupada preparando el almuerzo. Te quedas a comer, ¿verdad?

Carla se volvió y ambas mujeres se miraron.

—Si no te causa molestias...

—Si tú estás dispuesta a enterrar el hacha de guerra, yo también. Por Víctor. Y acabo de comprender que sí le quieres mucho. Si no fuera así no habrías venido aquí a hablarme en esos términos sabiendo lo mal que te caigo.

—No me caes peor de lo que yo te caigo a ti, solo somos muy diferentes. Pero las dos le queremos y llegaremos a entendernos, porque él está en medio.

—Si tú le quieres yo también te querré a ti. Solo dame tiempo.

—Gracias.

—Y ahora ve ahí detrás. Va a gastar el móvil de tanto mirarlo esperando que le des un toque.

Carla salió de la cocina y se reunió con ambos hermanos en la piscina. Irene, que se bañaba en aquel momento, salió del agua y Víctor, que estaba sentado en la tumbona, se levantó al verla.

—Vaya, dormilona... Ya creía que iba a tener que ir a despertarte yo mismo.

—Hace un rato que estoy levantada. He tardado porque he estado hablando con tu madre.

Irene se acercó rápidamente.

—¿Y has salido viva? ¿O acaso es ella la que ha resultado KO?

—No ha sido para tanto... Estoy invitada a comer.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué le has hecho?

—Ha sido fácil —se burló—, solo le he dicho que o es amable conmigo o la próxima vez que vea a Víctor tendrá rastras azules y un *piercing* en la lengua. Y como es mujer y sabe que pueden más dos tetas que dos carretas, se ha apresurado a

invitarme a comer.

Víctor la miraba divertido, y pasándole un brazo por la cintura, la besó en la cara.

—Y yo siempre he sentido debilidad por tus tetas, ¿verdad?

—Siempre, desde hace muchos años.

Irene preguntó:

—¿Cómo que desde hace muchos años?

—Un pequeño secreto del pasado de Carla y mío.

—¿Del pasado? ¿Qué os habéis traído entre manos los dos a mis espaldas? Se supone que tú y yo nos lo contábamos todo, traidora.

—Bueno, casi todo.

—Querrás decir todo menos lo referente a mi hermano, ¿no? ¿Ha habido algo más que yo no sepa?

—Quizás.

—Ya te pillaré esta noche, Víctor, y te haré que me lo cuentes todo.

—Yo también tengo que preguntarte a ti sobre una llamada a altas horas de la madrugada y con una buena borrachera...

—¡Ah, eso fue buenísimo!

—Hablaemos luego.

—¿Qué apuestas a que no? —dijo Carla.

—¿Que no? Cuando tú te vayas a la cama pillaré a mi hermano y ya verás... Nos pondremos al día sobre todo lo pasado.

—Es que mi madre le ha invitado a dormir en mi habitación, pero claro, si él prefiere cotillear...

—Hablaemos otro día, Irene. Lo siento. El deber me llama.

Esta le dio un empujón y lo tiró a la piscina.

—Anda, remójate y quítate el calentón, que hasta la noche no hay nada que hacer.

Después Carla y ella se lanzaron también al agua y tras hacer unos cuantos largos, Víctor se acercó a su hermana.

—¿Por qué no te vas un rato a ayudar a mamá en la cocina?

Irene abrió mucho los ojos.

—¿Me estás echando?

—No... te estoy suplicando que nos dejes solos un rato. No mucho... no nos vemos desde ayer por la tarde.

—¡No me lo puedo creer! Yo pensaba que iba a ganar una cuñada y resulta que pierdo a una amiga —se volvió hacia Carla—. ¿Y tú no tienes nada que decir?

Esta puso cara de pena.

—Un ratito...

—Bien, bien, ya veo que te tiene en el bote. ¡Déjese usted el sueldo en móvil para esto! Ya me voy, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que tenéis que daros un morreo delante de mí para que yo me acabe de creer

que estáis juntos.

—¡Hecho... pero solo uno y te vas!

Irene salió de la piscina y se sentó en el borde mientras Carla se acercó hasta Víctor y agarrándole la cabeza con ambas manos empezó a besarle. Él le rodeó la cintura con los brazos y se olvidaron por completo de que tenían una espectadora hasta que la escucharon decir:

—¡Me largo, que me estáis poniendo mala y mi novio está a muchos kilómetros de aquí!

Pero ellos ni siquiera contestaron.

Capítulo 31

La casa compartida

Carla bajó el taladro con el que acababa de colocar en la pared un enorme cuadro cuyo motivo principal era un arcoíris. Había sido regalo de Víctor para su nueva casa, que ocupaba toda la planta superior de la de él.

Había pintado las paredes de distintos tonos de azul y había logrado acomodar en la habitación todos los muebles de su antiguo domicilio.

Víctor le había ofrecido su ayuda, pero solo había aceptado que le echase una mano para subir los muebles por la estrecha escalera, prefería ver su cara cuando ya todo estuviera colocado.

Dio un vistazo a su alrededor. La cama, colocada contra la pared del fondo, le permitía ver el cielo a través de la cristalera que daba acceso a la terraza. El sofá verde, junto a la puerta de la misma, para disfrutar de la luz que entraba a raudales y el resto repartido por los distintos ángulos de la habitación.

Le gustaba cómo había quedado todo. El espacio era mucho mayor que el que tenía antes, y había sabido sacarle provecho. El armario, en esta ocasión contenía solo su ropa, porque Víctor le había cedido uno de los muebles de la cocina para tazas de colores, ollas y sartenes e incluso la bandeja de lunares tenía un hueco en la encimera de mármol, poniendo un toque de color en la sobria cocina.

Se acercó a la escalera que comunicaba con la planta inferior y llamó a Víctor.

—Ya está todo. Puedes subir.

Pocos minutos después escuchó sus pasos subiendo los escalones. Llevaba en la mano una botella de champán y dos copas.

—Hum... ¿celebración y todo?

—Por supuesto —dijo él colocando la botella sobre la mesa japonesa.

—Antes dime si te gusta.

Se giró y contempló el conjunto con expresión imperturbable.

—No tienes que mentir por compromiso.

—Cariño, ya sabes que los colorines no son lo mío. Solo me gustan en tu ropa interior.

—Vaya... yo que me he vuelto a comprar el conjunto negro que rompí cuando me mandaste el mensaje de felicitación por el carné...

—Creo que podré acostumbrarme al negro. ¿Cuándo podré verlo?

—¿Qué tal esta noche?

—Dentro de un rato vendrán todos los compañeros de trabajo para inaugurar tu casa. Seguramente nos acostaremos muy tarde... ¿No podría ser antes?

—¿Lo dices en serio? ¿Te has vuelto impaciente, Víctor Trueba?

—Según para qué cosas, sí.

—De acuerdo. Me doy una ducha rápida y me lo pongo.

Carla rebuscó en el cajón y sacó una bolsa. Entró en la ducha que había en el rellano, mientras Víctor abría la botella de champán y servía las copas.

Apenas diez minutos después, apareció vestida solo con un sugerente conjunto de licra y encaje que le cortó la respiración a su novio. Se acercó a ella, que lo rechazó con suavidad.

—No, no... Has dicho ver.

—¡Que te crees tú eso!

—Bueno, pero primero el champán.

Se apartó de mala gana y le acercó una de las copas.

—Por una larga y feliz convivencia.

Ella soltó una sonora carcajada.

—Qué convencional eres... —Alzó su copa y dijo con convicción—: ¡Por una convivencia llena de polvazos, broncas, reconciliaciones y todo lo que da sal a la vida!

—Por eso.

Vació de un trago su copa y la rodeó por la cintura.

—Y ahora, señorita, pongamos un poco de sal a nuestra vida antes de que lleguen los invitados.

—Vas a tener que ser rápido... en media hora estarán aquí.

—Hummmm puedo ser muy rápido cuando hace falta.

Media hora después, ambos terminaban de darse los últimos toques ante el espejo del cuarto de baño de la planta baja. Carla se maquillaba mientras Víctor se abrochaba la camisa.

—Se te nota, jefe.

—¿Qué se me nota?

—Que acabas de echar un polvo de los buenos.

—Me importa un bledo.

—Se dice «me importa un carajo». Voy a tener que educarte.

—A lo mejor es al revés.

—No creo.

Víctor sonrió a través del espejo. También a ella se le notaba el brillo del sexo compartido en la mirada. Esa mirada pícara que lo volvía loco.

—Bueno... ¿Cómo lo vamos a hacer para compartir la casa? ¿Cada uno vive en su parte y nos reunimos para hacer el amor o...?

Víctor terminó de pasarse el peine y propuso muy serio:

—He pensado hacer un cuadrante.

Carla detuvo el cepillo para las pestañas y su mirada relampagueó a través del espejo.

—¿Un cuadrante?! ¡¿Has dicho un cuadrante?!

Él aguantó la risa lo mejor que pudo. Sabía que la iba a poner furiosa.

—¿No te parece buena idea?

—¿Hasta para esto tienes que ser cuadrado?

—Bueno, ¿qué propones tú?

Ella sonrió pícaro, comprendiendo que lo había dicho para hacerla saltar.

—Pues que tenemos dos casas, dos camas, dos sofás, dos baños y mucho suelo para hacerlo donde primero nos pille. Y para dormir, lo mismo. No hace falta un maldito cuadrado.

—Podría funcionar...

—Va a funcionar, Víctor Trueba. ¡Por mis ovarios que sí!

El timbre de la puerta les hizo terminar la discusión y precipitarse a recibir a sus invitados.

Epílogo

Tres años después

Carla llegó a casa sintiéndose eufórica. Había ido al ginecólogo para una revisión rutinaria y se había encontrado con un embarazo de veinte días. Y en realidad era muy probable. Recordó con una sonrisa la noche que habían salido con los compañeros y ambos habían regresado a casa con unas copas de más después de haber estado bailando y muy excitados, y se habían arrojado uno en brazos del otro sin que ella se acordase siquiera de tomar la píldora. Era viernes y habían estado haciendo el amor prácticamente todo el fin de semana, y cuando se dio cuenta eran tres las pastillas que se había saltado. No le había dicho nada a Víctor para que no se hiciera ilusiones, ya hacía varios meses que él le estaba pidiendo que se quedara embarazada. Y sin pretenderlo, había sucedido.

A pesar de su reticencia a ser madre, había sentido una fuerte emoción cuando vio en la pantalla aquel pequeño punto que latía dentro de ella. Hubiera dado algo porque Víctor estuviera allí también, compartiendo el momento, o al menos que estuviera en casa para decírselo. Pero estaba de viaje. Tres días antes había salido con Marina para una misión y desde entonces no sabía nada de él. Eso era lo peor cuando se marchaba, que la comunicación se cortaba entre ambos y solo tenía noticias a través de Vero.

Cómo le gustaría llamarle y contárselo, pero solo una emergencia le permitiría ponerse en contacto con él. Estaba tan feliz que se sentía incapaz de guardar la noticia para ella sola, necesitaba compartirla, pero era consciente de que Víctor era la primera persona que debía saberlo. Ni siquiera Irene tenía derecho a enterarse antes. Imágenes de él jugando al baloncesto con el pequeño en la canasta que había en la casa de sus padres en Puertollano, enseñándole a nadar, y todas esas cosas que siempre decía que quería compartir con sus hijos, le llenaban la mente. Apenas podía contener las ganas de verlo, abrazarlo y llamarlo «papá Víctor». Impaciente por naturaleza, pensó que la ocasión podía calificarse de «emergencia». Lo llamaría, solo por esta vez. Seguramente le reñiría por hacerlo, pero cuando supiera el motivo, no tendría más remedio que perdonarla. Y ya se encargaría ella de quitarle el enfado cuando volviera.

Cogió el móvil y marcó el número privado de Víctor, pero el buzón de voz le comunicó que no estaba disponible. Pensó que se habría quedado sin batería o estaría sin cobertura, y decidió volver a intentarlo más tarde.

Un par de horas después lo volvió a llamar, con el mismo resultado, y al anochecer una tercera vez, sin que pudiera contactar con él. Preocupada, decidió olvidar las instrucciones y llamó a Marina. Esta respondió al momento.

—Hola, Carla, ¿ocurre algo?

—No, al menos nada grave. ¿Puedes decirle a Víctor que me llame cuando pueda? Tengo que decirle algo importante.

—¿A Víctor? Carla, yo estoy en una misión, fuera de Madrid.

—Ya lo sé... con él. He tratado de llamarle durante toda la tarde, pero tiene el móvil apagado.

Marina no respondió y una idea se abrió paso en la mente de Carla.

—¿No está contigo?

—Carla...

—Por favor, dime la verdad, ¿está contigo o no?

—No. Yo estoy con Javier. No sé nada de Víctor desde la semana pasada.

—Perdona, no he debido llamarte.

Sintiéndose como una auténtica gilipollas intentó dormir, pero solo consiguió dar vueltas y más vueltas en la cama.

A la mañana siguiente irrumpió como una tromba en el despacho de Vero.

—¿Dónde está?!

—¿Quién? —preguntó su amiga intuyendo problemas.

—¿Quién va a ser? Víctor.

—Está de viaje, ya lo sabes.

—Sí, pero no con Marina. La llamé anoche y no tenía ni idea de dónde estaba. Y él no responde al móvil.

—Carla, ¿le has llamado? Sabes...

—Que solo puedo llamarle para una emergencia, y lo era. Intenté localizarle durante todo el día y al fin, terriblemente preocupada, llamé a Marina, pero ella no tenía ni puñetera idea de dónde anda.

—En una misión.

—¿Eso ya lo sé! ¿Pero dónde? ¿Y con quién? Javier está con Marina.

—No puedo decírtelo.

—Vero, dime que no se ha ido solo...

Esta bajó los ojos y no contestó. Carla contuvo la respiración. Sabía que Víctor solo trabajaba en solitario cuando se trataba de algo realmente peligroso.

—¿Sabes algo de él? ¿Está bien? Por favor, dime aunque sea eso.

—Anteayer dio un toque. Desde entonces... nada. Pero ya sabes que esto no es extraño en este tipo de misiones.

—¿Y una mierda! Sabes que eso no significa que todo vaya bien. Por favor, Vero, dime dónde está, qué está haciendo... Te prometo que nadie se enterará de que me lo has contado.

—Él no quiere que lo sepas, y le juré que no te lo diría.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Tengo que saberlo!

—No puedo, Carla. ¿Tan grave es lo que te sucede? Cuenta conmigo para lo que sea mientras Víctor está fuera.

—No, Vero... se trata de algo muy personal, tú no puedes ayudarme.

—Lo siento, Carla... No puedo decirte nada.

—De acuerdo. Pero por favor, si recibes algún otro toque sea bueno o malo, dímelo. Estoy muy preocupada.

—Lo haré. Y no te preocupes, Víctor es un profesional, sabe lo que hace.

—Eso espero. No me gustaría...

—¿Qué?

—Nada.

Durante tres días, Carla se desesperó. Cada vez que entraba en la oficina, pasaba por el despacho de Vero y esta negaba en silencio y agachaba la mirada. Como una zombi, hacía su trabajo y luego se marchaba a casa, a intentar evadirse de la angustia y la preocupación, sin conseguirlo.

El jueves, después de almorzar, Vero la llamó para decirle que había recibido un toque en clave de Víctor anunciándole que estaba bien, pero ella seguía sin tener noticias, sus llamadas perdidas seguían sin respuesta. Como si no las hubiera recibido, y empezaba a pensar que así era.

Aquella tarde de viernes se sentía terriblemente nerviosa y preocupada. Hacía ya siete días que no sabía nada de Víctor. Nunca había estado tanto tiempo sin noticias, y lo que era peor, sin saber cuándo volvería.

Su madre la había llamado a principios de semana para pedirle que fuera, que su padre estaba enfermo y ella había aceptado, pensando que Víctor estaría de regreso y que podrían dar la noticia de su embarazo a las dos familias. Todos se volverían locos de alegría, incluida Luisa, con la que había logrado al fin llevarse más o menos bien.

Sabía que debía ir, que se preocuparían si no lo hacía, pero la sola idea de hacerlo sin tener noticias de Víctor, la asustaba. Como si fuera a sucederle algo malo mientras ella estaba fuera.

La preocupación la consumía, el no saber nada de él era mucho peor que conocer el peligro que realmente corría.

El sonido de los mensajes en el móvil la sobresaltó, y el corazón empezó a latirle con fuerza al ver el número de Víctor. Leyó el mensaje: «Hola, cariño. Estoy en Madrid, llegaré a tiempo para la cena. Ponte sexy, te he echado mucho de menos».

La angustia que sentía se evaporó de golpe dando paso a una rabia sorda. El muy hijo de puta solo pensaba en acostarse con ella, después de la semana que le había hecho pasar, después de mentirle como un bellaco.

Poco más de una hora después escuchó las llaves en la cerradura. Contuvo el impulso de correr hacia él y abrazarle, de tocarle para asegurarse de que estaba bien, de suplicarle que no volviera hacerle eso nunca más, pero su enfado pudo más y permaneció en la cocina, calentándole la cena como si se tratara de un día normal.

Lo sintió a su espalda, pero no se volvió, sino que continuó sacando platos y

vasos del mueble.

—Hola, preciosa, ya estoy aquí. —La abrazó por la espalda y le besó el cuello—. ¡Cómo te he echado de menos!

Carla no respondió y permaneció rígida sin responder a su abrazo. Víctor intuyó su enfado, pero aun así continuó diciéndole:

—¿No me das un abrazo de bienvenida?

—Estoy ocupada. Supongo que no habrás cenado.

—Olvida la cena, no es comida lo que necesito.

Ella se movió un poco desprendiéndose de sus brazos y Víctor se resignó a que sus caricias no iban a ablandarla. Ignorando lo evidente, le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Estás enfadada?

—¿Debería?

Él suspiró, y cogiéndole la mano la hizo salir de la cocina.

—Ven aquí, está claro que tenemos que hablar.

Carla lo siguió hasta el sofá y se sentó a su lado.

—¿Qué ocurre, Carla? ¿Es porque no he devuelto tu llamada? Ya sabes que cuando estamos en una misión no podemos utilizar el móvil para asuntos personales.

—Eso ya lo sé, yo solo te di un toque para que me llamaras cuando pudieras.

—No he podido, te lo aseguro. Sé que debía tratarse de algo importante, no me habrías llamado si no lo fuera... pero no he podido.

Ella estalló al fin dejando escapar el motivo de su enfado.

—¿Por qué me has dicho que ibas con Marina si no era verdad?

Él suspiró.

—Ya... es eso.

—¡Claro que es eso! ¿Qué pasa? ¿Qué después de tres años viviendo juntos todavía no confías en mí? Estoy bien para follarme, ¿no?, pero en lo que se refiere al trabajo es otra cosa.

—Carla, sabes que cuando empezamos nuestra relación acordamos que dentro de la oficina seríamos compañeros de trabajo como todos los demás, que no habría ningún tipo de favoritismos.

—Claro que sí... dentro de la oficina. Pero aquí es diferente, aquí soy tu mujer, o al menos eso creía.

—Claro que lo eres —respondió alargando la mano para acariciarle la cara, pero Carla lo esquivó.

—¡Déjame, no me vengas con carantoñas! Esta vez no vas a quitarme el enfado con cuatro arrumacos. Lo he pasado muy mal estos días.

—¿Y por qué crees que no te lo he dicho? Porque sabía que te preocuparías. Sabes que cuando voy solo es porque no quiero que nadie más corra riesgos.

—Vero lo sabía.

—¿Celosa?

—¡No, mierda! ¿Cómo voy a estar celosa de Vero a estas alturas? Pero no

comprendo por qué puede ella enterarse y yo no.

—Ella tenía que saberlo.

—Para que pudiera ayudarte si lo necesitabas, ¿no? Porque corrías un riesgo enorme, ¿verdad? Y yo en casa como una tonta pensando que estabas haciendo un trabajo normal cuando te estabas jugando la vida. Durmiendo tan tranquila en mi cama sin siquiera sospechar que podía no volver a verte. Dime, ¿por qué ella tenía derecho a saberlo y yo no? ¿Tan poco soy para ti?

—Claro que no, Carla. Eres lo más importante del mundo para mí.

—No estoy tan segura. Creía que la nuestra era una relación sincera, pero he comprobado que no. ¿Cuántas veces me has ocultado cosas como estas? ¿Cuántas me has mentido? Porque ha habido más, ¿verdad?

Víctor bajó la mirada y no contestó.

—Por supuesto... La estúpida de Carla se lo traga todo. Mejor que no sepa lo que a ti no te interesa.

—No digas eso. Te juro que nunca te he ocultado nada que no fuera referente al trabajo. Nunca te he mentido en ninguna otra cosa, nada que nos afecte a nosotros.

—Es que el trabajo nos afecta a nosotros. ¡Maldita sea, si tú corres peligro y tengo derecho a saberlo! Ya sé que es tu trabajo y también el mío, y debemos asumir que a veces corremos riesgos, pero dime cómo te hubieras sentido de haber sido al revés, si hubiera sido yo quien corría peligro sin que tú lo supieras. No quiero que me trates como a una niña que no debe preocuparse ni saber la verdad, quiero que me trates como a una mujer, y si no puedes o no quieres hacerlo, dímelo y haré las maletas.

—No digas tonterías... Estás enfadada y tienes razón. Pero no digas nada de lo que mañana te arrepientas. Ven, cariño, no te enfades conmigo. Solo quería que no te preocuparas. Déjame demostrarte lo importante que eres para mí.

Hizo intención se abrazarla, pero ella no se movió.

—Eso no se demuestra en la cama, Víctor. Ahí es muy fácil. Y yo lo siento mucho, pero hoy considero que soy una puñetera mierda en tu vida.

Se levantó y se dirigió a la puerta que comunicaba con el piso superior.

—En el horno tienes la cena.

—¿Tú no comes?

—Ya lo he hecho.

—¿Vas a dormir arriba esta noche?

—En mi casa.

—Y no seré bien recibido si subo, ¿no es así?

—No lo serás.

—Bien, no te preocupes. No te molestaré. ¿Ni siquiera vas a decirme eso tan importante para lo que me llamaste?

—No es nada que le concierna a mi jefe, sino a mi pareja, y en este momento no siento que la tenga.

—Está bien, como quieras. Si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy. Yo te recibiré con los brazos abiertos.

Carla subió y se tendió en la cama sintiéndose más enfadada aún que cuando él llegó, y no sabía por qué. Quizás porque Víctor había aceptado su decisión y su enfado cuando podía haberla hecho cambiar de opinión con besos y caricias, y llevarla a la cama a pesar de sus protestas. Y lo más importante, que le hubiera prometido que no se volvería a repetir. Pero no lo había hecho.

Se levantó a la mañana siguiente sin apenas haber dormido dispuesta a coger el primer AVE que saliera para Puertollano.

En cuanto escuchó los leves pasos de ella en la escalera, Víctor saltó de la cama y se dirigió a su encuentro en la cocina. Se sorprendió verla tan temprano vestida para salir, normalmente los fines de semana Carla solía holgazanear por la casa en pijama hasta bastante avanzada la mañana.

—¿Vas a algún sitio tan temprano? —le preguntó ligeramente alarmado.

—A Puertollano. Voy a coger el primer tren.

—Carla... No irás a hacer ninguna tontería, ¿verdad? No irás a marcharte de casa por esto...

—Voy a ver a mi padre que está enfermo. Le prometí a mi madre que iría este fin de semana.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Mejor que no. Además, tendrás que presentarle el informe a Rafa. No quiero interferir en tu trabajo.

—Puedo hacerlo el lunes. Si tu padre está enfermo, es motivo suficiente para que lo postergue.

—No es más que un fuerte resfriado, ya sabes que mi madre todo lo exagera.

—O sea, que no quieres que vaya. Si es así, dímelo claro.

—De acuerdo, te lo diré claro. Si vienes, tendremos que dormir en la misma habitación, ya sea en tu casa o en la mía, o decir que estamos enfadados. No me apetece ninguna de las dos opciones.

—Como quieras. Ya veo que estás dispuesta a hacer de esto una montaña. Si cambias de opinión y quieres que vaya, dímelo.

—¿Para que tengas el móvil apagado?

—No lo tendré apagado, lo dejaré encendido y... esperaré tu llamada. Carla, he estado pensando esta noche y tienes razón, no he debido ocultarte esto. Yo solo quería protegerte, pero sé que tenías derecho a saberlo, aunque te preocuparas. No volverá a pasar.

—Sí volverá a pasar, y tú lo sabes.

Él se acercó.

—No, cariño, te juro que no.

Carla dio un paso atrás y cogió la bolsa de viaje.

—Me voy o perderé el tren.

—¿Volverás mañana por la noche?

—Por supuesto. Entro a trabajar el lunes a las ocho.

Dio media vuelta y se alejó sin siquiera darle un beso en la mejilla. Víctor se quedó allí sintiéndose triste y solo. Era la primera crisis importante que tenían desde que estaban juntos. Tenía que reconocer que había sido más fácil de lo que pensaba convivir con Carla, y lamentaba profundamente ser el culpable de ella. Debía haberle hecho caso a Vero y no ocultárselo, pero solo quería protegerla, la sola idea de que ella se preocupara le hacía sentir muy mal. Pero no lo volvería a hacer, ella tenía razón, ¿cómo se sentiría él si descubriera que le habían ocultado algo así?

Estaba tentado de coger el coche y llegar a la estación y suplicarle que le permitiera ir con ella. Después de tantos días de tensión y soledad necesitaba desesperadamente tenerla cerca, abrazarla y sentir su olor familiar, la tibieza de su cuerpo, aunque no hubiera sexo. Pero a su enfado le vendría bien un par de días de separación.

Para matar el tiempo empezó a redactar el informe, a pesar de que no tendría que entregarlo hasta el lunes a mediodía y encendió el móvil, esperando que ella cambiase de opinión y lo llamara.

No lo hizo; ni siquiera le puso un mensaje diciendo si había llegado bien, como solía hacer cuando no viajaban juntos. Trató de entenderla, de ponerse en su lugar, y siguió trabajando.

Al anoecer no soportaba más estar sin noticias, no se atrevía a llamarla para darle el espacio que ella quería, y luchó consigo mismo y con sus ganas de verla. Se acostó, pero no consiguió dormir y al amanecer perdió la batalla y decidió arriesgarse. Carla no podía enfadarse más de lo que ya estaba, de modo que cogió el coche y puso camino a Puertollano.

Carla se despertó con una ligera sensación de náuseas. Lo había pasado mal en el tren, había tenido que hacer grandes esfuerzos para no vomitar y desde entonces no conseguía quitarse de encima la sensación de estar a punto de hacerlo en cualquier momento. Apenas había comido en la barbacoa del sábado, el olor de la carne asada la mareaba y se había fingido cansada para retirarse a su habitación después de almorzar. Víctor no la había llamado, le estaba dando el espacio que quería, pero se sentía abatida y sola. Le había extrañado terriblemente durante la noche y su estado emocional era una montaña rusa debatiéndose entre el enfado y la tristeza de no tenerle allí. Había estado leyendo sobre el embarazo y atribuyó esa sensación de abatimiento a las hormonas alteradas.

Se sentó en la cama y su revuelto estómago protestó ante la idea de bajar a desayunar. Entró en el baño y vomitó antes de que nadie se percatase de su malestar. Su madre era muy perspicaz y se daría cuenta enseguida de lo que le ocurría, y Víctor debía ser el primero en saberlo.

Después bajó a la solitaria cocina y se sintió capaz de tomarse un café. Solo y negro, como lo solía tomar Víctor. Se lo preparó y lo bebió a pequeños sorbos.

Cuando estaba lavando la taza, su madre entró en la cocina.

—¡Qué temprano te has levantado hoy!

—Sí.

—Tienes aspecto de cansada. ¿Por qué no te has quedado un poco más?

—Tengo cogida la hora. Y no he dormido bien últimamente, Víctor ha estado de viaje y le he echado de menos.

—¿Y por qué has venido hoy en vez de quedarte con él?

—Quería ver a papá.

—Papá está bien, solo tiene una gripe.

—Quería asegurarme.

La mirada escrutadora de su madre la taladró.

—¿Va todo bien, Carla?

—Sí.

—Víctor no ha venido contigo.

—Ya te lo he dicho, llegó el viernes y tenía que presentar un informe el sábado.

—Tampoco te llamó ayer.

—Nos vimos por la mañana y le puse un mensaje para decirle que había llegado —mintió.

El sonido de un claxon se dejó oír dos veces ante la puerta que daba al camino. María sonrió.

—Ya me extrañaba a mí...

Carla también había reconocido el sonido del claxon de Víctor. Sintió una inmensa alegría de que hubiera ignorado su petición de dejarla sola y hubiera acudido a pasar el día con ella. Salió de la cocina para abrirle la puerta corredera y que pudiera entrar el coche. Al pasar junto a ella sus miradas se cruzaron, la de Víctor interrogante y temerosa de que se enfadase aún más al verle allí. Pero Carla sintió que su enojo se evaporaba de golpe y le sonrió. Él suspiró aliviado y bajó del coche. Todavía indeciso, la besó en la cara ante la mirada de María que los observaba desde la ventana de la cocina.

—¿Vas a echarme con cajas destempladas? —preguntó bajito—. He venido solo a pasar el día, para que no tengas que volver en el tren. No tendrás que dormir conmigo... si no te apetece, ni siquiera hablarme mucho. Pero no podía estar ni un minuto más sin verte.

—Es imposible estar mucho tiempo enfadada contigo, Víctor Trueba —dijo fingiendo pesar.

—¿Significa eso que ya no estás enfadada, que puedo darte un abrazo?

—Ya estás tardando.

La rodeó con los brazos y Carla se acurrucó mimosa en ellos. Enterró la cara en su cuello aspirando el olor a suavizante de su jersey, lo que le provocó una mueca de

desagrado. Tendría que cambiar de suavizante durante unos meses, pensó divertida, dejando escapar una risita.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿Que te eche de menos?

—No... Que no me gusta como hueles.

Él se separó un poco y la miró extrañado.

—¿Huelo mal? Me he duchado antes de venir.

—No eres tú, es el jersey... el suavizante.

—¿El suavizante? Pues es el que tú compras.

—Ya lo sé, pero habrá que cambiarlo.

—Bueno... tú mandas.

—Y me acabo de tomar un café negro y sin azúcar.

—¿Ni leche condensada?

—Nada... solo café fuerte y negro... asqueroso, pero me ha sabido a gloria. Y tengo las hormonas revueltas como una montaña rusa, por eso quizás me he enfadado tanto por lo del viaje.

Víctor la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás tratando de decirme exactamente?

—Mírame a los ojos y adivínalo, señor psicólogo que todo lo sabe. También he vomitado, por si quieres más pistas.

La miró a los ojos y una expresión de júbilo se pintó en su cara.

—¿El fin de semana que olvidaste tomar la píldora?

—¿Tú eras consciente de que no la tomé?

Víctor sonrió con picardía.

—Pues claro. Soy cuadrulado, cariño, ya lo sabes, a mí esas cosas no se me pasan por alto. ¿Por qué crees que estuve todo el fin de semana llevándote a la cama una y otra vez?

—Yo creía que porque me deseabas muchísimo.

—Eso también.

—¿De modo que fue con premeditación y alevosía?

—Lo admito.

Carla sonrió.

—Pues voy a hacértelo pagar caro, que lo sepas.

—Estoy dispuesto.

—Te haré levantar por las noches para que salgas a buscarme cosas imposibles, mi humor va a estar completamente loco... mucho más de lo habitual.

—Vale...

—Será una niña, y no permitiré que la conviertas en una pija.

—¿Una Carla en miniatura?

—Algo así.

—Estupendo, así no me aburriré.

—¿Piensas decirme a todo que sí?

—A casi todo. Lo único que no pienso aceptar es que me mandes a dormir a la otra planta.

—¡No soy tan tonta, Víctor! Me estoy muriendo de ganas de irme a la cama contigo.

Él miró hacia la ventana de la cocina, desde dónde María les observaba.

—¿Le decimos a tu madre que has dormido mal y necesitas una siesta?

—No, ahora no. Tendrás que esperar hasta la noche, cuando estemos en casa. Ahora vamos a reunirlos a todos para decirles que van a ser abuelos.

Y abrazados, se dirigieron a la casa.

Nota de autora

En esta novela me he tomado muchas libertades en beneficio de la historia. He permitido fumar en una oficina cuando ya no se puede hacerlo, he exagerado los síntomas de ingerir ceniza, incluso me he inventado contraseñas y datos informáticos aunque no sé si existen o se pueden realizar. Os pido disculpas a los expertos en la materia si algo os suena a chino... es pura y simplemente fruto de la imaginación de la autora.



ANA ÁLVAREZ (Sevilla, España, el 2 de abril de 1959).

Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó durante un tiempo además de ama de casa.

Escribe desde los veinte años novela romántica contemporánea, aunque que por timidez inicialmente solo eran leídos por su hija. Ella fue quién la animó a publicar en internet, y tras comprobar que era leída por numerosas lectoras y gracias a sus comentarios, decidió autopublicar y enviar los primeros capítulos de dos novelas a la Selección RNR (una de ellas, la ya publicada con este sello *Miscelánea*).